La vie en violet



JUANI HERNÁNDEZ

JUANI HERNÁNDEZ
LA VIE EN VIOLET

1ª edición: junio, 2024

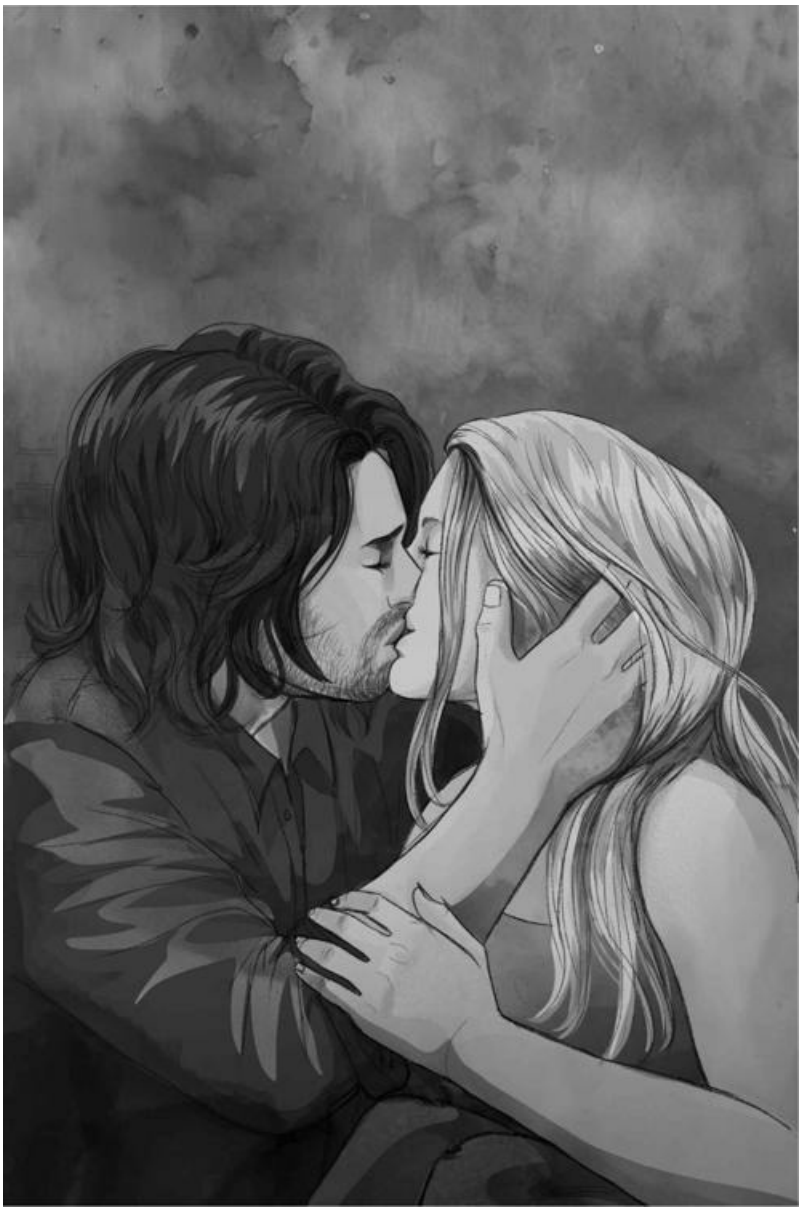
Copyright © Juani Hernández, 2024

Nº RPI: 00765-01893391
Nº Safecreative: 2405198031467
Todos los derechos reservados
Maquetación: Juani Hernández
Diseño de cubierta: adela_argn_art
Corrección: Amparo Torres, Eva María Malvar, Araceli Romero, Marina Sánchez, Elena García.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación y otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura vivía. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

La vie en violet

JUANI HERNÁNDEZ



Playlist

1. *Écris l'histoire*, Grégory Lemarchal
2. *Les mots bleus*, Thierry Amiel
3. *Such a shame*, Talk Talk
4. *Más suerte*, Second
5. *Fly away from here*, Aerosmith
6. *Dance of the two wolfs*, BSO John Wick 3
7. *Uprising*, Muse
8. *Iris*, The Goo Goo Dolls
9. *Blinding lights*, The Weeknd
10. *Almost unreal*, Roxette
11. *You and me*, Lifehouse
12. *Curtains*, Ed Sheeran
13. *Valiente*, Vetusta Morla
14. *Shine*, Take That
15. *When I've got you*, Dimash
16. *Fusión del núcleo*, Chica Sobresalto
17. *Manhattan skyline*, A-ha
18. *Bien por ti*, Viva Suecia
19. *Viens jusqu'à moi*, Michal Kwiatkowski & Élodie Frégé
20. *A question of lust*, Depeche Mode
21. *Mon amor*, Slimane
22. *The sparrows and the nightingales*, Wolfsheim
23. *Exoplaneta*, Arde Bogotá
24. *Enemy*, Imagine Dragons & JID
25. *Oh father*, Madonna
26. *Hysteria*, Muse
27. *This is the last time*, Keane
28. *Lucha de gigantes*, Antonio Vega
29. *Eye of the untold her*, Lindsey Stirling
30. *El patio*, Pablo López
31. *Le vent nous portera*, Noir Désir
32. *Algo que sirva como luz*, Supersubmarina
33. *Nueva sensación*, Second
34. *La vie en rose*, Andrea Bocelli & Édith Piaf


Listen the playlist on
Spotify
La vie en Violet
34 Tracks, 2h 15 min
0:02
3:07



Capítulo 1



Era la primera vez que salía con mis compañeros de la Escuela de Arte —Les Beaux-Arts de París para más señas—, y a qué mala hora. No era porque no hubiera tenido ocasiones de hacerlo, llevaba más de seis meses viviendo en la ciudad de las luces y del amor, y para mis colegas, todos los días eran *juernes*. Pero haber terminado el primer semestre con éxito era un buen motivo para celebrarlo.

Me detuve frente al espejo de la entrada antes de abandonar el apartamento que compartía con Marie y Lucile, dos compañeras de la facultad. Estaba situado en el Barrio Latino, llamado así porque en la época medieval los estudiantes se comunicaban en latín. Seguro que no te lo esperabas, aunque sí, encontrarás reguetón en sus numerosos locales infestados de universitarios. No era que a mí me gustase…

El reflejo de cuerpo entero me devolvió mi imagen y me recordó mi realidad. Cabello color rosa chicle, largo hasta más allá de los hombros; un brillante a modo de *pearcing* en la nariz; el hombro izquierdo tatuado con una paleta de pintor cayendo hacia mi clavícula, derretida como si fuera un reloj blando de Dalí; un top sin tirantes estampado con todos los colores del Pantone que dejaba a la vista mi ombligo; mi cazadora atada a la cintura; y mis vaqueros favoritos, tan desgastados que parecían roídos por los ratones. Toda una alegoría a mi espíritu irreverente si no fuera por mis grandes ojos azules que me daban el aspecto de una muñequita *kawaii*, restándole dramatismo al conjunto. No me preocupaba, lo importante era la libertad de poder parecer lo que me diera la gana, aunque tal ligereza de cascos se limitase a mi apariencia. Si rascabas un poquito, enseguida afloraba la responsabilidad que habita en mí, y que una noche de farra afectara a mi nota media y me hiciera perder la plaza que tanto me había costado conseguir no era una opción.

Eso, entre otras cosas.

—¿Vamos? —me dijo Marie al pasar por mi lado con Lucile de la mano.

Yo asentí y cogí mi bolso con flecos, comprobando antes de salir que llevaba las llaves. Seguro que no volveríamos juntas a casa.

Viviendo en un barrio estudiantil, lo que no faltaban eran garitos desbordados de gente que también ocupaba parte de la calle, vaso en mano, lo que prometía tanto bullicio dentro como fuera. Yo me dejaba llevar por Marie y Lucile, hasta que acabamos en un local con un oso pintado en la puerta. A pesar de estar casi lleno, pude ver que, además de la barra, había una zona de mesas con camareros pululando alrededor transportando precariamente con una mano bandejas llenas de chupitos, una pequeña pista de baile que ya bullía de actividad, y un *baby-foot*

en un rincón, lo que vendría a ser el futbolín de toda la vida pero que llamado así parece más moderno.

Mis compañeras vieron en la barra a un grupo de amigos de la facultad, así que nos acercamos. Entre ellos destacaba Michele, un fiel representante del arquetipo —a saber, si erróneo o no— de hombre francés. Era guapo, encantador y, lo peor, consciente de ambas cosas. Además, parecía que había elegido la carrera de Arte porque le daba, eso creía él, ese *je ne sais quoi* que le hacía interesante, y que le permitía tirarle los tejos a cualquier mujer a su alcance. Incluso lo había intentado conmigo, consiguiendo una negativa como respuesta. Quizá por eso me miró de pies a cabeza con cierto recelo cuando me acerqué a ellos. Yo ya no suponía un reto, sino una pequeña espina clavada en su ego.

—Dichosos los ojos, americana —me saludó, para después sonreír, mostrando su blanca dentadura que de tan perfecta daba repelús verla.

—Sabes que «América» se refiere a todo el continente, ¿verdad? Lo propio sería decir estadounidense —puntualicé, y más de un murmullo acompañado de un resoplido se dio a mi alrededor.

—Americana es más corto…, americana —alegó Michele con una ligera mueca de fastidio, por ser inmune a sus encantos y por mi respuesta políticamente incorrecta.

Ese era el motivo por el que mis compañeros no solían invitarme a ir de fiesta, de hecho, había sido Marie quien me había arrastrado con ella. Mi despreocupada y llamativa forma de vestir no atendía en absoluto a mi personalidad. En realidad, era bastante inaccesible y un tanto mordaz —o impertinente, según mi padre—, y casi me habría pegado más un estilo gótico a lo Miércoles Addams en mi vestimenta. Pero los colores, los pigmentos y pintar eran mi pasión. Y una cosa no está reñida con la otra, ¿verdad?

Tras conseguir, no sin esfuerzo, que me sirvieran un gin-tonic, me apoyé en la barra y eché un vistazo a la masa enardecida. La inmensa mayoría de los presentes no llegaba a los veinte años, o los rozaban, y yo ya los había pasado hacía más de un lustro. Y la diferencia de edad se notaba, sobre todo en la disparidad de intereses. Beber hasta emborracharse, sexo sin preocupaciones, fiesta sin límites… Yo no buscaba nada de eso. Yo buscaba… Yo qué sé lo que buscaba…

De pronto, me fijé en un grupo de chicos que saltaban como cabras en mitad de la pista. Eso no era lo llamativo, todos lo hacían a su alrededor, sino que llevaban un sombrerito en la cabeza al más puro estilo Among us. Un rollo de papel higiénico, un huevo frito —de plástico, por supuesto—, una cáscara de plátano…, aunque uno de ellos llevaba pegados a una diadema un par de mullidos pechos, lo que no terminaba de cuadrarme con el juego.

Sin embargo, quien captó mi atención fue el de la chistera. Comparado con la careta de Jason —el asesino psicópata de *Viernes 13*— del chico que saltaba a su lado, era de lo más recatado. Y calmado. Apenas bailaba. Era moreno y bajo el ala del sombrero se escapaban mechones ondulados y largos que caían sobre su frente y su nuca. Sus ojos eran oscuros, de espesas pestañas, y una barba incipiente marcaba su barbilla y el contorno de una boca cuya curvatura prometía una bonita sonrisa si no fuera porque sus labios estaban apretados en una fina línea. Como un caballero victoriano que debía mantener la compostura estoicamente. Atrapó mi mirada más tiempo del estrictamente necesario. Más allá del hecho de estar buenísimo, que lo estaba, tenía toda la pinta de no querer estar allí. Un impostor entre tripulantes. Y en mi curiosidad, no podía dejar de preguntarme el porqué.

Me giré hacia la barra y le di un trago a mi gin-tonic. Menuda tontería. Existían más motivos para no querer estar allí que para querer estarlo, y si no, que me lo dijeran a mí. Quizás

él también se había visto arrastrado a aquel lugar por culpa de los convencionalismos o los compromisos sociales, obligado a ponerse uno de aquellos gorros ridículos. Y allí estaba yo, seguro que con menos razones que él para soportar aquella música que nunca llegaría a gustarme por mucho que fuera el ritmo de moda.

—Voy a tomar el aire —le dije a Marie. No me paré a mirar si me había escuchado. Cogí el vaso y salí del local. Había un hueco en la acera a un par de pasos de la entrada y en el que todavía no había vomitado nadie, así que me senté ahí.

Apenas unos segundos después, a mi espalda se apreció el volumen ascendente de la música, como si alguien hubiera abierto la puerta.

—Joder, qué agobio. —Oí farfullar a mi lado, y entonces, alcé la vista hacia el origen de aquella voz masculina que hablaba en mi idioma.

Era el caballero victoriano. Se me secó la boca de golpe, y tuve que tragar saliva para poder hablar. No hacía falta, pero fue un impulso que no pude refrenar.

—Es lo que se suele encontrar en garitos universitarios —le advertí y por primera vez fijó su mirada en mí.

Era intensa, demasiado, seguramente debido a mi aspecto o a toparse en aquel lugar perdido de París con alguien a quien podía entender.

—¿Eres estadounidense? —demandó, así que fue lo segundo.

Yo asentí, y él esbozó una ligera sonrisa, demasiado como para poder apreciarla en su plenitud. Sentí deseos de hacerlo sonreír solo por verle hacerlo.

—¿Puedo? —preguntó, señalando hacia el suelo, a mi lado—. Creo que es el único sitio libre en la acera en kilómetros a la redonda.

Afirmé con la cabeza y me moví un poco para dejarle espacio. Cuando se sentó junto a mí, me alcanzó su aroma. Notas cítricas de salida, frescas, casi comunes; un toque clásico a madera en las notas de corazón, las que perduran; y como broche final, oscuridad y misterio en las notas de fondo, las que definen realmente el perfume.

¿Cuál sería su enigma?

—Es la despedida de soltero de mi hermano —dijo de pronto. También había oscuridad y misterio en su voz.

—Ah, ahora comprendo —respondí, señalando su chistera.

Como si hubiera olvidado que la llevaba puesta, se la quitó con rapidez, y con una disculpa en la cara la dejó a un lado. Con una mano, se echó los mechones hacia atrás, despejando su rostro, y no pude evitar seguir con la mirada el movimiento de sus dedos. Era mucho más guapo de lo que pensaba. La artista que llevo dentro diría que la armonía de sus facciones era perfecta, dignas de ser pintadas o esculpidas. Pero a quién quería engañar. En ese momento, mi reflexión no era tan intelectual. Era un hombre guapísimo, en el sentido más primitivo de la palabra.

Queriendo desviar el rumbo de mis pensamientos, eché la mirada hacia atrás, en dirección a la puerta. El hermano sería el de los pechos mullidos en la cabeza. Y su afirmación también daba respuesta a mi incógnita. ¿Motivo? Un compromiso social.

—Os habéis equivocado de ciudad. El Barrio Rojo está en Ámsterdam —alegué entonces, haciendo honor a mi incontinencia verbal. Al cuerno con lo de causar una buena primera impresión.

—¿Por qué «despedida de soltero» es sinónimo de ir de putas? —replicó él entonces.

Lo miré enarcando una ceja, entre sarcástica e incrédula.

—No sé lo que harán los demás, pero yo no —respondió con un deje categórico en su voz, como si quisiera convencerme. No era necesario, qué me importaba a mí lo que hiciera, pero

acabé asintiendo—. ¿Eres prejuiciosa? —preguntó, haciéndose eco de mis pensamientos.

—Vivimos rodeados de prejuicios —respondí, encogiéndome de hombros con fingida indiferencia—. Yo misma, por mi forma de vestir, parezco una fresca.

—Ah, ¿y no lo eres? —dijo, fingiendo confusión.

No pude evitarlo, me eché a reír, y él con los brazos apoyados en sus rodillas flexionadas, miró hacia abajo, ocultando una naciente sonrisa. Lástima.

—Por si sirve de algo, pese al concepto que te has formado sobre mí, no tengo intención de echar un polvo con una desconocida.

—Me tranquiliza —le seguí el juego, aunque lo más lógico era decirle que me importaba un cuerno.

—¿Por ella o por mí? —respondió, añadiendo un nuevo ingrediente a su perfume: la picardía. Me hormigueó en las venas.

—Por mí —alegué ceñuda, tratando de dominar un inesperado temblor en mi voz—. Me evitaré tener que advertirte sobre las enfermedades de transmisión sexual.

—Condón para mí. Gracias —bromeó, y yo solté una carcajada. También era elocuente. Dios…

Y, de pronto, lo contagié. Rio quedamente mientras se dibujaba, por fin, una sonrisa en sus labios, y que cumplieron con la promesa que prometían: una medialuna argéntea y perfecta capaz de iluminar una noche oscura.

Estuve tentada de preguntarle aquello de «qué hace un chico como tú en un sitio como este».

—¿Cómo habéis acabado en un local para estudiantes? —Y en cierto modo, lo hice.

—Es el cuarto al que entramos —me respondió, torciendo el gesto con disgusto.

No me costó mucho imaginármelo mientras su hermano lo arrastraba de local en local, al igual que Marie había hecho conmigo. Me compadecí de ambos; éramos víctimas del *bienquedismo*.

—¿Y tú? ¿Eres estudiante? —me preguntó con genuina curiosidad.

—¿Qué comes que adivinas? —bromeé. Quería ver esa sonrisa de nuevo y lo conseguí a medias, pues agachó la cabeza, dejándome apreciar solo su perfil. Suficiente por el momento.

—Sin ánimo de ofender, no aparentas dieciocho —me contestó, tratando de sonar cauteloso.

—Tranquilo, no pretendo aparentarlos —le aclaré—. Y sí, pese a tener veintiséis años, estudio en la Escuela de Les Beaux-Arts de París —añadí con orgullo y mi mejor pronunciación del francés.

Él me escuchó con atención, y me di cuenta tarde de que le había dado demasiada información sobre mí. No es que creyera que iba a impresionarlo hasta el punto de que quisiera buscarme…, pero me dio un vuelco el corazón.

—La vocación te llegó tarde —supuso, y me sorprendió no detectar el consabido tono censurable, sino más bien admiración. No lo esperaba. Me gustó.

—No, el valor para decidir por mí misma —admití—. Siempre quise pintar.

Sentí a mi pesar que la conversación se ensombrecía, que se tornaba demasiado seria a causa de mi sinceridad. Ese chico estaba de fiesta por un barrio de París. ¿Qué podían importarle mis problemas con la búsqueda de mi identidad? Pero él seguía mirándome fijamente, estudiándome, como si quisiera ver más allá de mis palabras.

—¿Y hay de eso por aquí? ¿Valor? —me preguntó entonces, y no era una cuestión retórica. Necesitaba mi respuesta como quien busca la solución. Una salida.

—Yo lo encontré aquí, sí —admití, y él asintió.

—Me lo pensaré, entonces —decidió.

Reprimí la tentación de pedirle el teléfono, de ofrecerle el mío con un manido «por si quieres que te ayude a buscar», y sentí una punzada en el pecho cuando adiviné en su mirada que eso precisamente era lo que él esperaba. Pero no podía. La despedida de soltero terminaría y él no tardaría en volver a EE. UU., lugar al que yo no pensaba regresar en mucho tiempo. Quizá, nunca. ¿De qué serviría? Era mejor dejarlo en aquella extraña conversación que tuve con un desconocido una vez.

—Creo que es cierto aquello que dicen de que puedes encontrarlo donde menos lo esperas —me dijo sin apartar sus ojos de mí.

¿Por qué sentí aquel hormigueo en el estómago?

Aleteo de mariposas…

—Y yo que se le da demasiada importancia a algo tan fortuito —alegué renegando de aquella sensación mientras él mantenía toda su atención en mí, a la espera de que continuase—. Lo importante es no dejarlo escapar, luchar por conseguirlo. Esa es la verdadera valentía.

—¿Cómo saber si vale la pena arriesgarse? —preguntó, reticente.

—No te arrepientas de lo que has hecho, sino de lo que no. —Me encogí de hombros.

—¿Sin importar las consecuencias? —parecía insistir, y en ese punto yo ya no sabía si hablábamos de suposiciones o de algo en concreto.

—Si crees que vas a hacer daño en el proceso… —dudé, y él pareció meditarlo un momento.

—Daño… Yo diría que no.

Y yo diría, más bien juraría por todo el panteón griego, que vi cómo sus ojos viajaban hasta mis labios. Quizá fue durante un segundo, o una milésima, pero *fue* lo suficiente como para que me ardiesen las mejillas.

¿Qué me estaba pasando? ¿Qué me provocaba ese hombre? ¿Era mi imaginación o se estaba inclinando hacia mí? Pero lo fuera o no, no me moví.

De pronto, la música volvió a sonar con fuerza cuando alguien abrió la puerta, acompañada de voces y risas. Y la burbuja invisible que nos había rodeado, aislándonos de todo para quedar solo él y yo, se quebró tan abruptamente que me costó recomponerme.

—Joder, Aaron, aquí estás —exclamó alguien a nuestra espalda; el chico de las tetas en la cabeza. O sea, su hermano—. Venga, nos piramos.

Se llamaba Aaron. No era un nombre que me hubiese llamado la atención. Hasta ese momento. Le pegaba. Podría haber sido Austin, Calvin, o incluso Patrick, lleno de sonidos punzantes como la *I* o la *K*, pero, por el contrario, me resultaba suave, elegante, sugerente. Aaron.

—¡Vamos! —gritó uno de sus amigos mientras se alejaban. Aunque él no parecía tener intención de moverse.

No te vayas, no te vayas, no te vayas… ¿Qué? ¿Qué estaba pensando?

—Así que, Aaron —murmuré su nombre.

Añadí una sonrisa pícara, como si así pudiera retenerlo. ¿Quería hacerlo? Y él me respondió con otra, inesperada, radiante y preciosa. Una sonrisa en la que me perdí.

—Juegas con ventaja, ¿sabes? Podrás ponerme nombre cuando pienses en mí. —Vi que pronunciaban sus labios. Porque estaba tan perpleja que no estaba segura de haberlo escuchado.

A punto estuve de acusarlo de presuntuoso, pero conseguí bucear más allá de la superficie de sus palabras y empecé a boquear como un pez al comprender lo que quería decir en realidad.

—¿Significa eso que tú vas a pensar en mí? —pregunté, esperando, deseando que dijera que

sí.

Coqueteo en toda regla.

—Claro. —Su tono de voz bajó una octava, y yo me estremecí, sentada en aquella acera—. Y no quisiera que fueras «la chica del pelo rosa».

A tomar por saco el celo por mi identidad.

—Violet —le confesé—. Y no me digas que debería cambiar de color de tinte —le advertí, levantando un mechón de mi cabello. Una trivialidad para no entrar en terreno pantanoso.

—No sé —murmuró, entrecerrando los ojos, supuse que para tratar de imaginarme con el pelo violeta—. Me gusta cómo te queda el rosa.

—¡Aaron! —gritó su hermano.

—¡Voy! Joder… —masculló, como si levantarse de aquella acera fuera la decisión más difícil que hubiera tomado en su vida.

—Se irán sin ti —dije, viendo que el grupo se alejaba.

—Violet…

Dios, temblé de pies a cabeza. Nadie había pronunciado mi nombre con semejante reverencia, como si no mereciera menos que ser adorado. Todo un caballero victoriano.

—Si… Si te pidiera un beso, ¿creerías que pienso que eres una fresca?

Me desconcertó la pregunta. A ver, no soy una mojigata, he tenido relaciones antes, pero nunca había besado a un hombre así, sin conocerlo. Y lo más asombroso de todo. Nunca había tenido las ganas de hacerlo. No como en ese momento.

El hormigueo se extendió desde mi vientre a todo mi cuerpo.

Anticipación, excitación, deseo…

—Si te lo diera, ¿lo sería? —murmuré. Aunque, en realidad, no importaba la respuesta.

Lo vi mojarse los labios, esos labios que se posaron despacio sobre los míos. Noté su aliento cálido en mi piel, la suave presión de su boca. Se separó ligeramente e inclinó el rostro para encontrar la forma en que ambas encajasen. Más que perfecto. ¿Pueden dos bocas estar destinadas a besarse? Entonces entreabrió los labios y su lengua fue en busca de la mía, y yo me bebí el jadeo que escapó de su garganta cuando se unieron en una caricia húmeda, acompasada y electrizante. Con sus dedos había enmarcado mi rostro mientras profundizaba aquel beso que se tornaba intenso, de los que quedan grabados a fuego. Y yo clavé los míos en sus muñecas, rogando en silencio que no me soltara, que no me dejara, que no me privara de su sabor.

Me caló tan hondo que nunca podré olvidarlo. Nos separamos al quedar sin aliento, y el tormento que vi en sus ojos me estremeció, pues esperaba satisfacción, vanidad, incluso excitación, un juego que resultó no serlo. Volvió a atrapar mis labios en un beso rápido, arrebatado, y se puso en pie para marcharse a la carrera de allí. Sin decir adiós.

Imagino que lo hizo adrede, para no irse nunca, para que siempre quedase en mí el recuerdo de lo que pudo haber sido y nunca fue, y miles de «y si» taladrándome el cerebro.

Y si le hubiera pedido el teléfono.

Y si le hubiera dado el mío.

Y si me hubiera propuesto irme con él.

Y si lo hubiera invitado a quedarse.

Lo vi desaparecer, chistera en mano, por uno de los callejones, rodeado de sus amigos. No se giró a mirarme ni una sola vez y decidí que era mejor así. No iba a admitir la decepción.

Me levanté y, tras echar un último vistazo con el que me convencí de su ausencia definitiva, regresé al local. Al entrar, el ambiente cargado de sudor y humanidad me transportó a una nueva realidad, una sin él.

Como si nada hubiera ocurrido.

Marie y Lucile seguían en la barra, riendo junto a Michele y el resto de sus amigos. La gente continuaba bailando y bebiendo, jugando al *baby-foot*.

Y yo volví a sentir que no pintaba nada en aquel lugar.

A qué mala hora me había dejado convencer para salir, a qué mala hora había ido allí. Eso fue lo último que pensé cuando el estruendo ensordecedor de las sirenas hizo enmudecer la música, y los gendarmes, porra en ristre, irrumpieron en el local.



Capítulo 2



Aguanté una copa más en un último garito por culpa de la insistencia de mi hermano. Me habría gustado decir que no toleraba el alcohol y que el motivo de mi mala leche era que me había sentado mal el jodido *jagmaster*, pero el problema era que no me aguantaba las ganas de volver al local del oso pintado en la puerta para ir en busca de Violet.

Y la mala leche se debía a que las ganas no eran suficientes. ¿Qué sentido tenía? Yo regresaría al día siguiente a EE. UU., a mi vida ordenada y establecida, y en la que no tenían cabida las locuras como besar a una desconocida en una noche de parranda en el culo del mundo. Pero Violet tenía algo que…

Su naturalidad había sido un soplo de aire fresco, y su libertad como un bofetón en mi maltrecho amor propio. Por lo visto, había dejado EE. UU. para estudiar Arte en París, y sospechaba que no había sido con el beneplácito de sus padres. Había un toque de rebeldía en su aspecto, en su forma de hablar que se adivinaba de clase media-alta, en la irreverencia de sus respuestas. Y yo me descubrí queriendo ser como ella.

Observé a mi hermano Kevin, que seguía dando saltos con aquellas dos tetas de goma en la cabeza, y los efectos del alcohol me hicieron percibir en mi boca, en forma de regusto amargo, el vínculo que se extendía entre ambos y que nos unía. Que a mí me unía a él. Como una atadura de las que ahoga, de las que subyuga bajo la sombra de alguien que no te deja respirar. Es algo a lo que uno se acostumbra. Hasta que te sientas al lado de una chica preciosa en la acera de una calle cualquiera de París y la besas. Y ese beso te despierta las ganas de vivir de otra manera.

Como si eso fuera posible.

De pronto, como si hubiera percibido lo inconveniente de mis pensamientos, Kevin me miró. Luego, se acercó a mí bailando con un vaso de tubo que contenía un líquido rojo en una mano y me lo ofreció, aunque yo lo rechacé.

—Estás de un muermo que no hay quien te aguante —me reprochó—. ¿Es porque te hemos cortado el rollo con la chica del pelo rosa?

Lo fulminé con la mirada, aunque solo conseguí arrancarle una carcajada. Estoy seguro de que a Violet no le habría caído bien Kevin.

—Para no querer venir a París, te has coronado —se mofó.

—Si me hubiera coronado, no estaría aquí contigo —le recordé.

—¿Te estarías follando a la chica de pelo rosa? —añadió burlón, dándome un ligero puñetazo en el estómago.

Me mordí la lengua para no exigirle que dejara de llamar así a Violet.

—Como si no me conocieras… Sabes que no soy de los de un polvo de una noche —dije, en cambio.

—No me jodas, Aaron, ¿me estás diciendo que llevas sin follar desde lo de Leslie?

—Eres muy divertido cuando te emborrachas —obvié el tema—. Vuelve a la pista y disfruta de tu fiesta.

—Ya sé que no estabas de acuerdo con este viaje, pero presiento que París nos traerá suerte —me respondió con un entusiasmo que no comprendía.

¿Suerte? La empresa familiar, nuestra empresa, estaba al borde de la quiebra, y un mal entendido sentido del deber me mantenía a bordo de aquel barco a la espera de que se hundiera definitivamente y eso me permitiera, por fin, levantar el vuelo y seguir mi propio camino.

Pero esa misma lealtad que me cortaba las alas me obligaba a callar, como en ese momento, y volví a dejar la oportunidad de confesarle que había recibido varias propuestas, nada desdeñables, para labrarme un futuro en la política. Kevin lo habría considerado, como poco, una traición. Y yo me di una bofetada mental por mi cobardía. Él debió malinterpretar mi expresión, pues puso los ojos en blanco, aburrido de las reprimendas de su hermano pequeño.

—Podrías disimular un poco, por los chicos —dijo con suficiencia, señalando a su grupito de amigos—. ¿Dónde se ha visto que el hermano del novio no vaya a su despedida de soltero? —añadió con cara de cordero degollado.

Hice una mueca a modo de sonrisa, levanté el vaso con mi bebida y simulé que brindaba en su honor. A Kevin le satisfizo mi paripé, y volvió a reunirse con sus colegas, dando saltitos con aquellas ridículas tetas en la cabeza.

Yo solté un resoplido y me di la vuelta, apoyando los codos en la barra, hastiado. Kevin tenía razón. Cada minuto que pasaba aumentaban mis motivos para no querer estar allí.

¿Una despedida de soltero en París? ¿Acaso éramos una copia barata de «Sexo en Nueva York»? Un derroche innecesario, a mi modo de ver, dado el estado de nuestras finanzas y la situación de la empresa familiar, además de que no hacía falta recorrer cuatro mil kilómetros para ir de garitos a emborracharse.

Pero Kevin, pese a ser el mayor de los dos, no era el de la sensatez, y quería darse ese último homenaje antes de que Bridget, y cito textualmente, le pusiera la soga al cuello.

Y yo no era capaz de entenderlo. ¿Qué tortura podía suponer el casarse con la mujer que se ha escogido, de la que se está enamorado? Una vez tuve el atrevimiento de preguntárselo y solo conseguí que se riera de mí en mi cara, alegando que mi ruptura con Leslie me había fundido las neuronas.

Porque hubo un tiempo en el que yo sí habría unido mi vida a una mujer para siempre sin pensar que iba derecho al patíbulo. Ella, por su parte, opinaba lo mismo, aunque el hombre elegido no fui yo, sino el abogado de su padre, con quien la pillé morreándose en su fiesta de cumpleaños. Bonito regalo el del letrado. Mi fin de semana romántico en Italia no le llegaba ni a la suela del zapato a aquel tórrido beso con lengua, magreo incluido. Las manos de aquel tipo conseguían sobetearla por todas partes con la velocidad de un prestidigitador, y ella no parecía quejarse. Al contrario, lo que le vino mal fue que yo la interrumpiera.

Sin embargo, mi hermano se equivocaba. No llevaba desde entonces sin follar —poco más de un año, para más señas—. Poco después de romper con Leslie, una noche decidí echar una canita al aire, por aquello de que un clavo saca otro clavo, y continuando con la sabiduría refranera, mi gozo en un pozo. Rematé la faena, eso sí, mi vigor treintañero no me hizo quedar en ridículo, pero nunca me había sentido más asqueado y vacío en mi vida.

Será que no soy de este siglo, porque no comprendo la necesidad de separar sexo de

corazón. No le veo yo la gracia a *meter mi pene* en el cuerpo de una mujer como si no fuera más que un trozo de carne; para eso tengo mi mano y mis fantasías, y no me había ido mal hasta el momento.

Y de pronto sentí un tirón en la entrepierna al pensar en Violet.

¿Habría sido capaz de romper mi regla con ella?

Cerré los ojos y, sin esfuerzo, su rostro vino a mi mente, y la suavidad de su lengua me llenó la boca. No habría dejado de besarla…

Joder… Menos mal que estaba frente a la barra y nadie podía percatarse del repentino bulto que pugnaba contra mi pantalón. Y en cuanto a romper mi regla, me excitaba solo con recordar los labios de Violet. Así que, sí. No me habría importado perderme con ella por las calles de París para acabar la noche perdido en su cuerpo. Y después…

Después, nada.

De vuelta a mi vida en Albany, Nueva York.

Bueno, por lo pronto iba a volver al hotel. Ya no aguantaba más la jodida música que me estaba haciendo papilla el cerebro, hasta el punto de querer acabar con todos los altavoces del planeta.

Dejé mi vaso a medio beber en la barra y me dirigí hacia Kevin y sus amigos, quienes seguían saltando como cabras.

—Kevin, me marcho al hotel —le dije, y toda la diversión se esfumó tanto de su cara como de su cuerpo, pues se detuvo en seco.

—No puedes irte —replicó, serio—. Aún queda mucha noche por delante —añadió, como si eso fuera una verdad irrefutable.

—¿Sabrás volver solo? —inquirió Billy.

Lo miré de arriba abajo. Él no ocultaba su mofa, así que yo no escondí mi fastidio. De los amigos de Kevin, era quien menos dobleces tenía, así que era fácil verlo venir.

—Pillaré un taxi. Bastará con decirle el nombre del hotel —le expliqué lo que a mí me parecía evidente. No tenía ni idea de francés, pero no era un bebé de pañales, joder.

—¿Vas a buscar a la chica del pelo rosa? —se burló Kevin, aunque con la mirada matadora que le lancé no me hizo falta contestarle—. Eres un aguafiestas —refunfuñó entonces mi hermano.

—Al contrario, así no tendrás que ver mi cara de muermo —repliqué sarcástico—. Hasta mañana, chavales —añadí, dándome la vuelta.

—¡Acuérdate de que el avión sale a las tres de la tarde! —me advirtió mi hermano, y yo me giré hacia él, enarcando las cejas.

—Acuérdate tú. Yo soy quien se va a dormir.

—Lo dicho. ¡Un aguafiestas! —Le escuché reírse mientras me iba. Mientras escapaba de allí.

El frío de la noche parisina a finales de febrero me vino bien. En realidad, me sentía bastante inquieto como para irme a la cama, pero prefería hacer *zapping* aunque no entendiera ni una mierda de lo que daban en la tele a estar en aquel pub.

Caminé sin tener ni idea de dónde estaba, pero confiaba en llegar a alguna calle de mayor tráfico en la que encontrar un taxi. Tuve suerte y apenas anduve unos minutos hasta que vi un testigo encendido en un coche que se acercaba.

—*Bonsoir*, *monsieur* —me saludó el taxista en cuanto me senté en el asiento trasero.

—Buenas noches. Al hotel Minerve, por favor —le indiqué, confiando en que supiera algo de inglés.

—Sí, señor —respondió en mi idioma, y asentí en silencio, aliviado.

Pero, entonces…

—Disculpe, ¿conoce un local que tiene un oso pintado en la puerta? —le pregunté sorpresivamente, tanto para mí como para el taxista, pues por su expresión parecía que no había entendido ni una sola palabra.

—¿Dice el Little big bear? —demandó, mirándome a través del espejo retrovisor.

—¿Le importaría llevarme?

Ni idea de si ese era el nombre del garito, aunque no perdía nada por probar.

Tampoco sabía si encontraría a Violet, pero la expectación me hormigueaba en los dedos.

Tardamos más de lo que imaginaba, no recordaba que hubiéramos caminado tanto para llegar al último pub, pero no me quejé, pues aquellas callejuelas me sonaban. Por fin, tras un giro a la derecha entramos en la calle del local. Recordaba aquella acera cuyo bordillo era demasiado bajo y en el que había estado sentado junto a Violet. Donde la había besado. Lo que me extrañó fue ver la calle tan vacía. Hacía menos de una hora que bullía de actividad. No tardé en entender por qué. La puerta del Little big bear no solo estaba cerrada, sino que estaba precintada con unas cintas de plástico blancas y rojas en las que podía leerse «Police Nationale».

Me preocupé, no pude evitar pensar que algo malo le había ocurrido a Violet.

—*Oh là là*. —Escuché al taxista exclamar.

—¿Sabe lo que ha podido pasar? —le pregunté, inclinándome hacia adelante.

—Seguramente… ¿Cómo se dice? —titubeó—. Cuando la policía busca droga —intentó explicarse.

—¿Una redada? —demandé.

—*Oui* —me respondió, asintiendo también con la cabeza—. Es muy común en esta zona.

—Entiendo… —murmuré, pensativo.

—¿Quiere ir a algún otro sitio? —quiso saber.

—Al hotel que le dije, al Minerve —decidí, volviendo a acomodarme en el asiento.

—*Oui, monsieur*.

¿Qué iba a hacer? ¿Ponerme a buscarla en una ciudad de más de dos millones de habitantes? Era innegable que estaba preocupado por ella, y ya no porque la policía la hubiera pillado con algo en su poder por lo que pudieran detenerla; Violet no tenía pinta ni de fresca ni de trapichear, pero no dejaba de ser una estadounidense en un país extranjero. ¿Y si estaba en problemas? Pensarlo me inquietó todavía más, pero tampoco era de recibo ir de comisaría en comisaría para buscarla. ¿Cuántas habría en una ciudad tan grande? ¿Cien?

No, seguro que Violet estaba bien. Quizá ni siquiera estaba ya en el local cuando llegó la policía. Tal vez, mientras yo me preocupaba pensando si estaría bien, ella seguía de fiesta, con sus amigas, bebiendo y haciéndose selfis para subirlas a todas las redes sociales.

Olvidándose por completo de mí.

La verdad es que tampoco era un panorama muy alentador, pero era preferible a imaginarla esposada y entre rejas. Y dado que era imposible dar con ella… Sabía únicamente que se llamaba Violet y que estudiaba Arte, ¿qué podía hacer con eso?

Un momento. Arte, eso era. Estudiaba en la Escuela de Les Beaux-Arts de París.

Guiado por una corazonada, saqué mi teléfono móvil. Seguro que la universidad tenía redes sociales en las que colgarían fotografías de las fiestas y celebraciones que se dieran en el campus. ¿No era costumbre hacer una recepción de bienvenida a los estudiantes extranjeros?

Me pasé todo el trayecto hasta el hotel mirando fotografías, buscando su pelo color rosa entre las cabezas de los estudiantes que copaban las imágenes, con la esperanza de que alguna

nota al pie me diera una pista sobre ella, como su apellido, o alguna de sus redes sociales. Para mi desazón, no encontré nada, pero al llegar a la habitación del hotel, me tiré sobre la cama mientras seguía buceando por la web de la universidad.

Debí dormirme con el teléfono en la mano, buscándola, pensando en ella.

Soñé con ella.

Una neblina oscura la envolvía, pero su pelo del color de las flores en primavera me permitía distinguirla, acercarme.

«¿Estás bien?»

Violet no contestó, pero sonrió, una sonrisa amplia y preciosa que provocó la mía. Durante un segundo, la oscuridad parecía engullirnos, pero nuestras manos unidas no le permitían separarnos. Podía notar el calor de Violet a través de mis dedos, su respiración cerca de mi boca, y cómo reclamé la suya incapaz de contenerme. Ahí estaba su sabor, su olor, la suavidad de sus labios y la dulzura de su saliva. La sentía tan mía, tan dentro de mí, tan verdadera.

Esta vez no iba a marcharme. La abracé y la pegué a mí. No me extrañó que nuestros cuerpos encajasen tan bien, como lo hacían nuestras bocas, que continuaban saboreándose, reconociéndose, dejando de ser unas desconocidas. Todo parecía perfecto con Violet, adecuado, por eso no me importó que se percatase de la dureza de mi excitación cuando se arqueó hacia mí. Noté una sonrisa de complacencia en sus labios, así que mis manos se aventuraron más allá de su cintura para apretarla contra mi sexo.

Gemimos y mi corazón se me disparó en el pecho al saber que mi deseo era el de ambos. Nuestro beso se tornó más profundo, húmedo, el roce de nuestras lenguas ardía, nos enloquecía, nos hacía querer más, y pronto nuestras manos comenzaron a viajar por el cuerpo del otro, acariciándonos sobre la molesta barrera de nuestra ropa. Su respiración jadeante llenaba mi boca, y yo sentía que me endurecía como una roca.

De pronto, noté su mano sobre mi polla y me agité. Me enloqueció… Le masajeé las nalgas y presioné con mi muslo para obligarla a abrir las piernas y alcanzar su sexo, pero ella bajó mi bragueta y yo perdí la poca coordinación que me quedaba. Notaba su palma caliente por encima del bóxer, sus dedos jugueteando sobre mi grosor, tanteándolo, mesurándolo. La excitación me estaba matando, y yo solo quería que apartara esa última capa de ropa y sentir por fin su piel rodeándome.

«Violet…»

Mi voz resonó como un ruego que ella atendió para mi integridad mental, o no, pues sentir sus dedos finos y calientes alrededor de mi polla me provocó tal placer que me iba a volver loco. Su mano comenzó a subir y bajar y yo me deshacía contra ella. Se sentía tan bien, tan… tan real.

«¿Pero qué…?»

De pronto, algo enrareció el ambiente, me sentí solo pese a estar con Violet. ¿Y aquellas risas que resonaban en mis oídos?

Y entonces, Violet desapareció, la niebla volvió a engullirme, pero seguía notando una mano masturbándome. Miré hacia abajo. No era la de Violet, ni siquiera la mía. Uñas muy largas, de manicura perfecta, rojas…

¿Qué mierda…?

Me sacudí con violencia, las risas sonaron más fuertes y todo cambió a mi alrededor. Estaba en mi habitación del hotel de París, la luz de las farolas entraba por la ventana, y una mujer sentada a horcajadas sobre mis piernas batallaba con mi repentinamente flácido miembro.

—¿Qué cojones…? —grité dando un respingo con el que conseguí quitármela de encima.

Acabó en el suelo, pero no me importó. Busqué la colcha para cubrirme, sin comprender

una mierda de lo que estaba pasando, pero con una creciente sensación de asco subiéndome por la garganta. Y las risas amortiguadas por la neblina del sueño ahora se tornaban reales, llenando mi habitación.

Kevin y sus amigos.

Me sentí humillado, vejado. Miré a aquella tipa que se ponía en pie mientras se recomponía la ropa y el cabello. Era, obviamente, una prostituta, y la risa de Kevin no dejaba lugar a dudas. Aún llevaba las jodidas tetas de goma en la cabeza.

—¿Qué coño te pasa? ¿Se te ha ido la olla? —le chillé.

La prostituta también le recriminó algo en francés que no comprendí, pero se calló en cuanto Kevin se sacó un billete del bolsillo y lo puso en su mano extendida. Yo me subí la bragueta como pude y me levanté de la cama con la intención de lanzarme contra Kevin, sus amigos me sujetaron. Mientras tanto, la prostituta se guardó el billete en el escote y tras lanzarme una mirada mezcla de lástima y desdén, se marchó.

—¡Soltadme! —les exigí. Sacudí los brazos y me libré de su agarre.

—Vamos, no te pongas así —dijo él ceñudo, como si realmente considerase que me estaba extralimitando—. Creí que era una forma de compensarte que te hubiéramos cortado el rollo con la chica del pelo rosa —se justificó, pero yo solo sentía mi ira en aumento, que me instaba a romperle la cara.

—¡Que te jodan! —farfullé, apretando los puños y los dientes. Me pareció sucio que la nombrara, no tenía derecho a mancillar así su recuerdo, lo único que me llevaría de ella.

—Joder, Aaron, perdona.

Parecía sorprendentemente sincero, pero me importaba una mierda.

—¡Perdón y un huevo! ¡Lárgate! —le grité—. ¡Largaos todos! —les espeté, empujando a Kevin en el proceso.

—Pero, Aaron… Yo… No era más que una broma…

—¿Una broma? ¡Vete a tomar por culo, Kevin!

—Será mejor que nos marchemos —dijo Billy en un tono que trataba de ser conciliador, aunque cogió a mi hermano del brazo con fuerza para llevárselo con él.

Finalmente, todos se fueron. Cuando me quedé solo, me derrumbé en la cama. Clavé los codos sobre mis rodillas y me cubrí la cara con las palmas de las manos. Me temblaba todo el cuerpo, a causa de los sollozos, la impotencia y la humillación. El comportamiento de Kevin no era nada nuevo, hacía mucho que habían dejado de importarme sus aires de superioridad y sus insolencias. Incluso su falta de cariño. Hubo un tiempo en el que incluso lo comprendí.

Pero esta vez…

Volví a pensar en Violet. En su valentía, su independencia, su fuerza. Junto a ella, al escucharla, al besarla, por un segundo tuve la esperanza de que todo era posible. Una esperanza que acababa de escurrírseme entre los dedos. Para siempre. Como ella.



Capítulo 3



Era increíble la prisión que podían suponer esas cuatro paredes que componían mi cuarto. Tampoco podía quejarme. Estaría mal de la cabeza si hubiera preferido aquel calabozo de la Comisaría de Policía del 5º Distrito de París donde pasé la noche. Y menuda noche, pues me condujo de vuelta a mi habitación en Washington D.C. sin pasar por la casilla de salida.

Fue mala suerte, lo típico de estar en el lugar equivocado, en el momento equivocado. Al parecer, los gendarmes llevaban un tiempo vigilando el Little big bear, tras el soplo de que allí se manejaba droga. Y en una redada, primero se detiene y se pregunta después. Por lo que supe después, había sido una falsa alarma y no encontraron nada, pero yo ya estaba jodida.

Siendo extranjera, el paso número uno fue contactar con mi embajada y el consulado. Ellos tenían conocimiento de mi estancia en París, por supuesto, mi plaza en la universidad y mi visado estaban en regla, pero el segundo paso era contactar con mi familia.

Mierda…

Lo que para un padre normal podía suponer una noticia preocupante, para el mío, Alexander Harrington, fue digna de celebración. Por fin había encontrado la forma de obligar a su hija descarriada a volver al redil.

Mi padre no vino a buscarme a aquella comisaría, ¿estamos locos?, pero, para asegurarse de que todo ocurría tal y como él quería, envió a su lacayo, Remy Banks, su abogado.

Fue totalmente aséptico. Me sacó de allí con un «Hola, señorita Harrington», como si todos los días viajara a París para rescatar a la hija del mejor cliente de su cartera. Luego, tuvo la deferencia de dejarme ir a mi apartamento a darme una ducha, cambiarme de ropa y hacer mi equipaje con lo básico. Banks se encargaría de enviar a una empresa a por el resto de mis cosas. Porque, detalle importante, mi visado había pasado a mejor vida, pese a no existir cargo alguno que imputarme, así que no me quedaba más alternativa que regresar a EE. UU., con él, por supuesto, como un perro guardián, o un carcelero más bien, que no iba a perderme de vista ni por un instante.

Marie y Lucile, quienes solo habían estado en la comisaría unas pocas horas, apenas pestañeaban frente a Banks, quien organizó el traslado de mis pertenencias y el vuelo a Washington D.C. con un par de llamadas y sin arrugarse la camisa. Y, por último, después de despedirme de ellas sin saber si volvería a verlas, Banks se aseguró de dejarles su tarjeta, por si las moscas.

Y allí estaba yo, en mi cárcel de oro. Mi habitación estaba tal y como la dejé cuando me marché siete meses atrás a París, y no por un sentimiento sensiblero de nostalgia, para que

pareciese que no me hubiera ido, no, sino porque mi padre tenía la esperanza, y el firme propósito, de que yo regresara pronto a casa.

Sentada al tocador, me miré al espejo. Mi cabello rosa no encajaba con el estilo de líneas rectas y paleta de colores claros de nuestro ático en pleno centro de la ciudad, toda yo era una nota discordante, aunque sospechaba que eso no tardaría en cambiar.

De pronto, escuché el golpeteo de nudillos en la puerta.

—¿Sí? —demandé, aunque imaginé que sería Conchita, la mujer del servicio.

Abrió despacio la puerta y apenas se adentró un paso en la habitación, mostrándose servil, aunque también un tanto desconfiada. No me sorprendía realmente. Si imaginaba que yo era digna hija de mi padre, tacharme de niña malcriada era lo más lógico. Desde que yo había llegado a casa esa misma mañana solo había intercambiado un par de frases conmigo, así que no había podido demostrarle lo contrario.

—Señorita, su padre y el señor Banks la esperan en el despacho —me indicó con la mirada gacha.

—Gracias, Conchita —le respondí en tono afable.

Alzó ligeramente la mirada, recelosa, pero, una vez cumplido su deber, dio media vuelta y salió de la habitación, dejándome sola.

Margarita, la anterior asistenta, dado que el humor de perros de mi padre había empeorado tras mi marcha, decidió dejar el trabajo, incapaz de soportarlo más, así que Conchita debía de ser una mujer fuerte y valiente si había aguantado desde entonces.

Quizá podría haberle pedido algún consejo.

Suspiré y me miré de nuevo al espejo.

No tenía escapatoria y tampoco valía la pena dilatarlo más, así que me armé de valor y abandoné mi cárcel para dirigirme, sin lugar a duda, al patíbulo.

Conforme recorría el pasillo, podía escuchar las voces de mi padre y de Banks. Seguramente estaban haciendo cábalas sobre mi futuro, así que apenas golpeé la puerta y entré en el despacho con toda la intención de provocar a mi padre. Era una chiquillada, pero su expresión de sorpresa ante mi irrupción bien lo valió.

—¿Es que en Francia la gente no espera tras la puerta a que los inviten a pasar? —me reprochó.

Yo no respondí. Me limité a cruzarme de brazos y a fruncir los labios con hastío.

—Buenas tardes, señorita Harrington —me saludó Banks.

—Imagino que para mí no tienen nada de buenas —murmuré, levantando la vista hacia el techo.

—Probablemente no. Siéntate —me ordenó mi padre, señalando la butaca situada junto a Banks. Obedecí.

—¿Tu abogado te ha dicho que me detuvieron por error y que no he cometido ningún delito? —dije para que constase en acta.

—Eso díselo a tus amigos gabachos. Ellos son los que han revocado tu visado —espetó mi padre con visible satisfacción.

—Hablaré con la embajada. Es un abuso —declaré disconforme.

—Teníamos un trato, Violet —me recordó mi padre, y yo resoplé, desviando la mirada—. Yo aceptaba que solicitaras esa estúpida beca y tú, cuando volvieras, me ayudarías con la empresa.

—Solo he cursado un semestre, no he terminado mis estudios —alegué, enfadada.

—Has vuelto —sentenció mi padre—. Me importan un cuerno los motivos, el caso es que

ya estás aquí y vas a cumplir con tu parte del trato —añadió, apuntado con un dedo hacia mí de modo acusatorio.

—¿Y si consigo un nuevo visado? —lo desafié, y en su boca se dibujó una sonrisa sesgada.

—Suerte con eso.

Sus ojos se desviaron hacia Banks, y yo me giré hacia él, sabiendo que me daría la explicación que necesitaba.

—La revocación de un visado es un asunto grave, señorita Harrington —dijo con esa voz de sabihondo que me ponía nerviosa—. Es cierto que en su caso es una situación temporal y que tendría la oportunidad de volver a solicitarlo en el futuro, pero…

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —lo interrumpí.

—Meses, quizás años —afirmó, mirando de reojo a mi padre.

—¿Qué? —exclamé—. ¡Pero perderé mi plaza en la universidad!

No podía ser verdad.

Apreté los puños pensando en lo que había supuesto mi única expedición nocturna por París. ¡Para una vez que me había decidido a salir a tomar algo con las chicas! Y de pronto, mi corazón se saltó un latido cuando por mi mente se cruzó Aaron y aquel beso que me había hecho flotar. Me cabreé aún más pues era el momento más inoportuno para pensar en él después de todo lo que había perdido, y mi padre se envaró en su butaca al malinterpretar mi reacción.

—Podemos hacer esto por las buenas o por las malas, Violet —me advirtió.

—¿Me estás amenazando? —inquirí toda digna.

—Debes aprender que lo más sagrado que tenemos es nuestra palabra —reculó, aunque fue de lo más certero al utilizar contra mí las palabras de mi madre.

Cuánto la echaba de menos.

Si la muerte no se la hubiera llevado, en ese despacho se estaría jugando un partido muy distinto. Seríamos tres contra una, pero mi madre no trataría de obligarme, sino de convencerme. Se puede decir que ella era el poli bueno, y mi padre el poli malo. Seguía siéndolo.

Aprovechó mi silencio y agarró una carpeta que tenía sobre el escritorio y la soltó delante de mí. No hice ademán de cogerla, aunque sí estiré el cuello para ver el nombre de la próxima víctima de mi padre.

Según la presentación de nuestra página web, Harrington Investments era la gestora de fondos de capital privado líder en inversiones en empresas que buscaban afrontar nuevos retos estratégicos. Es decir, era el mejor «fondo buitre» del panorama del momento. Y según la etiqueta de la carpeta, la próxima empresa que mi padre quería comprar, desmembrar y vender por partes —a lo Richard Gere en Pretty Woman pero sin encanto ninguno— era Cross Tecnologics.

—Es un bocado fácil —se vanaglorió mi padre. Que le fuera mal a algunos significaba beneficios para él—. Tras varios balances en negativo, no tardará en entrar en concurso de acreedores. Solo hay que hacerles una oferta que no puedan rechazar.

—¿Y para qué me necesitas? —pregunté sin entender.

—La operación es tuya.

—¿Cómo? —exclamé sin poder creer lo que acababa de escuchar.

—Has trabajado en nuestra empresa desde que terminaste la carrera de Económicas, empezaste desde abajo, porque quería que conocieses los entresijos de este negocio y porque no quería que nadie me acusase de favoritismo.

«Ni yo que me llamaran enchufada», quise decir. Además de que tampoco había mostrado excesivo interés en ir ascendiendo puestos en el organigrama porque lo que yo quería hacer

realmente era estudiar Arte. Pintar. Y cada vez estaba más convencida de que mis sueños se iban a ir por el retrete.

—Violet, se acabaron el *piercing* y el pelo rosa —me ordenó—. Ya va siendo hora de que formes parte activa de nuestra empresa —anunció él con aire de orgullo, como si viera en mí su gran obra, mientras que yo solo deseaba no haber sido hija única.



Capítulo 4



El sol ya se escondía tras el bosque. Desde el ventanal de mi oficina en la última planta, podía contemplar la extensión de árboles de apenas cinco kilómetros que separaba el río Hudson de la sede de Cross Tecnologics, enclavada en las inmediaciones del lago Saratoga, a las afueras de Malta. No, no me refiero al archipiélago del Mediterráneo, sino a un pueblecito de unos quince mil habitantes situado a una media hora al norte de Albany, en el estado de Nueva York.

Como toda fábrica de semiconductores, precisábamos de una fuente de agua dulce cercana, y ese fue el escenario que eligió mi padre treinta años atrás cuando, guiado por su intuición, decidió fundar la empresa. Todo un visionario en vista de la importancia que ha adquirido la tecnología, y con extremada rapidez, en nuestro día a día.

Y, sin embargo, Jonathan Cross, mi difunto padre, se habría revuelto en su tumba si hubiera visto el estado lamentable en el que se encontraba.

El problema no era la fábrica en sí. Su extensión de casi medio kilómetro cuadrado —los patinetes eléctricos para recorrerla de punta a punta resultaron una excelente solución para ahorrar en tiempo y en pomadas para los tirones musculares en piernas y glúteos— contaba con varios edificios para albergar equipos de alta tecnología. La planta de fabricación estaba dividida en módulos, cada uno con salas limpias especializadas para el procesamiento de silicio y las distintas tierras raras, y apostábamos por las nuevas tecnologías, por lo que uno de esos edificios estaba destinado a un centro de investigación y desarrollo de vanguardia que, para mi gusto, no explotábamos tanto como deberíamos. Eso sí, por insistencia mía, cumplíamos a rajatabla todo lo que la ley establecía en cuanto a las medidas para reducir el impacto ambiental, incluyendo el uso de energía renovable y la implementación de prácticas de eficiencia energética. Y aquí lo dejo para no entrar en tecnicismos.

En resumen, Cross Tecnologics lo tenía todo para estar en muy buena posición en la carrera de los semiconductores para chips de alta calidad, si olvidábamos los desastrosos balances económicos. En el último tiempo, habíamos perdido un par de contratos muy importantes, lo que era un factor a tener en cuenta en esa debacle. Y lo más curioso, aunque la producción no decaía, no era suficiente para remontar.

Kevin insistía en que el problema residía en la subida de precios de las materias primas y los aranceles de importación, y él debía saberlo bien, pues ese era su campo. Yo me encargaba de la parte de producción y nunca me habría atrevido a poner en duda su trabajo, pero no terminaba de entenderlo. Dicho vulgarmente, no sabía por dónde cojones se nos iba el dinero.

En cualquier caso, era indudable que teníamos problemas muy graves, y en el horizonte se

vislumbraba la posibilidad de tener que cerrar la empresa. Kevin no quería oír hablar del tema, se negaba en rotundo a aceptar ese fin para el legado de nuestro padre, mientras que a mí me invadía la culpa cuando me sorprendía una inoportuna sensación de alivio.

Alguien llamó a la puerta, apartando mi atención de las impresionantes vistas.

—Adelante.

Mi asistente, Max, entró en mi oficina. Trataba de aguantar el tipo, pero no podía esconderme su preocupación.

Me dio una punzada en el corazón.

Ahí residía la fuente de esa culpa que me ahogaba, en nuestros trabajadores.

—Jefe, tu hermano te espera en el coche.

—Gracias, Max.

Y yo volvía a las galeras.

El trayecto hasta Albany era de apenas media hora, pero Kevin lo aprovechó para taladrarme el cerebro y aleccionarme sobre cuál debía ser mi papel en la reunión de negocios, disfrazada de cena, a la que íbamos a asistir. Resumiendo, según él, yo debía oír, ver y callar.

—No entiendo para qué quieres que vaya —me quejé—. No me necesitas para tratar con esa gente.

Kevin apretó las manos alrededor del volante.

—Es lo apropiado, la mitad de la empresa es tuya. Si uno de los socios no acude, creerán que no nos los tomamos en serio —se justificó, sin apartar la vista de la carretera.

—No tienes intención de hacerlo —le recordé.

—Voy a escucharlos —me aclaró—, pero no creo que tengan nada interesante que decir.

Giré la vista hacia la ventanilla. Ya habíamos dejado atrás la interestatal 87 y comenzábamos a bordear la ciudad por uno de los márgenes del río Hudson. En breve llegaríamos al centro neurológico de Albany. Con una población de unos cien mil habitantes, no podía considerarse una gran urbe, pero no faltaban edificios emblemáticos para los amantes de la arquitectura, extensas zonas verdes en las que poder respirar y bares en los que terminar la noche con una última copa. Además, contaba con la mejor universidad del estado en lo que a biotecnología e informática se refería, universidad en la que yo estudié.

La reunión tendría lugar en el Renaissance, un hotel de cuatro estrellas, de los que tienen camas inmensas y suave moqueta de pelo en el suelo. Nos dirigimos a la parte trasera, al aparcamiento, por el que accedimos directamente a la recepción.

El aspecto colonial del exterior del edificio se reflejaba de forma elegante en su interior. El panelado de madera de sus paredes le otorgaba calidez, y las lámparas de araña que colgaban del techo, un toque de distinción. Resultaba acogedor.

No era la primera vez que celebrábamos una reunión en el hotel, además de que Cross Tecnologics era un gran generador de empleo en la zona, por lo que no pasamos desapercibidos para la recepcionista, quien nos dedicó una sonrisa mientras avisaba por teléfono a alguien para que nos acompañase hasta el restaurante. Después, al llegar a la puerta, un camarero tomó el relevo.

Mientras nos conducía a través de las mesas hacia la que teníamos reservada, sentí cómo los nervios se instalaban en mi estómago, seguramente, a causa de la anticipación y la incertidumbre. Ni Kevin ni yo conocíamos en persona a Alexander Harrington, ni siquiera por teléfono, pues solo habíamos tenido contacto con su abogado, un tal Banks, pero la fama de tiburón sin escrúpulos por parte del empresario era bien conocida en el gremio. Ciertamente, no esperaba nada bueno de aquella reunión.

De pronto, el camarero redujo la marcha, estirando el brazo hacia una mesa ocupada por dos personas, un hombre y una mujer. Únicamente podíamos ver la parte superior de su cabello, pues sus caras estaban ocultas tras la carta del restaurante. Cabeza rapada al cero para el caballero, y elegante recogido rubio claro para la señora, o señorita. Por sus manos, que aferraban el menú con inusitada fuerza, parecía joven. Y en sus dedos, finos y largos, no aprecié ningún anillo. Me fijé en eso, no sé por qué, pero me fijé.

En cuanto nos detuvimos frente a ellos, el hombre, que no llegaría a los cuarenta, dejó la carta en la mesa al percatarse de nuestra presencia. En su boca se esbozó una sonrisa, aunque no fue más allá de sus labios. Sus facciones eran rígidas, duras y si no hubiera sido por su traje de cuatro cifras, podría haber pasado perfectamente por gorila de discoteca. Era fácil imaginar los términos en los que se daría la reunión.

—Buenas noches. Somos Kevin y Aaron Cross —nos anunció mi hermano.

El gorila se levantó y alargó su mano, y aunque yo también le ofrecí la mía, mis ojos se desviaron hacia la mujer. Por fin apartó la carta de su rostro, con mal disimulada e incomprensible reticencia. Y pronto entendí por qué.

—Remy Banks, abogado del señor Harrington —se presentó él. En ese momento ya estrechaba mi mano, pero yo no era capaz de apartar la vista de esa mujer. No era posible, ¡debía de ser una mala jugada de mi cerebro!—. Y ella es la señorita Harrington. Violet Harrington —señaló.

Al escuchar su nombre, el corazón se me detuvo durante lo que me pareció un momento eterno para, acto seguido, comenzar a latir enloquecido en mi pecho, como un caballo desbocado. Esa mujer… era… era Violet, ¡mi Violet!

Se puso en pie y saludó a mi hermano con un apretón de manos. Luego se dirigió a mí.

—Encantada, señor Cross —dijo en tono neutro, sin ninguna señal de reconocimiento hacia mí ni en su voz ni en su mirada, pero a mí me recorrió un chispazo de electricidad en cuanto su mano entró en contacto con la mía. Y ella tuvo que notarlo pues apartó la suya como si mi piel quemara.

—El gusto es mío, señorita Harrington —respondí, clavando mis ojos en los suyos, la declaración muda de que la había reconocido.

Carraspeó, recolocando un fino mechón que caía sobre su frente y volvió a tomar asiento mientras a mí me ardía la sangre en las venas.

Kevin se sentó y yo lo imité por puro instinto. No era capaz de apartar la mirada de ella, pese a que había vuelto a ocultar su rostro tras la carta del restaurante.

—Creí que contaríamos con la presencia del señor Harrington —dijo entonces mi hermano.

Banks guardó silencio, mirando de reojo a Violet e incómodo dado que ella no contestaba. De hecho, el menú parecía más interesante que nosotros, así que se vio obligado a darle un suave toque con el codo. Lo miró y él la estudió severo.

—Mi padre se encuentra indispuesto —nos informó, dejando de manifiesto que, en realidad, sí estaba prestando atención—, y ha considerado oportuno delegar en mí esta operación. Confío en que no suponga ningún problema —añadió con tono firme, como si tuviera frente a sí a un par de *señoros*.

—En absoluto. Si es tan guapa como buena en los negocios, estamos en las mejores manos —la aduló Kevin con su sonrisa de baboso, aunque ella no pareció impresionada, al contrario. Aprecié un ligero temblor en las comisuras de esos labios que los míos habían besado, como si hubiera reprimido una mueca de disgusto.

Ya sabía yo que Kevin no le caería bien.

—¿Qué tal el viaje desde Washington D.C.? —les preguntó mi hermano, fingiéndose interesado, aunque no reparé en la respuesta de Banks. Yo ya no estaba allí.

Sin poder evitarlo, mi mente voló hasta París, a aquella noche en la que sentí que un simple beso podía cambiar el destino de un hombre. Solo habían pasado unos días, pero bien podía haber sido una vida entera. Violet parecía una mujer distinta, sofisticada, elegante, incluso refinada. Cabello rubio recogido en un moño con pulcritud, falda negra de tubo y blusa de seda azul celeste, maquillaje suave pero femenino…, el aspecto de toda una mujer de negocios. Ni rastro del piercing, ni de su pelo rosa. Nada. No quedaba ni un solo atisbo de esa chica junto a la que me senté en una acera y a la que le pedí permiso para besarla. Ciertamente parecía una puta broma.

Miré de reojo a Kevin. Admito que se me pasó por la cabeza la idea de que él tuviera algo que ver, pero habría sido demasiado hasta para él. Además, la cena y la reunión avanzaban con normalidad, aunque ella seguía rehuyendo mi mirada. Desconocía qué pasaba por su mente, pero era evidente que no quería dar muestra alguna de que no era la primera vez que nos veíamos.

Joder, vaya con el azar, la providencia o la fatalidad… ¿En qué posición nos colocaba? ¿Violet iba a ser la persona que acabase con mi empresa?

Aproveché la tarea de agente pasivo que me había otorgado mi hermano para observarla, la profunda turbación que sentía no me permitía nada más, mientras la reunión transcurría entre ensaladas gourmet, Merlot y los balances económicos de Cross Tecnologics. Ya solo en el papel habían desmenuzado la compañía hasta su mínima expresión. Activos en bolsa, cuentas bancarias, bienes inmuebles, proyectos en desarrollo…, todo lo que ellos consideraban de valor para venderlo al mejor postor. Y Violet…

Reconocía su voz, no había podido olvidarla, pero cada vez que había pensado en ella, muchas en esos días a decir verdad, me la había imaginado con sus vaqueros rotos y su top de mil colores. Tendría la nariz manchada de pintura, no con aquellas gafas de pasta que en cierto momento decidió sacar de su bolso. Y hablaba con tanta seguridad…, respondiendo sin titubeos cada cuestión planteada por mi hermano.

El término «tiburón en los negocios» suele aplicarse a hombres, pero ella era una verdadera leona en plena caza. Le había dado una dentellada mortal a mi empresa y no pretendía soltarla hasta acabar con ella.

Sin embargo, con el postre, la palabra «trabajadores» se dejó caer sobre la mesa, y yo reaccioné con brusquedad, saliendo de mi letargo.

—¿Qué pretende hacer con ellos? —le pregunté directamente, aunque no la tuteé, por supuesto. Ella había marcado las reglas hasta para eso.

La vi parpadear, confusa, no sé si porque me había dirigido a ella o porque no esperaba la pregunta.

—No le comprendo —dijo, sosteniéndome por fin la mirada.

—Compruebo que lo tiene todo muy bien estudiado, ha diseñado la mejor forma de obtener beneficios tanto para ustedes, por descontado, como para nosotros —recité sin apenas pestañear y esforzándome para que no me fallase la voz—. Pero no veo en ese plan suyo tan perfecto sitio para nuestros trabajadores. Tal vez desconoce el número de empleados con los que cuenta Cross Tecnologics —ironicé. El asunto se prestaba a ello, incluso para el resentimiento que aprecié en mi tono y que a nadie le pasó inadvertido, aunque fuera dedicado únicamente a ella.

El momento más especial de toda mi vida se iba malogrando con cada segundo que pasaba.

Violet tragó saliva antes de responder.

—Mil quinientos.

—Mil quinientos diez —puntualicé, incisivo—, sin contar el empleo indirecto generado en la región por nuestra empresa. Un dato nada desdeñable, ¿no cree?

—Con el dinero que va a obtener, podrá gratificarles con una buena indemnización —alegó, sin inmutarse.

Me di cuenta de que se dirigía solamente a mí, no incluía a Kevin en su discurso.

—Por los servicios prestados —repuse, sin abandonar el sarcasmo.

—Exacto.

—¿Y quién les *gratifica* por los proyectos frustrados, el futuro incierto, los sueños perdidos? —la acusé. Sí, fue un reproche. ¿Ella, que había viajado hasta París para cumplir los suyos, no lo había considerado siquiera?

—Creía que era un hombre de negocios, no un idealista —intervino Banks entonces con lo que bien podría haber sido un insulto. De hecho, Kevin se removió en su silla, incómodo por el comentario al tiempo que molesto por haber contravenido sus indicaciones. Yo, en cambio, alcé la barbilla, digno.

—Mis trabajadores no son un mero número que subrayar en un informe —aseveré—. Deberían haberlo tenido en cuenta antes de presentarse aquí con una propuesta que los deja fuera.

—¿Acaso tiene otras ofertas además de la nuestra? —inquirió el gorila, fingiéndose ofendido.

—La industria de los semiconductores está en pleno auge, ustedes mismos lo han dicho hace tan solo diez minutos. ¿O era simple adulación para que pasásemos por el aro? —les cuestioné, eludiendo deliberadamente la pregunta del abogado—. Tengo pleno conocimiento de lo que vale mi empresa, al igual que sé que, una vez finalizada esta operación, sus beneficios triplicarán los nuestros.

—Al menos los tendrán —espetó él—. Cross Tecnologics va camino de la ruina.

—Pues puestos a perder, perdamos todos —sentencié, marcándome un farol.

Noté la mirada matadora de Kevin sobre mí. Él había acudido a la reunión dispuesto a rechazar la propuesta, pero le tocaba la moral que yo hubiese decidido llevar la voz cantante.

Y lo hecho hecho está. Ya no podía echarme atrás.

—Esto es ridículo… —farfulló Banks, hasta que Violet alzó una mano, exigiéndole silencio. Y aunque obedeció, la fulminó con la mirada. Por un segundo creí que iba a arrancársela de un mordisco ante su osadía.

—¿Qué propone, señor Cross? —me preguntó.

—Reasignación —pronuncié sin titubear, aunque me sentía al borde del colapso. Yo no era el de las confrontaciones, ni en mi vida personal, por pura cobardía, ni en el profesional, pues de eso se encargaba Kevin.

Banks dejó escapar una carcajada malsonante, pero yo no aparté los ojos de ella. Estaba sorprendida, aunque apreció algo más en su mirada que no fui capaz de descifrar.

—No es factible buscar o crear puestos de trabajo para mil quinientas diez personas —alegó, y yo negué con la cabeza.

—Lo es para una compañía como Harrington Investments. Yo también me he estado informando. —Lo cual era mentira.

Se produjo un silencio tenso en el que los dos bandos se medían, y por un instante creí que la doblegaría, momento en el que Banks decidió tomar la batuta.

—Lo único que podemos concederles es una semana —sentenció, comenzando a recoger todos los documentos de la mesa—. Yo debo regresar a Washington, pero la señorita Harrington

permanecerá aquí a la espera de su respuesta.

Violet lo miró, tratando de disimular la sorpresa y la indignación que evidentemente sentía ante aquella decisión en la que ella no había tenido ni voz ni voto, y a mí me molestó que la tratase como una simple marioneta a su merced. Aun así, en pleno conocimiento del papel que estaba representando, Violet sacó una tarjeta de visita y la dejó sobre la mesa, delante de nosotros.

Fue Kevin quien se hizo con ella. Maldición…

—Ella tiene total potestad para cerrar la operación, en un sentido u otro —añadió Banks inflexible—. Confío en que se decanten por la opción más beneficiosa para ambas partes. Ha sido un placer.

Dicho esto, se levantó y miró a Violet, instándole a hacer lo mismo. Ella desoyó su orden durante unos segundos en los que se permitió mostrarse disconforme, aunque acabó obedeciendo.

—Buenas noches —dijo tras coger su bolso y la chaqueta. Después, guiada por Banks, abandonaron el restaurante.

Y yo me aflojé la corbata, permitiéndome respirar.

Joder…

—Bravo, hermanito —murmuró Kevin de pronto, y lo miré con disgusto, pues siempre que utilizaba aquel diminutivo era para burlarse de mí—. Estás hecho todo un empresario.

—Vete a la mierda.

—¿Qué parte de déjamelo a mí no has entendido?

—Deberías darme las gracias —le espeté—. Venías dispuesto a negarte, y te he entregado en bandeja una excusa. Podrías haber rechazado el plazo de una semana que nos ha ofrecido.

—¿Y perderme la diversión? —dijo con una sonrisa sesgada que me produjo un escalofrío.

—¿Diversión?

—La «señorita Harrington» —pronunció con sonsonete— es la chica con la que te liaste en París.

—¿Perdona? —exclamé, mirándolo como si estuviera loco.

«Mierda, mierda, mierda…»

—Ya no tiene el pelo rosa, pero es ella —se jactó.

—Te confundes —aseveré, sacudiendo las manos.

—Puedes negarlo las veces que quieras —insistió. Cuando algo se le metía en la cabeza…

—Se te ha ido la pinza —murmuré, dejándolo por imposible. Incluso me puse de pie, aunque tiró de mí para volver a dejarme encajado en la silla.

—¿Violet? ¿No fue ese el nombre que dijiste mientras aquella puta te la meneab…?

—¡Cállate! —le exigí, cogiéndolo de la pechera de la camisa. A tomar por culo el teatrito y fingir.

—Suéltame. ¡Ya! —me ordenó en un susurro tan autoritario como el más fuerte de los gritos—. Ni se te ocurra armármela aquí.

Obedecí y se recompuso la ropa con disimulo, mirando a un lado y a otro con rapidez para asegurarse de que nadie se había percatado de lo ocurrido. Por suerte, el restaurante ya estaba casi vacío.

—Olvídate de una jodida vez de aquello —me recomendó.

—Que me olvide… —refunfuñé, fulminándolo con la mirada.

—¡Sí! Y piensa un poco. Date cuenta de lo que significa.

—¿De qué me tengo que dar cuenta? —inquirí, temiéndome lo peor—. ¿En qué estás

pensando?

—En una inyección de capital —me respondió, alzando las comisuras en una sonrisa taimada.

—¿Te estás oyendo? —Solté una carcajada que sé que le jodió, aunque disimuló muy bien—. Por si no te has enterado, Harrington Investments no va a invertir su dinero para salvar nuestra empresa, sino para despedazarla.

—A no ser que tú convenzas a esa mujer de que es la mejor solución para todos. Incluso para ti —recalcó esas tres palabras.

Me tensé. Kevin no daba puntada sin hilo, nunca hablaba en vano, y yo temía preguntar qué pasaba por su mente maquiavélica. No lo hice. No era necesario.

—Sé de tus conversaciones con Kathy Hofmann para entrar en el partido.

¡Bum! Bomba va.

Sentí que palidecía, que toda la sangre abandonaba mi cuerpo. Se avecinaba tormenta.

—¿Ahora me espías? —me mostré ofendido, aunque sabía que a Kevin se la bufaría mi indignación.

—¿Pensabas dejarme en la estacada? —contraatacó. Él siempre era el protagonista de la película.

—Claro que no… —traté de explicarme.

—¿Cuándo ibas a decírmelo? —me reprochó sin querer escucharme—. ¿No es suficiente perder la empresa de mi padre que tú también vas a dejarme tirado?

—También era mi padre. Y estoy aquí, ¿no? —le recordé—. A pesar de que solo me querías para hacer de monigote en tu pantomima.

—Pues has hecho de maravilla tu papel de monigote —ironizó—. No solo nos has otorgado más tiempo, sino que vas a conseguir que la empresa salga a flote.

—No sabes lo que dices —negué con la cabeza.

—Piénsalo —murmuró, inclinándose hacia mí—. Me queda claro que Cross Tecnologics te importa una mierda, pero…

Quise defenderme, porque no era cierto, aunque me lo impidió.

—Tranquilo, lo acepto —dijo en tono conciliador, dejándome mudo con su cambio de actitud. Miedo me daba—. Tienes otras metas, pero yo quiero seguir dirigiendo esta empresa. Y piensa también en nuestros trabajadores, ¿o era puro cuento?

—No —aseveré.

—Dudo que una reasignación sea posible, y si lo fuera, podrían mandarlos a cientos de kilómetros de Albany. ¿Es eso lo que quieres para ellos, para Max?

Qué cabrón era, qué bien sabía dar donde más dolía.

—Pues depende de ti que no sea así —me espetó, dejando caer toda la responsabilidad sobre mis hombros. La noté pesada, como una losa.

—¿De mí? ¿Y qué coño quieres que haga? —inquirí de malos modos.

—Precisamente, centrarte en el de Violet —dijo con una sonrisa de lo más obscena, y a mí me subió una bola amarga por la garganta.

—¡Eres un cerdo! —le grité, y él me lanzó una de sus miradas amenazantes con las que era capaz de enmudecerme. Y, en silencio, lo maldije.

—Es un juego tan antiguo como el mundo —alegó en tono bajo, me pareció malévolo—. ¿Acaso la Historia no está llena de mujeres que han hecho caer imperios con sus malas artes? Nadie dice que los hombres no podamos jugar con sus mismas reglas. Bastará con que dejes de pensar con esta —apuntó hacia mi cabeza— para hacerlo con esta —señaló hacia mi

entrepierna—. Fóllatela. —Y yo lo aparté de un manotazo.

Su reacción fue echarse a reír. Porque se estaba divirtiendo. ¿Y cómo no hacerlo? Ponía el futuro de la empresa en mis manos al tiempo que me humillaba. Negué con la cabeza, pero sé que mi opinión se la bufaba.

—Es lo mejor para todos, Aaron —confirmó mis sospechas—. Yo me quedo al frente de la compañía, tú te dedicas a la política y tan amigos. Hasta me olvidaré de tu puñalada trapera —puso la puntilla.

—Joder, Kevin…

Me ignoró y se puso en pie.

—¿Te llevo a casa? —me preguntó como si nada hubiera pasado, como si no me acabara de meter en una puta encrucijada. Cuando actuaba así, parecía bipolar, y me tocaba los huevos, porque a mí me dejaba hundido en la mierda mientras él se quedaba tan tranquilo.

—Iré paseando —decidí. Sabía que me seguiría machacando y ya había tenido suficiente.

—Como quieras. —Se encogió de hombros—. Nos vemos el lunes. Aprovecha el fin de semana para pensarlo.

—¿No vas a venir mañana al partido? —le pregunté, aunque sabía la respuesta.

—Bridget y yo tenemos cita con el organizador de bodas.

Alcé el rostro para mirarlo. No tenía ni idea de si era verdad o no. No solía comentar conmigo sus planes, aunque él sí se tomaba la libertad de indagar para saber los míos.

—Faltan dos semanas para la boda y parece que quedan más cosas por hacer que al principio —se quejó.

Dos semanas…, y para entonces, la empresa estaría sentenciada, para bien o para mal.

—Sería un regalo de bodas estupendo —añadió como si hubiera leído mi pensamiento.

Qué cabrón.

Luego, se marchó, dejándome allí sentado, sometido a aquella vorágine que me vapuleaba por dentro.

Me serví una copa de Merlot y me la bebí de un trago. ¿Qué cojones iba a hacer?



Capítulo 5



Seguí como pude la estela de furia de Banks hasta el vestíbulo. A esas horas de la noche apenas había nadie y tenía vía libre para echarme la bronca a su antojo. Yo fingí un conato de fastidio y me senté en una de las butacas. Mis piernas temblorosas apenas me sostenían en pie, bastante habían hecho con llevarme hasta allí. Mi caballero victoriano…

¿Cómo era posible? De los miles de millones de personas que pululan por el mundo, ¿tenía que ser precisamente él? Había pensado en Aaron más de una vez en esos días, muchas en realidad, sobre todo desde que había vuelto a pisar suelo estadounidense. Era ridículo y disparatado, pero haber cruzado el Atlántico me acercaba a él de cierta forma. Al menos, compartíamos continente, país…, uno de diez millones de kilómetros cuadrados y trescientos millones de habitantes, ¿qué probabilidad había?

Había tenido un poco de ventaja, ya lo había visto entrar al restaurante, guiado por el camarero, y decidí ocultarme tras el menú del restaurante para que Banks no percibiese mi turbación. Tuve la tentación de volver a mirarlo para asegurarme, pero no había lugar para equívocos. Mi corazón latía al borde del infarto.

Aproveché los segundos que faltaban hasta que alcanzase nuestra mesa para respirar hondo y tratar de tranquilizarme. Cabía la posibilidad de que no me recordase, ¿por qué habría de hacerlo?, o de que no me reconociera debido a mi cambio de aspecto. Recé para que así fuera, aunque su cara de pasmo al verme convirtió mis súplicas en cenizas.

Dios, estaba de un guapo que mareaba…, y me hormiguearon los labios al recordar por enésima vez el tacto de los suyos.

No sé por qué mi primera reacción fue fingir que no nos conocíamos. A decir verdad, ninguno de los dos éramos los mismos, un chico y una chica que habían compartido acera en una calle de París. Los mismos que se habían besado en un desafío al destino. Ahora, él no era más que un empresario y yo quien debía despedazar su compañía.

Me costó la vida aguantar el tipo. No habló durante toda la cena, era su hermano Kevin —qué malsonante ese nombre— quien dirigía el cotarro, pero podía notar su mirada indagatoria sobre mí. Por un momento quise gritarle, exigirle que dejara de torturarme, ¿qué culpa tenía yo de lo que estaba ocurriendo? Necesitaba que esa reunión terminase de una buena vez, alejarme del influjo de esos ojos en los que me perdí una vez y sentirme a salvo. Hasta que, en cierto punto, al hablar sobre los trabajadores, Aaron dio una brazada para salir a la superficie y tomó la batuta.

«¿Qué pretende hacer con ellos?»

Sentí una punzada ante su frialdad, aunque ¿no había sido yo la que había marcado distancia en un primer lugar? Después, la incredulidad por su planteamiento. No desmenuzaban su empresa todos los días, por lo que quise creer que se trataba de puro desconocimiento. «Indemnización» era la palabra clave, pero él la rechazó de pleno.

Había una suerte de ataque en su discurso, un reproche velado hacia mí que nadie entendió pero que a mí me golpeó en mitad del pecho. ¿Cómo explicarle que mis sueños también se habían roto, la misma noche en que lo conocí?

Lo que Banks consideraba un mero trámite se había convertido en un callejón sin salida. Y mientras me aleccionaba en aquel vestíbulo como a una niña pequeña, con instrucciones precisas para no perder esa operación que tanto él como mi padre consideraban hecha, yo me agarraba al asiento para no salir corriendo.

—Mañana debo salir muy temprano hacia el aeropuerto, así que voy a la recepción a avisar de que su estancia se va a alargar una semana —me indicó, haciéndome un gesto con la mano para que me levantase.

—En ese caso, vuelvo a mi habitación. Buen viaje —me despedí. Quizá tendría que haberle agradecido que hiciese la gestión por mí, pero ¿no era él quien lo había decidido *motu proprio*?

—Señorita Harrington —me detuvo antes de que me alejara—. No olvide la importancia de esta operación para su padre. Aaron Cross no es más que un ingeniero del tres al cuarto que no puede convertirse en una piedra en su zapato —alegó, elevando una comisura en gesto de desprecio.

Venga, hundamos un poquito más en la miseria a Violet.

¿Tan tonta me creía? Era muy consciente de que necesitaba aquel tanto para congraciarme con mi padre. Si quería tener una mínima posibilidad de volver a París, debía cerrar la operación en nuestro beneficio en el plazo de una semana, antes preferiblemente. Pero ¿cómo combatir las náuseas que me producía pensar que podía significar la ruina de Aaron?

—Estaremos en contacto —concluyó.

Yo asentí con un cabeceo seco y me encaminé hacia los ascensores mientras que él se dirigía a la recepción. Al llegar a la habitación, dejé caer el bolso y la chaqueta sobre la cama, me deshice de los zapatos de tacón, lanzándolos a un rincón, y tiré de las horquillas que sujetaban mi cabello. Luego entré en el baño para refrescarme la cara. Por suerte, mi maquillaje era resistente al agua, o habría parecido una payasa. ¿Acaso no iba a hacer el papelón de mi vida de todas formas?

Al mirarme en el espejo, apoyé los dedos en el reflejo de mi rostro húmedo. Deseé que la superficie cristalina se convirtiese en blandiblú y que Morfeo se materializase detrás de mí, ofreciéndome una pastilla roja y otra azul, y asegurándome que aquello no era más que una simulación.

Cogí una toalla de mano y me sequé la cara. Después volví a la habitación y fui hasta el minibar. No soy partidaria de ahogar las penas en alcohol, solo obtengo un dolor de cabeza y que los problemas sigan ahí a la mañana siguiente, así que revisé una cajita de infusiones, cortesía del hotel, hasta encontrar una tila. Luego, cogí una botellita de agua y llené el hervidor eléctrico, tras lo que lo encendí. Mientras se calentaba, vacié un sobrecito de azúcar en una taza. El subidón de glucosa no me dejaría dormir, pero es que necesitaba pensar. ¿Qué iba a hacer? La vía rápida era que Aaron aceptase nuestra oferta, pero eso sería demasiado fácil para esta historia que ya se había tornado en rocambolesca.

Aún no terminaba de calentarse el agua cuando escuché que llamaban a la puerta. Seguro que a Banks se le había olvidado darme alguna indicación más, por lo que acudí a abrir de mala

gana. Había un espejo cerca de la entrada. Mi aspecto era horrible, pero el abogado ya me había visto en peores situaciones, como en aquel calabozo de París, así que, antes de abrir, me atusé el cabello y poco más.

—¿Qué es lo que…?

Mi queja se diluyó por el amplio corredor. Iba a necesitar doble ración de tila.

—Aaron… —murmuré, atónita.

—¿Ahora nos tuteamos? —inquirió con un reproche que me merecía solo a medias. ¿Qué narices quería el universo de mí?

—Lo que prefiera, señor Cross —respondí, alzando la barbilla. ¿No se daba cuenta de que yo también era una víctima?

Suspiró un tanto mortificado. Estábamos lo bastante próximos como para que su exhalación me alcanzase el rostro. Había sentido su aliento mucho más cerca, cálido y masculino, y me sostuve con disimulo de la hoja de la puerta cuando me asaltó el recuerdo. Y guardé silencio, esperando a que fuera él quien dictase sentencia.

—¿Me permites pasar? —preguntó en un tono más suave, aunque se notaba que seguía enfadado.

Yo no respondí, pero me aparté de la entrada, segura de que aquel simple movimiento podía costarme muy caro. Según mi padre, estaba a punto de confraternizar con el enemigo, aunque no había que olvidar que la primera toma de contacto había tenido lugar días antes y de forma más que satisfactoria.

Cerraba la puerta cuando comenzó a pitar el hervidor de agua, así que me apresuré a apagarlo.

—¿Gustas una tila? —le ofrecí mientras preparaba mi taza, adoptando un papel bastante penoso de anfitriona—. ¿O prefieres algo más fuerte?

—Estoy bien, gracias —respondió por simple cortesía.

—Bravo por ti —mascullé molesta. ¿Iba a ser la única tonta de la historia?

—No era eso lo que quería decir.

Resopló y se pasó una mano por su largo cabello, ese que me quedé con las ganas de acariciar aquella noche.

—¿Qué querías decir entonces? —demandé un tanto hostil.

Él guardó silencio, tan incómodo como yo y meditando sobre qué respuesta darme.

—Esa noche, cuando regresaba a mi hotel, pasé de nuevo por aquella calle —me confesó entonces con un hilo de voz, y yo dejé la taza en el mueble. Sentía de repente las extremidades flojas y no quería abrasarme con el agua hirviendo—. Tú ya no estabas y la policía había precintado el local.

Vi que se mordía el labio, como si quisiera decir algo más que le avergonzaba profundamente. ¿Te imaginas que hubiera pensado en recorrer todas las comisarías de París, buscándome?

—Me… Me preocupé —optó por decir. Creo que obvió información, pero me valía.

—Ya ves, estoy perfectamente —respondí, encogiéndome de hombros en un intento de aparentar indiferente.

—No me lo parece —objetó, señalando la taza de humeante tila.

Yo di un paso atrás y me crucé de brazos, cerrándome en banda, más bien tratando. La anticipación me estaba matando. ¿Qué era lo que quería? Seguro que había tenido que sobornar a la recepcionista para averiguar mi número de habitación, ¿y para qué?

Entonces, alargó su mano hacia mí y aligeró la tensión de su rostro.

—Me llamo Aaron Cross. Encantado de conocerte.

Estuve tentada de negarme. Ese era un acto simbólico para hacer borrón y cuenta nueva, y yo no quería olvidar el momento compartido con él. No es que esperase que me tomara en brazos a lo Richard Gere —sí, me encanta, creo que ha envejecido de maravilla— en *Oficial y caballero* y me sacara de allí como a Debra Winger, pero tampoco hacer como si nunca hubiera sucedido. La desilusión me pellizcó el corazón al suponer que aquel beso solo había sido algo especial y mágico para mí. Y de ser así, definitivamente el universo era un poquito cabrón, pues no necesitaba que me lo plantara en las narices y me restregara por la cara lo ilusa que era. Habría preferido no verlo nunca más y atesorar para siempre mi fantasía de lo que podría haber sido.

Acepté mi destino con resignación.

—Violet Harrington. Igualmente.

Y estreché su mano. Era la segunda vez en esa noche, pero me estremeció igual que la primera, y como yo tenía las de perder, hui de su tacto.

—Y ahora, ¿qué? —demandé a la defensiva.

—No puedo disuadirte para que dejes mi empresa en paz, ¿verdad? —me tanteó, y yo gemí al temerme lo peor.

Chantaje emocional, no, por favor.

—Tranquila —dijo al ver mi mortificación. Alzó las manos en gesto conciliador y un esbozo de sonrisa se dibujó en sus labios. Me dio un vuelco el corazón al recordar que era mucho más guapo cuando sonreía—. Vayamos a algo más fácil. ¿Me invitas a esa tila?

Reprimí un grito de liberación y asentí. Me gustó pensar que estaba nervioso, como yo, aunque la posibilidad de que se debiera a que su empresa estaba en mis manos fue un disparo mortal a mi esperanza.

La habitación era amplia y contaba con una mesa y un par de sillas, así que las señalé, invitándole a tomar asiento. Al cabo de un momento, dejé las dos infusiones en la mesa, de una en una. Temblaba tanto que llevar una taza con las dos manos ya entraba en la definición de malabarismo. Luego, me senté frente a él.

—Gracias —murmuró. Después, nos dio unos segundos a ambos para tomar un sorbo. Me reconfortó al instante. Noté que empezaba a tranquilizarme, sobre todo al comprobar que Aaron no parecía estar en pie de guerra.

—Lo lamento —quise justificarme—. Yo desconocía… No sabía que tú…

Agitó una mano y me interrumpió. Di un respingo. No estaba tan calmada como creía.

—¿Por qué no empezamos por el principio?

Parpadeé sin comprender.

—¿Tú… Tuviste problemas? —preguntó titubeante—. El taxista me dijo que podría haber sido una redada.

Así que era cierto que se había preocupado por mí… Quietas, maripositas…

—Me detuvieron.

—Joder…

—No había motivo —quise aclararle—, pero, al ser extranjera, todo se complicó. Consulado, embajada…

Lo noté pensativo, como si aquello fuera algo que él ya se hubiera planteado.

—Me retiraron el visado y me vi obligada a volver —le resumí.

—Pero ¿y tus estudios? —inquirió, ceñudo.

Así que me había prestado atención…

—Es muy posible que pierda mi plaza en la universidad —lamenté, y por su expresión, él

parecía lamentarlo conmigo.

—Yo… Lo siento —me dijo, y me pareció tan sincero que me turbó—. ¿Por eso has decidido tomar el relevo en el negocio familiar?

—No lo decidí yo —respondí con un resoplido—. Es complicado.

—Te escucho —me propuso—. Creo que hay mucho en juego.

Lo observé, preguntándome si se refería a su futuro o al mío. Su interés parecía genuino, tanto que por un segundo estuve a punto de contarle toda mi vida. La insatisfacción de un padre que no pudo tener un hijo varón. Su falta de cariño hacia su más que decepcionante hija. La culpabilidad de mi madre por lo frágil de su salud. Su muerte…

—Solicité una plaza en un programa de estudios para extranjeros en la Escuela de Les Beaux-Arts de París, a espaldas de mi padre —hice hincapié—. Fue el último de una sucesión de intentos, según él, de llevarle la contraria. Porque él siempre ha querido esto. —Me señalé—. Aceptó con una condición. Si mi plan fracasaba, yo volvería a casa con las orejas gachas y el rabo entre las piernas para formar parte activa de Harrington Investments —recité con ironía.

—Y yo soy tu primera víctima —dedujo él.

—¿Crees que esto es fácil para mí? —me defendí un tanto vehemente—. Esto es… Demonios. —Me pasé una mano por la frente—. No puedo mandar a la mierda una operación de millones de dólares así, sin más.

—No es «así, sin más» —replicó él—. Estamos hablando de personas. De sus planes de futuro, sus sueños…

—Eso ya lo has dicho. Con tu reproche en la cena ha sido suficiente —lo atajé.

—No era un reproche.

Torcí el gesto con aire disconforme.

—De acuerdo, sí lo era —admitió—. Es que no entendía nada. ¡Sigo sin entenderlo! En París me dijiste que habías encontrado el valor para hacer lo que querías de verdad. Pintar —añadió con la misma pasión con la que yo cogía mis pinceles. Algo que no sabía cuándo volvería a hacer.

—Ya no soy esa chica, Aaron. Creo que es evidente. —Me señalé de nuevo. En realidad, apunté hacia mi cabeza.

—Y yo creía que estábamos de acuerdo en que no eres «la chica del pelo rosa», sino Violet —dijo en tono suave, confidente. Tuve ganas de maldecirlo. ¡Nada de chantaje emocional!

Me puse en pie y le di la espalda.

—Aaron, yo… —Suspiré, agotada—. ¿Qué quieres que haga?

—Concédeme esa semana.

¿Qué?

Me giré hacia él, completamente atónita, para toparme con su, por lo menos, metro ochenta y cinco muy cerca de mí, como nunca antes. Yo mido uno setenta, no está mal para una chica, pero me sentí pequeñita a su lado. ¿Sus hombros siempre habían sido tan anchos?

—¿A… a qué te refieres? —alcancé a preguntar. Sabía que no estaba hablando de quedarnos encerrados en mi habitación esos siete días y terminar lo que empezamos en París, pero el abanico de posibilidades era demasiado amplio. Me sorprendí pensando que diría que sí a todas y cada una de ellas si Aaron formaba parte del trato.

—A que conozcas realmente mi empresa. —Me desinflé un poco, la verdad, esa posibilidad en concreto no me la había planteado, aunque, si era justa con él, de eso era de lo que estábamos hablando, ¿no?—. Tu abogado ha hecho todo un despliegue de documentos para desmembrar mi empresa como si fuera una operación quirúrgica. Un brazo por aquí, una pierna por allá…

Tuve que contener una carcajada ante su símil. Aquel asunto no era una broma, así que bajé el rostro y me mordí el interior de la mejilla para volver a mi expresión seria. Sin embargo, al levantar la mirada me topé con su sonrisa, tan bonita como recordaba. Maldito… Noté que me caldeaba por dentro y que me flojeaban las piernas. Y se me escapó la risa tonta.

—Perdona —me disculpé al instante—. Es que, menuda comparación.

—Ya —murmuró con cara de circunstancias mientras se rascaba la nuca, como un niño travieso que sabía que había hecho de las suyas—. Entonces, ¿aceptas?

—¿Aceptar qué, exactamente? —demandé con curiosidad y esperanza. El abanico volvía a abrirse.

—¿Has traído ropa deportiva? —preguntó, señalando mi maleta de fin de semana, olvidada en un rincón.

—Me temo que no —respondí sin saber a dónde quería llegar—. El plan era volver mañana a Washington D.C. No contaba con que el dueño de Cross Tecnologics me lo fuera a poner tan difícil —añadí un tanto sugerente. Dios, ¿estaba coqueteando con Aaron?

—Y más que te lo voy a poner —murmuró para el cuello de su camisa, aunque alcancé a escucharlo. Abrí la boca, sorprendida—. En el hotel hay tiendas. Te recojo mañana a las nueve y media —agregó, como si nada, y se dirigió hacia la puerta.

—Espera —le pedí, siguiéndole—. ¿A dónde…?

—Te aconsejo que compres también una gorra —dijo, abriendo para marcharse.

—Pero…

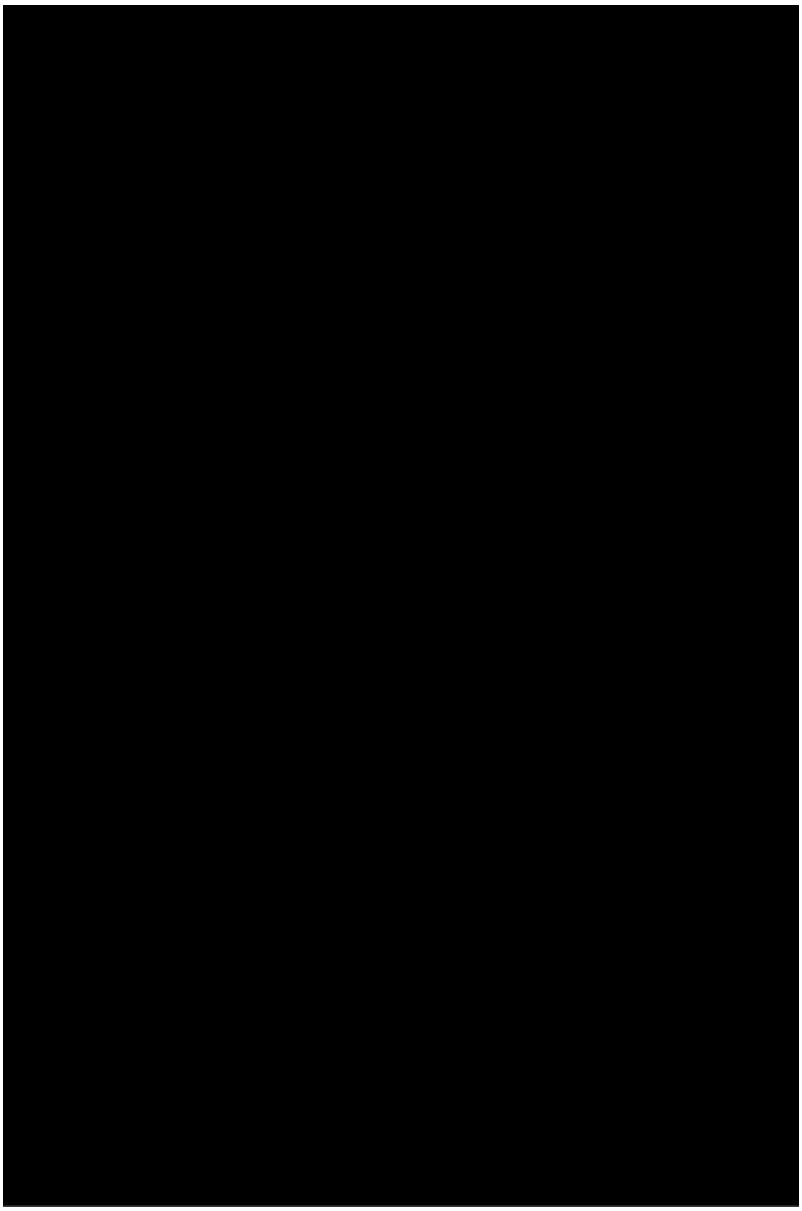
—Hasta mañana —canturreó, volviendo a ignorarme, con toda la intención.

Salió al corredor, aunque no había dado un paso cuando se volvió hacia mí. Yo estaba apoyada en el quicio de la puerta, y me estremecí al volver a tenerlo tan cerca. Era ilógico que lo hubiera hecho para besarme, pero en mi abanico existía la posibilidad, en la varilla más remota, sí, pero ahí estaba.

Me miró a los ojos, pero después los suyos viajaron hasta mis labios. Me los humedecí con la lengua. Fue un impulso, lo juro, como habría jurado que se había inclinado ligeramente sobre mí.

—A pesar de todo, me alegra muchísimo que nos hayamos encontrado de nuevo —me susurró, y yo sentí que me derretía.

No pude hacer otra cosa que asentir, seguro que con cara de boba mientras me agarraba con fuerza al marco de la puerta. Debería haberle dicho que yo también, pero perdí la ocasión. Un segundo después dio un paso atrás y, esta vez, sí se marchó. No entré en mi habitación hasta que lo vi desaparecer por el corredor. Tras cerrar, apoyé la espalda en la puerta y coloqué una mano sobre mi pecho. Mi corazón no iba a aguantar toda una semana latiendo a tantas pulsaciones por minuto.



Capítulo 6

Cuando saliste del hotel, aún te preguntabas qué acababa de ocurrir. Tú, que pensabas que lo tenías todo controlado, había resultado toda una sorpresa. Pero se dice que no hay mal que por bien no venga, y esa intervención iba a facilitar las cosas.

Ya en el coche recibiste una llamada, *esa* llamada.

—¿Todo bien?

—Sin novedad en el frente —bromeaste—. ¿Por?

—Solo quería cerciorarme.

—Irá como la seda —afirmaste con pedantería.

—¿Necesitas que te allane el camino? —te ofreció entonces.

—De momento, no.

—¿Todo controlado entonces?

—Donde queríamos —le aseguraste—. Diría que incluso mejor.

—Si tuviera que intervenir…

—No creo que sea necesario —le quitándole hierro al asunto.

—De todas formas, no lo descartes —objetó—. Nunca hay que descartar ninguna posibilidad. Hay mucho en juego.

—Lo sé.

—Seguimos en contacto.

—De acuerdo.

Pese a tu seguridad, tras colgar, repasaste lo sucedido en la cena. Sí, dejando a un lado las salidas de tono, todo había ido bien.

Siete días… Podían suceder tantas cosas en una semana… Por eso te mantendrías alerta. Creerían que te mantendrías al margen, pero sobrevolarías sus cabezas sin que lo sospechasen siquiera. Como el buitre negro, que planea por el cielo en busca de una presa sin emitir sonido o reclamo alguno.

A fin de cuentas, en el antes de la vida y en el después de la muerte, solo hay silencio.



Capítulo 7



Esa noche soñé con Violet. Era de esperarse. En esos días había pensado muchas veces en ella, sobre todo al acostarme, con su top de colores y, por qué no admitirlo, también sin él. Era lo que me quedaba tras haberse convertido en una fantasía, cual estrella inalcanzable. Pero, de pronto, no solo podía tocar esa estrella, sino quemarme con ella, y esa noche, mi mente decidió recrearse en un simulacro bastante realista del que me había despertado tembloroso y con los calzoncillos empapados. Era la única ropa con la que duermo, así que tocaba cambio de sábanas.

Me metí en la ducha para espabilarme y limpiar los restos de mi polución nocturna, aunque esa pérdida de semen involuntaria no había sido suficiente para mi libido. Esta vez, la pérdida de semen fue voluntaria y satisfactoria. ¿Por qué no imaginar cómo sería compartir con ella aquella ducha? El agua tibia cayendo sobre nosotros, ya calientes por la excitación. Violet jadearía cuando su espalda diese contra los azulejos fríos al tiempo que notase la presión de mi cuerpo ardiente por ella. Yo la besaría con ganas, con todas las que se habían ido acumulando en mí desde aquel primer beso en París. Mi lengua rozaría la suya y nos beberíamos nuestros gemidos de deseo al saborearnos. Entonces, sería su mano la que acariciaría mi polla mientras yo torturaría su clítoris con mis dedos, mojado y resbaladizo a causa del jabón y el placer. Y antes de correrno, la agarraría por los muslos, la alzaría para que me rodeara con ellos y me clavaría en su interior, moviéndome dentro y fuera de su cuerpo con fuerza, hasta hacerle gritar mi nombre cuando alcanzase el orgasmo.

Y yo me vertí sobre mi mano, gimiendo el suyo.

Apoyé la frente en los azulejos, con las piernas flojas y la respiración agitada. Tras darme unos instantes para recuperarme, giré el mando hacia el agua fría y aguanté varios segundos bajo el chorro helado para tratar de despejarme y abandonar aquella nebulosa libidinosa matutina, aunque no era fácil. Porque ella habría salido corriendo de la ducha, huyendo del frío, y yo la habría perseguido hasta mi habitación, hasta mi cama, donde la atraparía bajo mi cuerpo. En lugar de secarla, la habría mojado aún más porque habría barrido todas las gotas de agua de su piel con mi lengua, sus labios, su cuello, sus pechos, primero un pezón y después otro, y habría bajado hasta su ombligo. La habría hecho sufrir, solo un poco, hasta que se arquease hacia mí, retorciéndose de deseo, y hundiera sus dedos en mi pelo, pidiéndome que bajase más. Y a mí me encantaría hacerlo, habría lamido sus pliegues, su entrada, haciendo que su cadera se moviera con el ritmo de mi lengua, y habría chupado su clítoris hasta que se corriera de nuevo, contra mi boca.

Gemí recreándome en la imagen que se había formado en mi mente de una Violet desnuda y

saciada. Apenas la conocía, así que no tenía ni puta idea de cuáles eran sus gustos en la cama, aunque a mi imaginación calenturienta no parecía importarle aquellos detalles en absoluto. Sentí de nuevo el hormigueo de la excitación en mis testículos y en la base de mi polla. Joder… Parecía un adolescente en plena explosión hormonal.

Aguanté un poco más bajo el agua fría para congelar mis ánimos. Luego, eché mano de mi fuerza de voluntad, que no a la citada parte, y salí por fin del baño. Corría el peligro de entrar en una dinámica de círculo vicioso sin fin en el que cuanto más pensaba en ella más la deseaba.

Mientras me vestía y ya en mis cabales, me adentré en otro tipo de niebla de colores menos agradables, con pinceladas oscuras de compromiso y aroma a rancia culpabilidad. Las palabras de Kevin resonaron en mis oídos, y sentí una punzada de consternación al comprender que, de nuevo, mi hermano trataba de manejarme a su antojo, a su beneficio, y yo parecía dispuesto a dejarme.

Era muy posible que no me hubiera atrevido a ir a la habitación de Violet si no hubiera sido por su sermón.

¿Era eso lo que quería, valerme de alguna treta o engaño para convencerla de que me ayudara a salvar nuestra empresa? ¿De verdad quería salvar Cross Tecnologics?

La alarma de mi teléfono sonó, sacándome de mis pensamientos. Me desagrada hasta el infinito llegar tarde a mis citas, así que programo varios avisos que me ayudan a controlar mi tiempo. En ese momento, me quedaban cinco escasos minutos para salir de casa y no llegar tarde a recoger a Violet.

Bien pensado, aquello no era una cita, ¿verdad? Quizá Violet se había visto un tanto forzada a aceptar que nos viéramos, lo que era bastante desalentador.

Tras tomarme un café rápido, cogí mi mochila y me eché un vistazo en el espejo antes de irme. Definitivamente, ir con chándal, deportivas y gorra no era mi mejor imagen. Suspiré descorazonado.

«Bonita ocurrencia, Aaron».

Bajé por el ascensor hasta el aparcamiento y me dirigí hacia mi Peugeot e-208. Super Thing lo llamaba Kevin, se burlaba, más bien, al considerarlo inapropiado para todo un empresario, pero para mí era el medio de transporte cero emisiones perfecto.

Me incorporé al tráfico fluido de un sábado por la mañana y, pocos minutos después, abandoné State St para adentrarme en Eagle St, en la que se alzaba el Renaissance. Al acercarme a la puerta del hotel, vi que Violet ya me esperaba, hablando animadamente con un botones. Eso supuse por la sonrisa de ambos.

Sentí una extraña punzada en el pecho. ¿Celos? Tan absurdos como ciertos. Está visto que soy un ser básico y del montón, nada del otro mundo.

Estacioné despacio para tomarme unos segundos y poder observarla sin parecer un psicópata acosador. Estaba guapísima… No lo estaba, lo era. Bien podía llevar puesto un saco de patatas que le sentaría de maravilla. Violet poseía ese tipo de belleza. Podía hacer que un hombre se girara a mirarla aunque vistiera ropa deportiva, y si no, que se lo dijeran al baboso del botones, al que le goteaba saliva por la comisura de los labios. Asqueroso.

El caso es que estaba guapa —¿ya lo había dicho?— pese a llevar puestas unas mallas, sudadera y, tal y como le había sugerido, gorra, bajo la que escapaban algunos mechones de su cabello rubio. Ese detalle en concreto me hizo volver a la Tierra, aunque fuera durante unos segundos. Violet no era la chica del pelo rosa que conocí en París, sino la mujer que pretendía destrozar mi empresa.

Detuve el coche frente a la puerta y salí. No sé si mi mirada era de las que lanzaba cuchillos,

pero algo le advirtió al botones de que venía sobrando. Se tensó, bajó la intensidad de su sonrisa a mínimos y, educadamente, se despidió de Violet. ¿Había marcado terreno con mi mera presencia? Lo dicho, un jodido troglodita. Al menos, me contuve y no hinché el pecho como un pavo real —más pavo que real—.

Lo que sí hice fue sonreír. Me alegraba muchísimo de verla, de que hubiera aceptado verme, y la sonrisa se me dibujó sola en los labios conforme me acercaba a ella. Me pareció que se sonrojaba, pero serían imaginaciones mías, o sea, mis ganas. Sin embargo, sí la vi titubear a la hora de saludarnos y, en cierta forma, me complació pensar que ella tampoco lo tenía claro.

Cita de trabajo: apretón de manos.

Cita romántica: como poco, un beso en la mejilla.

Lo que yo quería: comerle la boca, para qué irnos con tonterías.

No quise forzar la situación y me limité a esperar. Ella apoyó una mano en mi hombro y se puso de puntillas para darme un beso en la mejilla. Fue corto para mi gusto, pero habíamos quedado en que el beso en la mejilla era para la cita romántica, ¿no?

—Buenos días —me dijo con una sonrisa. Y tan buenos…

—Me alegra que hayas aceptado venir —le respondí yo.

—Sábado por la mañana y ropa deportiva —apuntó—. Tú sí que sabes impresionar a una chica.

No pude evitarlo, me eché a reír con su ocurrencia y aunque ella también se rio, noté que me miraba fijamente.

Los nervios amenazaban con volver, así que le hice un gesto y la acompañé hasta el coche.

—Y servicio puerta a puerta —añadí. Y esta vez, quien se echó a reír fue ella—. Señorita Harrington —recité, abriéndole la puerta.

—Gracias, caballero victoriano —murmuró, y aunque no la entendí, tampoco le pedí que me lo aclarara. Seguramente formaba parte del momento desenfadado que estábamos compartiendo, pero me supo a halago, así que me lo quedé para mí—. ¿A dónde me llevas? —quiso saber en cuanto ocupé mi asiento.

—¿Confías en mí? —le respondí con aire de suficiencia, y ella alzó las cejas.

—¿Es que ahora eres Aladdin?

Ambos nos miramos un segundo antes de romper a reír.

—Aunque no lo creas, estás subida en una *electrifombra* mágica último modelo —continué con su broma, y el volumen de su risa aumentó—. Confía en mí, Jasmine —añadí, impostando la voz.

Violet sacudió una mano, pidiéndome que parase, mientras con la otra se secaba algunas lágrimas. Y yo le obedecí, pletórico. Aquella era una muy buena forma de comenzar nuestra «no cita».

—Creo que te gustará —concluí antes de arrancar.

Ella asintió y se puso el cinturón de seguridad.

Minutos después, dejamos la ciudad atrás y tomé la I-87 en dirección norte, hacia Malta. Violet miraba por la ventanilla. Nos adentrábamos en el bosque que rodeaba el Round Lake, un paisaje muy distinto al de Washington D.C., así que yo me mantuve en silencio. Tampoco fue un momento tenso, sino apacible. Había puesto la radio y Violet movía ligeramente la cabeza al ritmo de la música rock que sonaba en esa emisora. De vez en cuando incluso se giraba hacia mí y me sonreía al encontrarse nuestras miradas.

De pronto, en el trayecto se abrió un claro en el bosque mientras, a lo lejos, se divisaban las instalaciones de mi empresa.

—Te presento a Cross Tecnologics —le dije.

—Es impresionante —admitió ella—. Había visto fotografías, pero…

—De cerca lo es aún más —me jacté. Imaginé que ella haría alguna objeción al respecto, aunque no fue así.

—¿Es allí a donde vamos? —preguntó sin apartar la mirada de la ventanilla.

—¿Un sábado por la mañana, con ropa deportiva? —bromeé, y ella me miró, echándose a reír.

Volvimos a adentrarnos en el bosque dejando Malta a nuestra izquierda y, minutos más tarde, llegamos a la urbanización situada en las inmediaciones del lago Saratoga.

Avanzamos despacio por una de sus calles, flanqueada por casas de un par de plantas, de madera, con cubierta a dos aguas y rodeadas por un amplio jardín. Todas eran iguales, aunque variaban sus colores, escogidos según los gustos de sus propietarios. Azules, verdes, amarillos, rojos…, resultaba bastante colorido y pintoresco. Cuando nos cruzamos con varias personas que caminaban en nuestra misma dirección y que me saludaron animadamente desde lejos, Violet se giró hacia mí.

—¿Son trabajadores de tu empresa? —preguntó con curiosidad.

—Cross Tecnologics está en contra del trabajo infantil —dije, haciéndome el ofendido y apuntando hacia una familia con niños. Al pasar por su lado, todos me saludaron, y Violet refunfuñó.

—Me has entendido perfectamente —se quejó, y yo asentí, echándome a reír.

—Mi padre construyó esta urbanización para ofrecerles a sus trabajadores una vivienda cercana a la empresa —le expliqué entonces—. A precio de coste y a cómodos plazos.

—¿Perdona? —inquirió notablemente impresionada.

—Con el paso del tiempo, algunos han trasladado su residencia a Malta o Albany, pero conservan la casa para los fines de semana o las vacaciones, como un lugar para descansar.

Justo en ese momento, detuve el coche. Me di cuenta de que Violet seguía mirándome, procesando lo que le acababa de contar. Así que le hice una señal para que mirase hacia el frente.

Había estacionado delante del muelle, un pequeño embarcadero desde el que se podía observar la tranquila inmensidad azul del lago Saratoga, salpicado del blanco de las barcas y enmarcado por el verde del denso bosque en el que estaba enclavado.

—Vaya… —murmuró Violet, y yo reí por lo bajo, más que satisfecho.

No tuve que decirle que bajase del coche. Sin dejar de mirar el paisaje, abrió la puerta y descendió. Luego, caminó hacia el muelle y recorrió la amplia pasarela de madera hasta que se detuvo en el borde. Yo la seguí, y me coloqué a su lado. Se había levantado una ligera brisa, y los mechones que habían escapado de su coleta, bajo la gorra, bailaban a su son. Con los labios entreabiertos y las mejillas sonrosadas a causa del asombro, su mirada se perdía en la lejanía.

Habría sido el momento perfecto para besarla…

—Bonito, ¿eh? —murmuré en cambio, y ella asintió despacio.

—Tú sí que sabes impresionar a una chica —dijo en un hilo de voz, para después clavar sus ojos en los míos.

Dios, lo único que quería era besarla… Y juro que ella me miró los labios, como si también lo deseara. Pero…

—¡Aaron!

Escuché que alguien gritaba mi nombre detrás de nosotros y me aparté un paso mientras me giraba.

—¿Eres de esos jefes enrollados que conocen a todos sus trabajadores? —preguntó Violet

con genuino interés cuando levanté mi brazo a saludar. Yo me encogí de hombros.

—Prefiero que lo juzgues por ti misma. ¿Vamos?

Volvimos a recorrer la pasarela hasta el aparcamiento y desde allí nos dirigimos calle abajo. Violet no tardó en darse cuenta de que no éramos los únicos que iban en esa dirección.

—No se te ocurrirá exponerme ante la turba enfurecida, ¿verdad? —me tanteó—. ¡Apedreemos a la harpía que quiere dejarnos sin trabajo! —añadió con tono teatral, y yo no pude evitar reírme.

—¿Por qué crees que te he traído? —bromeé, aunque la noté pensativa—. Violet, si en cualquier momento te sientes incómoda, no tienes más que decírmelo y nos marcharemos, ¿de acuerdo? —dije más serio, tratando de tranquilizarla. Y funcionó, pues asintió convencida—. Ya estamos —le indiqué entonces.

—Oh, esto es peor —declaró ella, deteniéndose en seco frente a una pista de béisbol con varias gradas.

—Se construyó por expreso deseo de mi padre, como una forma de confraternizar —le expliqué.

—¿Confraternizar? —preguntó ceñuda.

—Hoy es el partido mensual. Tanto mi padre, mientras vivía, como mi hermano y yo participamos —le confirmé.

Violet balbuceó algo ininteligible mientras yo le hacía un gesto con mi mano, invitándola a seguirme.

Pese a todo, mi padre era consecuente, y la pista era de dimensiones «domésticas». Sus gradas debían de albergar a un par de miles de personas, no cuarenta mil, como en los grandes estadios, así que la pista era accesible desde la calle al igual que las gradas, para que los vecinos de la urbanización pudieran hacer uso de ella con facilidad.

Pero aquella era una ocasión especial, el partido mensual, tal y como estableció mi padre, así que las gradas estaban a rebosar.

—Sabes jugar al béisbol, ¿verdad? —le pregunté cuando accedimos directamente a la pista, y Violet me fulminó con la mirada al comprender que no íbamos a ser meros espectadores.

Estaba negando con la cabeza cuando un grupo de hombres y mujeres se acercó a nosotros.

—¡Ey, jefe!

—¡Max! —lo saludé mientras chocábamos nuestros puños.

—Se te ve bien acompañado, Cross —comentó alguien tras él, y yo notaba la mirada de Violet taladrándome.

—¿Celoso, Larry? —bromeé—. Esta es Violet —anuncié—. Es…

—Una amiga de Aaron —se apresuró a decir ella, y aunque no entendí lo que se proponía, no la contradije.

—¿Una amiga? —silbó Mathias, situado junto a Larry.

—¡Qué calladito lo tenías, jefe! —se burló Laurel, tras ellos.

—¿Dónde la habías escondido, Cross? —dijo alguien más.

Así que, para evitar que entrasen en un bucle de mofas a mi costa, comencé a presentárselos a Violet.

—Y este es Max, mi asistente personal.

—Encantada —lo saludó ella, sonriente, y Max estrechó su mano con una sonrisa en los labios que yo conocía muy bien. Me temí lo peor.

—Disculpa nuestra reacción —recitó él con palabras estudiadas—. Es la primera vez que el jefe viene acompañado. Y menos con una «amiga».

—Max… —le advertí.

—¿Ah, sí? —exclamó ella con interés, ignorándome.

—¿Puedo preguntar dónde os conocisteis?

—Esto…

—En la despedida de soltero de su hermano, en París —respondió Violet como si fuera lo más normal del mundo, mientras Max y los demás compartían miradas silenciosas—. Yo estaba allí, estudiando, y mis compañeras de piso me habían convencido para salir a tomar algo. No sabéis lo que es escuchar a alguien que habla tu mismo idioma entre tanto francés —añadió, exagerando un ademán de alivio que hizo que todos rieran.

—¿Y…? —Max iba a proseguir con el interrogatorio.

—Y basta —atajé yo, temiendo que entrasen en terreno pantanoso—. Vamos a jugar.

—Kevin aún no ha llegado —Mathias me informó entonces de lo que yo ya sabía.

—Ni vendrá —le confirmé—. Tenía cita con el organizador de bodas o algo así.

—¿Qué? —exclamaron algunos, mientras otros murmuraban.

—Tranquilo, os he traído una sustituta. —Sonreí, poniendo una mano a Violet en el hombro. Fue instintivo, aunque por suerte ella no se retiró.

—Esto es una encerrona en toda regla, *Cross* —Violet recitó mi apellido con sonsonete, pero a mí me recorrió todo el cuerpo una chispa de electricidad.

—No me jodas —farfulló Mathias mientras sus compañeros de equipo se unían a su queja.

—¡Eh! —le reprochó Violet, dando un paso al frente, ofendida, y olvidándose de mí—. ¿Crees que no sé jugar porque soy una chica?

Mathias, quien en realidad era uno de los guardias de seguridad, al igual que Larry, y le sacaba más de dos palmos a Violet, se puso firme, avergonzado por la regañina. Yo miré hacia el suelo, disimulando una carcajada.

—Sí, Mathias —me cachondeé de él—. Quizá Violet os enseñe un par de cosas. Por ejemplo, a no perder, como siempre —añadí, cruzándome de brazos y provocando las risas en mis compañeros de equipo.

En ese momento, Violet se metió en su papel y se colocó entre Mathias y Larry, encarándome.

—¿Y tú quién te crees que eres para meterte con mi equipo? —inquirió con los brazos en jarras y la barbilla alzada.

Yo, que ya me lo estaba pasando en grande y eso que el día acababa de empezar, me acerqué a ella y bajé el rostro, hasta quedar muy cerca del suyo. Era increíble, las ganas de besarla no desaparecían ni aunque estuviéramos rodeados de gente. Tomé aire y me contuve.

—Estás frente al capitán del equipo del Departamento de Producción —le dije en tono burlón—. Y tú acabas de convertirte en la del Departamento de Administración. ¿Lista para morder el polvo?

Ella soltó una carcajada, pero no se molestó en contestarme.

—¡Vamos, equipo! —exclamó, girándose hacia sus recién conocidos compañeros mientras les hacía gestos para dirigirse a su banquillo—. Hagamos que se traguen sus palabras y, de paso, alguna que otra pelota.

—¡Sí! ¡Vamos! —gritaron ellos, y yo los vi alejarse, atónito.

—Muy guapa tu amiga —murmuró Max cerca de mí—. ¿Crees que serás capaz de golpear alguna bola?

—Oh, cállate —le dije, dándole un empujón.

Momentos después, los dos equipos nos reunimos cerca del plato para decidir quién

comenzaba a batear, lanzando una moneda al aire.

Bateaban ellos.

Violet me dedicó una última mirada desafiante antes de alejarse y colocarse en una posición avanzada, controlando en todo momento los movimientos de sus compañeros. Desconocía si el equipo de producción mejoraría su juego con la presencia de Violet, pero se habían transformado en el más ruidoso. Cada bateo exitoso, cada carrera, se convertían en un hito a celebrar. Aplausos, silbidos, vítores, todo era poco para animar al equipo. Y el entusiasmo se contagiaba hasta el punto de que su marcador comenzaba a avanzar hasta límites insospechados.

En cierto momento, Violet tomó la posición del bateador, y sus compañeros no tardaron en comenzar a animarla. Sus facciones eran serias, de máxima concentración, tenía las rodillas flexionadas y el bate en ristre. Evidentemente, no era la primera vez que jugaba. Estiró los dedos como si quisiera desentumecerlos y rodeó el extremo del bate con fuerza. Yo no me perdía ninguno de sus movimientos, aunque ella no me miró ni una sola vez. Toda su atención estaba puesta en Max, nuestro lanzador.

Él me miró y yo asentí ligeramente. La primera fue una de sus famosas bolas curvas que Violet ni siquiera vio. Una exclamación se alzó en las gradas mientras nosotros nos regocijamos, aunque a ella no pareció afectarle.

—¡Vamos, Violet, demuéstrale lo que vales! —le gritó Mathias.

Violet no apartó los ojos de Max, pero en su expresión podía leerse que no necesitaba que se lo dijese. Nos íbamos a tragar la bola.

Y así fue.

—Menudo trallazo —murmuró alguien, mirando hacia arriba para seguir la trayectoria de la bola.

—Mierda —farfullé al ver la parábola perfecta que trazaba en el aire.

Violet dejó caer el bate al suelo y los gritos se alzaron en las gradas al ver que echaba a correr. Joder, si alguien no cogía esa bola, llegaría a la primera base con facilidad.

—¡Tuya, Millie! —le advirtió Max a la jefa del laboratorio.

Estaba al otro lado del campo y debía hacerse con ella para luego lanzármela a mí, que era quien estaba más cerca de la primera base.

Miré hacia atrás, Violet se acercaba peligrosamente. Millie se hizo con la pelota, pero su pase no fue tan efectivo como esperaba. Si no quería que la bola tocase el suelo y perderla, debía acercarme para recibirla, lo que suponía alejarme de la base.

No tenía más opción. Y Violet apretó los puños para acelerar al ver que me alejaba de la base.

—¡Joder! —exclamé, dando un salto para alcanzar en el aire el pase de Millie. Escuché gritos cuando lo conseguí, pero el banquillo de los de producción estaba exaltado al ver que Violet estaba a punto de conseguir la base.

Eché a correr con todas mis fuerzas en su dirección con la única intención de impedírselo, y los gritos del público se alzaron a nuestro alrededor anticipando aquel choque de trenes, pues Violet no tenía intención de aminorar la marcha, al contrario. Los músculos de su rostro se contrajeron a causa del esfuerzo y yo apenas veía opciones de alcanzarla. Vi solo una, en realidad.

Me impulsé y salté hacia ella con el único propósito de interceptarla. Y aunque Violet me vio venir, no pudo evitar que mi cuerpo bloqueara el suyo. La rodeé con mis brazos y traté de ser yo quien golpease el suelo, tampoco quería convertirla en una pegatina contra la pista. Y fue ella la que cayó encima de mí. Deliciosamente. Sentirla completamente sobre mí…

Los gritos a nuestro alrededor eran ensordecedores, y yo sonreí jactándome de mi victoria, mi doble victoria. Uno de mis brazos rodeaba su fina cintura mientras uno de sus muslos estaba encajado en mi entrepierna. Notaba sus pechos redondeados contra mi torso, y su cálido y agitado aliento golpeaba mi rostro, mi boca, cerca, muy cerca. Mis ojos bajaron hasta sus labios entreabiertos, y mis ganas de besarla se multiplicaron por mil. Y no solo de besarla. El repentino deseo de tenerla así, pero sin público y desnuda entre mis brazos, sintiendo su piel sobre la mía, surgió de no sé dónde pero de forma evidente. Noté que me endurecía.

Joder…

Quizá no había sido prudente después de todo, pero la adrenalina del momento hablaba por mí y no me importaba que se diese cuenta de lo que me provocaba. Afiancé mi brazo alrededor de su cintura, y vi que tragaba saliva, que su mirada languidecía. Sí, no había duda de que se había dado cuenta, y me gustó que también le afectase mi cercanía. *Mi anatomía.*

Sonreí ampliamente sin poder evitarlo. Maldito ego masculino…

—No cantes victoria tan pronto, Cross —murmuró ella con suficiencia, respondiendo a mi vanidad. ¿Habría malinterpretado su reacción?

Entonces, indicó con un cabeceo hacia un lado y fue cuando me percaté de que su mano era la única parte de nuestros cuerpos que tocaba la base. Ahora comprendía los gritos del público.

—Mierda… —mascullé mientras los acontecimientos daban un giro insospechado.

Me eché a reír en una mezcla de nerviosismo y ridículo, y contagié a Violet, que aún seguía tumbada sobre mí. Nuestros cuerpos se agitaban al ritmo de las carcajadas, y su muslo presionó contra mi polla, que se hizo cargo de la situación, por fortuna, o habría hecho el ridículo aún más.

Violet se puso de pie, restregándose las palmas para limpiarse la tierra, y me hizo un aspaviento con la mano para que me alejara del que se había convertido en su terreno conquistado. Yo levanté las mías en señal de rendición y volví a mi posición.

Y ese fue el principio de nuestro fin.

Mathias, quien lanzaba en el otro equipo, se lució de lo lindo, y Larry nos jodió dos carreras seguidas, recepcionando como nunca. Un suma y sigue.

Acabamos perdiendo el partido. Por primera vez desde tiempos inmemoriales. La debacle.

Tras el partido, era costumbre celebrar una barbacoa multitudinaria. Se realizaba allí mismo, en la pista de béisbol. Uno de los almacenes estaba destinado, expresamente, a almacenar parrillas portátiles, carbón y todo lo necesario. Digamos que la preparación era parte del rito de confraternización —mi padre lo tenía todo pensado, vamos—, y mientras unos se encargaban de montar las barbacoas, otros preparaban las bebidas, la carne, las mazorcas… Aprovechábamos el sistema de megafonía para poner música animada, sin miedo a molestar a los vecinos porque todos estaban allí, y las gradas eran un lugar ideal para sentarse a disfrutar de un buen perrito caliente.

Pronto, el ambiente adoptó aquel característico y festivo aroma a ahumado y, tras dar una vuelta para saludar a los trabajadores acompañado de Violet, quien no recibía más que felicitaciones por su papel decisivo en el partido, nos dirigimos a la barbacoa de Max y su familia. Adele, su madre, era la reina de la barbacoa, mientras que Andrew, su padre, se encargaba del avituallamiento. Y a su alrededor, pululando como abejas ruidosas cerca de su colmena, estaban Max y sus hermanos mayores, Andrew júnior —Drew— y Adele hija —Ada—, con sus respectivas parejas e hijos. Una familia numerosa, pero bien avenida.

La envidia de muchos, entre ellos, mi padre.

—Mira, cariño, aquí llega la razón de nuestro fracaso —le dijo Max a su mujer, anunciando

así nuestra llegada.

Uno por uno se nos fueron acercando mientras yo se los presentaba a Violet.

—¿Lo dices por ella o por mí? —le pregunté a Max, haciéndome el ofendido.

—Admite que no has estado muy fino, jefe —se mofó él—. Pero estoy seguro de que ella ha sido el motivo —añadió con una sonrisa pícara que me animaba a ocultar la cabeza en un agujero cual avestruz—. Nos ha impresionado a todos —añadió, tratando de arreglarlo.

—¿Te gusta la cebolla frita, cielo? —le preguntó la madre de Max a Violet.

—Sí, señora —le respondió ella un tanto cortada, imaginé que por el apelativo cariñoso.

—Pues doble ración para ti, que te lo has ganado —decidió, dándole uno de sus deliciosos perritos—. Y nada de señora. Adele —añadió con amabilidad pero como una orden.

Violet asintió, agradecida, con una sonrisa tímida en los labios. Por un segundo, parecía la típica chica adolescente avergonzada que va a conocer a la familia del chico.

Pero no éramos adolescentes ni novios, ni la familia de Max era la mía, aunque siempre me habían tratado como uno más, sobre todo cuando las pataletas de Kevin obligaban a mi padre a dedicarle toda su atención.

En ese momento Andrew sénior se acercó con un par de latas de cerveza que nos ofreció.

—Se conocieron en París, en la despedida de soltero de Kevin —dijo entonces Max, quien respondía a la pregunta muda de sus dos hermanos.

—Ni se os ocurra interrogarme. Sigo siendo su jefe —les advertí al ver sus sonrisas de pitorreo. No quería poner en una situación incómoda a Violet. A ninguno de los dos.

Hasta que la escuché reírse. De mí. La miré fingiéndome airado.

—A ver, así, cerveza y perrito en mano, es un poco complicado mostrar algo de autoridad, ¿no crees? —se justificó.

—Y tú no estás ayudando, señorita estrella del béisbol —bromeé—. Será mejor que nos vayamos a otro sitio a disfrutar con tranquilidad de la comida —decidí, haciéndole un gesto a Violet para que me siguiera.

—Uhhh —se burló Max.

—Cobarde —lo secundó Ada.

—A palabras necias… —comencé a recitar conforme me iba.

—Oye, y Kevin dando la nota como siempre, ¿no? —demandó Drew y, aunque me detuve, no era prudente responderle delante de Violet, así que me limité a lanzarle una mirada afirmativa que entendió a la perfección. Sé que a Violet no le pasó desapercibido, pero prefirió ser discreta y no darse por enterada, lo que agradecí para mis adentros.

—Ni se te ocurra marcharte sin pasar a despedirte —me advirtió la madre de Max cuando ya nos alejábamos.

—Sé que mi vida está en juego, Adele. Luego nos vemos, chicos —me despedí, y Max me hizo un aspaviento, riéndose, ante mi maniobra de huida.

Salimos de la zona de las barbacoas y nos dirigimos a las gradas. Ya había mucha gente ocupando los asientos, era una norma no escrita el permanecer dentro del recinto para no llenar las calles aledañas de servilletas de papel y latas, y yo busqué una zona un tanto apartada para poder tener algo de intimidad.

Tras acomodarnos en una de las gradas, dejé mi cerveza a un lado y me dispuse a darle un bocado a mi perrito, aunque me quedé con la boca abierta y el perrito suspendido en el aire apuntando en mi dirección.

—¿Qué? —pregunté al notar la mirada indagatoria de Violet sobre mí.

—¿Cómo que qué? —demandó ella, exagerando el tono—. No me considero una chica

impresionable, pero esto… —señaló hacia adelante— es una pasada.

—No está mal —dije, encogiéndome de hombros, y ella chistó disconforme—. He vivido rodeado de *esto* —le recordé—. Pero sí, entiendo que fuera de Cross Tecnologics no es lo normal —concluí, dándole por fin un bocado al perrito. Estaba de muerte.

—Igual que lo de llevarte tan bien con tu asistente personal —puntualizó ella.

—El padre de Max también era el asistente de mi padre y se llevaban igual de bien —le conté después de tragar—. Fue el padrino de Ada.

—¿En serio? —inquirió incrédula—. Mi padre no es capaz ni de darle la hora a Banks —murmuró.

—Come —le ordené para detener su interrogatorio—. Frío no vale nada.

Le di otro bocado a mi perrito y ella, finalmente, me imitó.

—Oh, qué cosa más rica —gimió con la boca llena.

Yo sonreí, asintiendo, y la observé durante unos segundos. Parecía tan relajada.

—¿Puedo preguntarte algo? —le dije entonces. Me miró y afirmó con la cabeza—. ¿Por qué no les has dicho quién eras?

—Para que actuasen con normalidad y que no me tratasen como a la persona que los va a dejar sin trabajo —contestó con rapidez, como si ya tuviera preparada la respuesta—. Imagino que más de una bola habría ido dirigida a mi cabeza. Tú también lo imaginabas, por eso me has dicho que podíamos irnos si me sentía incómoda —añadió de modo totalmente acertado.

—¿Y te has sentido incómoda? —quise saber.

—Caer sobre ti de forma tan poco elegante ha sido de lo más agradable —bromeó, y yo estuve a punto de atragantarme con la cerveza. Porque para mí sí lo había sido.

Violet me miró y ambos nos echamos a reír, tras lo que seguimos comiendo. Al terminar, le propuse ir a pasear por la orilla del lago, a lo que ella aceptó, así que volvimos a la zona de barbacoas para cumplir mi promesa y despedirnos de Max y su familia. Después, abandonamos la pista y caminamos por las calles vacías de la urbanización en dirección al lago.

Empezaba a caer la tarde, y los violetas y anaranjados teñían el azul del lago. El paisaje era precioso, la luz del atardecer le daba un toque de encanto que lo hacía distinto, y supuse por el silencio de Violet que estaba impresionada. Habíamos recorrido de nuevo la pasarela del muelle y miraba hacia el frente, en silencio.

Entonces, noté que se estremecía y se rodeó el cuerpo con ambos brazos.

—¿Tienes frío? —quise saber. La vi asentir, así que empecé a desabrochar la cremallera de mi chaqueta de chándal para que se la pusiera.

—No te preocupes —me detuvo—. Quizá lo mejor sería que me llevases de vuelta al hotel —murmuró, aunque no se movió, por lo que yo tampoco lo hice.

Y siguió mirando el lago. Solo un momento después comprendería que, pese a su semblante apacible, en realidad su mente iba a mil por hora.

—Espero que lo hayas pasado bien —me atreví a decir.

—Cómo no iba a pasarlo bien. Has sido encantador —respondió y su tono, inesperadamente incisivo, hizo que las alarmas comenzaran a resonar en mi cabeza.

—¿No pensarás qué…?

—¿Que todo lo que has hecho ha sido para camelarme? Es inevitable que lo piense —admitió ella—. A fin de cuentas, tu empresa está en mis manos.

—Joder —mascullé.

—Tengo razón, ¿verdad? —demandó ella, mirándome por fin, y pude adivinar cierta decepción en su voz, lo que era bueno, ¿no? Quizás ella esperaba…

—No quería camelarte —le aclaré—, quería que lo hicieran ellos.

Abrió mucho los ojos, asombrada.

—¿Y no es lo mismo?

—Sabes que no. Por eso no les has dicho quién eras —la tanteé—. No querías que te sentenciaran si lo sabían, pero de esa forma, tú también has podido ver su realidad.

—Bueno, yo… Admite que te conviene a ti más que a mí.

Maldije para mis adentros, incapaz de rebatirle.

—Y dados nuestros… —hizo una pausa— antecedentes.

—¿Has dicho *antecedentes*? —inquirí sin poder creer lo que había escuchado.

En realidad, yo mismo no podía definir lo que había pasado entre nosotros, y eso era una señal evidente de que había «algo». Y que ella tampoco pudiera ponerle nombre, significaba que también lo creía.

Como si me hubiera leído el pensamiento, Violet chasqueó la lengua, disgustada, y se dio la vuelta para dirigirse hacia el coche a paso rápido. Esperó con impaciencia a que desbloqueara las puertas desde la distancia con el mando y, una vez dentro, se puso el cinturón y dirigió la mirada hacia la ventanilla, rehuyendo la mía e imposibilitando cualquier intento por mi parte de aclarar la situación.

Aún no habíamos dejado la urbanización cuando yo ya empezaba a pensar en la posibilidad de que ella creyese no solo que la estaba utilizando, sino que nuestro encuentro en París también había sido orquestado por mí. A fin de cuentas, siendo hija de quien era, quizá no era tan difícil conseguir información sobre ella.

Me estaba empezando a rayar, y las luces de Albany ya se veían en el horizonte, pero ella no me miró en todo el trayecto. Era evidente que no quería hablar del tema, y una vez me detuve frente al hotel, solo le faltó echar a correr para huir de mí.

—Violet, espera, por favor —le pedí saliendo del coche, y ella se detuvo en mitad de la acera con un resoplido.

—¿Qué? —preguntó de malos modos, girándose, por fin, hacia mí.

—Yo… Admito que si no te hubiera conocido aquella noche en París, ayer no te habría invitado a venir conmigo —le solté sin pensar, porque si lo hacía, no se lo diría—, pero lo que ha sucedido hoy…

—¿Has… has vuelto a pensar en aquella noche? —preguntó como si solo le importase eso de todo mi discurso.

—¿Que si he…? Maldita sea… —mascullé, mirando al suelo. Cuando levanté la vista, ella seguía observándome, expectante, así que me obligué a responderle—. Cada día desde entonces —afirmé, bajando la voz—. Yo… Cuando regresaba a mi hotel, no pasé por aquella calle por casualidad. En realidad… —Tomé aire para armarme de valor—. En realidad, volví por ti.

Violet abrió los ojos, llenos de asombro, pero yo no quise entrar en detalle y decirle que lo había hecho con la intención de pasar la noche con ella porque era lo que más deseaba. Demasiado estaba diciendo ya.

—Y entonces vi el local precintado y… Joder… —Me pasé una mano por el pelo, temiendo hablar más de la cuenta.

—¿Qué? —inquirió ella.

—Me preocupé tanto que… Se me ocurrió la locura de recorrer todas las comisarías de París para buscarte —le confesé, y ella se cubrió la boca con una mano—. No lo hice, ya te he dicho que era una locura —le aclaré—, pero entré en las redes sociales de la Escuela de Arte, para ver si daba con alguna forma de contactar contigo, para cerciorarme de que estabas bien. No

te encontré —me encogí de hombros en un signo de derrota—, no había rastro de tu pelo rosa por ningún lado.

—Y por eso has pensado en mí, porque estabas preocupado —supuso ella, visiblemente decepcionada, algo que debería alegrarme y que, por el contrario, me mosqueaba.

—¡No! —exclamé enfadado—. ¡He pensado en ti porque nos besamos! Que no lo hayamos mencionado, cada uno por nuestros motivos, no significa que no sucediera. ¿O es que para ti no fue nada?

—Claro que lo fue —se defendió ella.

—Porque no sé tú, pero no suelo ir por ahí, besando a desconocidas.

—Yo tampoco le doy un beso al primero que me lo pide —me reprochó, y yo maldije para mis adentros.

Sentí que la estaba cagando, ni sus palabras ni las mías eran para soltarlas así, en la que se estaba convirtiendo en nuestra primera discusión, pero no podía evitar estar cabreado. Porque era una puta mierda que nos hubiéramos reencontrado así, teniéndolo todo en contra. Y porque me di cuenta de que no podía soportar que ella pensase mal de mí, y tenía motivos para hacerlo, porque no le había dicho toda la verdad.

Sí, el capullo de mi hermano se paseó por mi cabeza para intentar joderlo todo, como de costumbre, pero algo en mí consiguió apartarlo para no perder el foco en lo que sí era realmente importante.

—Me gustas, Violet, y lo sabes —le confesé, tratando de controlar mi enfado—. Me parece que te has dado perfecta cuenta en el partido —le recordé, y ella enrojeció repentinamente. Giró el rostro y cerró los ojos. Parecía lamentarlo. Todo.

—Yo… —la escuché murmurar con infinito pesar. Di un paso hacia ella, pero fue el mismo que ella retrocedió y que me dolió en el alma—. No puedo —dijo, negando con la cabeza, y yo sentí la urgente necesidad de saber a qué se refería. No podía, ¿qué?

No tuve tiempo de preguntárselo porque echó a correr y entró en el hotel. Yo no la seguí. Podría haberlo hecho, sabía cuál era su habitación, pero no me moví. Miré cómo desaparecía por la puerta giratoria mientras el miedo se instalaba en mi corazón.

El miedo a que no pudiera sentir por mí lo que yo ya empezaba a sentir por ella.



Capítulo 8



Pasé una noche horrible, peor que cuando estuve metida en aquel calabozo del Barrio Latino de París. Y ya era mucho decir. Estaba agotada tanto física como mentalmente, y eso mismo me impedía conciliar el sueño. Además, no podía dejar de pensar en lo que había sucedido ese día, en los acontecimientos de las últimas dos semanas y, sobre todo, no podía quitarme de la cabeza a Aaron. La jaqueca me sobrevino en plena madrugada, y tras tomarme un analgésico —siempre llevo en mi neceser una pequeña farmacia de *porsiacasos*—, acabé echando mano de una lista de reproducción de música relajante, con el único objetivo de que no se me crispasen más los nervios.

Y todo porque había olvidado la regla nº1 en los negocios y que mi padre me repetía sin cesar: nuestro trabajo se basaba en una transacción económica, nada personal.

¿Personal? Era emocional, pasional, visceral. Y lo peor de todo, real. Había perdido la cuenta de las veces que había imaginado en la soledad de mi cama que Aaron hallaba la forma de encontrarme y se presentaba ante mí cual caballero victoriano —sí, esa imagen de él no me la podré quitar de la cabeza jamás en la vida— al rescate de la damisela en apuros —alegoría de la que yo siempre he renegado—. Y en ese momento fue cuando me golpeó la idea de que estaba siendo justo al revés.

Era Aaron quien estaba en apuros, quien había aprovechado convenientemente mi aparición en escena para que lo rescatase. Bueno, a él no, a sus trabajadores. Aunque para el caso era lo mismo, ¿no?

Me dieron ganas de llorar.

Salí de la cama. Aún no amanecía y temblé de frío, aunque no era por culpa de la temperatura pues la calefacción había estado puesta toda la noche. Estaba helada por dentro.

Cogí mi portátil, me preparé un café instantáneo —que estaba horrible— y aproveché la mesa para utilizarla como escritorio. La mala noche me había ayudado a que aflorara mi vena paranoica, así que me puse a revisar mis redes sociales. En realidad, son solo dos, de ahí el plural, porque lo que se dice «social» lo soy poco. No cumplo el estándar para el círculo de amistades en el que se mueve mi padre —en realidad no lo cumplo para los hijos de sus amigos— pues tengo otros intereses y no lo oculto. Y las ocasiones en las que salí de ese círculo fueron para recibir miradas de desconfianza, como si hubiera abandonado el cielo para bajar a los infiernos. Era una suerte de Perséfone, unida a dos mundos sin terminar de encajar en ninguno. Pero sin un Hades que me esperase en alguno de los dos.

La única vez que me sentí yo misma fue en París, donde nadie sabía lo que significaba mi

apellido. Y pensar en esa ciudad me llevaba de nuevo a Aaron.

Mi búsqueda duró apenas unos minutos. Mi actividad en mis redes es escasa, no soy una persona a la que le guste airear su intimidad o subir fotografías de todo lo que come, así que no había pistas de mi viaje a París.

Sí, estaba intentando averiguar si Aaron había provocado nuestro «encuentro fortuito».

Imagino que eso me lo habría puesto fácil para defenestrarlo de mi pensamiento sin culpabilidad, pero pronto me di cuenta de que estaba siendo injusta.

Además, él también podría pensar lo mismo de mí. Cross Tecnologics era una presa fácil para Harrington Investments, así que lo podría haber seguido hasta París, hacerme la encontradiza en territorio neutral, con la única intención de sonsacarle información de su empresa a lo Mata Hari.

Incluso podría haberme inventado el cuento de la beca de estudios.

Me dio un vuelco el corazón.

Me buscó en las redes sociales de la universidad y no me encontró. Llegué tarde a la fiesta de apertura del curso y después me había confinado cual monja de clausura para enfocar mis esfuerzos en mis estudios y no en irme de fiesta. Pero para Aaron, la explicación podría haber sido muy distinta.

Joder…

No sé en qué momento cambiaron las tornas, pero me mortificaba mucho más la idea de que Aaron creyera que yo me había acercado a él con dudosas intenciones y no al revés.

A tomar por culo mi vena paranoica.

Cerré las páginas de mis redes sociales y me metí en el explorador de archivos de mi ordenador. ¿Iba a hacer honor a mi apellido y a ser el orgullo de mi padre? Esa era mi intención inicial cuando abrí la carpeta con la documentación de Cross Tecnologics. Quería entender por qué le resultaba una operación tan sencilla. ¿Estaría desahuciada sin remedio?

Buceé entre aquella cantidad ingente de archivos y pronto me di cuenta de que la información estaba sesgada. Tenía miles de balances económicos organizados por años, por sectores, ¡por colores!, pero no eran más que números. Sin embargo, yo sabía que había algo más, había visto la punta del iceberg en aquel campo de béisbol, y no me cuadraba con el desastre económico de la compañía. En una empresa, el compromiso y la dedicación de los trabajadores es uno de sus bastiones, y algo me hacía dudar de que toda esa gente que había tratado con tanto cariño a Aaron se cruzase de brazos y no hiciera nada por impedir que esta se fuera a pique. Cross Tecnologics era mucho más que su lugar de trabajo.

No hay duda. Soy débil, una completa decepción para mi padre y con toda la razón.

Cerré las ventanas con toda esa información de interés para un fondo buitre como Harrington Investments y comencé a navegar por internet.

Cross Tecnologics tenía una presencia muy importante en los círculos empresariales de la zona, era un pulmón económico, a decir verdad, y las piezas de aquel puzle, en lugar de encajar iban en aumento.

Aaron y Kevin aparecían en infinidad de fotografías en diversos actos sociales, muchos de ellos benéficos. ¿Habrían regalado su dinero a manos llenas y por eso su quiebra? Durante mi investigación, no me pasó inadvertida la actitud arrogante de Kevin. Y tampoco la pelirroja despampanante con quien me encontré a Aaron.

Me desvié del tema. Apenas había dormido y estaba hecha un lío, así que ni siquiera se le puede llamar procrastinar. Me metí en sus redes sociales.

Al igual que yo, tampoco era muy activo —por suerte no es de los que hace fotos de todo lo

que come—, y la mayoría de publicaciones eran de sus trabajadores que lo etiquetaban en fotografías de los partidos mensuales. Lo vi sonreír en muy pocas, solo en las que era consciente de que lo estaban fotografiando y posó para la ocasión, aunque no me parecía feliz. Su actitud era relajada, de estar a gusto allí, tal y como lo había visto el día anterior, pero sonreía a medias. Solo su boca, no con los ojos.

Y yo lo había visto sonreír de verdad, esa preciosa media luna que me hace temblar…

Ufff….

De tanto *stalkearlo*, como se dice ahora —aunque yo prefiero espiar; Mata Hari no *stalkeaba*, espiaba— me estaba intoxicando de él. Como si no lo estuviera ya del todo.

Céntrate, Violet.

Seguí revisando sus fotos con miedo a lo que pudiera encontrarme, siendo ese *qué* la pelirroja despampanante. En las fotografías de los partidos no había ni rastro de ella —aunque eso no significaba nada, pues Max dijo en el partido que era la primera que Aaron acudía acompañado—, ni en las de los actos benéficos. Tuve que remontarme a un año atrás para que la susodicha asomara la nariz, con un vestido que yo ya había visto en las fotos de internet. Su sonrisa engreída me dejaba claro que no era una mujer que repitiera atuendo, por lo que deduje que era el mismo evento.

Y también pude deducir que eran novios, o al menos lo habían sido hasta ese momento. La mirada de devoción que Aaron le dedicaba —mientras ella le dedicaba su mejor sonrisa al fotógrafo— no dejaba lugar a equívocos. No me gustó la corriente gélida que me recorrió de pies a cabeza. Porque era absurdo. Aaron era un hombre educado, elocuente y muy guapo que no tenía por qué haber pronunciado voto de castidad hasta mi llegada. ¿Mi llegada? ¿Qué diantres pintaba yo? Nada, pero la reacción de rechazo que brotaba desde lo más profundo de mis tripas era tan desagradable como instintiva, como si una parte de mi ser se viera marcada por un ilícito e incontenible sentimiento de pertenencia.

Porque Aaron no era nada mío.

Debí dejarlo ahí, debía haber hecho caso a mi intuición y abortar la Operación Harpía. Porque estaba equivocada. Mi miedo no era encontrar a la pelirroja —Leslie, según un pie de foto— con Aaron en esas instantáneas, sino a Aaron mostrándome lo que —quizás aún— sentía por ella.

Y la fotografía en la que aparecía besándola no se hizo esperar.

El estómago se me puso del revés. Lo achaqué a que llevaba horas despierta y no había comido nada sólido o a que era masoca, porque no era capaz de apartar mis ojos de esa imagen. Mi forma de escudriñar en los detalles rozaba lo morboso.

La manera en la que sus labios capturaban los de ella; sus ojos de espesas y oscuras pestañas cerrados en lánguida entrega; su mano posesiva rodeando la fina nuca.

Aquello era insano y estúpido, pero no tenía voluntad para obviar la pregunta que ocupaba cada recoveco de mi mente.

¿Aaron me había besado a mí igual?

Aquel infantil ataque de celos me escocía en la sangre como el infierno. Me cabreé por mi propia imbecilidad y apagué el ordenador. Además, pese a estar nerviosa y descompuesta, tenía sueño y hambre, lo que aumentaba mi mala leche.

Decidí echarme una pequeña siesta —que duró varias horas— y al despertar llamé al servicio de habitaciones para que me trajeran la comida, o más bien la cena, porque ya oscurecía.

De vuelta a la consciencia y con mis necesidades básicas cubiertas, la cabeza me bullía a mil por hora. Me tumbé en la cama y puse algo de música clásica con mi teléfono móvil con la

intención de relajarme —aunque «La cabalgata de las Valkirias» no fue la mejor elección—, pero al menos conseguí centrarme un poco y deshacerme de los pensamientos intrusivos.

Además, a mí siempre me ha venido bien eso de «consultarlo con la almohada» y, a la mañana siguiente, el lunes, tras una noche de sueños agitados, decidí ser yo la que se defenestrase dando un paso adelante.

Había acudido a Albany dispuesta a finiquitar una transacción económica, ya veríamos de qué índole. Y, de paso, trataría de descubrir hasta dónde había llegado la sinceridad de Aaron.

Después de una ducha y con fuerzas renovadas, me endosé mi disfraz de empresaria. Había llamado a recepción para que me pidieran un taxi, y ya me estaba esperando cuando bajé. Media hora después, llegábamos a las instalaciones de Cross Tecnologics.

El acceso, cerrado a cal y canto, estaba flanqueado por la típica garita al aire libre con guardia de seguridad, y yo respiré hondo, dispuesta a enfrentarme a la primera prueba. Sin embargo, cuando el taxista se paró frente a la barrera, me di cuenta de que la garita estaba vacía. El guardia, como era de esperarse, no estaba muy lejos. A unos cuantos metros, conversaba con otro hombre, junto a una especie de coche pequeño, parecido a los carros de golf.

Cuando se percataron de nuestra presencia, ambos hombres se giraron hacia nosotros. Y los reconocí.

Ufff… Aquello iba a ser duro.

El guardia en cuestión tras despedirse del hombre, quien hizo el ademán de marcharse, se nos acercó y se detuvo frente a mi ventanilla.

Tragué saliva.

—Buenos dí… ¿¡Violet!?

—Buenos días, Larry —respondí con una sonrisa.

Y el otro hombre, quien no era otro que Max, se detuvo al escuchar mi nombre.

—¿Qué haces tú por aquí? —preguntó entonces Larry con extrañeza—. ¿Aaron sabe que ibas a venir?

Y con esa nueva pista, Max volvió sobre sus pasos para acercarse a nosotros.

—¿Podría esperarme un momento, por favor? —le pedí entonces al taxista.

Debía contemplar la posibilidad de que me echasen de allí con cajas destempladas, y no tenía ganas de volver andando a Albany con mis tacones de diez centímetros. El conductor asintió y yo salí del coche mientras Larry y Max me observaban con el ceño fruncido.

Ninguno de los dos pudo evitar mirarme de arriba abajo, pues mi aspecto, con maletín incluido, distaba mucho de mi vestimenta deportiva de hacía dos días. Luego, compartieron una mirada muda, pero de total confusión.

«Coraje, Violet», me dije en silencio.

—Me temo que anteayer Aaron no realizó las presentaciones como corresponde. Soy Violet Harrington —añadí, alargando mi mano. Ninguno de los dos me la estrechó, y el semblante de ambos mutó—. Por vuestra cara, creo que os suena mi apellido. Antes de que me echéis a los leones, dejadme deciros que no fue con mala intención. —Y como no me interrumpieron, proseguí—. Fue Aaron quien me convenció de ir al partido, y yo temí ser devorada por la marabunta si revelaba mi identidad.

—Esto… Es muy posible que se hubieran cumplido tus temores —respondió Larry, mirando a Max, quien concordaba con la cabeza mientras yo sentía que empequeñecía—. ¿O debo tratarla de usted?

—Larry, por favor… —gemí pesarosa.

—¿Sabe Aaron que estás aquí? —preguntó entonces Max.

—No —negué con temor al darle una excusa para que me pidiera que me largase por donde había venido—. Pero, si no tiene ninguna cita —aludí al hecho de que fuera su asistente personal—, me gustaría hablar con él. Es importante.

—Está bien. Ven conmigo —dijo tras meditarlo unos segundos.

Antes de seguirlo, saqué un billete de mi cartera y se lo entregué al taxista. Después, conforme me alejaba, me despedí de Larry con un gesto de mi mano y una sonrisa. Él me devolvió solo el gesto, pero, al menos, ya no parecía tan enfadado.

Max me guio hasta el carrito de golf y me hizo una seña para que subiese. Supuse que las instalaciones eran tan grandes como parecía.

—Es una forma de ahorrar tiempo —me confirmó como si hubiera leído mi pensamiento—. También tenemos patinetes eléctricos, pero yo prefiero el *heladomóvil* —añadió, y yo tuve que taparme la boca para reprimir una carcajada. No estaba el horno para bollos, y otro malentendido no me habría ayudado en nada.

—Esto es impresionante —dije con la intención de congraciarme con él.

—Lo será por poco tiempo —Y me salió fatal.

—Max, yo…

—No, discúlpame tú a mí —reculó, visiblemente afectado, y empecé a pensar que había sido un error ir hasta allí.

—No, me hago cargo de la situación —insistí—. Pero, aunque no me creas, esto tampoco es fácil para mí.

—Yo también puedo entenderlo —me dijo al cabo de unos segundos. Max parecía un hombre reflexivo en sus opiniones, ya no por cautela, sino para ser consecuente con cada palabra pronunciada—. Me gustan las hamburguesas, pero no me gustaría conocer a la vaca que voy a comerme. Aaron debió haberlo considerado antes de invitarte al partido —agregó con elocuencia certera, y yo me mordí la lengua para no hablar más de la cuenta.

Max estacionó el *heladomóvil* junto al edificio más alto y que tenía todos los boletos para ser el de administración. Al entrar vi a Mathias, que era otro guardia de seguridad, charlando con Laurel, quien resultó ser la recepcionista. Ambos me saludaron con una alegría que me torturó, pero Max me ayudó a mantener mi perfil bajo y no les aclaró quién era yo en realidad.

—Gracias —murmuré cuando entramos en el ascensor y las puertas se cerraron.

—Quiero pensar que Aaron sabe por qué hace las cosas —alegó Max con un resoplido, y yo rezaba por no cruzarme con nadie más hasta llegar al despacho de Aaron.

Tuve suerte, y Max me condujo por un solitario pasillo enmoquetado en gris y con paredes blancas hasta uno de los despachos, que tenía la puerta abierta. Yo iba justo tras él, así que, antes de que anunciara nuestra llegada pude ver a Aaron y Kevin en aquella oficina. Debía de ser la de Aaron, pues ocupaba la butaca tras el escritorio. Tenía los brazos cruzados, apoyados sobre la mesa y mantenía la mirada gacha, como si su hermano, de pie frente a él, estuviera soltándole un sermón, o más bien, machacándolo.

En ese momento tuve claro que mi antipatía por Kevin iba en aumento cada vez que lo veía.

Max golpeó el marco de la puerta con los nudillos y carraspeó para hacer notar nuestra presencia.

—Traigo visita —fue su anuncio y, cuando se apartó permitiéndome el paso, yo hice mi entrada triunfal.

—Buenos días.

Kevin se giró e irguió la postura, entre sorprendido y alerta, mientras que la mirada de Aaron, que se había encontrado con la mía, parecía iluminarse. Él también estaba sorprendido,

pero gratamente, y yo no pude evitar imaginarme… *cosas*.

Cosas como, por ejemplo, que se ponía en pie, caminaba hasta mí y me rodeaba con sus brazos para besarme como un demente.

Y sí se puso de pie, pero apenas sobrepasaba el escritorio cuando se detuvo de golpe. Bienvenida, decepción.

Entonces, me percaté de que Max abandonaba el despacho.

—Dale recuerdos a tu familia, por favor —le pedí antes de que se fuera. Me miró y sonrió.

—De tu parte.

Cuando se marchó, me giré hacia los dos hermanos y me topé con la mirada inquisidora de Kevin.

—¿Qué me he perdido? —Ahora miró a Aaron, exigiéndole una explicación.

—Anteayer su hermano me invitó al partido, señor Cross —respondí en su lugar con la mejor de las sonrisas—. Y fue todo un detalle por su parte. Hasta que me vaya a finales de esta semana, mi mejor expectativa era la de permanecer encerrada en la *suite* —añadí con un mohín lastimero—. Por cierto, Aaron, estaba tan cansada cuando me llevaste al hotel que se me olvidó darte las gracias. Lo pasé de maravilla.

Al igual que en ese momento.

Porque el rostro de Kevin se desfiguraba por segundos. Supuse que le repateaba los higadillos que a su hermano lo tutease y a él no.

—Me alegro mucho, Violet —dijo, con una sonrisa de satisfacción.

Y a la combinación había que añadir que Kevin había perdido la ocasión no solo de ser mi anfitrión sino de dirigir el cotarro.

—¿Y en qué momento tuvo lugar esa invitación? —preguntó receloso.

—Tras la cena, tuve que bajar a la recepción y me encontré a Aaron cuando se marchaba —improvisé.

—Ya veo —repuso bastante conforme por lo que respiré aliviada—. Lamento no haber podido asistir al partido —recitó como si lo lamentase. Ja—. Me caso en un par de semanas y mi prometida y yo teníamos cita con el organizador de bodas.

—Lo sé —respondí de forma escueta, y sé que él se quedó esperando por mi parte el típico «yo también lo lamento», aquello de «en otra ocasión será», o incluso «enhorabuena por la boda», pero no le di el gusto. De hecho, cada vez estaba más tenso.

—¿Y a qué debemos esta visita? —preguntó tratando de llevar la voz cantante. Incluso se obligó a sonreír.

—Aaron me convenció para que conociera su empresa antes de pasar por la mesa de operaciones.

Y su sonrisa se esfumó. Fue como si tuviera diez años y acabara de descubrir que Papá Noel no existe, y yo me mordí el interior de la mejilla porque tenía unas ganas locas de reírme. Cómo lo estaba disfrutando…, al igual que Aaron, quien había bajado el rostro para ocultar su sonrisa y jugueteaba con el pie con una pelusa imaginaria, disimulando a duras penas.

—¿Ah, sí? —inquirió Kevin, mirando a Aaron con un gesto de reproche..

—¿Le parece mal, señor Cross? —intervine sin dejar que Aaron contestase. Si Mata Hari hubiera podido verme—. Consideré que podría influir beneficiosamente en la oferta lanzada por mi padre, pero si soy inoportuna…

—No lo eres —habló por fin Aaron, y su hermano lo fulminó con la mirada.

Hasta ese momento, temía haber sido demasiado dura con Kevin. Sin embargo, en vista de cómo se estaba dando esa conversación, algo en mi fuero interno me decía que me había

quedado corta.

¿Qué demonios pasaba con ese tío?

—Claro que no. —Tal y como imaginaba, Kevin se adelantó un paso, volviendo a tomar la batuta que Aaron acababa de robarle—. Si desea ver las instalaciones, se las mostraré con mucho gusto —añadió, extendiendo una mano a modo de indicación. Incluso avanzó un paso, hasta que lo detuve.

—Es muy amable, señor Cross, pero preferiría que me acompañase Aaron —le dije en tono meloso, y juro que podía ver cómo la furia le bullía en las venas—. No me malinterprete. El motivo de mi presencia aquí es la invitación de Aaron y lo justo es que sea él quien me haga de guía.

—Por supuesto —concordó con una sonrisa tan tensa que debía dolerle la mandíbula—. En ese caso, permítame que se lo robe un minuto. Debemos terminar de tratar el asunto que se ha visto interrumpido por su llegada.

¡Zasca para mí! Kevin debía de haber hecho un máster en cómo ser descortés sin parecerlo. O quizá le venía de serie.

—Oh, por supuesto —no me di por enterada.

—¿Vienes? —le indicó a su hermano en tono seco, y salió.

Aaron lo siguió, pero se detuvo junto a mí. En su rostro aprecié una mezcla de mortificación y resignación, y lo vi morderse el labio inferior, como si se debatiera entre lo que quería decirme y lo que me dijo finalmente.

—Puedes esperar aquí o en la antesala, lo que prefieras —pronunció suavemente. Y aunque yo no sé lo que esperaba que me dijera, un escalofrío me recorrió de pies a cabeza.

—Aquí está bien.

Aaron me sonrió, una de sus sonrisas que no llegan a serlo, y se marchó.

Tras quedarme sola, y tal y como haría Mata Hari, me dispuse a inspeccionar el entorno. Lo primero que hice fue acercarme al escritorio, atraída por la parte trasera de una fotografía colocada junto a un ordenador portátil.

Me arriesgaba a que fuera una foto de Aaron con la pelirroja, lo cual habría sido muy esclarecedor a la vez que un jarro de agua fría. Sin embargo, para mi paz mental, Aaron estaba acompañado por un hombre mayor, que peinaba canas y que compartía sus rasgos faciales con Aaron —o más bien era Aaron quien los compartía con él—. Supuse que era su padre y, dado que ambos, abrazados y sonrientes, posaban con sus respectivos bates apoyados en el hombro, imaginé que la fotografía fue tomada en uno de los partidos.

Me produjo cierta ternura al tiempo que envidia. Ya lo daba por perdido, pero no por eso se me olvidaba que me habría gustado compartir un momento así con mi padre.

Desvié entonces mi mirada hacia el ordenador. El texto «Cross Tecnologics» bailoteaba por la pantalla y, como era lógico, al mover el ratón, el equipo me pedía una contraseña para salir del modo de suspensión.

«Violet», tecleé. Y evidentemente apareció un mensaje de error.

Me reí de mí misma —aunque habría sido toda una conmoción que mi nombre hubiera sido la clave— y cerré la ventana.

Me centré entonces en las paredes llenas de títulos enmarcados. Aaron, como ya sabía, era ingeniero industrial, pero tenía másteres en Automatismos y Robótica, Diseño y Desarrollo de Productos, y un largo etcétera del que me sorprendió un máster en Política y Gestión Medioambiental y de la Energía.

Toma ya. Eso sí que no me lo esperaba.

Por lo visto, Banks no era tan bueno recabando información.

Inspiré, llenando mis pulmones de aire y de una sensación de admiración por ese hombre guapo e inteligente que se volvía cada vez más misterioso. ¿Política y Energía?

Pese al suelo enmoquetado, percibí que alguien se acercaba, así que caminé hacia mi posición inicial, sujetando con ambas manos el asa de mi maletín colocado delante de mí y con cara de niña buena. Instantes después, Aaron entró en la oficina.

—Violet —murmuró aliviado, acercándose a mí. No sé si porque temía que me hubiera ido o porque por fin estábamos solos—. Después de lo que pasó… Creía que no te volvería a ver.

Vaya. Eso no me lo esperaba.

—Me alegra que no haya sido así.

Y eso menos aún.

—Discúlpame si el otro día…

Lo interrumpí, agitando una de mis manos.

—He venido porque a mí también me gustaría hablar contigo de eso entre otras cosas —le dije, provocando su sorpresa con mi franqueza—. Pero, ya que estoy aquí, me encantaría conocer tu empresa y después, si quieres y no estás ocupado, podríamos ir a comer y hablar con más tranquilidad.

Lo vi tragar saliva, atónito. Seguramente, los engranajes de su cerebro de ingeniero estarían funcionando a su máximo rendimiento. Entonces, en un gesto mucho más gentil que el de Kevin, extendió su mano invitándome a acompañarlo.

Y, joder, yo lo habría seguido hasta el fin del mundo.



Capítulo 9



Estaba hecho un puto flan. Después de un sábado maravilloso y un domingo de lo más penoso, esa mañana de lunes me desperté en medio de una resaca emocional que me tenía hecho polvo. Me había pasado todo el día anterior debatiéndome entre ir al Renaissance a buscar a Violet o dejarla en paz y que saliera el sol por donde quisiera. Y me pudo la cobardía. Total, ¿qué podía ofrecerle? Y en ese momento, la tenía a mi lado, con su dulce aroma que llenaba el habitáculo del ascensor llegando hasta mí, tentándome. En el corto trayecto hasta la planta baja, pensé unas cien veces en asaltar su boca y aprisionarla entre el metal de la pared y mi cuerpo hasta hacerle entender todo lo que me hacía sentir.

Y fueron las mismas cien veces que recordé que tal vez ella no sentía lo mismo.

Sin embargo, allí estaba, junto a mí. ¿Por qué?

No era cierto que la hubiera invitado expresamente a conocer la empresa —con la experiencia del sábado seguro que tuvo más que suficiente—, pero no iba a desdecirla frente a Kevin y me limité a seguirle el juego. Y resultaba que no era más que una excusa para venir a hablar conmigo.

Me caldeaba por dentro la idea de que pudieran solucionarse las cosas entre nosotros, pero sus intenciones la alejaban del propósito de Kevin y a mí me ponía en el punto de mira.

El asunto que Violet había interrumpido era un rapapolvo en toda regla. Kevin necesitaba avances, y el comentario de Violet de que la empresa pasase por la mesa de operaciones —y que a mí casi me arranca una carcajada— a él no le hizo ni puta gracia. Así que, cuando me llevó a su despacho, el rapapolvo se convirtió en advertencia. Primero, porque le había ocultado que ella había asistido al partido, y segundo, Violet estaba allí y, dado que él había quedado fuera de juego muy a su pesar, yo no me podía permitir el lujo de desaprovechar la ocasión.

Y yo solo quería llevarme a Violet a una isla desierta y mandarlo todo al infierno.

La leve sacudida del ascensor al llegar a la planta baja me sacó de mis pensamientos. Le hice un gesto para que saliera primero y luego me coloqué a su lado para guiarla.

—¿Me permites? —le dije, extendiendo mi mano para que me entregara el maletín—. No te va a hacer falta e irás más cómoda.

Su extrañeza era evidente, pero acabó accediendo. Así que, cuando salimos a recepción, me acerqué al puesto de Laurel. Al vernos, la recepcionista sonrió.

—¿Puedes guardarle el maletín a Violet, por favor? —le pedí.

—Claro que sí.

Tras cogerlo, se puso en pie y lo metió en un armario situado tras ella. Mientras nos

marchábamos, vi que tanto Laurel como Violet se despedían con un gesto de su mano, y tanta cordialidad me dio a entender que no le había dicho quién era, cosa que me confirmó.

—Los únicos que lo saben son Larry y Max —me aclaró—. Aunque he preferido no comentarles que me propusiste una reasignación —añadió con cautela—. Porque no vais a considerar nuestra oferta, ¿verdad?

Suspiré mientras una punzada me atravesaba el pecho y me llenaba la boca un sabor amargo a traición. Traición a ella. Confiaba en poder remediarlo.

—Como bien has dicho, preferiría hablarlo después. Elige.

Nos habíamos detenido en un pequeño cuartito con decenas de patinetes conectados a una estación de recarga. Violet jadeó.

—¿Pretendes que me suba ahí? —Negó con la cabeza—. Prefiero el *heladomóvil*.

No pude evitar reírme cuando escuché de sus labios el mote con el que Max había bautizado a nuestros cuadriciclos.

—Esos los utilizamos para movernos por el exterior. Pero tenemos carriles señalizados por los que desplazarnos con patinete por el interior —le expliqué—. Si hubiera sabido que venías, te habría avisado para que fueras más cómoda.

—Soy una mujer de negocios, se supone que debo ir con falda y taconazos. Además, así aprecias mis bonitas piernas —añadió, claramente bromeando, aunque, si me lo hubiera pedido, yo le habría confirmado que eran preciosas. Me moría por tenerlas alrededor de mi cadera—. Ahora entiendo lo del maletín. Bueno, vamos allá —concluyó, acercándose a uno de ellos para mirarlo de cerca.

—¿Por dónde quieres empezar?

—Ufff… Esto es enorme… ¿Por el principio?

—Vale —asentí—. Lo primero sería… ¿Sabes con qué material se fabrican los semiconductores?

—No, pero sé que me lo vas a decir —bromeó—. Te vas a poner en plan listillo, ¿verdad? —añadió, arrancándome una carcajada.

—Tendrás que disculparme si lo hago. Sígueme.

Antes de hacerlo, vi que se quitaba los zapatos y los dejaba en un rincón. Me hizo reír de nuevo.

—En serio, no quiero matarme. Y seguro que están aquí cuando volvamos.

—¿Sabes manejar uno de estos? —pregunté, señalando el patinete que había elegido. Su respuesta fue una mirada que no dejaba lugar a dudas—. Vamos.

En cuanto comenzamos a avanzar, eché la vista atrás, y me tranquilizó saber que era cierto.

—Tranquilo, Cross, los utilizaba en París para ir a la universidad —me aclaró finalmente.

Y yo no podía explicarle el cosquilleo que me recorría todo el cuerpo cada vez que se dirigía a mí por mi apellido.

Tal y como le había dicho, la fábrica contaba con corredores que permitía recorrer los distintos módulos desde el interior y ver las salas a través de vidrieras. Decidí iniciar la ruta por el laboratorio, aunque no entramos.

—Mira —le pedí, señalando hacia una mesa blanca, como todo en aquel laboratorio, incluidos los pijamas y batas de los químicos que trabajaban en la sala en ese momento.

—¿Arena? —inquirió sorprendida.

—De silicio —asentí—. La exportamos desde China y, aunque no hay que poner en duda su calidad, yo prefiero analizar algunas muestras para saber a ciencia cierta con lo que estamos trabajando.

Entonces, me acerqué a un intercomunicador y pulsé uno de los botones.

—¿Sí, jefe? —respondió una voz femenina.

—Tenemos visita —le dije, y una de las cabezas que estaban pegadas a un microscopio se alzó y se giró para mirar hacia la vidriera.

—¡Violet! —exclamó Millie, y sin dudarlo, abandonó lo que estaba haciendo y salió al corredor casi a la carrera.

Millie era una de nuestras mejores químicas. Rozaba los cincuenta, tan delgada que parecía un junco, pero con su misma resiliencia. Su bata ocultaba la infinidad de tatuajes que recorrían sus brazos, recuerdo de la época en la que aprovechaba sus dotes para otro tipo de laboratorios de nula legalidad. Era joven, inconsciente y necesitaba dinero, pero cuando se dio cuenta del veneno que estaba creando, acudió a mi padre. Tardó muy poco en convertirse en la jefa del laboratorio.

—¡Hola, capitana! —la saludó con la efusividad que la caracterizaba. Era indudable que Violet había dejado huella en muchos el día del partido—. ¿Qué haces por aquí? ¿Y vestida de Barbie Emprendedora? —añadió, mirándola de arriba abajo.

—Es largo de explicar… —titubeó Violet—, pero sí que soy empresaria.

—Después de conoceros el sábado, quería ver el sitio en el que trabajáis —le eché un capote.

—Esto de los semiconductores es un mundo completamente desconocido para mí —agregó Violet, visiblemente más tranquila al haberse alejado del peligro—. He flipado con la arena de silicio.

—Oh, pues no te queda nada —respondió Millie con un aspaviento—. Jefe, tienes que llevarla a la sala de crisoles y que vea el mojón plateado de un metro de largo por veinte centímetros de ancho que escupen.

—Joder, Millie, mira que eres bruta —la reñí, conteniendo la risa.

—¡Pero si es verdad! —insistió—. Bajan desde lo alto y parece que están cag… —empezó a explicarlo, reproduciendo el movimiento con las manos.

—¡Basta! —le pedí, tragándome una carcajada—. Esta es una empresa seria y vas a espantarla.

Sin embargo, Violet negó con la cabeza.

—Cross, no podré seguir viviendo si no me llevas a la sala de crisoles —dijo, y los tres al unísono rompimos a reír.

Así que la llevé a la bendita sala, y después de que Violet me obligase a reconocer que Millie tenía razón, continuamos con la ruta para que viese el resto del proceso. Cómo aquel cilindro de cristal de silicio pasaba por la cortadora para crear obleas de poco más de medio milímetro y una pureza que rozaba el cien por cien; la etapa de pulido donde la oblea disminuía su espesor al rango del nanómetro; su calentamiento posterior a más de mil grados para imprimir los distintos circuitos; el ensamblaje de cada microchip con hasta treinta de esas capas, cada una con su función, como los distintos pisos de un minirascacielos; hasta llegar al conocido cuadrado negro con terminales metálicos que parecía una araña robótica, tal y como los bautizó Violet.

Violet asentía con cada una de mis explicaciones, parecía realmente interesada, aunque yo temía aburrirla con datos técnicos. Confiaba en que, llegado el momento, ella misma me lo dijera para dar fin a la excursión, pero llegamos a la zona de almacenaje sin apenas interrupciones por su parte. Hasta que me preguntó sobre el impacto medioambiental de una industria de tal calibre.

Encontré la excusa perfecta para poder salir a la zona exterior. Respiré aliviado. Una vez fuera, le mostré los voluminosos tanques para el tratamiento del agua residual.

—La cantidad de agua que utilizamos al día puede alcanzar los siete dígitos, así que, por

ley, debemos contar con una planta de tratamiento de agua.

—¿Has dicho siete dígitos? ¿Millones al día?

—Ya has visto que, en las semanas que transcurren para que la arena de silicio pase a convertirse en un microchip, el agua forma parte vital del proceso —le recordé.

—Había tuberías por doquier —asintió.

—Además de la cantidad de gente que trabajamos aquí —añadí.

—Mil quinientas diez personas tirando de la cadena del inodoro a la vez son muchos litros —meditó, y yo no pude evitar reírme.

—Creo que has pasado demasiado tiempo con Millie —bromeé—, pero sí. Así que, te presento el que considero el mayor de mis logros.

Señalé hacia el frente, hacia uno de los tanques de cloración, pero Violet, como era evidente, no entendía nada.

—Lo común es implementar sistemas de tratamiento del agua utilizada para devolverla al circuito de fabricación y reutilizarla —le expliqué—. O también, liberarla al medioambiente, siempre realizando pruebas y análisis previos para asegurarnos de que no se contamine el entorno y que no se altere el equilibrio ecológico —agregué mientras ella concordaba con la cabeza—. Y yo, además, me propuse hacerla apta para el consumo humano con una potabilizadora. Bebemos el agua que sale de aquí. —Volví a señalar los tanques.

—Entonces, ¿el vaso que me ha ofrecido Liz en la cafetería…?

Asentí, confirmando sus sospechas.

—¿Te has fijado en las tuberías pintadas de color verde? Es un circuito de agua potable.

Violet meditó unos segundos.

—¿No sería más fácil estar conectados a la red pública de suministro de agua? —preguntó, extrañada.

—Y lo estamos, pero para verter agua a la red —hice una pausa—, de forma gratuita.

—¿Qué? —inquirió sorprendida.

—Ese es en realidad mi triunfo —le aclaré—. El agua no es nuestra para comercializar con ella. ¿Acaso no nos estamos aprovechando para nuestro beneficio? Y de todas formas debemos tratarla para reutilizarla o liberarla. Solo se necesita un último paso para que pueda consumirse.

—¿Y quién paga ese último paso? —preguntó ella de forma certera.

Me desinflé con un suspiro, dejando caer los hombros.

—Esa fue mi batalla con Kevin —le confesé—, pero esta empresa factura, facturaba —rectifiqué— millones de dólares al cabo del año. Nos lo podíamos permitir. Además, creo que es una forma de compensar a las localidades cercanas por las posibles molestias ocasionadas. Y será mejor que volvamos dentro —decidí, señalando sus pies descalzos.

—Las medias han quedado inservibles, pero ha valido la pena —alegó, encogiéndose de hombros—. ¿A dónde vamos ahora?

—Creo que ya te lo he enseñado todo —respondí, mirando a mi alrededor.

—No, me refiero a dónde me vas a llevar a comer —preguntó con una sonrisa coqueta que hizo que mi corazón se saltase un latido.

—Conozco un restaurante en Albany que… Bueno… —titubeé—. ¿Eres vegetariana, vegana, paleo…? —quise saber—. En la cena de la otra noche no hacías más que apartar corpúsculos indeseados.

Violet negó con la cabeza.

—Te olvidas de los perritos de Adele. Lo de picotear como las gallinas fue producto del insólito momento —admitió, y a mí me habría encantado que dijera que el motivo era yo.

Tampoco podía esperar nada.

Volvimos al interior y recorrimos la fábrica en sentido contrario hasta llegar al punto de partida, al cuartito de recarga de patinetes. Mientras yo los conectaba, ella se dirigió al rincón donde había dejado los zapatos.

—Date la vuelta, por favor —me pidió. Me extrañó que necesitase privacidad para calzarse, pero obedecí—. Ya está. Gracias.

Y entonces comprobé que estaba tirando sus medias en la papelera.

—No es lo apropiado para mi disfraz de empresaria, pero lo prefiero a ir con cuatro carreras recorriéndome las piernas de arriba abajo.

—¿Quieres pasar por el hotel primero?

Ella sacudió la cabeza mientras terminaba de ponerse aquellos tacones que le hacían unas piernas de infarto. No me considero fetichista, simplemente, era Violet.

—A quien no le guste, que no mire. —Se encogió de hombros.

Así que mi respuesta fue recrearme en ellas, estudiándolas en toda su longitud, una vez, y luego otra. Después, mis ojos subieron hasta su rostro, y me recibió el sonrojo de sus mejillas. Me pareció que había captado el mensaje, y yo disfruté de su reacción.

—¿Vamos? —pregunté, y ella asintió, carraspeando.

Regresamos a la recepción donde Laurel le devolvió su maletín a Violet, y yo le pedí que llamase al Restaurante Athos para reservar mesa. Aún era temprano y siendo un día laborable imaginaba que no habría problema, pero prefería asegurarme. Después de indicarle que no me pasase llamadas y de que Violet se despidiera de ella, salimos hacia el aparcamiento en busca de mi coche. En cuanto subimos, Violet se arrellanó en su asiento, sonriendo mientras le echaba un último vistazo al edificio.

—Esto es una maravilla, Aaron.

Miré hacia el frente, con ambas manos alrededor del volante. Sabía que era un halago, pero no podía evitar que me doliese, dadas las circunstancias. El imperio de mi padre no era más que un castillo de naipes a punto de colapsar.

Preferí no hacer ningún comentario por miedo a cagarla y puse rumbo a la ciudad. Media hora después, recorríamos la céntrica Madison Ave para llegar al restaurante. Había ido alguna vez y en su carta tenían platos, según ellos, mediterráneos, y confié en que le gustase a Violet.

Su primera impresión al entrar no pareció ser mala. Era un restaurante muy luminoso, con suelos de madera, paredes color crema y manteles azules. Un camarero nos acompañó a nuestra mesa.

—Bonito —decidió Violet, mirando a un lado y a otro mientras se sentaba frente a mí.

—Me alegro —respondí, y ella se dispuso a estudiar la carta frunciendo el ceño, un gesto que había visto más de una vez en ella, cuando algo parecía de su interés.

Poco después se acercó el mismo camarero que nos había acompañado a la mesa portando una jarra de agua. Nos llenó los vasos con amabilidad, dándonos algunos segundos más para decidir.

—Una ensalada de queso de cabra, por favor —dijo Violet finalmente, mirándolo.

—Curiosa elección —admití—. Creo que yo también tomaré una.

Tras aconsejarnos un vino acorde, le devolvimos la carta al camarero y se marchó. Entonces, Violet se inclinó hacia mí.

—No te hagas ilusiones. Seguro que es un sucedáneo adaptado al paladar norteamericano —susurró—. La primera vez que probé el queso de cabra en Francia casi sufro un orgasmo sensorial —añadió, y yo casi me atraganto con el agua que bebía en ese momento.

—Lamento que la brevedad de mi viaje no me permitiera disfrutar de un clímax de fermentación láctea —bromeé. Violet se echó a reír, y yo me mordí la lengua para no decirle que no habría sido el único clímax del que me habría gustado disfrutar—. Joder… —murmuré entonces con disgusto, mirando por encima del hombro de Violet—. No te gires —le indiqué con premura al ver su intención.

—Basta que me digan que no haga algo para hacerlo, Cross, pero me contendré —respondió con curiosidad.

—No tardarás en saber quiénes acaban de entrar por la puerta. Vienen hacia aquí.

Un momento después, me puse en pie para saludar, y me alegré por dentro cuando Violet también lo hizo y se colocó a mi lado.

—Vaya, Aaron, qué casualidad encontrarnos aquí.

Esa voz aguda y de falsa complacencia era la de mi cuñada.

—Y tan bien acompañado, además —añadió la novia de mi hermano, mirando a Violet de arriba abajo—. Soy Bridget Leyton, la prometida de Kevin —se presentó, alargando su mano hacia ella, quien la aceptó.

—Soy Violet Harrington, la pesadilla de Kevin —respondió con una amplia y estirada sonrisa—. Imagino que te habrá hablado de mí. Para mal.

Y yo casi me atraganto con mi propia saliva —¡viva la evolución humana!— a causa de la cara de asombro de Bridget provocada por la respuesta de Violet.

—Encantada —recitó, aunque su sonrisa tensa decía lo contrario—. Te presento a mi mejor amiga, Leslie Mitchell, la exnovia de Aaron.

Y ahí estaba. Nadie dejaba sin palabras a Bridget Leyton y se iba de rositas. Aunque dudaba que a Violet le importase lo más mínimo que mi cuñada y mi exnovia se hubieran plantado allí para agriarme la comida.

—Ah, ¿así que eres tú? —exclamó Violet, estrechando la mano de Leslie—. Me preguntaba qué tipo de mujer dejaría escapar a Aaron. Aunque eres mucho más guapa —añadió con un tono tan condescendiente que no daba lugar a la réplica. ¿Qué decir cuándo te han llamado imbécil pero no tienes la suficiente inteligencia como para darte cuenta? Me acababa de convertir en el fan número uno de Violet Harrington.

—Esto…

Leslie miró a Bridget, consciente de que algo iba mal y se le escapaba. Entonces, los ojos de mi cuñada, cuyo cerebro trabajaba a mil por hora en busca de la pulla perfecta, quedaron fijos en las piernas de Violet.

—Oh, sé que no es apropiado, lamento que pueda incomodaros —recitó Violet con sutil sarcasmo—. Pero es culpa de Aaron que hayan quedado inservibles.

Y en ese instante yo habría colocado a esa mujer en el pedestal más alto que se haya construido jamás. Porque su insinuación, alimentada por la mala baba de esas dos, dejaba entrever que la ausencia de esas medias se debía a un encuentro pasional. Y que me aspen si me importaba. ¿Qué más daba que ellas no supiesen que toda mi responsabilidad residía en realizar la excursión por Cross Tecnologics en patinete eléctrico? Su cara de despectiva sorpresa hacia mí la recordaría durante mucho tiempo.

En ese momento, el camarero nos trajo las ensaladas, la excusa perfecta para dejar de perder el tiempo con esas dos, así que le hice un gesto a Violet para que tomara asiento.

—Sí, no dejemos que se enfríe —alegó ella, y yo casi estallé en carcajadas.

Bridget y Leslie se miraron, completamente fuera del alcance de la elocuencia de Violet.

—Encantada de haberos conocido. Imagino que en estos días volveremos a vernos

—añadió, consciente de que aquel par de mosconas no tendrían suficiente con ese primer asalto fallido.

—Igualmente, querida.

¿Querida?

—Si se diera la circunstancia de que aún estás en la ciudad, estaría encantada de que asistieras a mi boda. Tengo entendido que Aaron no trae acompañante.

Menuda víbora… Su tono meloso rebosaba en veneno.

Entonces, Violet, quien estaba a punto de sentarse, se irguió con cara de completo desconcierto, incluso se llevó una mano al pecho en un gesto de lo más teatral.

—Eso me sorprende muchísimo —exclamó, recorriéndome con la mirada de pies a cabeza, como si fuera el manjar más exquisito. En estos tiempos que corren, es políticamente incorrecto cosificar y aceptar que te cosifiquen, pero mi autoestima se elevó hasta la estratosfera—. Aunque dice mucho de ti que no te conformes con cualquiera, Aaron —me halagó, dejándome ahí arriba un poco más—. Si aún estoy en la ciudad y Aaron desea que lo acompañe, asistiré encantada —decidió, dedicándole una sonrisa de lo más falsa a mi cuñada.

Después, se sentó, quedando de espaldas a ellas y dando así por finalizada aquella pantomima. Yo, por mi parte, les hice un gesto con la mano a modo de despedida y volví a ocupar mi asiento.

Ambas me dedicaron una mirada desdeñosa antes de dirigirse al fondo del local. Aunque la mesa que ocuparon no estaba lo bastante cerca como para escucharnos, sí lo estaba para que pudieran joderme la comida.

Bueno, eso sería si yo lo permitía. Violet no parecía afectada en absoluto y decidí centrarme en ella, en la conversación que teníamos pendiente y en las inevitables expectativas que eso me provocaba. La estudié mientras aliñaba la ensalada y momentos después pinchaba un poco con el tenedor para introducirlo en su boca. Sus movimientos eran pausados y armoniosos… y yo un baboso capaz de quedarse embobado, observándola mientras comía, como si tuviera ante mí a un hada del bosque lanzando un hechizo. Una fantasía. Cuando tragó, se percató de mi escrutinio y clavó los ojos en mí.

Y yo salí por donde pude.

—¿Qué tal la ensalada? ¿Se ha enfriado?

Violet pestañeó y, un segundo después, ambos nos echamos a reír.

—¿Crees que me he pasado? —me preguntó, limpiándose las comisuras con la servilleta.

—Ha sido magistral —negué con la cabeza.

—No he podido contenerme —se disculpó igualmente—. Seguro que Bridget era la capitana del equipo de animadoras y Leslie su mano derecha.

—Veo que las has calado a la perfección.

—No se me da mal, por eso sé que eres demasiado considerado y prudente como para ponerlas en su sitio. Al igual que a Kevin.

Mi tenedor cargado de brotes verdes quedó suspendido en el aire, en la trayectoria hasta mi boca.

—Debo admitir que el queso de cabra no está mal, pero la finalidad principal de venir aquí no era comer —añadió, apoyando ambos antebrazos en la mesa—. Pero, antes de entrar en materia y hablar de Cross Tecnologics, me gustaría saber por qué aguantas al gilipollas de tu hermano.

Me quedé congelado. No se podía ser más directo y certero. Sé que es una frase manida, pero si en ese momento me hubieran pinchado, no me habrían sacado ni una gota de sangre.

Suspiré. Dejé caer el tenedor y me eché hacia atrás para apoyar la espalda en la silla. Casi sin pretenderlo, mi vista se desvió hacia la mesa que habían ocupado Bridget y Leslie.

—¿Por qué tu hermano ha considerado necesario mandar a esas dos espías de pacotilla? —demandó, inclinándose hacia adelante. Su tono no era agresivo, no me presionaba, solo quería comprender. Pero… ¿cómo explicarle?

—Es… complicado —murmuré, y ella se irguió.

—¿No se fía de ti? —tanteó, y yo no pude contener una carcajada impregnada de resentimiento.

—Para poder desconfiar de una persona, primero has tenido que confiar en ella —le respondí—. Nunca he sido digno de tal consideración.

Violet se cruzó de brazos, observándome, pensativa, y a mí me invadió el temor de que me considerase un soberano pelele. En cierto modo lo era. Aunque…

—No veo que te sorprenda —dije ceñudo, y ella apretó los labios.

—Solo has confirmado mis sospechas —admitió—. El día de la cena apenas te dejó abrir la boca. Y hoy ha quedado más que claro que no soporta que actúes por tu cuenta, sin su supervisión.

—Muy aguda —asentí, frunciendo los labios.

—¿A qué se debe? —insistió—. ¿La cagaste en alguna ocasión y ahora no puedes dar ni un paso sin su permiso?

Resoplé y mi mirada regresó a la mesa de mi cuñada y mi exnovia.

—Violet… —Me desinflé—. Es complicado.

—Eso ya lo has dicho hace un momento, Aaron —me hizo saber, y sin discreción alguna, volvió la vista hacia ellas, pudiendo comprobar así que no hacían más que mirarnos—. ¿Sabes qué? Lo pillo. ¡Camarero! —exclamó, haciéndole una seña para que se acercara. Y mientras tanto, yo la observaba embobado sin la más mínima sospecha de lo que pretendía hacer.

—¿Sí?

—Nos ha surgido un imprevisto. ¿Podrían ponernos las ensaladas para llevar? Y nos trae la cuenta si es tan amable —añadió.

El camarero asintió y retiró nuestros platos.

—¿Qué…? —intenté preguntar, atónito.

—Puede que sea el momento, pero desde luego no es el lugar —me respondió, inclinando ligeramente la cabeza hacia ellas—. Necesito entender qué está sucediendo, Aaron, con la empresa, contigo y con… con nosotros —agregó, y mi corazón volvió a bombear sangre.

—¿Lo hay? ¿Hay un nosotros? —pregunté en un arranque de valentía, y a medio camino entre la esperanza y el miedo.

La vi dudar. Quizá porque estaba tan hecha un lío como yo y no lo sabía o porque estaba segura de que no y no tenía ni idea de cómo decírmelo sin hacerme parecer un imbécil.

No me contestó. En ese momento llegó el camarero con una bolsa de papel, donde supuse que estaban los envases, y una bandeja con la cuenta.

—Esta vez invito yo —dije, queriendo darle a entender que esperaba que hubiera una próxima, y ella aceptó.

Tras pagar, salimos del restaurante. Ninguno de los dos se dignó a mirar a aquel par de moscas puñeteras que, finalmente, nos habían fastidiado la comida. Caminamos en silencio hacia mi coche. Mientras dejaba la bolsa en el maletero, Violet ocupó su asiento.

—¿A dónde quieres ir? —pregunté en cuanto me senté frente al volante.

—A tu terreno —decidió—. A un sitio en el que estemos solos, sin interrupciones y en el

que tú te sientas cómodo.

Así que puse rumbo a mi apartamento.



Capítulo 10



Estaba hecha un puñetero flan. A esas alturas, no albergaba ningún tipo de desconfianza hacia Aaron. La excursión por Cross Tecnologics había sido mucho más que una expedición de índole comercial. Era evidente que trataría de mostrarme todas las virtudes de su empresa, pero, siendo consciente o no, en cierto modo, Aaron también se había mostrado ante mí. Su apasionamiento al hablar, el entusiasmo ante lo que consideraba una buena idea, o su forma de torcer los labios cuando admitía que había aspectos del funcionamiento de la empresa que se podían mejorar. Sin embargo, lo que más me intrigaba era la influencia de su hermano sobre él. Bastaba la presencia o su sombra sobrevolando por encima de su cabeza para que Aaron se mostrara inseguro, incluso retraído, como si necesitase su maldito permiso para hablar. Me inquietaba haberle puesto entre la espada y la pared, obligándolo a confiarse a mí. Necesitaba comprender, pero aquello podía salir muy bien o muy mal. Y eso era lo que temía. Tenía miedo a perder lo poco que tenía de él.

El trayecto hasta su apartamento no fue muy largo, pero lo suficiente para recorrer aquella ciudad que me encantó por su carácter ecléctico. La artista que habita en mí no pudo dejar de apreciar aquel batiburrillo de estilos, desde edificios emblemáticos de aspecto colonial, a encantadores vecindarios residenciales de calles arboladas y casas *craftsman*, hasta altos edificios de oficinas y apartamentos. Cuando tras aparcar llegamos a la torre en la que vivía Aaron, me detuve un instante frente a la puerta de acceso para mirar hacia arriba y las incontables plantas se perdían hasta el cielo.

Una vez dentro, pasamos cerca del puesto del conserje, quien nos saludó educadamente, y nos dirigimos al ascensor. Al entrar, vi que Aaron se colocaba en uno de los rincones, lejos de mí y con la mirada fija en la botonadura que se iba iluminando conforme subíamos. Parecía estar contando los segundos hasta llegar al paredón, cuando mi intención no era enjuiciarlo y sentenciarlo para ejecutarlo después. Pero estaba inquieto, respiraba con rapidez y su nuez de Adán no hacía más que subir y bajar, tragando saliva.

—No te preocupes, no voy a violarte —se me ocurrió decir. No es novedad que suelto lo primero que me pasa por la mente, ¿verdad?

—¿Qué? —inquirió, mirándome atónito.

—Sabes que existe el pensamiento de que si una chica va al apartamento de un chico, sola, puede correr peligro, pero ¿por qué no al revés? Como si una chica no pudiera violar a un chico —añadí por lo bajo, y noté que él contenía una carcajada.

—O sea, que debajo de ese traje de empresaria estirada, no guardas ningún vial de burundanga —dijo.

—Veo que lo pillas —bromeé, y ambos nos echamos a reír.

—Vale, me quedo más tranquilo.

—Aaron —murmuré más seria—, no pretendo juzgarte. Pero me gustaría…

—Lo comprendo —me aseguró en tono afable, aunque yo sabía que la inquietud seguía ahí.

Cuando el ascensor llegó a la planta decimoquinta se detuvo. Aaron me hizo un gesto para que saliera primero, pero ya en el pasillo se colocó a mi lado para guiarme. Nos detuvimos frente a la puerta que tenía una B dorada en el dintel.

—Un momento… Acabas de llamarme estirada —me quejé, señalando hacia atrás con el pulgar, al ascensor, mientras él abría la puerta.

—Anda, pasa —me dijo, riéndose.

Mis tacones, que habían recorrido en silencio la moqueta del corredor, entraron en estridente contacto con el entarimado de madera del apartamento de Aaron. No pude evitar encogerme ante la desagradable sensación.

—Puedes dejar tus zapatos ahí —me indicó un mueble mientras él también se quitaba los suyos—. Te buscaré algo para que no vayas descalza.

—Si no te importa, lo prefiero —le indiqué, esperando no incomodarle—. El tacto de la madera es reconfortante.

—Como quieras —asintió. De hecho, tras guardar nuestros zapatos, él también se quedó en calcetines—. Estás de suerte. Esta mañana vino la señora de la limpieza, así que no se te llenarán las plantas de los pies de miguitas de pizza.

Me eché a reír, negando con la cabeza.

—Me extrañaría que fueras tan desordenado. Está impoluto —añadí, envolviendo con un gesto de mi mano el espacio principal que hacía las veces de salón, comedor y cocina, y al que se accedía directamente desde la puerta.

Era un apartamento de concepto abierto, tal y como denominan los programas de reformas que están tan de moda. La decoración era moderna, de colores crema y marrones, acorde con la madera oscura del suelo, pero austera, sin grandes pretensiones. El elemento principal era un gran sofá color siena colocado frente al mueble del televisor y con una manta terciada en uno de los brazos. No me costó imaginarme a Aaron, echado allí, descansando tras un duro día de trabajo aguantando a su hermano. Cortinas oscuras que al estar descorridas me permitían ver un gran ventanal, una estantería plagada de libros —mil puntos para Aaron—, una lámpara de pie junto al sofá y poco más. De sus paredes colgaban un par de cuadros, naturalezas muertas de Dalí. No eran verdaderas, obviamente, sino las típicas láminas que se venden al por mayor, pero eso sumaba mil puntos más. Y, finalizando el recorrido por la estancia, vi una única puerta que imaginé comunicaría con el dormitorio principal.

Sentí un escalofrío de anticipación. No pude evitarlo. Habíamos ido allí para hablar y le había prometido que no lo violaría, pero no pude refrenar mi imaginación. Aaron, tumbado en su cama, desnudo, las sábanas enredadas en sus piernas, y en las mías…

Me pasé una mano por la nuca, turbada, aunque Aaron no pareció darse cuenta. Vi que dejaba la bolsa del restaurante en la barra que separaba la cocina del salón y que contaba con algunas banquetas. Luego, se metió las manos en los bolsillos y apoyó la espalda en la barra.

—Pues esta es mi guarida —bromeó, aunque tenía todo el sentido si fuera de esas cuatro paredes tenía que lidiar con su hermano, su cuñada y su exnovia, sin olvidar la bancarrota de su empresa.

—Me gusta —decidí, observando a mi alrededor. Bonito pero sin ostentaciones. Muy Aaron.

—El cuarto de baño está dentro de mi habitación —señaló—, ¿necesitas…?

—Sí, por favor, me gustaría lavarme las manos y refrescarme.

Sobre todo, refrescarme.

Aaron sonrió y me acompañó. Abrió la puerta de su dormitorio y me invitó a pasar.

Sábanas de raso. Negras. El tópico por excelencia pero que concentró un nudo cálido en mi vientre.

—Allí tienes el baño —me indicó—. ¿Me pasas tu bolso y tu chaqueta? —añadió mientras se quitaba su americana y la colgaba en un galán de noche. Todo un clásico, pero que le pegaba perfectamente.

Tras dárselos, busqué refugio en el aseo. Me saqué los faldones de la blusa remetidos bajo la cinturilla de mi falda de tubo y me desabroché un par de botones del cuello. Luego, abrí el grifo y me mojé el escote y la nuca, agradeciendo con un suspiro el frescor del agua.

Había sido mala idea dejar que Aaron eligiese el lugar. Mi habitación en el hotel era más impersonal, sin ningún vínculo con ninguno de los dos, por lo que mejor elección. En cambio, el apartamento de Aaron… Mi mente se empeñaba en imaginarlo en cada rincón de esa casa, en su día a día, hasta en lo más cotidiano. Trasteando en la cocina… Frente a su armario decidiendo qué traje se pondría esa mañana… Luego, dejaría la ropa en esa cama inmensa de dos por dos y se dirigiría al baño. Se desnudaría… Entraría en la ducha…, en esa que podía ver en el reflejo del espejo.

Abrí de nuevo el grifo y creé un pequeño cuenco con mis manos para llenarlas de agua y mojar mi cara. A tomar por culo el poco colorete que pudiera quedar. Necesitaba aquella explosión de agua fría para calmarme. Había una operación de millones de dólares en mis manos, ¡y tenía que dejar de pensar con el coño! —los hombres no son los únicos que pueden pensar con las gónadas, ¿no?—. Pero que Aaron me gustaba no era nada nuevo, me gustó desde el principio, desde que lo vi con su chistera en aquel abarrotado local de París, desde que dejé que me besara sin saber de él nada más que su nombre.

—¿Estás bien?

La voz de Aaron al otro lado de la puerta me sobresaltó.

—Salgo enseguida —alcé la voz.

Me recompuse dándole ánimos a mi reflejo en silencio, me sequé a la carrera y salí. Aaron ya no estaba en su dormitorio. Escuché ruidos en el salón y me dirigí hacia allí. Me lo encontré inclinado sobre la mesa, colocando unos manteles individuales. Al percatarse de mi presencia, se detuvo a mirarme. Sentí cómo sus ojos me recorrían de pies a cabeza, y yo me pasé una mano por la nuca, cohibida. Con la blusa por fuera, el moño medio deshecho y la cara lavada tenía que estar hecha un desastre. Estuve tentada de volver al baño.

—Yo… —titubeó, irguiéndose— suelo comer en la barra, pero imaginé que aquí estaríamos más cómodos.

—Bien pensado —murmuré—. ¿Dónde están los cubiertos? —pregunté, escapando hacia la cocina y dejando atrás aquel momento tenso. Pero, un instante después, sentí su aroma cerca de mi rostro. Cítrico, madera y misterio. Se había colocado detrás de mí y me señalaba uno de los cajones, y yo olvidé para qué había ido a la cocina.

Era fácil imaginarlo, ¿verdad? Que me envolviese con sus brazos y me echara ligeramente hacia atrás, hasta que mi espalda descansase en su pecho. Su rostro bajaría hasta la curva de mi cuello y yo notaría su respiración en mi piel, luego sus labios, su lengua… Oh…

—Aquí están los cubiertos.

Escuché su voz acompañada por el ruido del cajón. Y *plop*, adiós a mi burbuja de

ensoñación.

Definitivamente, aquello iba a salir muy mal.

Entonces, desapareció como una exhalación y todo mi cuerpo acusó su ausencia. Me giré con disimulo mientras cogía los cubiertos y comprobé que, en realidad, se encontraba a escaso medio metro, sacando unas copas de un armario. Me estremecí al comprender cuánto anhelaba su cercanía y cuánto deseaba que fuese plena, hasta donde nadie había querido llegar.

—¿Quieres vino? —me preguntó entonces, ajeno a mi lucha interna.

—Si crees que embriagándome evitarás un tercer grado… —bromeé, porque necesitaba alejar aquellos pensamientos intrusivos que traían a colación un pasado lleno de desilusiones.

Aaron, por su parte, se rio, y acabó llevando una jarra llena de agua a la mesa.

Tras terminar de prepararla, nos sentamos a comer. Yo cogí mi tenedor, pero Aaron apoyó los brazos en el borde de la mesa con las manos cruzadas en un puño y cara de circunstancias.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Eres obediente —lo tanteé, pero él negó con la cabeza.

—Soy justo —objetó—. Estamos aquí para eso.

Ufff, menuda punzada de decepción. Fría, aguda y en el centro del pecho. Disimulando, asentí complacida.

—Sin embargo, para ir calentando motores, me gustaría que primero me hablaras de Miss Harpía Pelirroja —decidí, pues me interesaba saber si aún quedaba algún rastro de su relación entre los dos como para que ella lo espiara y/o celara.

La reacción de Aaron fue echarse a reír.

—Eso no es muy amable —bromeó—. Cualquiera pensaría que te cae mal por algún motivo —añadió suspicaz, y yo me hice la sorprendida ante lo que era una clara insinuación. Solo le faltaba señalarse a sí mismo.

—O quizá piense que tú mismo has provocado ese encuentro y me estás utilizando para darle celos —repliqué a modo de defensa, una que le demudó el rostro.

—No hablas en serio.

Su voz era un tono más bajo de lo normal, destilaba decepción, y yo me di una bofetada mental por ser tan bruta.

—Lo siento… Es que… —titubeé—. Si te diera la razón, estaría admitiendo que me gustas —me excusé, aunque tampoco era una buena forma de arreglarlo. Aaron se inclinó sobre la mesa y acercó su rostro al mío, demasiado.

—¿Significa eso que ya no te gusto? —murmuró a escasa distancia de mi boca, tanto que su aliento me rozó los labios. Recordé lo bien que sabían, y cuánto deseaba volver a saborearlos.

—Depende… de… —tartamudeé como una estúpida, porque toda mi sangre se me había acumulado entre las piernas— de lo que me cuentes de Miss Harpía Pelirroja.

Aaron volvió a sentarse, y yo me permití respirar de nuevo. Además, mostraba una sonrisa guasona, lo que en cierto modo aliviaba la tensión. Al menos, la mía.

—Podría mentirte.

—No lo harás —negué con seguridad—, confío en ti —añadí, y su sonrisa se amplió, una sonrisa verdadera, de las que parecía tener tan pocas, mientras sus ojos me decían «gracias» en silencio.

Tampoco era para tanto. Cierto era que había tenido mi momento paranoico y lo había buscado por todas las redes sociales, pero, en realidad, no tenía motivos para desconfiar de él.

—Empecé a salir con Leslie de rebote —me empezó a explicar entonces, aunque eso mismo ya exigía otra explicación—. Como bien dijiste, Bridget y ella eran inseparables. Así que, cuando

Kevin comenzó a salir con Bridget, consideraron que era buena idea que fuese de acompañante de Leslie. Así ellas estaban juntas y yo le servía de entretenimiento. Y una cosa llevó a la otra —concluyó, encogiéndose de hombros.

Lo admito, no es que me esperase un relato de cuento de hadas, pero aquello… cero romanticismo.

—Pero ¿Leslie te gustaba? —tuve que preguntar—. Me refiero a que, por mucho que lo diga la novia de tu hermano, si la chica te desagradaba…

—Era lo que se suponía que tenía que hacer —me respondió, y me di cuenta de que entrábamos en terreno pantanoso.

Para quitarle hierro al asunto, ataqué mi ensalada, por aquello de crear un ambiente distendido. De hecho, Aaron me imitó.

—¿Y cuánto tiempo estuvisteis juntos? —pregunté tras tragar.

—Ocho años —contestó, como si nada, y yo me alegré de ya no tener nada en la boca o habría muerto por obstrucción pulmonar—. ¿Qué? —preguntó al ver mi sorpresa.

—Que ocho años me parecen muchos para estar con alguien que no te gusta.

—A ver… Eso fue al principio —trató de explicarse.

—Entiendo. Lo típico de que el roce hace el cariño y acabaste enamorándote, ¿no?

—Me habría casado con ella —fue su réplica, y yo lo observé un instante.

—Eso no responde mi pregunta, Aaron —alegué—, sobre todo cuando hace un momento me has dicho que «se suponía que era lo que tenías que hacer». Lo has dicho como si te fueras a casar de penalti…

—¿De penalti? Hacía años que no escuchaba esa expresión —se echó a reír, y aunque era a costa de mi comentario, no lo interrumpí. Me encantaba su risa y provocarla—. ¿Qué prefieres, que te diga que estaba enamorado «hasta las trancas» o que me casaba «obligado por un matrimonio concertado desde la cuna»?

—La verdad —repliqué al ver que se desviaba del tema—. No se trata de lo que yo quiera oír.

—¿Ah, no? —bromeó—. Entonces te diré que uno cree que lo que ha sentido es amor, hasta que llega alguien que despierta sentimientos inimaginables.

Temblé de pies a cabeza. Mata Hari le habría arrancado una confesión, le habría obligado a revelarle el nombre, apellidos y signo zodiacal de esa persona, pero yo no podía hacerlo. Porque si Aaron acababa pronunciando mi nombre, treparía por encima de la mesa y me echaría sobre él para besarlo hasta dejarle sin aliento. Y necesitaba saber primero.

—¿Por qué no te casaste con ella? —pregunté, directa al hueso y sin anestesia.

—La pillé poniéndome los cuernos en su fiesta de cumpleaños —me soltó a bocajarro, y yo di un respingo.

—Joder, y parecía una mosquita muerta.

—No me dio esa impresión, la vi bastante «activa».

—Basta, por Dios —exclamé con una mueca de asco, y él soltó una carcajada—. Si te ríes, ¿puedo entender que ya no te duele?

—Ya no me duele —respondió confidente—. Sucedió hace más de un año y, tal y como te he dicho, no estaba tan enamorado como pensaba.

Y dale la burra al trigo.

Volví a redirigir la conversación.

—Entonces, ¿es ella la que quiere volver contigo? Porque, lo de hoy…

Él me interrumpió negando con la cabeza.

—Lo dudo, tampoco me importa —añadió para mi tranquilidad mental—. Y el numerito del restaurante es cosa de Kevin.

Kevin. Volvíamos al punto de partida. Bien.

Dejé mi ensalada casi finiquitada a un lado queriendo centrar toda mi atención en él.

—¿Qué es eso tan complicado que no me podías contar en el restaurante?

Aaron suspiró. Pinchó el tenedor, pero, con un resoplido, acabó desistiendo, así que retiró también su ensalada.

—Ni siquiera sé por dónde empezar…

—¿Tal vez por el principio?

Se tomó un par de segundos, como si los hubiera necesitado para decidir cuál era ese principio. Después comprendería que lo que necesitaba era valor. Y confianza. Finalmente, se puso en pie y entró en su habitación. Volvió al salón con su cartera en la mano y, tras sentarse, comenzó a buscar en su interior. No tardó mucho en dar con ello: una fotografía que me ofreció.

Era la de una mujer, muy hermosa y de unos cuarenta años. Era un primer plano, por lo que apenas se veía la parte superior de su blusa, pero se le adivinaba cierto porte de distinción y elegancia.

—Era mi madre, Sarah —me aclaró entonces Aaron.

Yo asentí. Me fijé entonces en que sus ojos me recordaban a los de él, al igual que el color oscuro de su cabello, rasgos que, ahora caía en la cuenta, no compartía con su hermano Kevin, quizá porque la genética paterna estaba más presente.

—Eres clavadito a ella —le dije.

—Gracias por el cumplido —me respondió, con una especie de orgullo culpable en su mirada que, de pronto, se ensombreció, confundiéndome.

—Quizá me equivoco, pero me parece la cara de una buena persona —aseveré, devolviéndole la foto, aunque él la dejó encima de la mesa, como si no quisiera enviarla tan pronto a la oscuridad de su cartera.

—Era excepcional —me respondió con una de sus sonrisas a medio camino que, por algún motivo, llegaban a doler, porque yo ya sabía que no eran las verdaderas—. Era generosa, comprensiva y nunca hizo daño a nadie a sabiendas. Excepto una vez —añadió, levantando un dedo índice. Muy importante debía de ser para remarcarlo—. Se enamoró de mi padre. Un hombre casado. Con la madre de Kevin.

Toma ya. Eso sí que no me lo esperaba, y mi mente comenzó a trabajar a mil por hora, tratando de encajar las piezas. Pues, pese a que Aaron apenas me había mostrado una ligera pincelada, no era difícil comprender que ese error lo sobrevolaba a él.

—Se conocieron en una convención sobre nuevas tecnologías —comenzó a contarme—. Era la época de los primeros móviles y ordenadores personales, y mi padre, que como ya has visto era todo un visionario, quería darle un nuevo giro a la fábrica de trilladoras que había heredado de mi abuelo.

—¿Trilladoras? —pregunté con asombro—. Eso no es un giro, eso es un vórtice —comenté al verlo asentir, y él agachó la cabeza, aguantando una carcajada.

Ya lo sé, no soy nada oportuna. Él hablándome de temas serios y yo lanzando idioteces, pero noté que se relajaba, por lo que no lo consideré tan malo.

—Mi madre estaba terminando de estudiar ingeniería, algo que todavía no era muy usual en las mujeres en aquellos días. Mi padre siempre me decía que la primera vez que la vio fue como encontrar una flor en el desierto, y se las arregló para sentarse junto a ella en el público. Luego fueron juntos a comer… Lo típico.

—Se enamoraron —concluí yo, y aunque él afirmó con la cabeza, la tristeza comenzaba a hacer mella en él.

—Mi madre se negaba a iniciar nada con él en tales circunstancias. Kevin tenía tres años —me aclaró—. Pero mi padre no quería perder la única oportunidad que le daba la vida de ser feliz. Así lo pensaba él. Su matrimonio con Cecil, la madre de Kevin, sí fue arreglado por sus padres, se casaron por obligación y ambos eran infelices. Después de que naciera Kevin, Cecil comenzó a beber, y mi padre prácticamente vivía en la fábrica. Bueno —hizo una pausa—, eso me contaron Adele y Andrew, ya sabes que se conocen de toda la vida —añadió, y yo asentí. No me resultó difícil imaginarme el suplicio en el que vivirían—. Para mi padre, conocer a mi madre fue como encontrar la posibilidad de empezar a vivir. Sin embargo, Cecil, como es lógico, le echó la culpa a mi madre de su desgracia.

—Pues yo lo considero injusto —objeté—. En primer lugar, tu madre no tenía ningún compromiso, sino tu padre, ahí la responsabilidad recaía en él. Pero, además, Sarah se negó a iniciar nada con él precisamente porque estaba casado, fue tu padre quien tomó la decisión de dejarla.

—Ese no era el punto de vista de Cecil —refutó—. Para ella, mi madre era una «robamaridos» que se le había metido por los ojos, una buscona. Poco importaba que el suyo fuera un matrimonio desdichado. No quiero justificar a mi madre, pero Adele le llegó a contar, imagino que para aliviar su culpa, que estando casada, Cecil había tenido «algo» con el jardinero. —Aaron chasqueó la lengua—. Con esto no quiero decir que fuera una mala mujer, sino que el hecho de que ambos mirasen hacia otro lado era un signo de que su relación no iba bien.

—Evidentemente.

—Como te decía, era lo de menos —repitió—. Mi padre hizo lo posible por que Cecil mantuviera su estilo de vida. Una casa en la zona más exclusiva de la ciudad, una pensión de varios ceros para ella y otra para Kevin, pese a que apenas le permitía visitarlo. Aunque ella se encargó de gritar a los cuatro vientos que el motivo era que dedicaba todo su tiempo al hijo que había tenido con esa fulana —añadió, señalándose.

—Menudo panorama… —susurré.

—Tras mucho insistir, y presionando con quitarle la custodia de Kevin, pues por todos era sabido que ya no solo consumía alcohol, sino drogas, mi padre consiguió que viniera a casa a pasar los fines de semana y en vacaciones —prosiguió—. Mi madre siempre intentó tratarnos por igual, pero para Kevin nunca era suficiente y sus reproches hacia mí eran continuos. Mi casa era mejor, yo disfrutaba de mayores lujos, de la compañía de mi padre…

—Me imagino que Cecil lo envenenaría contra vosotros, contra ti —supuse, y él asintió con la cabeza—. En todo caso, entiendo que pensase eso mientras erais pequeños, pero ya de adulto…

Aaron me interrumpió al negar con la cabeza.

—Atención, *spoiler*: lo sigue pensando —me aclaró, y yo me envaré porque no era una afirmación fácil de digerir—. Pero, en aquella época, te hablo de cuando teníamos diez o doce años, se las arreglaba no solo para hacerme sentir culpable, sino para que lo pareciera.

—No te comprendo…

—Todo empeoró cuando Cecil murió a causa de sus excesos y Kevin vino a vivir con nosotros definitivamente. La primera vez que llegamos a las manos fue porque culpó a mi madre de la muerte de Cecil, pero él aseguró que había sido yo quien lo había provocado, porque quería quitarle lo poco que tenía —me relató, y a mí se me erizaron los pelos de la nuca.

Manipulación.

—Mi madre sabía que yo no había iniciado esa pelea, pero intentaba justificarlo, dada su situación, y me pedía que fuera paciente. Sé que seguía sintiéndose culpable, y sin darse cuenta, me contagiaba de aquella culpabilidad.

—Pero eso te dejaba a merced de Kevin —lo atajé—. Discúlpame, no dudo de la buena intención de tu madre, pero fue un error.

—Y tienes razón —admitió—, porque sucedió tal y como dices. Kevin comenzó a ser el centro de todas las atenciones y yo pasé a un segundo plano, todo para que él no se sintiera menospreciado. Yo no quería perder el cariño de mis padres, de mi madre, así que decidí complacerla y armarme de paciencia y tolerancia. Y Kevin encontró en mí a un muñeco *sparring* en el que descargar toda su frustración.

—Joder… —murmuré, comenzando a exasperarme. No era ni medio normal que un niño tuviera que vivir en sus carnes las consecuencias de las decisiones de los adultos—. ¿Y no decías nada?

Aaron agachó la mirada y se tomó unos segundos, como si lo necesitara para ordenar sus ideas.

—Había ocasiones, sobre todo de cara a la galería, en las que Kevin me trataba bien —admitió—. Incluso me invitaba a salir con sus amigos. Imagínate, yo, con la pandilla de los mayores —añadió con una sonrisa llena de tristeza—. Por un instante, vislumbraba la esperanza de que todo se arreglase entre nosotros. Y él aprovechaba esos momentos en los que me pillaba con la guardia baja para hacer alguna de las suyas. Desde hacerme gastar mis ahorros para comprarles a todos sus amigos palomitas en el cine, hasta bajarme los pantalones y dejarme en pelotas en mitad de una fiesta.

—Maldita sea… ¡Eso es maltrato psicológico! —exclamé enfadada. ¡Kevin era un monstruo!

—O un síndrome de Estocolmo bestial, como quieras llamarlo —tuvo que admitir—. Con las pocas miguitas que me daba de vez en cuando me tenía comiendo de su mano. Para los demás no eran más que bromas sin importancia, pero para mí…

Negó con la cabeza y cerró los ojos con fuerza. Pese a tener la mirada gacha, podía percibir el dolor que le provocaban los recuerdos de una situación que era fácil comprender que se había alargado en el tiempo, hasta la actualidad. Por eso aquello de «era lo que se suponía que tenía que hacer». Aaron se esforzaba por ser un hijo ejemplar para causar los menos problemas posibles a sus padres, quienes bastante tenían con Kevin.

—¿Y por qué no pasabas de él y te ibas con tus amigos? —le pregunté, tratando de encajar todas las piezas.

—No era muy popular —respondió, con una mueca de fastidio en los labios—. Kevin se encargaba de convertirme en un apestado. Y visto lo visto, decidí centrarme en mis estudios y sacar buenas notas para no añadir ningún suspenso a los problemas que ya tenía. Mi época más social fue mientras estuve con Leslie, pero cuando rompimos, nuestro supuesto círculo de amistades dejó claro que su lealtad no estaba de mi lado.

Llegados a ese punto, no sé cuál fue el momento concreto, yo había acercado mi silla a la de Aaron, y con un movimiento consciente esta vez, me acerqué aún más. Me bastaba con alargar ligeramente mi mano para coger la suya. Me bullía por todo el cuerpo la necesidad de consolarlo, de tocarlo para brindarle un poco de calor, de abrazarlo para que sintiera que en el mundo aún existían lugares en los que poder apoyarse y descansar, liberarse de aquel peso que cargaba.

—¿Y en la fábrica? ¿Max, por ejemplo? —me atreví a indagar.

—Mi relación con ellos termina en cuanto abandonamos Cross Tecnologics. A excepción

de los partidos mensuales —añadió, escapándosele una sonrisa—. Nunca he faltado, me divierto tanto con ellos… A veces me siento como un crío —admitió con un brillo en los ojos que me dolió en el corazón, pues reflejaba la nostalgia por aquella infancia perdida.

—¿Y entonces, por qué no te relacionas con ellos? —inquirí molesta.

—Según Kevin, no es correcto rebajarse al nivel de los trabajadores —recitó con hastío, y yo maldije en silencio hasta en arameo.

—¡Puto Kevin! —exclamé sin poder contenerme—. ¿No te das cuenta de que te está jodiendo la vida? ¿Por qué no lo mandas a tomar por culo? —Alcé la voz con un aspaviento.

Y un instante después me maldije a mí misma por ser tan intensa y visceral y tener tan poco tacto. Porque con mi arrebato, al único al que hacía daño era a Aaron, Kevin no estaba allí para convertirlo en el objeto de mi escarnio, además de que mi opinión sobre él le importaría un cuerno. Y, sin embargo, Aaron… Joder…

—Aaron, yo… Perdóname —le rogué—. Por favor.

—No te preocupes. Ya te dije que era complicado —murmuró en un tono tan bajo que apenas podía escucharlo.

—No, puedo entender lo que me dices, pero lo que no entiendo es por qué no lo alejas de tu vida —le aclaré, y él alzó la mirada hasta encontrarse con la mía para bajarla un segundo después, lleno de vergüenza y mortificación.

—Es mi hermano. La única familia que tengo —susurró con voz trémula.

Y sentí que me derrumbaba.

Ahora encajaban todas las piezas. Y claro que lo comprendía. ¿No me lamentaba yo de la falta de cariño de mi padre? Pero, al contrario que Aaron, yo me rebelaba, le recordaba que seguía ahí. Incluso —ahora puedo confesarlo— le llevaba la contraria con la única intención de llamar su atención y conseguir que me mirase, aunque fuera para censurarme por mi actitud, lo que era contraproducente porque acababa resultándole un estorbo y volvía a apartarme, confinada al olvido. Sin embargo, Aaron se sometía a la voluntad de Kevin, una y otra vez, sin ser consciente de que cuanto más lo vapuleaba, más satisfecho se sentía Kevin en aquella relación de poder, una sensación demasiado agradable como para renunciar a ella.

—Aaron… —susurré, doliéndome en el alma su indefensión, su vulnerabilidad.

—Yo… —Lo vi temblar—. Siempre me ha perseguido la sensación de que no encajo en ningún sitio, que estoy fuera de lugar. Únicamente… soledad —añadió en un hilo de voz y con la cabeza gacha.

Y yo podía percibir su batalla interna, su miedo a mirarme a los ojos y toparse con mi juicio; miedo a que me levantara de esa silla y me marchara, considerándolo una causa perdida. Pero no lo era, solo que él no se daba cuenta. Y yo no podía alejarme. Cogí sus manos y le di un ligero apretón, y como si ese simple gesto hubiera roto una barrera, Aaron soltó un suspiro pesaroso e inclinó su cabeza hacia la mía, hasta que nuestras frentes entraron en contacto.

—Cuando mis padres murieron en aquel accidente… Kevin es lo único que me queda, Violet —gimió, ahogando un sollozo, mi nombre en un lamento, y yo no pude reprimir por más tiempo los deseos de abrazarle.

Se aferró a mí. Aaron no era un hombre excesivamente corpulento, pero sentí que mi cuerpo empequeñecía contra su pecho al rodearme con sus brazos. Casi era él quien podría darme cobijo a mí, pero temblaba en mi abrazo, se concedió el poder refugiarse en mí.

—Aaron…

Nos separamos ligeramente, hasta que nuestros rostros quedaron muy cerca, uno frente al otro. Sus ojos estaban llenos de tristeza, de lágrimas contenidas que siempre había tenido que

reprimir para fingir una fortaleza que dolía. Pero conmigo no tenía que hacerlo, y me permitió limpiárselas suavemente con los dedos cuando comenzaron a correr por sus mejillas.

Sé que se sentía avergonzado, y yo no podía más que admirarle. Aaron no era un hombre perfecto, pero admitía sus debilidades, y era su propia bondad lo que le impedía luchar libremente contra ellas, no la simple inacción. Y pese a todo, se había convertido en un hombre de principios, que trataba de mantener a flote su empresa, pensando en el bienestar de sus trabajadores, ¡le preocupaba el medioambiente!, cuando podría haberse echado a morir en un rincón, lamentando su mala suerte. Pero no, Aaron era todo lo contrario. Aaron era…

—Eres un hombre maravilloso…

Su expresión cambió y me di cuenta de que lo había dicho en voz alta. Las mejillas se me caldearon, ya no solo por mi confesión, sino por su forma de mirarme, intensa y hechizante, como un embrujo que me incitaba a no apartar mis ojos de los suyos. Seguían brillando, pero no de tristeza, sino de… ¿ternura, emoción, deseo?

No lo sé. Un segundo después, nuestros labios se encontraban en mitad de un beso apasionado, de los que roba el aliento y te hacen perder el norte. No sabría decir quién de los dos se acercó primero, aunque tampoco era importante. Lo primordial era rozar nuestros labios, saborearnos y respirar el mismo aire mientras nuestras lenguas se acariciaban, hambrientas la una de la otra. Parecían haber transcurrido mil años desde aquel beso en París, pero nuestras bocas no habían olvidado cómo devorarse para estremecernos de pies a cabeza.

Y ambos nos teníamos las mismas ganas. Eso era lo mejor de todo.

Gemí de gozo cuando el sabor de su saliva endulzó mi garganta, cuando respiré de su aroma llenándome el pecho, y noté que mi sangre se calentaba cuando por fin hundí mis dedos en las hebras largas y negras de su cabello y lo escuché jadear contra mi boca. Sus manos rodeaban mi cintura, tiraba de mí para acercarme más a él, y obedeciendo a sus deseos y a los míos, acabé sentada sobre sus piernas, a horcajadas, con la falda de tubo arremolinada alrededor de mi cintura y al borde del peligro. Porque nos tragamos nuestros gemidos cuando su dura erección chocó con mi sexo apenas cubierto por mi ropa interior.

Dios… Iba a volverme loca… Solo con ese roce me había excitado hasta tal punto que me provocaba restregarme contra él como una gata en celo. Necesitaba que me agarrara de las nalgas y presionara con fuerza contra ese nudo que empezaba a formarse en mi vientre. Pero él aferró mis mejillas y se separó abruptamente de mi boca.

—Espera…

Definitivamente, ese hombre iba a volverme loca.



Capítulo 11



Separarme de la boca de Violet fue la prueba más dura a la que me había sometido a lo largo de toda mi puñetera existencia. Y lo peor de todo era que me había propuesto transitar por ella yo solito. Cualquiera me habría tachado de imbécil, maldita la hora en la que me había dejado arrastrar por un jodido ataque de escrúpulos. Pero no podía ir más allá… Bueno, sí, podía, pero no quería, así no.

—Espera…

Creo que pronunciar esa palabra me arrebató diez años de vida, como si me hubiera fumado una cajetilla entera de cigarrillos de una sola vez. Y, por si fuera poco, la confusión en los ojos de Violet me dio de lleno, en el centro del pecho, al igual que esa desilusión que se adivinaba en la curva de sus labios entreabiertos. Esos que me moría por besar de nuevo.

Joder, no solo besarla. Mi polla me maldecía y rogaba por perderse en aquellos pliegues que se adivinaban suaves a través de la ropa. Podía notar contra mi glande el calor que Violet desprendía, su excitación tan palpable que me electrizaba la piel, y habría bastado con bajarme la cremallera del pantalón, apartar sus braguitas y hundirme en ella para saciar aquel deseo que había ido en aumento en esos días hasta alcanzar límites insoportables.

Pero no era solo eso, yo sabía que no me bastaría con un polvo rápido, con un desahogo físico con el que mitigar el calentón. Acababa de compartir con Violet un momento de absoluta confianza, de abrirme en canal para ella, para que viera lo que oscurecía mi interior, y en el que me arriesgaba a hundirme más en la puta miseria si ella hubiera reaccionado de la forma más lógica, rechazándome. Y, en cambio, aún notaba tembloroso el corazón por su forma de escucharme, sus intentos por no juzgarme, por comprenderme. Por su manera tan dulce de consolarme sin permitirme avergonzarme. En ese, que podía haber sido el peor momento de mi vida, me di cuenta de que Violet había calado en mí mucho más de lo que creía. Y quería más. Lo quería todo de ella.

Cerré los ojos con fuerza, apoyé mi frente en la suya y agarré su nuca con ambas manos para sentirla cerca.

—Aaron, ¿qué…?

Tragué saliva, debía calmarme.

«Eres un hombre maravilloso».

Aquellas palabras salidas de sus labios volvían a mi mente en forma de tortura. Porque no lo era, estaba equivocada, la había engañado y yo no lo soportaba ni un segundo más.

—He de contarte algo más.

La miré. La cara de Violet era un poema, una mezcla de incredulidad y temor. La solté, y con toda la dignidad de la que pudo echar mano, dadas las circunstancias, se puso en pie, se recolocó la falda y volvió a su silla.

—¿Tan grave es?

Resoplé, agradeciendo en silencio no haber percibido en su voz ni una pizca de desdén o fastidio, a fin de cuentas, nos había jodido el polvo a los dos. Y, por el contrario, parecía preocupada, y brotó en mi interior la estúpida esperanza de que Violet pudiera comprender, de que no todo estuviera perdido.

—Quizás ahora sí decidas marcharte —respondí en cambio. Porque sabía que había tenido muchas ocasiones para hacerlo y esta podía ser la definitiva.

La vi tragar saliva mientras asentía, así que no quise dilatarlo más.

—El viernes pasado, en la reunión, como te podrás imaginar, el único papel que Kevin me dio era el de «oír, ver y callar» —comencé a contarle.

—Y yo pensando que había sido por el impacto de volver a verme —dijo de pronto, sin acritud ninguna, al contrario. El típico comentario que sale de forma espontánea y quiebra la tensión.

Y mi reacción, con todos mis nervios más tirantes que las cuerdas de un violín, fue echarme a reír. Lo mejor fue que la contagie.

—Joder… Perdón… —añadió mortificada, tratando de ponerse seria—. En momentos así tiendo a comportarme como una imbécil.

—No te preocupes. Y no eres ninguna imbécil. —Ella me miró no muy convencida y yo sonreí. Entonces, alargué mis manos, despacio, y tomé las suyas—. También fue por ti. De hecho, por culpa tuya la reunión se fue a la mierda.

—¡Vaya! —exclamó ella—. No sé si alegrarme o cabrearme.

Y lo decía mientras sus dedos se enredaban entre los míos, como si lo que pudiera contarle no tuviera importancia.

—La intención de mi hermano era rechazar la primera oferta, daros largas para tratar de sacaros algo más —proseguí—. Y entonces, no sé cómo ni por qué, la cagué abriendo la boca y poniendo encima de la mesa la situación de los trabajadores.

—Pues a mí me rompiste todos los esquemas —me respondió. Yo intuí en sus ojos cierto brillo de admiración y preferí apartar la mirada. Porque no era posible.

—A Kevin, también. No te puedes imaginar cuánto le jode que le lleve la contraria —le confesé.

—Sí puedo —alegó ella, sin embargo—. Es un sociópata —añadió para, acto seguido, chasquear la lengua—. Lo lamento. No debo olvidar que es tu hermano.

—No, tienes razón —admití—. Y también tenías razón cuando dijiste que debería alejarlo de mi vida. Yo… —Tomé aire, tratando de ordenar mis ideas—. A la alcaldesa de Albany, Kathy Hofmann, le impresionó mi idea para el tratamiento de aguas residuales.

—Claro, inyectas agua a la red, gratis —cuestionó ella con desconfianza.

—Cree que puedo hacer una gran labor en el Departamento de Medioambiente del Ayuntamiento —le conté—. Impulsar proyectos que requieran de infraestructura.

—Un ingeniero medioambientalista —murmuró ella con tono de reconocimiento, y yo noté que se me subían los colores—. Vi el título colgado de la pared de tu despacho.

—Si doy el paso… —titubeé—, quiero estar bien preparado.

—¿Y por qué en condicional?

—Porque es cierto que me preocupan los trabajadores, y porque… —Me pincé el puente de

la nariz.

—A pesar de todo, crees que estás traicionando a Kevin…

Me eché hacia atrás para apoyar la espalda en la silla y resoplé. Había soltado las manos de Violet y acusé su ausencia. Era más fácil si la sentía cerca.

—Eso es lo que me reprochó en cuanto dejasteis la reunión —le expliqué—. Resulta que sabe de la propuesta de la alcaldesa, una puñalada trapera, lo llamó. Así que, según él, tengo el deber moral de ayudarle a no perder la empresa de «su padre» antes de abandonarlo —añadí, dibujando unas comillas en el aire.

—Lo suyo no tiene nombre…

—Aún queda lo mejor —le advertí, y la noté tensarse—. Pretende que te convenza para que invirtáis en la empresa. Una inyección de capital.

—¿Qué? ¿Convencerme…? —inquirió de forma atropellada—. ¿A santo de qué?

—Te reconoció, nos vio besándonos en la puerta de aquel pub —le aclaré, y ella guardó silencio, tensa, esperando a que continuase, a que yo soltase la bomba—. «Fóllatela», me dijo.

No necesité añadir nada más.

—¡Joder! —gritó, poniéndose de pie—. ¡Es un puto psicópata! —exclamó, comenzando a deambular por el salón.

Yo me levanté y me acerqué a ella. Violet daba pasos aquí y allá, con una mano en la cintura y la otra en la barbilla, con el dedo índice tamborileando sobre sus labios. Apenas estaría empezando a procesar lo que acababa de contarle, pero yo necesitaba terminar con aquello de una buena vez. Así que la cogí por ambos brazos para que me mirara.

—Sé lo que puede parecer, Violet —proseguí—. Pero te prometo que yo no… Esto no es… Maldita sea… ¡Lo que te dije después del partido es verdad!

Entonces, clavó sus enormes ojos azules en los míos, de forma intensa y extraña al mismo tiempo, porque era como si me viera por primera vez. Su mirada recorría mi rostro, mis ojos, mi boca, y su expresión se suavizó. Yo, en cambio, seguía tenso, como si estuviera frente a la calma que precede la tempestad.

«Ahora es cuando me manda a la mierda», pensé. Merecía eso y más. Y sin embargo…

—¿Puedo seguir besándote ya?

Dios… No podía creer lo que acababa de escuchar. Pero ahí estaba ella, comiéndose mi boca con esos preciosos ojos. Sentí que se me aflojaban las piernas… Mi primer impulso fue besarla como un loco, pero no… no podía. Algo en mi interior me lo impedía.

—Si crees que estoy obedeciendo las órdenes de mi hermano, no —respondí sin saber de dónde coño estaba sacando fuerzas para refrenarme.

—¿Es eso lo que estás haciendo?

—¡No! —exclamé, tratando de defenderme. Cuando, en realidad, no hacía falta.

Violet se puso de puntillas, me pasó los brazos alrededor del cuello y me besó.

A tomar por culo toda mi contención. Entreabrí mi boca y devoré la suya.

Mientras nuestras lenguas libraban la batalla por ver quién besaba más, bajé las manos hasta su trasero y presioné contra mí. Mi renaciente erección quedó aplastada contra su abdomen y, aunque no era esa la parte de su anatomía que mi polla buscaba, el resultado fue más que satisfactorio al escucharla gemir en mi boca. Intentó levantar una de sus piernas, imagino que para rodear mi cadera con ella. Su sexo también buscaba el mío… Así que, echando mano de la osadía que otorga la excitación, busqué la cremallera de esa dichosa falda que no hacía más que estorbar y empujé para que cayera a sus pies. Jadeó con algo muy parecido a la gratitud y subió de nuevo la pierna, pero yo volví a agarrarla de las nalgas y la levanté para que pudiera rodearme

con las dos. No es que sea muy atlético, pero la mezcla de adrenalina y testosterona convertían a Violet en un peso pluma.

Mi polla volvió a toparse con su ropa interior. Me arqueé ligeramente y la apreté contra mí, y Violet abrió la boca para gemir ardientemente sobre la mía.

—Tenemos varias opciones, pero, para la primera vez, creo que nos merecemos una cama —jadeé mientras masajeaba su culo con ambas manos, haciendo que se restregara contra mí. Me estaba poniendo a cien.

—Me gusta cómo piensas, Cross —respondió sin apenas aliento.

Su lengua comenzó a juguetear con mis labios, a lamerlos, y yo no sabía si sería capaz de caminar los cuatro pasos que había hasta mi habitación. Cuando lo conseguí, me incliné despacio y la dejé en el colchón. Yo me coloqué sobre ella a cuatro patas, sin tocarla, para observarla un momento. Tenía los brazos echados hacia atrás, por encima de su cabeza. Algunos mechones de cabello habían escapado de su moño. La boca entreabierta, la respiración agitada. El cuello de su blusa se había abierto un poco más y dejaba a la vista mayor porción de piel. Sobre su clavícula izquierda caía un colorido tatuaje de una paleta de pintor que contrastaba con su palidez, y más allá de la abertura de la blusa se adivinaba el nacimiento de sus pechos. Seguí con los ojos la línea de los botones y los faldones de la prenda azul claro caían a ambos lados de su cintura. Aquellas braguitas color perla hicieron que mi polla diera un salto contra mis pantalones…

—Joder… —dije sin voz.

Era lo más erótico que había visto en mi vida.

Coloqué una mano sobre aquel pálido triángulo de piel bajo su cuello. Podía notar su respiración, los latidos de su corazón, rápidos y potentes. Tragué saliva. Si ella estaba nerviosa, yo más. Bajé los dedos, dibujando una línea hasta los botones, y la noté estremecerse. No pude evitar sonreír. Me mordí el labio inferior, refrenándome con la intención de ir despacio, o de intentarlo al menos, y empecé a desabrocharle la blusa, poco a poco, botón a botón. Cuando terminé, aparté la tela y tuve una mayor visión de su cuerpo.

—Eres preciosa —murmuré, y sus mejillas se sonrojaron. Mis palabras parecían avergonzarla más que el hecho de estar medio desnuda frente a mí.

Alzó una mano para apartar un mechón de mi cabello, y yo sostuve su mano contra mi cara y le besé la palma. Su tacto era cálido, y yo necesitaba sentirlo por todo mi cuerpo. Me incliné sobre ella, con mis manos y mis piernas a ambos lados de su cuerpo, sin tocarla, y besé su boca, despacio. Violet hundió sus manos en mi pelo mientras yo atrapaba su labio superior con los míos y lo succionaba con suavidad, para después acariciarlo con mi lengua. Luego penetré con ella en su boca y fui en busca de la suya. La saboreé mientras se unía a mi ritmo y tiraba de mí para hacerlo aún más profundo.

Rompí el beso cuando nos quedamos sin aliento, y recorrí con mis labios la curva de su mejilla hasta llegar a su oído.

—Necesito buscar algo —dije en un susurro—. No te muevas de aquí.

—Ni loca —negó, y yo sonreí. Luego, me senté en la cama y ella se apoyó en los codos, estirando el cuello para ver lo que hacía.

Tratando de no dejarme llevar por los nervios, me puse a rebuscar en la mesita, cruzando los dedos para que hubiera guardado los preservativos allí, hasta que di con ellos en el tercer cajón. Comprobé con disimulo que no estuvieran caducados y respiré aliviado.

—No suelo llevarlos encima, así que creo que hemos hecho bien en venir aquí —bromeé, sacando uno de la caja.

En realidad, me habría dado de bofetadas por habernos cortado el rollo, pero entonces,

Violet alargó una mano y me lo quitó con una sonrisa coqueta. Al volver a tumbarse, lo dejó caer en el colchón, cerca de ella. Aquello prometía…

—Mi intención era que fuéramos a un lugar en el que estuvieras cómodo —me dijo entonces en tono juguetón.

—Y lo estoy. ¿Tú no? —me fingí preocupado—. Puedo hacer que mejore —me atreví a insinuarle. Es lo que tiene que mi polla comenzase a tomar el mando, que me volvía un imbécil. Pero entonces, ella…

—¿Ah, sí? —dijo insinuante, siguiéndome el juego.

Habría caído rendido a sus pies. Violet era una mujer increíble, hacía que fuera tan fácil dejarse llevar… ¿Cómodo? Me sentía en la gloria, y yo solo quería que ella se sintiera como una diosa.

La vi morderse el labio inferior, recorriéndome de arriba abajo con los ojos, como si fuera de lo más apetecible. Y esperaba serlo porque yo a ella quería devorarla entera. Volví a gatear sobre su cuerpo y saqué la punta de la lengua para lamer suavemente el lugar donde aún permanecían las marcas de sus dientes.

—¿Me estás tentando para que te lo demuestre o lo dudas de verdad? —la provoqué, y luego besé sus labios, apenas un roce que la dejara deseando más. La oí suspirar, disconforme.

—Creo que podrías hacer que me corriera con apenas tocarme —murmuró, y mi polla palpitó de deseo. Del mío por ella, y porque ella me deseara de esa forma a mí.

«Aguanta, Aaron».

—Intentaré que no sea tan rápido —susurré, y acto seguido, atrapé su boca con la mía, haciéndole saber que le daría todo lo que quería.

Sus dedos abandonaron mi cabello y empezó a desabrocharme la camisa, pero le cogí ambas manos y se las coloqué encima de la cabeza.

—¿Eres un fetichista, Cross? —se quejó, jadeante.

—Acabas de ponerme a prueba, y así no hay quien se concentre —bromeé.

—Aaron… —pronunció en tono serio.

—Shhh… Tranquila —murmuré sobre su boca—. Si no te gusta, solo tienes que decirme que pare, y lo haré.

—¿Y si me gusta demasiado? —gimió y yo reí por lo bajo. Era maravillosa.

—Entonces —continué mientras mis labios bajaban por la curva de su cuello—, ganaremos los dos.

Levanté el rostro y aparté un poco más la blusa, dejando a la vista un sujetador a juego con la braguita. Dicen las malas lenguas que si una mujer lleva la ropa interior desparejada, tú te la follas a ella. Pero si la lleva conjuntada, es ella quien te folla a ti. No sabía si era el caso, pero de lo que estaba seguro era de que iba a disfrutarlo.

Me empapé de su imagen. Mis dedos curiosos alcanzaron aquella paleta de pintor que marcaba su piel, y ella me miró expectante mientras yo delineaba todos sus trazos. Con el índice seguí la línea del pincel, y bajé el rostro para sustituirlo por mi lengua. Supe que no pararía hasta dibujar con ella todas las curvas de su cuerpo, y por su jadeo entrecortado, Violet también fue consciente de ello. Lamí su clavícula y seguí descendiendo hasta el valle de sus pechos, y ella hundió los dedos en mi cabello. Me encantaba su forma de acariciarlo, pero tuve que recordarle que ese no era el plan.

—Shhh —la reconduje, y ella me entendió sin necesidad de más—. Creía que teníamos un trato, señorita Harrington.

—Quiero tocarte —se quejó mientras volvía a colocar las manos sobre su cabeza.

—Lo estoy deseando, Violet. Después —le aseguré, y pasé el pulgar por el centro de uno de sus pechos, en círculos, buscando el pezón.

Noté al instante que se endurecía y que ella se estremecía. Era adictivo descubrir lo que cada nueva caricia podía provocar en ella. Cogí el tirante del sujetador para bajarlo por su brazo y el pezón, pequeño y sonrosado, quedó a la vista. Lo rocé suavemente con la yema del dedo y Violet se arqueó hacia mí, cerrando los ojos, y yo apenas podía creer que la tenía medio desnuda en mi habitación. Se volvió aún más real cuando, al atrapar el pezón con mis labios y lamerlo, Violet jadeó de placer. Me sorprendió cuánto gozaba de ser yo quien lo provocase. No había nada en el mundo que me hiciera salir de esa cama. Necesitaba más.

Me puse de rodillas a ambos lados de sus piernas y pasé una de mis manos por su espalda para ayudarla a separarla del colchón mientras con la otra comenzaba a quitarle la blusa. Ella terminó de hacerlo, y después me encargué de mantener una breve batalla con el broche de su sujetador de la que salí vencedor.

Cuando Violet volvió a tumbarse, pude observarla. Era divina… Su moño se había desecho y su pelo rubio caía desordenado sobre el colchón, contrastando con el color negro de las sábanas. Fue por empeño de la diseñadora que decoró el apartamento, al parecer me vio cara de llevar a muchas tías a mi cama, pero en ese momento, no me desagradaba en absoluto la idea. Hacía que la blanca piel de Violet resaltase, como una estrella en una noche oscura, brillando cálida y suave. Porque lo era.

Desde sus hombros, mis manos comenzaron a viajar por su cuerpo. Su cuello, sus brazos, el abdomen, la redondez de sus pechos, tibia seda bajo mis dedos. Cuando alcancé ambos pezones, cerró los ojos y sacudió ligeramente la cadera. Su pubis se alzó, rozando mi polla, y yo tuve que tragarme un gemido. Ella primero. Necesitaba satisfacerla, verla retorcerse de placer bajo mi cuerpo, pidiéndome más. A mí. Y tener todos mis sentidos puestos en ella cuando se corriera, escucharla, saborearla, sentirla.

Le había prometido que duraría, y me estaba costando la vida.

Me incliné y alcancé uno de los pezones con mi boca, tensándose contra mi lengua, y a continuación chupé el otro. Luego, comencé a acariciarlos con los dedos, al mismo tiempo, pellizcándolos suavemente. Cada vez se endurecían un poco más, y Violet se retorcía con las manos apretadas en puños, evitando la tentación de tocarme. Tal y como le había pedido.

Sin dejar de estimular sus pezones, dibujé la línea desde su esternón a su ombligo con la lengua, bajando por su abdomen hasta su monte de Venus. Percibí el aroma dulzón de su excitación, despertando mi apetito por ella de forma voraz.

Abrí la boca y arrastré la lengua por toda su abertura, por encima de la ropa interior, y el jadeo tembloroso que escapó de sus labios fue como un canto de sirena que me atraía sin remedio y me hizo rendirme.

Me arrodillé en el suelo, frente a la cama y coloqué sus piernas sobre mis hombros. Violet levantó la cabeza un segundo, buscando mi mirada. La suya brillaba de excitación y deseo, de anticipación. Sin apartar los ojos de los suyos, alcancé el elástico de las braguitas y comencé a tirar. La vi tragar saliva. Al llegar a las caderas, me lo puso fácil y flexionó primero una pierna y después otra para poder quitárselas. Cuando comencé a besar la suave piel de uno de sus muslos, acercándome cada vez más a mi objetivo, dejó caer la cabeza, rendida, expuesta, tal y como la quería.

Rodeé su entrada con el pulgar, evitando a conciencia su clítoris. Dios… estaba tan mojada. Su cadera se agitó, y yo coloqué una mano sobre su abdomen para impedir que se moviera.

—No seas impaciente.

—Ni tú malvado —se quejó, y yo reí por lo bajo.

Entonces, le metí un dedo, y luego otro, y bombeé un par de veces, lentamente. Joder… me moría por sentir mi polla en su interior, caliente, rodeándome, y cuando la escuché gemir en respuesta, maldije mi idea de querer ir despacio. Saqué los dedos y aproveché su propia humedad para mojar sus pliegues, para arrancarle más de un gemido con mi caricia, y esta vez, al volver a introducir mis dedos, presioné con el pulgar sobre su clítoris inflamado. Gimió de nuevo, el sonido más excitante que había escuchado jamás. Noté que quería elevar las caderas, pero volví a impedírselo. Y, a modo de compensación, y porque ya no aguantaba más, aparté el pulgar y cubrí su clítoris con mi lengua.

Joder… Quería que durara, pero yo iba a correrme con solo comérselo. La fragancia de su excitación llenando mis fosas nasales, su sabor colmando cada rincón de mi boca, sus gemidos vibrando en mis tímpanos y haciendo que todo mi cuerpo temblara… Mis lamidas eran lentas, mis dedos seguían penetrándola de forma pausada, al ritmo de mi lengua, y sus gemidos se alzaban al mismo compás, cada vez más audibles.

—Oh… Aaron…

Dios… Divina tortura… Escucharla me estaba volviendo loco.

Mis dedos seguían bombeando, lento, mi mano seguía presionando sobre su abdomen, y con mi lengua rodeaba su clítoris una y otra vez. Cuando lo atrapé con mis labios y succioné con suavidad, nueva humedad empapó mi mano.

—Aaron, por favor… —gimoteó.

—No creo que sea suficiente —dije, haciendo que mi aliento golpease contra su sexo, y escuché su queja en forma de respiración entrecortada.

Entonces, introduje otro dedo más. La noté apretada a mi alrededor. Meter mi polla iba a ser una delicia. Estaba tan caliente, tan lubricada… Aun así movía los dedos despacio, temiendo hacerle daño. No fue así. Ella se sacudió, pero de audible placer. Yo sabía que estaba muy cerca, aunque quería torturarla un poco más.

Crucé el antebrazo por encima de su abdomen, continuando con mi mandato de que no se moviera y dejando mi mano libre. Con los dedos separé ligeramente los pliegues que ocultaban su clítoris, que se alzaba engrosado y tentador. Lo cubrí con mi lengua, lo notaba duro, carnoso, y comencé a lamerlo.

—Oh… Aaron, por favor… Necesito… Ohhh…

Y entonces decidí que ya era suficiente para los dos.

Aceleré el movimiento de mis dedos mientras mi lengua chupaba su clítoris con gula. Y de pronto, noté que su interior se comprimía. Liberé su abdomen y su cadera comenzó a agitarse libremente, pidiendo más. Ella misma vino a buscarlo. Sus manos se agarraron de mi cabello, presionando su sexo contra mi boca, y yo me preparé para saborear su orgasmo.

Estalló en forma de gemido, de mi nombre, de sacudidas y convulsiones alrededor de mis dedos. Yo seguí bombeando, chupando, tratando de alargarlo, hasta que ella se dejó caer en el colchón, rendida. Entonces, ralenticé mis movimientos, acompañando al orgasmo hasta que se extinguió del todo.

Aparté la cabeza y saqué los dedos. Estaba tan excitado que los introduje en mi boca y los chupé. El sabor de Violet bajó por mi garganta directo a mi polla, arrancándome un jadeo. Entonces, ella alargó las manos para agarrar mi cabello y tirar de mí. Caí sobre ella mientras su boca devoraba la mía. El dulzor de su orgasmo se entremezcló con la sal de nuestra saliva y, joder… yo cada vez estaba más duro.

Levanté ligeramente el torso y mis manos se encontraron con las de Violet, quien había

predicho mis intenciones, y juntos batallamos contra la línea de botones de mi camisa. Acabamos uno frente a otro, yo de rodillas y ella sentada en la cama. Cuando decidió que yo ya tenía controlada la camisa, comenzó a desabrocharme el pantalón. Tiré la prenda a un lado y luego, con su ayuda, me deshice del pantalón y del bóxer, liberando por fin mi erección.

Me asaltó un ramalazo de pudor. Gilipollez nivel Dios —sobre todo después de haber hecho que Violet se corriera en mi boca—, pero me sentí expuesto. Durante un segundo. El que ella tardó en colocar sus ojos y sus manos sobre mí. Echó mi cabello hacia atrás, como si le molestara para tener una visión completa de mi cuerpo, y sus dedos comenzaron a acariciarme. Brazos, hombros, pectorales, y bajando… Tenía una mueca juguetona en los labios, una chispa de picardía en los ojos. Parecía gustarle lo que veía, y a mi vanidad masculina y de ser pluricelular le valía. Entonces, vi que alargaba una mano hacia mi polla, y le agarré la muñeca para impedírselo.

—He acabado con todas mis reservas de paciencia y resistencia —le dije, con la voz entrecortada—. Ahora eres tú la que podría hacer que me corriera con apenas tocarme. Y necesito follarte, Violet.

Me besó. Su boca buscó la mía con ansia, con deseo. De pronto, ella misma rompió el beso, y me di cuenta de que tenía el preservativo en la mano.

—No respondo de mis actos si lo hago yo —me aseguró y, tras sacarlo del envoltorio, me lo ofreció.

—Gracias —respondí, con una sonrisa temblorosa. Porque las ganas me estaban matando.

Cubrí mi glande y lo desenrollé por todo el tronco mientras Violet no perdía detalle de mis movimientos. Joder… Aquello iba a ser un visto y no visto. Me incliné sobre ella y la incité a tumbarse. Violet abrió las piernas para mí, y yo me coloqué entre sus muslos.

Bajé una mano hasta su sexo y acaricié sus pliegues. Seguía mojada y, por su forma de arquearse hacia mí cuando encontré su clítoris, también excitada —gracias al universo—. Tanteé su entrada con dos dedos y un momento después los sustituí por mi polla. Apoyé únicamente la punta, no quería correrme en dos segundos ni tampoco hacerle daño, pero Violet levantó las caderas, incitándome a entrar de una vez.

Lo hice, todo lo despacio que pude, hasta la empuñadura, y Violet me recibió con un jadeo de satisfacción. Yo me sentí atrapado en su interior cálido y acogedor que me envolvía por completo. Era tan placentero que tuve miedo de no desear escapar de esa prisión, de querer estar encadenado a Violet por siempre. Fue una revelación tan turbadora que dejé de moverme, pero ella, ajena a mi dilema, agitó las caderas, y mi polla salió de su letargo para tomar el mando.

Salí de ella y volví a penetrarla, muy lento. Hacía un buen rato que necesitaba correrme, pero era tan avaricioso que quería que ella también lo hiciese, de nuevo. Repetí la jugada. Parecía gustarle porque notaba sus dedos aferrándose a mi espalda, así que lo hice una tercera vez. Un nuevo gemido llenó mis oídos, más agudo, disconforme, tanto así que Violet me agarró de las nalgas para exigirme mayor rapidez. Y yo iba a morir…

—Violet…

—Más, Aaron… Quiero más…

¿Y cómo no iba a dárselo?

Aceleré mis embestidas, y Violet se unió al nuevo ritmo. Me rodeó con las piernas y su pubis se elevó, aumentando nuestro contacto. Fue fulminante. La banderita que anunciaba el punto de no retorno se izó y supe que estaba cerca.

—Córrete conmigo, Violet —le pedí.

Entonces, ella metió una mano entre los dos y comenzó a tocarse. Yo no me resistí a la

tentación y agaché la mirada para ver sus dedos perdidos entre sus pliegues, buscando su clítoris. Oh… Mierda… Excitación nivel explosión nuclear. Me habría encantado encargarme yo mismo, pero mi cerebro apenas conservaba lucidez como para entrar y salir de ella. Mi polla estaba cada vez más dura, mis testículos tensos, y sus gemidos contra mi oído fueron la gasolina que hizo que el fuego estallara. El orgasmo fue arrollador.

—Joder… Violet… Oh…

Gemí mientras me movía sin control, perdido en aquel placer que no quería que se terminase nunca. Y entonces noté que se corría, que sus paredes se estrechaban a mi alrededor, palpitantes, y mi orgasmo alcanzó una cima más elevada.

Y fue al descender lentamente de esa cima cuando el miedo se multiplicó por mil. Porque no quería abandonar su cuerpo, temía no volver a sentir en toda mi vida esa sensación de plenitud que me llenaba el pecho y que poco tenía que ver con el orgasmo que acababa de experimentar. Porque mi polla estaba de maravilla, era mi corazón el que tenía problemas.

Violet respiraba jadeante bajo mi cuerpo, así que, abandoné lentamente su interior y me dejé caer a un lado. Uno de mis brazos quedó atrapado debajo de ella, aunque no lo aparté, solo lo moví ligeramente, una sutil invitación a que Violet se acercase a mí. Suspiré de gozo cuando ella se acomodó pegada a mi costado y colocó una mano sobre mi pecho. La cubrí con la mía.

—Necesito ir un momento al cuarto de baño —lamenté—. ¿Me prometes que no te moverás de aquí?

—Cross, después de dos orgasmos, ¿moverme? —bromeó. Luego suspiró, y su voz sonó más seria cuando habló de nuevo—. Más te vale no tardar demasiado.

—Será menos de un minuto —le aseguré, y ella asintió con la cabeza.

Me tambaleé al ponerme de pie, quizás un minuto había sido muy osado. Una vez en el baño, tiré el preservativo a la basura y me lavé las manos. Cuando regresé a la cama, Violet seguía en la misma postura, mirándome, en actitud relajada. Me tumbé a su lado y ella volvió a abrazarse a mí. Qué gozada…

—Ya me tienes aquí —murmuré.

Noté cómo asentía con la cabeza, aunque un momento después la levantó para buscar mis labios y besarme. Yo hundí los dedos en su pelo y la atraje hacia mí.

—Ha sido increíble —murmuré sobre su boca, acariciando su labio inferior con el pulgar.

—Aún me tiemblan las piernas —afirmó ella.

—Sí… bueno. Eso también —titubeé ante mi propia falta de claridad.

Violet cruzó las manos sobre mi pecho y apoyó la barbilla, mirándome extrañada, con curiosidad. Yo le coloqué un mechón detrás de la oreja mientras ordenaba las palabras en mi mente.

—Me parece increíble que, después de todo lo que te he contado, hayamos acabado así —le confesé.

—Ya… —comprendió—. Lo más lógico es que hubiéramos acabado así si no me hubieras contado nada.

—No sé… —dudé—. Imagino que no me habría atrevido a subir a tu habitación si Kevin no me hubiera incitado a ello. Quizá no nos habríamos vuelto a ver hasta el viernes, cuando expira el plazo. Joder, voy a tener que darle las gracias por haberle hecho caso.

Violet colocó un dedo índice frente a mí y lo movió a un lado y a otro, negando.

—Si le hubieras hecho caso a Kevin, simplemente me habrías llevado a la cama cuando viniste a mi habitación. Esa misma noche.

—¿Lo crees así de verdad?

Ella asintió, y a mí el corazón me dio un vuelco. No sabía por qué —aún no— era tan importante la opinión que Violet pudiera tener de mí, y sus palabras me liberaban, como un pajarillo al que le dejan la puerta de la jaula abierta. Solo tenía que salir. Confiar…

—Bueno, quizá lo que pretendía era conquistarte para tenerte a mi merced —bromeé, y me supo a gloria escucharla reír.

Se inclinó sobre mí y rozó su nariz con la mía en un gesto dulce que se me clavó en el centro del pecho. Luego me besó, un beso lento, suave, de los que embaucan y hacen que te olvides hasta de tu nombre.

—Pues en ese caso, Aaron Cross, lo único que puedo decir es que lo has hecho de maravilla —susurró sobre mi boca.

—Joder…

La agarré y la obligué a rodar sobre su espalda, quedando tumbada en la cama y yo sobre ella.

Esta vez fui yo quien la besó, profundo y lleno de deseo, queriendo que supiera las ganas que aún tenía de ella.

—No lo he hecho de maravilla, Violet —murmuré—, porque eres tú quien me ha conquistado a mí.

—Llámame Mata Hari —alegó en tono pícaro, y yo no pude evitar reírme.

—¿Perdón?

—Prepárate para someterte a mis encantos —susurró, sugerente y juguetona. Era maravillosa… Y de pronto, separó las piernas y mis caderas quedaron encajadas entre sus muslos. Noté la piel húmeda y caliente de su sexo contra mi polla, sin barreras, tentándome, y qué débil resulté ser, porque no tardé en ponerme duro. La vi sonreír, satisfecha. Sus manos habían bajado hasta mis nalgas y comenzó a masajearlas, a presionar mientras elevaba el pubis para restregarse contra mí, lentamente. Mi cerebro iba a cortocircuitar de un momento a otro. Metí las manos entre su cuerpo y el colchón para alcanzar su trasero, y lo apreté añadiendo más presión.

—¿Y lo habría conseguido? —dije en mitad de un jadeo.

—¿El dinero? —preguntó con los ojos cerrados. Ella también comenzaba a perderse…

Besé su cuello y subí hasta su oído.

—Claro que no —susurré, y luego atrapé el lóbulo para darle un suave mordisco. Escucharla jadear añadió un grado más de dureza a mi erección—. ¿Te habrías acostado conmigo esa noche?

La escuché reír por lo bajo, mientras hundía sus dedos en mi cabello para sostener mi cabeza y disfrutar de la caricia de mi lengua en su piel.

—Me habría acostado contigo en París, Aaron.

Oh.…

—Violet…

Entonces, alargó la mano hasta la mesita y cogió otro preservativo.



Capítulo 12



Cuando abrí los ojos, me topé con el rostro de Aaron. Después del segundo asalto, ambos caímos desfallecidos y nos quedamos dormidos. Por la ventana del dormitorio aún entraba algo de luz, así que supuse que estaba anocheciendo. Dios, una inocente ensalada se había convertido en una sesión continua de sexo con doble pase. No iba a quejarme, al contrario. Nunca un hombre me había hecho disfrutar de esa manera, porque ninguno de ellos era Aaron. Las manos de ese hombre eran prodigiosas, sus dedos hacían magia, y su boca… Ufff, mi clítoris se sobresaltó al recordar su lengua cálida, pero sentí que me sonrojaba al volver a mi memoria la forma en la que le había pedido más.

Había estado con otros hombres, algunos fueron rollos esporádicos y otros, dos, un intento de relación, pero el grado de confianza que había alcanzado con Aaron en tan poco tiempo nunca lo había sentido con nadie. Y ese era el misterio, el nudo gordiano que me iba a complicar la vida como me empeñase en desenmarañarlo.

A pesar de la penumbra, podía distinguir claramente sus facciones, relajadas y serenas, muy distintas de cuando estaba despierto. Ahora entendía su ceño fruncido, sus sonrisas a medio camino entre la alegría y el pesar, la repentina sombra que a veces oscurecía aún más sus ojos. En ese momento, todo eso había desaparecido, y me empapé de su imagen para guardarla en mi memoria, justo al lado de la estúpida idea de pintarlo algún día. Porque quizás ese día no llegaría nunca.

Pero ahí estaba yo, mirándolo como una boba. Los mechones de su pelo negro se esparcían sobre la almohada, donde descansaba uno de sus musculosos brazos. Su mano, de dedos largos y amables, cerca de mi rostro. Sus pestañas largas y rizadas caían sobre sus pómulos, enmarcados por su oscura barba de un par de días y que perfilaba esos labios gruesos cuyos besos me volvían el cerebro del revés.

En realidad, tenía el cerebro hecho papilla, aunque algún que otro órgano de mi cuerpo también estaba sufriendo las consecuencias de aquella situación que rozaba el surrealismo. Se suponía que Aaron y yo debíamos ser enemigos naturales, y yo no quería serlo. Quería… Yo que sé qué diantres quería… Pero en ese momento, temía que se despertara y que esa magia que me caldeaba por dentro estallase como una pompa de jabón en cuanto dejásemos atrás aquella cama.

La burbuja se rompió por culpa del estrepitoso sonido de mi teléfono quebrando el silencio de la habitación. Aaron se despertó sobresaltado mientras yo me levantaba a la carrera y rescataba mi blusa del suelo para ponérmela en mi camino hasta la cómoda, donde él había dejado mi bolso.

—Mierda —murmuré al ver la pantalla.

Apoyé la cadera en el borde del mueble, mirando hacia la cama. Aaron se había sentado y la sábana le cubría la mitad inferior de su cuerpo, lo que me ayudó en mi intento de reconectar todas mis neuronas y centrarme. Conté hasta tres antes de contestar.

—Papá —pronuncié con mi tono más monótono.

Aaron me miró con asombro al percatarse de que no había acercado el teléfono a mi oído, sino que había conectado el altavoz. Yo, en cambio, moví mi mano libre en un gesto negativo, porque no había sido un descuido. No me importaba compartir mis mierdas con Aaron, él había compartido las suyas conmigo. Era lo justo.

—¡Por fin! —exclamó mi progenitor al otro lado de la línea.

Pulsé en la pantalla y revisé el registro.

—No tengo ninguna llamada tuya —dije sin comprender.

—Ni yo ninguna tuya —me reprochó—. La reunión fue el viernes. Supuse que el fin de semana te lo habrías tomado de relax a causa de la labor hercúlea que te había encomendado tu tiránico padre, pero ya es lunes y no sé nada de ti ni de la operación Cross Tecnologics.

Rodé los ojos. Para mi padre todo ese asunto era tan impersonal y aséptico… Aunque, bien pensado, lo reprochable no era eso, sino que para mí no lo fuera.

—¿Y tu perrito faldero? —demandé extrañada.

—¡Violet! —me gritó. Me jodió que me riñera como a una niña pequeña delante de Aaron, pero así era mi vida.

—¿Y Banks? —rectifiqué, alargando la frase.

—Te recuerdo que dejé esta operación en tus manos, así que eres tú quien debe mantenerme informado —me aleccionó, y yo resoplé disconforme.

—Pues no termino yo de comprender en quién recae la responsabilidad de qué. Por culpa suya estoy atrapada aquí una semana —me quejé.

—Explícate —me exigió.

Yo miré a Aaron, preocupada. Iba a representar mi papel de digna hija de Alexander Harrington, pero lo último que quería era hacerle daño. Sin embargo, Aaron asintió con la cabeza, dándome confianza. ¿Cómo era posible que pudiera comprenderme sin haberle dicho nada?

—La reunión iba bien hasta que Aaron Cross pidió modificar una de las condiciones —respondí entonces.

—¿Aaron Cross? —lo noté dudar—. ¿El hermano de Kevin Cross? ¿Qué pinta él en Cross Tecnologics?

—Es propietario, al igual que Kevin. Posee la otra mitad de la empresa —puntualicé, aunque mi padre seguro que tenía ese dato en sus documentos. Pero hice hincapié porque me jodió que tratara a Aaron como a un don nadie.

—Lo sé —me confirmó—, pero siempre hemos tratado con Kevin. Él es quien lleva la voz cantante.

—Pues Aaron exige la reasignación de sus trabajadores —le anuncié.

Se hizo el silencio, y un momento después, resonó una malsonante carcajada.

—Está loco…

—A mí no me lo pareció, y supongo que a Banks tampoco, pues, en lugar de negarse en redondo, les concedió una semana de tiempo.

—¿Cómo que Banks les concedió una semana? Querrás decir que tú aceptaste y Banks lo aplazó para que recapacitases.

—No, papá. Estoy diciendo lo que acabas de escuchar. Yo les propuse una indemnización que Aaron Cross rechazó. Así que Banks decidió alargar el plazo una semana. Y después, Banks —repetí con sonsonete— me dejó tirada en el hotel, alegando que él tenía que volver el sábado a Washington. Me lo imaginaba descansando en tus pies.

—¡Más respeto, Violet!

—Habla con él si no me crees, o con Kevin Cross —alegué con fastidio por el concepto tan bajo en el que me tenía—. Cualquiera de los dos te lo confirmará.

—Yo no tengo por qué hablar con nadie —objetó desdeñoso—. Eres tú quien se encarga de este asunto. Si Banks ha actuado así será porque cree que al final los Cross cederán.

Ahí podría haberle dicho cuáles eran las verdaderas pretensiones de Kevin, pero no lo hice.

—Si te parece bien, voy a estudiar la posibilidad de aumentar la cifra para la indemnización. Quizás eso los ayude a decidirse.

Se tomó unos segundos para considerarlo. Aaron, en cambio, mantenía la cabeza gacha. Supuse —erróneamente— su decepción, que me dio de lleno.

—Está bien. Pero revisa al milímetro todos los números —me advirtió mi padre.

—Tranquilo, papá. Procuraré que tu parte del pastel siga siendo sustanciosa —respondí con retintín.

—Lamento tu disgusto, Violet, pero son negocios —me increpó—. De esto vivimos, ¡con esto pago tus caprichos! —me culpó, y yo me erguí, sintiendo una repentina rabia que comenzaba a calentarme la sangre.

—¿De qué caprichos hablas? —le grité, caminando de un lado a otro de la habitación—. Pago mis gastos con el sueldo que me has estado dando por trabajar en tu empresa. ¿O me estás reprochando que viva en tu casa? ¡Súbeme el sueldo para poder alquilar un apartamento y me largaré, que ya tengo edad!

—¿Y qué me dices de tus estudios para pintarrajear en París?

Cómo sabía darme donde más me dolía…

—No me concedieron la cuantía para cubrir mi estancia allí por culpa de nuestro patrimonio, solo la plaza —le acusé, y su respuesta fue echarse a reír, con motivo, de mi razonamiento infantiloide. Yo ya había comenzado a perder el hilo de mis argumentos.

—Ahora pretenderás que seamos pobres para que tú puedas pintar.

—Yo solo…

—¡Teníamos un trato, Violet! —me acalló alzando la voz—. Si lo de París salía mal, tú volvías a casa para dedicarte a nuestra empresa. ¿Sabes cuántos hijos querrían heredar el negocio familiar?

—Ese es el problema —dije en tono bajo, de hastío—. Te he tocado yo en lugar de uno de esos hijos modélicos.

Lo escuché mascullar una maldición. Yo también sabía darle donde más le dolía.

—Mantenme informado —me pidió en tono más calmado, dando por terminada la discusión.

—De acuerdo —respondí, y la llamada se cortó al otro lado.

Solté de malas maneras el teléfono dentro de mi bolso y seguí deambulando por la habitación. Pelearme con mi padre solía dejarme en un estado de nervios cuya intensidad me costaba mitigar. Y de pronto, sentí que Aaron se colocaba detrás de mí.

Ahora venía el momento de las explicaciones.

—Aaron, yo… —comencé a decir conforme me giraba hacia él.

—Shhh —me silenció, y un segundo después me rodeó con sus brazos y me estrechó con

suavidad contra su cuerpo—. Tranquila. Respira, despacio.

Me estremecí de pies a cabeza, joder, casi me echo a llorar. Agradecí que no pudiera ver mi cara porque se habría dado cuenta de las lágrimas que se agolpaban en mis ojos. Tenía excusa, a fin de cuentas, acababa de discutir con mi padre, pero ese no era el motivo.

Mi enfado se diluía segundo a segundo y comenzaba a sentirme tan bien…

—Te estás arriesgando mucho, Cross —bromeé—. Cuando me cabreo… Te podría haber soltado una coz.

Aaron se rio. Sentí la vibración de su risa contra mi mejilla, grave, redondeada, reconfortante.

—Creo que un buen abrazo puede ayudar. Al menos a mí me gustaría tener a alguien que me lo diera cuando discuto con Kevin —admitió.

—Quizá la moscona pelirroja estaría dispuesta —lo provoqué, y él negó exageradamente con la cabeza, lo que me encantó.

—Prefiero una muñeca hinchable —soltó, y una carcajada estalló en mi garganta, llevándose consigo toda mi irritación.

—Por Dios, Cross, creo que no podré quitarme esa imagen de la cabeza.

—Eso tendría fácil solución —me siguió el juego. Sin embargo, un instante después, su sonrisa se esfumó. Posó sus dedos en mi mejilla y la acarició, mirándome con profundo y genuino pesar. Me conmovió.

—Lo lamento. No creí que… No era mi intención causarte problemas.

Vale, estaba preocupado, no decepcionado.

—Si tengo problemas, es solo culpa mía —le anuncié. Porque la decisión ya estaba tomada. No sé cuándo sucedió, quizás en el momento en el que le oculté a mi padre las pretensiones de Kevin, pero justo en ese instante me di cuenta de que la idea se hallaba instalada en mi mente aun sin yo saberlo.

—¿A qué te refieres? —me preguntó Aaron, confuso.

—Voy a ayudarte —le aclaré, y él comenzó a negar con la cabeza.

—¿Y tu carrera?

—¿Y la tuya? ¿Y tus trabajadores?

Aaron me soltó. No me gustó la reacción de mi cuerpo ante su ausencia, como si ya rozase la dependencia. Puso los brazos en jarras y negó con la cabeza. No pude evitar fijarme en cómo su bóxer se acoplaba a su cuerpo. Sé que no era el momento, pero no soy perfecta.

—Quizás esa indemnización ayude —murmuró derrotado, y esta vez fui yo quien negó—. Tú misma me has hecho testigo de vuestra conversación —me recordó—. Tu padre nunca aceptará.

—A mi padre lo único que le interesa es llenar sus arcas —objeté, acercándome a él. Aaron me acarició un mechón de cabello, pero retiró la mano con rapidez, rehuyendo de mi contacto, como si le estuviera prohibido. Le habría gritado que no lo estaba…

—Eso es imposible, dadas las circunstancias.

—Claro, y eso es precisamente lo que hay que cambiar. —Aaron frunció el ceño, a la espera—. Voy a estudiar un plan de actuaciones en Cross Tecnologics para que una inversión de capital no solo salve la empresa, sino que la haga resurgir. Si la previsión de beneficios es atractiva, mi padre no se negará.

—¿Lo crees posible? —demandó con cautela, sin querer dejarse llevar por el entusiasmo.

—Soy economista —me jacté—. Es posible que necesite el asesoramiento de un ingeniero para realizar alguna reestructuración en la empresa, pero, si existe una solución factible, la

encontraré —añadí con cierta pretensión. Aaron, por su parte, me observaba sin reaccionar, y yo no era capaz de adivinar si le parecía la peor idea de la historia o una genialidad—. Aaron… ¿Qué te parece? ¡Di algo! —le pedí, perdiendo la paciencia.

—¿Que qué me parece? —Entonces atrapó mi cintura con sus brazos y me levantó del suelo—. Eres un genio, Violet Harrington.

Segunda opción. Excelente.

—De acuerdo —murmuré cuando me dejó en el suelo—. Me pondré manos a la obra esta misma noche —decidí, y me separé de él para empezar a recoger mi ropa.

—¿Te vas? —preguntó con asombro, y yo me detuve a mirarlo, con mi sujetador suspendido entre mis dedos.

—Bueno, yo he supuesto que tú…

Sí, lo admito, estaba huyendo, y poniendo una tirita antes de la herida, además. Porque algo en lo más profundo de mi ser se empeñaba en prepararme para la más absoluta decepción: que una vez que Aaron hubiera conseguido su objetivo, su interés en mí se convirtiera en un asunto estrictamente de negocios.

—No supongas —repuso, sacándome del error, y mi corazón se saltó un latido—. Pero tú ¿necesitas irte o quieres irte? —enfatizó el «quieres».

—¿Tú quieres que me quede? —pregunté en cambio, porque, por estúpido que fuera, necesitaba escuchárselo decir. Aaron se acercó a mí, estudiándome. Se detuvo a escasos centímetros de distancia. A través de la blusa podía notar el calor que desprendía su cuerpo.

—Creía que era evidente —susurró.

—Yo… —titubeé—. Acabas de decirme que no suponga. —Me hice la dura, y a él no pareció disgustarle, pues contuvo una sonrisa.

—Cierto, así que te diré que acabas de darme una excusa para pasar más tiempo contigo, y no pienso desaprovecharla. A no ser que… que tú no quieras —añadió, concediéndome mi espacio. Porque seguía sin acercarse—. Violet, ¿quieres irte? —repitió en un susurro.

Tragué saliva para aclararme la garganta.

—Solo he traído mi portátil —respondí—. Toda la documentación sobre tu empresa me la he dejado en el hotel.

Aaron alzó una de las comisuras en una media sonrisa que me pareció de lo más seductora.

«Venga, hagamos gelatina con las piernas de Violet».

—Puedo acceder con el mío al sistema de Cross Tecnologics —me propuso, dando, por fin, el último medio paso que nos separaba.

—Ah —dije, embobada—. Eso es muy útil.

Me temblaba la voz. ¿Por qué? Acabábamos de tener sexo, y no una vez sino dos. Pero sentía todos mis nervios a flor de piel.

Tomó mi rostro, abarcando mi barbilla con el pulgar y el índice, e hizo que alzase mi mirada hacia la suya. Contuve un gemido de gozo cuando por fin volvió a tocarme.

—También tengo en un cajón de la cocina una pila de folletos de restaurantes de comida a domicilio. Chino, tailandés, hindú…

—Eres muy eficiente —bromeé, y él rio por lo bajo.

—Cuando me interesa, sí.

—Pues a ver cómo solucionas esto, Cross —lo provoqué—. No tengo pijama.

Aaron sonrió. Maldito, hacía que las mariposas de mi estómago bailaran con cada una de sus sonrisas. Aunque esta duró muy poco. Me pasó el pulgar por los labios, acariciándolos, y a mí se me aflojaron todos los músculos. El sujetador se me escapó de entre los dedos, cayendo a

mis pies, cuando Aaron atrapó mi boca con la suya, en un beso lento y húmedo. Yo hundí mis manos en su cabello, apretando los largos mechones entre mis dedos, mientras su lengua iba al encuentro de la mía. Dios… Ese hombre tenía un máster en el arte de besar. Rodeó todo mi cuerpo con sus brazos y yo me colgué de su cuello, disfrutando de ese beso que nos dejó sin aliento a los dos. Jadeamos sobre nuestras bocas al separarnos.

—Creo que ese punto también ha quedado más que resuelto —dijo, pasando los dedos por la humedad que aún permanecía en mis labios—. ¿Algo más?

—Que no me vas a dejar trabajar —me temí, y él rompió a reír. Sostuvo mis mejillas con ambas manos y me dio un sentido beso en los labios.

—Me encantas, Violet Harrington. Pero tienes razón —añadió, levantando ambas manos en señal de rendición.

Sí, alejó sus manos de mí. Me soltó, abruptamente y sin previo aviso, justo después de decirme, así, como quien da la hora, que yo le encantaba. Y yo necesitaba algún tipo de soporte porque me temblaban hasta las pestañas.

—Así que te propongo que nos duchemos. Por turnos —añadió con toda la intención—. Y que echemos un vistazo a esos folletos. No sé tú, pero yo me muero de hambre.

—Estoy famélica —admití, guardándome para mí la esperanza de que aquel «por turnos» fuera algo eventual.

Entonces, fue hasta la cómoda y sacó algunas prendas de un cajón. Después, regresó a mí y me las ofreció.

—Te quedarán grandes, pero creo que te vendrá bien algo de ropa limpia.

—Gracias. —Este chico estaba en todo—. Mi falda no es muy cómoda.

—Es demasiado tentadora —negó—. Y vas a ser tú quien no me va a dejar trabajar a mí —añadió siguiéndome el juego.

—Uy, eso hay que evitarlo a toda costa —exclamé fingiéndome escandalizada. Acepté su ropa con un tirón, y él se echó a reír a causa de mi bufonada. A veces puedo ser muy payasa, pero a él no parecía importarle.

—Tienes toallas en el armario del baño —me indicó—. ¿Quieres que pida ya la cena? Tardarán por lo menos media hora en traerla. ¿Qué te apetece? —añadió tras mi gesto afirmativo.

—Nunca he probado la comida india.

Alzó ambas cejas en respuesta, sorprendido.

—Pues va a ser algo que también se va a solucionar esta noche —concluyó—. ¿Te gusta la comida picante?

Fruncí los labios a modo de negativa.

—De acuerdo. Yo me encargo —afirmó muy seguro de sí mismo, y aunque yo no lo estaba tanto, decidí dejarme sorprender.

Me encaminé hacia el baño, pero apenas había dado un paso cuando Aaron atrapó mi cintura con un brazo y tiró de mí. Mi espalda dio contra su pecho, y sentí su boca en mi cabello, bajando hasta mi oreja.

—La próxima vez que te metas en esa ducha, no lo harás sola.

Exhalé a causa de la sorpresa y por el hambre repentina que me invadió, y no de comida india precisamente. Sin embargo, antes de que pudiera pensar siquiera en una posible respuesta, Aaron me había soltado y salía de la habitación.

Cuando entré en el baño, aún tenía el corazón acelerado. Reparé entonces en el tamaño de la ducha y en que había espacio de sobra para los dos. Me recorrió un escalofrío de anticipación.

Alejé el pensamiento y me dispuse a ducharme. Imaginé que él también querría hacerlo

antes de que llegara la cena, así que intenté darme prisa. Me sorprendió gratamente que Aaron tuviera acondicionador para el cabello, aunque esa era la respuesta para la suavidad del suyo. Tomé nota mental de la marca.

Tras ducharme y secarme, cogí la ropa que Aaron me había dado. Eran una camiseta y un pantalón de chándal que, efectivamente, me estaban enormes. Además, era una sensación rara la de ir sin ropa interior, pero ponerme la mía no era una opción.

Cuando salí al salón, vi que estaba terminando de recoger la mesa —donde las ensaladas, ya estropeadas, habían quedado olvidadas— en bóxer. Carraspeé y él me miró sonriente, como si nada, mientras que yo me proponía seriamente convertirlo en mi cena. Hasta que se detuvo a mirarme con más atención. Estaba claro que le gustaba lo que veía. ¿Cómo? ¡Si parecía un payaso! Pero la «evidencia» se hacía cada vez más notable en su anatomía.

—Me dirás que acabas de cumplir una fantasía sexual —lo provoqué, y él se echó a reír.

—Será mejor que me vaya a la ducha.

—Huye, cobarde —me metí con él, y él soltó una carcajada.

—Le dijo la sartén al cazo —contraatacó ya desde la puerta de su habitación.

Yo no podía replicar a lo que tenía razón. Hacía solo unos minutos que había intentado escapar de él, así que le saqué la lengua en un gesto burlón. Su risa se elevó una octava.

—Una respuesta irrefutable. Sí, señora —recitó en tono impostado.

—Será mejor que te des esa ducha. —Agité una mano, queriendo dar por terminada una batalla más que perdida.

—Sí, señora —repitió, inclinando la cabeza solemnemente antes de desaparecer.

—¡Y que te pongas algo más de ropa! —alcé la voz para que me escuchase mientras me disponía a terminar de recoger la mesa.

—¿Quién es la fantasía de quién? —preguntó desde el interior de su habitación.

—Tú eres la mía desde el minuto uno, mi caballero victoriano —susurré para mí.

—Intentaré no defraudarte —lo escuché decir de pronto, apoyado en el marco de la puerta. Y yo di un respingo a causa del susto y, sobre todo, de la vergüenza al saber que me había oído. Porque su tono y su mirada abrasadora eran más que una promesa—. He dejado dinero sobre la encimera de la cocina, por si tardo más de la cuenta —añadió con naturalidad, como si hubiera sufrido un desdoblamiento de personalidad. Después, me lanzó un travieso beso al aire y volvió a marcharse.

—Joder… —murmuré, sosteniéndome contra la mesa. Estaba sofocada…, y comenzaba a preocuparme lo que Aaron me hacía sentir.

Negué con la cabeza, reprendiéndome a mí misma, y seguí limpiando la mesa, aunque mantenerme ocupada no evitaba que mi mente marchase a mil por hora. Porque la situación era equivalente a aquella noche en París, cuando decidí no darle mi teléfono a Aaron ni demasiadas pistas sobre mí. Porque pasara lo que pasase esa noche, yo habría permanecido en Francia y él habría vuelto a EE. UU. Y ahora, en cuanto se extinguiese el plazo impuesto por Banks, yo regresaría a Washington D.C. y Aaron seguiría en Albany.

Y mientras tanto, nosotros, ¿qué? ¿Éramos amantes, follamigos, amigovios?

Las etiquetas ayudan, no nos engañemos, definen, sitúan, incluso pueden marcar un rumbo. ¿Hacia dónde íbamos nosotros? Ni idea, aunque, al menos, ciertos hitos de la ruta estaban claros.

Hito #1: Me había comprometido con él a salvar su empresa, cavando mi propia tumba.

Hito #2: La tensión sexual no resuelta entre nosotros se había resuelto, y de qué manera.

Hito #3: Ninguno de los dos parecía haber tenido suficiente.

Y aún nos quedaban cuatro días por delante.

Bien pensado, lo más inteligente habría sido escapar cuando me propuse hacerlo. Aún estaba a tiempo, ¿verdad? Pues no. Hacía mucho que había dejado de estar a salvo.

Sentí una punzada dolorosa en el corazón, un anticipo de lo que seguro vendría. Y entonces, volví al primer hito, en concreto a la parte de cavar mi propia tumba. Lo mirase por donde lo mirase, iba a acabar muy mal para mí; al finalizar la semana, habría perdido a Aaron, a mi padre y mis posibilidades de volver a pintar.

Miré instintivamente hacia la puerta del apartamento y negué con la cabeza. No podía irme. Le había dado mi palabra a Aaron, y en todo caso, aunque mi honorabilidad no estuviera en juego, ¿no acababa de aceptar que estaba metida hasta el cuello?

«Define estar hasta el cuello, Violet».

Eso era lo que realmente me daba miedo. El modo en el que todo fluía con Aaron, la naturalidad, la confianza, incluso la sinceridad, pese a ser un bien tan poco valorado en estos tiempos que corren. El conjunto era un caldo de cultivo perfecto como para desear que esos cuatro días no se terminaran.

Para encariñarme con él.

Para enamorarme de él.

El sonido del timbre me sobresaltó al estar inmersa en mi lucha interna. Imaginé que era la cena, así que cogí el dinero que había dejado Aaron en la cocina y fui a abrir. Le pagué al repartidor, con propina incluida, y tras cerrar, comencé a preparar la mesa.

Y ahí estaba yo, trasteando en su cocina, como si lo hubiera hecho toda la vida.

El resultado de aquella historia iba a ser catastrófico, pero, en ese preciso momento, me sentía de maravilla, como hacía mucho que no me sentía.

Quizá lo importante no era el final del trayecto sino disfrutar del recorrido, y yo, Violet Harrington, mientras colocaba los cubiertos en la mesa, decidí que no iba a lamentarme por anticipado ni a llenar de piedras mi camino. Iba a disfrutarlo hasta donde quisiera llevarme. Ya recompondría mis pedazos más tarde.

En ese momento, el objeto de mis delirios apareció en el salón, y las mariposas de mi estómago decidieron salir a dar una vuelta para dejar constancia de cuánto me afectaba la presencia de ese hombre. Tenía el pelo mojado, más oscuro a causa de la humedad, y algunas gotitas caían sobre su camiseta de algodón, calando hasta su piel. Quién fuera gotita…

—Oh, ya está la cena —dijo, acercándose a mí, hasta quedar pegado a mi espalda—. Huele de maravilla…

Y lo dijo en mi oído, mientras rozaba con la nariz la piel cerca de mi oreja.

—Esperemos que sepa igual de bien —respondí, queriendo centrar la conversación en la comida.

—Te lo puedo asegurar —murmuró por lo bajo, y sentí que un repentino ardor se me instalaba en el vientre—. No es la primera vez que pido en ese restaurante —añadió, comenzando a sacar los recipientes de la bolsa, como si realmente se refiriera a la cena. Pero el mal ya estaba hecho, y a conciencia, así me lo decía esa media sonrisa que pude ver en sus labios cuando se apartó para ir a la cocina.

Volvió con un par de cucharas y me indicó que tomase asiento. Entonces, abrió un recipiente que contenía arroz y sirvió un par de cucharadas en mi plato. Después, vertió encima una salsa color crema con trozos de carne. Me sorprendió, pues esperaba el típico curry color marrón rojizo. Luego, se sentó, aunque no se sirvió, a la espera de que yo lo probase primero.

Lo complací, y cargué mi tenedor con una combinación de arroz, la salsa y la carne. Me lo metí en la boca y, en cuanto empecé a masticar, se llenó con una explosión de sabores.

—Guau… —murmuré, tapándome los labios con una mano—. ¿Tiene almendras y… coco?

—Curry korma de pollo —me indicó, sirviéndose de un recipiente con otro tipo de salsa. Imaginé que, al contrario que la mía, esa sí que picaría—. En el restaurante, me fijé en que echaste un poco más de aderezo de miel en la ensalada, así que he supuesto que no te desagradaba la comida dulce.

—La combinación del salado del arroz con el dulzor del curry… Espectacular.

Aaron sonrió al haber acertado. Entonces, señaló mi rostro para acto seguido apuntar hacia una de sus comisuras. Supuse que tenía salsa en la cara, pero ¿dónde? ¿En mi parte izquierda o en la suya? No pude preguntarle. Un segundo después sostenía mi barbilla con los dedos y se inclinaba hacia mí. Pasó la punta de la lengua por mi comisura —izquierda— para limpiar la salsa, y depositó un suave beso cerca de mis labios antes de retirarse.

—Sí, espectacular —murmuró mientras aquel nudo cálido se expandía en mi vientre. Y no era a causa de las especias.

Seguimos comiendo, en silencio. Traté de concentrarme en mi curry, pero podía notar la mirada de Aaron sobre mí. Me estaba acalorando.

—¿Qué te parece si nos tomamos el postre en la cama? —propuso de pronto.

Su voz grave debería haberme dado una pista, pero —ingenua de mí— miré la bolsa en la que habían traído el pedido, para comprobar que estaba vacía. Cuando lo miré, esbozó una sonrisa de inocente picardía.

—Sabía que no me dejarías trabajar —le dije, y su sonrisa se amplió hasta la satisfacción.

Solo diez minutos después, tras guardar las sobras en la nevera, ya estábamos en la cama, disfrutando de ese postre.



Capítulo 13



No sería capaz de describir la sensación que me embargó al despertarme a la mañana siguiente y darme cuenta de que Violet seguía ahí, conmigo. Estaba convencido de que no era de las que escapaban en mitad de la noche, pero otra cosa muy distinta era que yo temiese que lo hubiera hecho. Y abrir los ojos y verla junto a mí era la guinda tras una noche perfecta.

Después de cenar —por decir algo—, habíamos vuelto a hacer el amor.

Hacer el amor…

¿Por qué en mi mente la palabra *follar* ya pertenecía a una realidad alternativa? En mi vocabulario, follar se hace únicamente con el cuerpo, y lo que había compartido con Violet iba más allá del simple contacto físico o la búsqueda del propio placer. Por mi parte, si alguien me hubiera preguntado —y yo me hubiera atrevido a contestar—, habría dicho que mi implicación emocional era innegable. Pero ¿y para ella? Quizás estábamos en polos opuestos y se encontraba cómoda con esa fecha de caducidad en lo que teníamos.

Porque teníamos algo, aunque no nos hubiéramos parado a definirlo. Y en algún momento deberíamos hacerlo porque iba a volverme loco. Nunca había sentido lo que sentía estando junto a Violet. Únicamente con mirarla, las pulsaciones ya se me disparaban. Pero, además, había penetrado en mí como un vendaval, sin dejar ninguna de mis barreras en pie tras la que poder resguardarme. No solo éramos cómplices en la cama, con una entrega absoluta, sino confidentes fuera de ella, sin importarnos el hecho de mostrarnos el uno frente al otro a pecho descubierto, con todas nuestras fisuras a la vista. Y con la certeza de que Violet no haría sangrar las heridas, como yo tampoco hurgaría en las suyas. No sabría explicar cómo, pero entre los dos se había alzado un espacio seguro, un reducto en el que podíamos aislarnos del resto y ser nosotros mismos.

Ok, google, término que defina la amalgama de sensaciones, sentimientos y situaciones que conforman un todo a lo que no podía —más bien temía— ponerle nombre pero que nunca imaginé ser capaz de experimentar junto a alguien.

Tristemente, había necesitado conocer a Violet para darme cuenta de que lo que tuve con Leslie no fue una relación de verdad o, al menos, no fue lo que debería haber sido. Lo que podría ser con Violet. Y la incertidumbre me estaba matando porque temía que todo se fuera a la mierda con solo un pestañeo.

Nunca me importó mi destino más que el del resto. Siempre estuve a la sombra de Kevin, en un segundo plano, sin molestar o destacar más de la cuenta con tal de ahorrarles quebraderos de cabeza a mis padres. Sin embargo, ahora era distinto. Seguía preocupándome el futuro de mis

trabajadores, y la propuesta de la alcaldesa era muy atractiva, pero notaba en mi interior que la parte en la que me sentía supeditado a los deseos de Kevin comenzaba a diluirse.

Si mi historia con Violet dependiera de lo que pasara con Cross Tecnologics, ¿estaría dispuesto a sacrificar la empresa por salvar lo nuestro?

Sacrificar.

Ese siempre había sido mi campo. ¿Tan descabellado era no querer ser yo quien renunciase esta vez? Era una sensación que daba vértigo, moviéndome en el borde de un abismo en cuyo fondo me esperaba la culpabilidad. Y algo en mí estaba cambiando, porque no rechazaba la idea de arriesgarme y lanzarme al vacío, aunque me acusasen de convertirme en el ser más egoísta del planeta.

Mirando a Violet, dormida junto a mí, supe que ella era el motivo.

Así que no, no quería que llegase el viernes.

¿Una semana era suficiente para engancharse a alguien?

Me moví despacio y alargué una mano para coger el teléfono que estaba encima de mi mesita con la intención de comprobar la hora. Y lo que comprobé fue que mi reloj biológico está muy bien entrenado, porque en ese momento comenzó a sonar la alarma. Aunque la apagué con rapidez, no pude evitar que Violet se despertara.

—¿Qué hora es? —preguntó con voz adormilada, tratando de abrir los ojos.

—Las siete —le dije—. Es la hora a la que me levanto para ir a trabajar.

—Dios, es cierto, hoy es martes —recordó y giró el rostro para dar un bufido contra la almohada.

—Sospecho que no te gusta madrugar —me reí.

—Necesito poner cinco alarmas para ir haciéndome a la idea —refunfuñó.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez —respondí sin pensar, y una sirena con la categoría de alarma antiaérea comenzó a resonar en mi cabeza. *Próxima vez.* Y a Violet no le pasó inadvertido porque clavó su mirada en la mía.

Cada vez que sentía sus enormes ojos azules sobre mí, me estremecía de pies a cabeza. Y la tentación de lanzarme al vacío aumentaba.

Vi que movía los labios, con la intención de decir algo, pero se acabó arrepintiendo.

—Dímelo —le pedí, pasando por detrás de su oreja un mechón de cabello.

Cerró los ojos un momento, parecía gustarle mi contacto, así que deslicé mis dedos por la curva de su rostro, desde la mejilla a la barbilla.

—Dímelo —murmuré, tratando de insistir.

—No me costaría acostumbrarme a esto —me confesó por fin, y a mí el corazón me dio un vuelco.

—¿Y crees que es malo? —pregunté. Mis dedos seguían tocándola. Tenía la extraña convicción de que, si dejaba de hacerlo, ella también dejaría de hablar. Y no podía detenerse ahora.

—Depende —respondió, titubeante.

—¿De qué? —insistí, y Violet suspiró. Supe que se debatía y yo deseé con todas mis fuerzas que confiara en mí. Para bien o para mal, necesitaba saber lo que estaba pensando—. Violet —susurré en lo que parecía un ruego.

—Yo… Espero que… De nosotros.

Ni de su padre, ni de mi hermano, ni de Cross Tecnologics… Ni siquiera del jodido universo. Solo de nosotros…

Sentí que el corazón se me salía del pecho.

Me incliné sobre ella y la besé. Mi mano aún acunaba su rostro y acaricié su mejilla con el pulgar mientras mis labios saboreaban lentamente los suyos. Quizá no era la respuesta que ella esperaba, pero temía que las palabras estallasen en mi boca y rompiera aquella magia que sentía que nos envolvía. Porque Violet hundió los dedos en mi cabello y correspondió a mi beso, y yo sentí que estaba a un solo paso de tocar el cielo.

—Buenos días —susurró cuando nos separamos, y yo sonreí sobre su boca.

—Maldita sea… Creo que la *próxima vez*, pondré las cinco alarmas un poco antes, porque no me resulta fácil conformarme con un beso rápido de buenos días.

—Tienes que trabajar —lamentó—, y yo debería volver al hotel a hacer lo mismo.

De pronto, mi teléfono volvió a sonar, y dejé caer la cabeza en la almohada, derrotado.

—Yo programo las alarmas para acotar los tiempos y no llegar tarde —le expliqué—. Ya tendría que haber terminado de ducharme.

—No deberías retrasarte más —dijo, preocupada—. Ayer te marchaste temprano de la empresa e imagino que tu hermano estará mordiéndose los nudillos, esperando noticias sobre tus avances conmigo.

—Joder… —farfullé. Porque me habría gustado decirle que no se inquietase, que estaba todo controlado. Y no era así.

Y, de pronto, el timbre comenzó a sonar. Me sobresalté, aunque mi sexto sentido tenía claro quién llamaba a esas horas a mi puerta.

—Nadie va a las siete de la mañana a casa del vecino a pedir sal —susurró Violet, leyéndome el pensamiento.

—¿Aaron?

—Mierda —exclamé al escuchar la voz de Kevin, y Violet salió disparada de la cama. Se envolvió todo lo deprisa que pudo con la sábana y la vi ir de puntillas hacia el salón.

Yo empecé a ponerme a la carrera el pantalón del chándal, pero no terminaba de hacerlo cuando ella entró de nuevo en la habitación con sus zapatos en la mano.

—¿Qué haces? —pregunté en voz baja al ver que cogía todas sus cosas y se dirigía al armario para meterse dentro. Aquello parecía una película mala de enredos.

—¡¿Aaron?!

—Ábrele —me indicó ella, asomando la cara. Era evidente que no quería que mi hermano supiera que estaba conmigo, pero yo no entendía nada—. ¡Ve! —me ordenó, antes de cerrar la puerta, haciéndome reaccionar.

—¡Un momento! —Alcé la voz mientras me dirigía al salón, y eché un último vistazo para asegurarme de que no había rastro de la presencia de Violet. En cuanto abrí, mi hermano entró en tromba.

—¿Por qué demonios has tardado tanto? —me exigió saber.

—Buenos días a ti también —mascullé molesto tras cerrar, aunque él se limitó a mirarme, a la espera de mi respuesta—. Estaba durmiendo. ¿Preferías que te recibiera en calzoncillos? —dije de malas maneras.

—¿Durmiendo? ¿Es que después de escaquearte ayer, hoy tampoco pensabas ir a trabajar? —inquirió, y yo enarqué las cejas.

—Tengo tiempo de sobra para llegar a mi hora —objeté—. ¿Qué haces aquí?

—¿Y tú? ¿Qué narices estás haciendo?

—Kevin, apenas son las siete de la mañana y no estoy para adivinanzas —me quejé, y su expresión se crispó.

—Y yo no estoy para gilipolleces —me acusó—. ¿Qué cojones te traes entre manos con

Violet Harrington? Primero te pide que le hagas de guía por la empresa, luego os vais a comer y después no vuelvo a verte el pelo. ¿Sabes todo lo que hay en juego?

—Eso mismo deberías haber pensado ayer antes de mandar a Bridget y Leslie al restaurante —le dije, apoyándome en la encimera de la cocina y cruzándome de brazos.

—¿A qué te refieres? —quiso saber, sin pizca de culpabilidad por enviarme a sus espías.

—A Violet no le hizo especial ilusión tener a mi exnovia pegada al cogote —respondí—, así que me pidió que la llevase a su hotel —mentí, queriendo usarlo como reproche, aunque no funcionó.

—Por supuesto que no iba a hacerle ilusión —admitió—. Y si no fueras un débil mental, lo habrías aprovechado para camelártela.

Un sudor frío me recorrió la espalda al comprobar lo manipulador que podía llegar a ser.

—Era la situación perfecta para hablarle de lo mal que Leslie te lo hizo pasar y provocar su lástima —añadió, negando de incredulidad con la cabeza—. Y de ahí, directo a su cama y a su dinero.

—¿Lástima? —Hice una mueca, asqueado—. Tus técnicas de seducción son asombrosas.

—Evidentemente, mejores que las tuyas. ¿Te voy a tener que explicar cómo trabajarte a una mujer? —me cuestionó desdeñoso, y me invadió la vergüenza—. Joder, Aaron —se rio con mofa—, si no estuviera comprometido, ya me la habría trajinado —añadió, regodeándose, y a mí me subió una bola de bilis por la garganta.

Estuve tentado de decirle que no sería la primera vez que le ponía los cuernos a Bridget, pero no quería darle una excusa para querer intentarlo con Violet. No podía soportar la idea de que se le acercase.

—Espero que hayas pensado en alguna forma de arreglar esto —me advirtió, señalándome con un dedo. Y yo eché mano de lo primero que se me ocurrió.

—Yo… Había pensado invitarla a la cena de la Cámara de Comercio de esta noche.

Y Kevin levantó la cabeza, sorprendido.

—Muy bien pensado, hermanito —dijo, pasándose una mano por la barbilla mientras me estudiaba como a un bicho raro—. Leslie acudirá, así que aún puedes echar mano de la lástima como recurso.

—No creo que lo necesite —le espeté, molesto.

—Y yo creo que no te das cuenta de que estás acabando con mi paciencia —aseveró, dando un paso hacia mí, y yo me envaré.

—¿Me estás amenazando? —inquirí, con los puños apretados, pegados a mis costados.

Pero Kevin no me respondió, solo me sostuvo la mirada unos instantes. Después giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta.

—Te veo en la empresa —se despidió como si nada. No, como si nada, no. Sabiendo que había ganado esa batalla.

Cuando se marchó, me di la vuelta para apoyar las manos en la encimera y resoplé con la cabeza gacha.

—Mierda —mascullé en un murmullo trémulo, de rabia e impotencia. Porque la tan conocida sensación de ser un títere en sus manos me subía desde el estómago, dejándome un sabor amargo en la boca.

Y, de pronto, sentí los brazos de Violet alrededor de mi cintura y su cuerpo pegado a mi espalda.

—Violet… —gemí, invadido por una emoción que me anudaba la garganta.

Ella trataba de apretarme contra su pecho, así que me volví y la estreché con fuerza,

permitiendo que su abrazo me reconfortara.

—¿Qué te puede hacer? —preguntó, dándome así a entender que lo había escuchado todo.

—Nada, no te preocupes, es una de sus fanfarronadas —traté de sonar convincente, aunque no las tenía todas conmigo.

Violet levantó la mirada para mirarme y yo intenté parecer confiado.

—¿Por qué no le has dicho que voy a ayudaros? —quiso saber.

—¿Por qué no has querido que supiera que estabas aquí? —le cuestioné, en cambio.

—Yo… —titubeó, y me soltó. Por un instante creí que se iba a echar atrás, y no sabría decir si realmente me importaba. Me afectaba más su repentina ausencia—. Primero necesito estudiar alguna opción factible y, además —hizo una pausa— no quiero que piense que me tiene en la palma de su mano.

—En ese caso, no lo sabrá hasta que tú quieras —decidí.

—Pero va a estar acosándote hasta entonces —apuntó, y yo resoplé.

—Es cierto, y por eso… me preguntaba si vendrías conmigo a esa cena —me atreví a proponerle, y ella sonrió con picardía.

—¿Vas a utilizar la técnica de tu hermano para darme pena y meterte en mi cama?

—Es patético —mascullé molesto—. Aunque ayer, en realidad…

—¿Qué? —inquirió ella, ceñuda, y yo suspiré, incapaz de quitarme de encima una desagradable sensación de incomodidad y vergüenza—. Puedes decírmelo —insistió.

—No puedo evitar pensar que, al contarte mi historia, provoqué eso mismo —le confesé.

—No estás hablando en serio —respondió ella con incredulidad, y yo aparté la mirada—. Es cierto que me conmovió lo que me contaste, Aaron, pero más allá de si me dio pena o no, lo que valoro es tu sinceridad.

—Te dije toda la verdad —añadí, como si eso pudiera despejar cualquier atisbo de duda, y ella asintió, conforme.

—Yo también llevo mi mochila a cuestas, ya lo sabes. ¿Fue por eso por lo que me invitaste a quedarme?

—¡Claro que no! —exclamé, sintiendo que el tema se me iba de las manos—. Te dije que te quedaras porque quiero estar contigo estos días que nos quedan.

Que nos quedan.

Menuda cagada. Y la segunda cagada fue no añadir algo del tipo «ojalá sean muchos más» o «no tendrían por qué acabar». Porque fui un imbécil. Tenía a esa mujer frente a mí después de haber pasado con ella una noche memorable, y no me atrevía a considerar la posibilidad de que ella sintiera lo mismo que yo. Ni siquiera de planteárselo.

Y, cuando me quise dar cuenta, la oportunidad de hacerlo había pasado.

—Aaron, si Kevin no te hubiera presionado, ¿me habrías invitado a la cena? —me preguntó, recelosa. Y yo ni siquiera lo dudé.

—No se me había ocurrido porque no tenía intención de ir —le contesté, con lo bien que habría quedado diciéndole simplemente que sí. Pero soy un bocachancla de campeonato—. Tenía pensado invitarte a algún sitio esta noche, a ver si conseguía que nadie nos frustrase la cena.

O sea, cero *glamour*, ni punto de comparación con una cena de gala en la Cámara de Comercio. Pero ella sonrió.

—¿Cuántas exnovias tienes en la ciudad? —me preguntó, y tan nervioso como estaba, lo único que pude hacer fue echarme a reír.

—Solo una —respondí.

—Entonces, tengo dos opciones. Irnos a un restaurante, tranquilos, sin correr el riesgo de

encontrárnosla, o ir a esa cena donde estará en compañía de tu hermano y su prometida —enumeró—. Sin olvidar que la presencia de Violet Harrington despertará la curiosidad de los asistentes.

—Tiene mala pinta —admití, esperanzado con que eligiera la primera opción.

—Y me encanta —sentenció con sonrisa malévola.

—Espera… ¿Cómo? —inquirí, y ella se echó a reír, traviesa.

—No soy una cobarde, Cross. Además, jugamos con ventaja —añadió, entusiasmada con la idea—. Puedo ignorarte toda la noche, incluso coquetear con otros hombres, y que a tu hermano se lo lleven los demonios.

Palidecí. No podía hablar en serio. Y si lo hacía, no era algo que me viera capaz de soportar.

—¿Qué? —preguntó más seria al verme negar firmemente con la cabeza—. Bien pensado, me imagino que no sería bueno provocar a Kevin, porque lo pagaría contigo, ¿verdad?

—Lo que haga mi hermano me importa una mierda —murmuré con la mirada gacha—. Yo… —Apreté los labios, incapaz de continuar, incapaz de mirarla. Porque yo sí que era un cobarde.

Pero, entonces, me agarró el rostro con ambas manos y me obligó a hacerlo.

—¿Qué ha hecho ese cabrón contigo? —inquirió, arrastrando las palabras con rabia—. Tienes derecho a desear, a pedir, a decir lo que sientes.

—Violet… —titubeé, sobrecogido por una verdad que a mí me resultaba tan dolorosa.

—¿Prefieres callar por miedo y que me vaya de aquí creyendo lo que no es? —demandó, y una oleada gélida me enfrió la sangre.

¿Iba a perderla sin haberla tenido?

La agarré por la cintura y cerré los puños alrededor de la tela de su blusa. Ya estaba vestida, podía marcharse en cualquier momento, y no era lo que yo quería. No así.

—No quiero verte con otros hombres, ni siquiera para provocar a Kevin —admití. Y aunque traté de rehuirle la mirada, ella no me lo permitió. No tuve más remedio que echarle valor—. Quiero que estés conmigo.

Y Violet me besó.

La repentina vulnerabilidad que me había provocado mi propia confesión se esfumó en cuanto noté los labios de Violet sobre los míos. Mi reducto seguro… La estreché entre mis brazos y profundicé el beso, movido por un ramalazo de posesividad, tan sorprendente como desconocido. Porque nunca había sentido nada parecido.

Mis días con Violet estaban repletos de primeras veces.

Cuando nuestros labios se separaron, ella aún sostenía mis mejillas entre sus manos, y me hizo apoyar la frente en la suya.

—Será mejor que me vaya. Kevin podría sospechar —murmuró, y yo asentí, lleno de alivio—. ¿Hablamos luego y concretamos?

—¿Me das tu número de teléfono? —fue mi respuesta, y ambos nos echamos a reír.

Me separé de ella para ir a buscar mi móvil e intercambiamos los números.

—No me puedo creer que hayan tenido que transcurrir semanas para tenerlo por fin —gruñí mientras dejaba el teléfono en la encimera de la cocina.

—¿Por qué no me lo pediste en París? —preguntó ella, curiosa.

—Estaba convencido de que solo tenía una oportunidad, así que elegí entre tu teléfono o un beso. No tardé en darme cuenta de mi mala elección—reconocí.

—¿No te gustó? —demandó, y pude notar su decepción. Me subió el ego, qué puedo decir.

—Me gustó tanto que me lamenté día tras día por no poder besarte nunca más —le confesé,

y vi que sus mejillas se coloreaban. Me encantaba lo que podía provocar en ella.

—Bueno… pues… —carraspeó—. Ya tienes las dos cosas —respondió, y a mí se me dibujó una sonrisa en los labios.

La cogí de la cintura y tiré de ella para acercarla a mí. Mis labios quedaron muy cerca de los suyos.

—¿Significa eso que puedo llamarte y besarte cuando quiera? —murmuré, y juraría que la noté temblar contra mí.

—Significa que espero que lo hagas —me respondió, y esta vez fui yo en busca de su boca para besarla con ardor, el mismo que comenzaba a quemarme en las venas.

—Violet…

Mi voz era una mezcla de ruego y lamento. Si seguía así, no iba a dejarla marchar.

—Debería irme ya —decidió ella por los dos, y yo asentí, haciendo un esfuerzo sobrehumano para soltarla.

Entonces, cogió su maletín, que había dejado sobre la encimera, y se dirigió a la puerta.

La acompañé para darle un último beso en los labios.

—Te llamo después —le prometí, y ella me sonrió.

Luego, abrió la puerta, pero, en lugar de irse, se giró a mirarme.

—Yo también lamenté no poder besarte nunca más —me confesó.

Y se marchó, cerrando la puerta tras de sí.

Debería haber ido tras ella, detenerla y comérmela a besos, pero no pude. No era capaz de pensar, de enviar órdenes a mi cuerpo y moverme, ni siquiera de respirar; mi corazón se encargaba de bombear sangre y poco más.

Con el pulso acelerado hasta rozar el infarto, apoyé la espalda en la puerta y la hice resbalar por la madera hasta quedar sentado en el suelo, mientras la emoción que me invadía subía desde mi estómago, por mi garganta, reventando en mi boca en una carcajada de pura felicidad.

Porque ese sentimiento recién descubierto tenía que ser la felicidad.



Capítulo 14



No sabría decir si el viaje en taxi hasta el hotel había durado mucho o poco. Llegué a mi habitación envuelta en una nube, atontada y ligera, como cuando haces un viaje transatlántico y el *jet-lag* pone tu percepción del revés y no sabes si vas o vienes ni la hora que es. Solo sabía que había pasado la que podría definir como la mejor noche de mi vida.

Y que deseaba que no fuera la última.

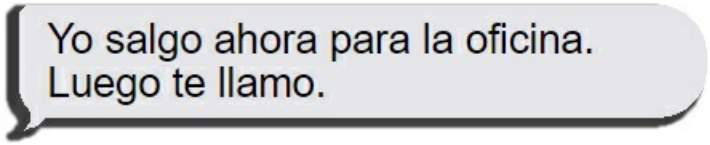
Apenas me había dado tiempo a ponerme cómoda cuando recibí un mensaje de Aaron preguntándome si había llegado bien.

Dudé un momento, pero, finalmente…





Aaron me contestó enseguida, una cara rodeada de corazones… El mío se saltó un latido.





Y esa fue mi respuesta después de abrir el listado de emojis y pasear el dedo por encima de todos ellos: el emoji que lanza un beso en forma de corazón.

De corazones iba el juego, y el mío peligraba.

Aaron era encantador, atento, considerado, simpático, guapísimo… cualidades que podían verse a simple vista, en una primera conversación. ¿No fue esa la radiografía que le hice mentalmente en París? Pero, además, y lo más importante, Aaron era sincero y leal.

Siempre que el yugo de su hermano no lo pisoteara y lo dejase aplastado en el suelo.

Ese hombre minaba su autoestima hasta niveles bajo cero. El día anterior, después de mi discusión con mi padre, Aaron había sido capaz de desplegar todos sus encantos y embaucarme para que pasase la noche con él. Y, sin embargo, esa misma mañana, tras la desagradable visita de Kevin, yo había tenido que sacarle con cuchara lo que pensaba acerca de que tonteara con otros tíos para provocar a su hermano. Lo tenía tan sometido que hasta le hacía olvidar quién era. En cuanto el verdadero Aaron encontraba un resquicio para salir a la luz, ahí estaba él para volver a confinarlo a la oscuridad.

Ahora comprendía mi instintiva antipatía hacia Kevin: era un canalla. Y con todo lo que ya sabía, mi rechazo estaba más que justificado.

Me preocupaba Aaron. Era un sentimiento extraño. Había dejado de preocuparme por alguien desde la muerte de mi madre. Mi padre no lo necesitaba. Y ciertamente, Aaron tampoco. Porque era fuerte, mucho más de lo que él creía y de lo que yo podía imaginar. De otro modo, no habría podido soportar años de abusos por parte de su mal llamado hermano. Sí, su fortaleza era digna de admirar, pero estaba equivocado si creía que el vínculo de sangre que compartía con él le daba derecho a Kevin a joderle la vida.

¿Dejaría de hacerlo si conseguía la tan deseada inyección de capital para Cross Tecnologics? ¿En qué posición dejaría a Aaron? ¿Y a mí? Estaba a punto de meterme en la boca del lobo, pero me encargaría de que sus fauces no se cerrasen sobre mí, sobre nosotros.

Por desgracia para Kevin, e ignorancia de mi padre, era buena en mi trabajo. No había tenido la necesidad ni las ganas de demostrarlo, pero Aaron bien valía que pusiera todo mi empeño.

Dejé el maletín encima de la mesa y me dispuse a ducharme antes de ponerme manos a la obra, aunque mis planes se torcieron cuando volvió a sonar el teléfono. Mi corazón se estrelló contra mi pecho al imaginar que podía ser Aaron —hay cosas que no se pueden controlar por mucho que nos empeñemos— y me negué a decepcionarme —¡me había enviado una carita llena de corazones!— al ver que no era él, sino Banks. Por petición suya, habíamos hecho intercambio de números en plan adolescente en el vuelo a Albany.

Carraspeé para aclararme la voz y evitar algún gorgorito que me dejase en ridículo frente al sabueso de mi padre y respondí.

—Banks —lo saludé sin ningún tipo de emoción. Quizá debería mostrarme molesta con él por haberme dejado tirada en aquel hotel, pero gracias a eso estaba disfrutando de la mejor semana de toda mi vida, así que, sin rencores.

—Buenos días, señorita Harrington —respondió, tan estirado como siempre—. He recibido

una llamada de su padre que me ha dejado bastante inquieto.

Me maravillé. Estuve a punto de preguntarle si *sentía algo* en alguna ocasión, pero me limité a escuchar.

—Al parecer hubo un desafortunado malentendido que me gustaría aclarar —dijo sin rodeos, directo al grano—. La cuenta Cross Tecnologics está en sus manos, y por eso supuse que usted contactaría con su padre para ponerlo al tanto del resultado de la reunión. Lamento la confusión.

Increíble, bonita disculpa en la que no solo no se aceptan los errores, sino que se arrojan las responsabilidades sobre el otro.

—La confusión reside en el hecho de que no lo parecía, Banks, pues fuiste tú quien decidió ampliar una semana el plazo para la negociación y que yo me quedara aquí hasta entonces —le recordé, notablemente molesta. Y tuteándole.

—En estas operaciones en las que hay tanto dinero en juego suele darse este tipo de circunstancias —me explicó, como si estuviese enseñándome el algoritmo de las raíces cuadradas—. Y dado que es usted quien debe cerrar el trato, lo lógico era que también permaneciera en Albany hasta entonces. Además, tengo otros asuntos de su padre que debo resolver.

—De haberlo sabido, habría traído más ropa en la maleta —refunfuñé, y me pareció escuchar que reía por lo bajo. Lo que me faltaba.

—Ya se irá acostumbrando al funcionamiento del negocio —añadió con falsa condescendencia, y yo me mordí la lengua para no decirle que se metiera ambas cosas, la condescendencia y la lengua, por el culo—. Su padre me ha hablado de una posible indemnización. ¿Quiere que prepare los documentos?

—Prefiero estudiarlo primero, quizá sea inviable —respondí. No era inviable, era impensable. Estuve tentada de pedirle que sí redactase aquellos documentos solo para hacerle perder algo de su tan valioso tiempo, pero me contuve. Con un poco de suerte, al finalizar la semana no estaría lidiando con una indemnización, sino con una inversión.

—En cualquier caso, si necesita asesoramiento, no tiene más que llamarme —me ofreció, fingiéndose amable.

—Gracias —me obligué a responder. Incluso dibujé una sonrisa en mi cara, aunque él no pudiera verla.

—Hasta pronto, señorita Harrington. Me alegra haber aclarado este asunto. —Y dicho esto, colgó, sin darme opción a réplica. Ni siquiera se despidió. ¡La gente educada se despide!

—Vaya un… —gruñí.

Dejé el teléfono en la mesa y sacudí los brazos, tratando de deshacerme de la desagradable sensación que me provocaba ese hombre. Con razón hacía tan buenas migas con mi padre, y sospechaba que les iba a dar una no muy grata sorpresa cuando se percataran de que no estaba actuando como una niña obediente.

Esta vez sí pude ducharme sin interrupciones, aunque mi mente se escapaba de vez en cuando hacia el recuerdo de lo sucedido el día anterior con Aaron. El vientre se me encogía de deseo por él, pero también el corazón de tristeza anticipada. Sin embargo, no quise recrearme ni en una cosa ni en otra. Pretendía armar una operación de desmantelado y transformación de una empresa en cuestión de tres días, sobre el papel, sí, pero no podía quedar ni un solo cabo suelto, ni un mísero hilillo, si pretendía convencer a mi padre de que invirtiera.

Me pasé parte de la mañana recapitulando la información que tenía sobre Cross Tecnologics. La visita del día anterior por las instalaciones me ayudó muchísimo a hacerme una

idea del funcionamiento de este tipo de industria, el modelo de negocio, infraestructura, maquinaria. También me detuve a estudiar los balances financieros, pues me seguía chocando que un negocio, en apariencia fructífero, estuviera al borde de la quiebra. Para mi disgusto, parecía que Kevin se quejaba con razón sobre los aranceles con Asia —habría estado genial achacarlo a su falta de profesionalidad—. Yo entendía algo sobre comercio exterior, así que tomé nota mental de revisarlo más adelante con mayor detenimiento. Primero, necesitaba encontrar un modelo de negocio que se ajustase lo mejor posible al actual. Y con un poco de suerte, evitaríamos aquellos aranceles desorbitados.

«Evitaríamos».

Ya empezaba a sentir el proyecto como mío.

A la hora de la comida, ya había avanzado mucho más de lo esperado. Pedí algo al servicio de habitaciones, y tras un breve descanso, volví manos a la obra. Ya tenía un primer boceto embastado cuando recibí un mensaje de Aaron, avisándome de que me recogería en un par de horas. Y ahí caí en la cuenta.

—Mierda…

Me lancé sobre la cama para alcanzar el teléfono que estaba en la mesita y contacté con recepción.

—Buenas tardes, señorita Harrington. ¿En qué puedo ayudarle? —me respondieron enseguida.

—¿Podría pasarme con Marcia, por favor? —demandé con urgencia.

—Claro.

Acto seguido, comenzó a sonar la música de la centralita, aunque mi salvadora no tardó en contestar.

—¿Señorita Harrington?

—Gracias a Dios —murmuré para mí misma.

—Cuánto me alegra hablar con usted. ¿Cómo fue el encuentro deportivo?

—Ya quedamos en tutearnos, ¿recuerdas?

—Tienes razón. Es la falta de costumbre.

Marcia había sido la encargada de la *boutique* del hotel durante los últimos treinta años, y era una asesora tan estupenda como entusiasta.

—¿Y…? —insistió. También era un poquito cotilla.

—Muy bien —me limité a decir.

—¿Muy bien? —repitió con asombro—. ¿Por qué no me dijiste que ibas con el joven Cross? —añadió emocionada.

Vaya… En aquella ciudad los chismes volaban. Y me hizo gracia cómo se refería a él. ¿Kevin sería el «demonio Cross»?

—Te habría ofrecido algo más acorde con la ocasión —prosiguió ella—. Quizás un poco de *brilli-brilli*…

—¡No! —exclamé, horrorizada—. Pretendía ir cómoda y es lo que conseguí —objeté, y me pareció escuchar un murmullo de decepción—. Aunque puede que esta noche sí que necesite una buena dosis de purpurina.

—¿Ah, sí? —demandó con aire pícaro—. ¿También sales con el joven Cross?

—Me ha invitado a la cena de la Cámara de Comercio —le confirmé, y tuve que alejar el auricular de mi oreja para que su grito no me dejara sorda.

—Entonces llamaré a Marvin. Esto merece una buena sesión de peluquería y maquillaje —me propuso.

—Bueno… —titubeé, temiéndome lo peor.

—No te preocupes, estás en buenas manos —me interrumpió ella para evitar que me arrepintiera—. ¿Cuándo podrías estar aquí?

—Bajo enseguida.

—¡Estupendo! —exclamó—. Por cierto, no necesitas que te enseñe a usar los cubiertos, ¿verdad? —bromeó, y ambas nos echamos a reír.

Yo aún me reía de camino al ascensor.



Capítulo 15



Por culpa de mi escapada del día anterior, en la mesa de mi despacho se había duplicado la altura de la torre de trabajo pendiente. Para ser una empresa al borde de la quiebra, la actividad de Cross Tecnologics era inaudita. Sin embargo, había pedidos y compromisos con los que cumplir, y así sería mientras sus puertas siguieran abiertas. Por suerte, Kevin también parecía ocupado, así que apenas lo vi en todo el día, lo que me permitió concentrarme en el trabajo. O intentarlo, más bien.

¿Cómo podía estar pensando en otra cosa que no fuera la maravillosa mujer con la que había pasado la mejor noche de mi vida? Sobre todo, sabiendo que podía no ser la única.

Había quedado en llamarla, pero no quería parecer ansioso. Porque lo estaba, y mucho. Deseaba volver a estar con ella, mis expectativas estaban por las nubes, pero aquella cena podía mandarlo todo al traste, pues íbamos a entrar en campo minado. Me planteé volver al plan inicial de ir a cenar a un restaurante tranquilo las mismas veces que pensé en llamarla, pero Violet no parecía de las que esquivaba el conflicto. Al menos, en este caso, iba directa hacia él.

Sin embargo, pese a su seguridad, yo no las tenía todas conmigo. Si Bridget y Leslie estaban allí, el mal rato estaba asegurado. Y, por otro lado, no sabía cómo actuar con Violet. Por suerte, había quedado descartada la parte en la que ella coqueteaba con todo bicho viviente con tal de joder a Kevin. Porque a mí me habría hecho polvo. Quería que solo me mirase a mí, a nadie más —diría el hombre de las cavernas que habita en mí— y aunque Violet acudiría conmigo como mi acompañante, tampoco era mi pareja, ¿verdad?

Jodidas etiquetas… Ahí es donde son vitales. ¿Lo que habíamos compartido —que no era poco— me daba vía libre para poder cogerla de la mano y no soltarla en toda la noche?

Quizás en otras circunstancias, pero no aquella cena en la que la intención de Violet era seguir sembrando la duda en Kevin hasta no estar segura de poder salvar Cross Tecnologics.

Al salir del trabajo, le mandé un mensaje para avisarla de que la recogería en un par de horas. Yo volví a mi apartamento con la idea de ducharme, cambiarme de ropa y esperar impacientemente hasta poder ir a buscarla.

Nada más entrar, me recibió la sensación de que Violet había estado allí, como si su esencia hubiera decidido quedarse allí para acompañarme. Puede sonar un poquito espeluznante, pero no me sentía solo. Tal vez era porque iba a verla en unas horas, o porque tenía la esperanza de que lo nuestro —para mí había un «nuestro»— fuese más allá de lo ocurrido el día anterior en esa cama que, pese a estar hecha y ordenada, ya no volvería a ser la misma. Yo no volvería a ser el mismo.

Tras ducharme, fui a mi armario —ese en el que Violet había estado escondida. ¡Todo me recordaba a Violet!— y saqué mi esmoquin. Sin quitarlo de la percha, me acerqué al espejo de cuerpo entero con el que contaba la habitación y coloqué el traje delante de mí para comprobar mi futurible aspecto. No era presumido, compraba la ropa en una tienda online y me cortaba el pelo quien fuera el peluquero de mi padre, Tony, un adorable viejecito de ochenta años que, para mi fortuna, tenía mejor pulso que yo. Pero esa noche era diferente, todo lo era desde la aparición de Violet, y admitámoslo, quería gustarle. Así que me vestí con esmero.

Antes de salir, volví a mirarme en el espejo. Bueno, era mejor que un chándal. Cuando bajé, la limusina que había decidido alquilar para la ocasión ya estaba en la puerta, y era tan lujosa por dentro como por fuera. Esperaba que al menos eso sí la impresionara. Para bien.

Al llegar al hotel, Violet ya estaba en la puerta, esperando en compañía de su amigo el botones. Si el tipo ya babeaba cuando iba vestida con mallas y sudadera, ahora se la comía con los ojos. Y con razón. Estaba impresionante con aquel vestido negro, largo hasta los tobillos, elegante, pero con una abertura hasta la mitad del muslo que le daba un toque demasiado sexi, pues aquellos tacones de aguja estilizaban aún más sus preciosas piernas. Y seguro que aquel escote tan peculiar que dejaba al descubierto su brazo derecho pero que cubría completamente el izquierdo tenía un nombre concreto, pero de moda entiendo lo mismo que del cultivo de la fresa, es decir, cero. Solo sabía que Violet parecía una diosa… Y esos labios tan rojos que sonrieron al verme despertaban mis deseos de besarla sin parar. En lugar de eso, me acerqué y besé su mejilla para guardar las apariencias.

—Estás preciosa —le susurré al oído, antes de apartarme, y ella agachó la mirada, mordiéndose el labio inferior, ese que yo me moría por volver a saborear.

«Tranquilo, Aaron. Respira…»

—Tú también estás muy guapo —me respondió, mirándome de arriba abajo, y una chispa de vanidad brilló en mi repentina sonrisa cuando ella mostró abiertamente que le gustaba lo que veía.

—No hay comparación. Tú tienes club de fans —bromeé refiriéndome al botones, y ella se fingió sorprendida.

—¿Celoso?

«Sí, celoso nivel experto».

—Solo constato un hecho —le seguí el juego.

—¿Quieres ser el presidente?

—¿Tendría alguna ventaja?

Ella encogió un hombro y sonrió, batiendo las pestañas con coquetería, y yo no pude reprimir una carcajada, para aliviar la tensión más que otra cosa. Porque, quizá, decirle que quería ser no solo el presidente, sino el único miembro no era plan.

—¿Y esa limusina? —preguntó entonces—. ¿Tan importante es la cena?

—Para nada —alegué, y en sus labios se dibujó una bonita y redondeada O llena de sorpresa al comprender que ella era el motivo. Le ofrecí mi mano y la acompañé hasta el vehículo.

—Señorita Harrington —la invité a subir mientras le abría la puerta.

—Muy amable, señor Cross —respondió.

Tras acomodarse en el largo asiento de color blanco que recorría uno de los laterales, yo me senté a su lado.

—Vaya… —murmuró, observando con curiosidad el lujoso interior del vehículo.

—¿Es que nunca has ido en limusina? —pregunté con asombro.

—Mi alma de artista huye de los lujos —se jactó mientras lo estudiaba todo a su alrededor, y yo sonreí con gozo. Violet me había obsequiado con muchas primeras veces, y aunque el marcador estuviera desigualado, me alegraba ese pequeño triunfo.

Justo frente a nosotros había un mueble bar con copas y una botella de champán, así que serví un poco para cada uno.

—¿Por qué brindamos? —dijo cuando se la entregué.

—Presiento que vamos a brindar muchas veces esta noche, así que, permíteme que en esta primera ocasión sea por ti —le respondí, y ella me sonrió, con las mejillas sonrojadas.

Ambos bebimos y, tras apurar las copas, las dejé dentro del mueble y ella me dedicó una de sus sonrisas.

—¿Qué tal en el trabajo? —se interesó—. ¿Algún problema con Kevin?

Yo negué con la cabeza mientras me recreaba en la idea de lo fácil que sería acostumbrarse a eso. A que, después de una dura jornada aguantando a mi hermano, ella me recibiera con un beso y un «qué tal el día, cariño». Sí, cursi hasta decir basta.

Mi silencio comenzaba a preocuparla, así que dije lo primero que se me vino a la cabeza.

—Apenas lo he visto, lo cual es un alivio porque no he dado pie con bola en todo el día.

Porque ¿para qué pararme a pensar una respuesta menos comprometida?

—¿Qué quieres decir? —preguntó extrañada.

—No… No podía dejar de pensar en ti —le confesé, de perdidos al río. Y aunque parecía halagada, me rehuyó la mirada, y yo me temí lo peor. Definitivamente, era un bocazas—. Violet, yo… —comencé a disculparme.

—¿Entonces, por qué…? —titubeó—. Pensé que me llamarías.

Vale, lo pillaba. Era un bocazas y un imbécil de campeonato. Yo había supuesto que ella pensaría que… Maldición…

—No quería que te dieras cuenta de lo desesperado que estaba por volver a verte —admití, y ella… Dios, qué bonita era cuando sonreía… Y me gustó saber que había esperado mi llamada. Creo que ya habíamos quedado en que no soy perfecto.

—Acabas de confesarlo —dijo divertida.

—Me he propuesto decirte siempre la verdad, aunque mi dignidad acabe por los suelos —pronuncié en tono teatral.

—La sinceridad no nos hace indignos —recitó con fingida suficiencia.

—Pero puede ser inoportuna —objeté.

—¿Ah, sí? —bromeó—. ¿Qué estás pensando en este momento?

La observé un instante. Podía cagarla, mucho, pero me armé de valor. Me incliné sobre ella, acercando mi rostro al suyo hasta el punto de notar su aliento cálido en mi boca, y suspiré antes de condenarme.

—Ahora mismo, preferiría que estuviéramos en mi apartamento y no en esta limusina. Que este asiento fuera mi sofá. No tendría que dejar dos palmos de distancia entre nosotros para guardar las formas. Y podría abrazarte y besarte toda la noche.

El jadeo de Violet me golpeó en la garganta. Un segundo después, atrapó mi boca con la suya, y yo gemí al darme cuenta de lo hambriento que estaba de ella.

Sostuve sus mejillas con ambas manos y profundicé el beso, intentando que no se diera cuenta de que temblaba de pies a cabeza. Porque ese beso no hablaba solo de deseo. Había algo en la caricia de sus labios, en su sabor, que me caldeaba el corazón. Se agarraba a las solapas de mi esmoquin como si no quisiera que la soltara nunca, y yo no deseaba otra cosa que tenerla siempre junto a mí.

Rompí el beso, jadeante, y miré con rapidez por encima de su hombro, hacia aquella cortinilla que nos separaba del conductor.

—Violet…

—Mi sinceridad tampoco es oportuna, ¿verdad? —murmuró juguetona, cerca de mi boca. Y yo no pude evitar reírme. Más bien, parecía un gruñido. La necesitaba tanto—. ¿Te has fijado? Este lápiz de labios es a prueba de besos —susurró sugerente—, para que puedas robarme todos los que quieras sin que nadie se entere.

Reí por lo bajo y mordí con suavidad su labio inferior.

—Me gusta cómo piensa, señorita Harrington —le seguí el juego—. Me encantará comprobarlo.

Pocos minutos después, llegamos al Centro de Convenciones de Albany, donde tendría lugar la cena. Tras ayudarla a salir del coche, se agarró de mi brazo y juntos subimos la escalinata.

—Buenas noches, señor Cross. Señorita —nos saludó uno de los asistentes que flanqueaban la puerta de acceso.

—Buenas noches —le respondí en nombre de los dos, y conduje a Violet hacia el interior.

El repentino barullo me golpeó en toda la frente, un recordatorio de por qué no me gustaba asistir a aquel tipo de eventos. Hice una mueca, conteniendo un gemido, y nos adentramos en la antesala previa al enorme comedor, donde los camareros, bandeja en mano, ofrecían aperitivos y bebidas entre los asistentes. Muchos aprovechaban esos momentos previos para tantear negocios y lanzar ofertas, para terminar de consolidarlos después de la cena, cuando el ambiente festivo y el alcohol podían tomar la palabra. Otro motivo por el que no era muy amigo de ese tipo de reuniones, donde reinaban la hipocresía y la búsqueda de favores. Precisamente, mis recurrentes ausencias en estos eventos llamaron la atención de más de uno. No solo había asistido, sino que iba acompañado, y la sala al completo no tardaría en tener conocimiento de que aquella bella mujer que sonreía colgada de mi brazo era nada más y nada menos que Violet Harrington, cuya empresa pretendía finiquitar la mía.

—Eres una celebridad en esta ciudad, ¿no? —me murmuró Violet ante la ingente cantidad de miradas curiosas.

—Me temo que tú eres la causante —le aclaré con cautela.

—Oh, entiendo…

Y en lugar de sentirse intimidada, amplió su sonrisa y comenzó a inclinar ligeramente la cabeza a modo de saludo hacia todos aquellos que osaban mirarla más de tres segundos seguidos.

Era provocadora e irreverente. Y a mí cada vez me encantaba un poco más.

—Mierda… —murmuré de pronto—. ¿Estás preparada? Parece que la llegada al infierno es inminente.

—¿Qué…?

—Leslie y su hermano Billy se acercan por tu derecha.

—Ah, el del huevo frito en la cabeza —asintió, mirando en la dirección que yo le había indicado. Y al caer en la cuenta de que se refería a las estúpidas diademas de Among us, que mi hermano se empeñó en que nos pusiéramos para su despedida, no pude reprimir una carcajada.

—Buenas noches —nos saludó Billy, plantándose frente a nosotros. Yo ensanché una sonrisa tan falsa como una moneda de dos caras.

—Violet, te presento a Billy Mitchell. A Leslie ya la conoces —dije en el tono más monótono posible. No quería darles el gusto de que notasen mi fastidio.

—Encantada. —Violet extendió su mano hacia él.

—Igualmente —le contestó estrechando su mano. Y de paso, hizo un recorrido por todo su cuerpo con la mirada, de arriba abajo. Imbécil…

—Me alegra volver a verte, *querida* —dijo entonces Violet con sonsonete, y Leslie estiró los labios en una mueca que pretendía ser una sonrisa—. Oh, tienes mala cara, ¿estás bien? —le preguntó con fingido interés, y yo me tuve que morder el interior de las mejillas para no echarme a reír—. Déjame adivinar. Te sorprende ver a Aaron aquí y tan bien acompañado.

—No considero buena compañía quien pretende hacer pedazos su empresa. —Fue la respuesta de Leslie a su pulla. Pronto empezaba la función…

—Oh, pero si puede hablar —murmuró Violet, girándose hacia mí, aunque procuró que Leslie la escuchara. Yo bajé la mirada, conteniendo una inoportuna carcajada. Jamás habría imaginado esa contestación—. Disculpa mi asombro —volvió su atención a ella, en tono tan meloso como impostado, añadiendo una sonrisa falsa como guinda del pastel—, tienes una voz preciosa y ayer Bridget no me permitió escucharla. Y ya que pareces tan preocupada, te diré que mis intenciones con Cross Tecnologics o con Aaron no son de tu incumbencia. Seguro que tu novio el abogado estará de acuerdo conmigo —remató, fingiendo que lo buscaba con la mirada.

La exclamación airada de Leslie no se hizo esperar, pero se vio opacada por el carraspeo de Billy, quien fulminó a su hermana con la mirada, silenciándola. De hecho, respondió por ella.

—Miles no ha podido venir.

—Vaya, me habría gustado conocerle —recitó Violet como si realmente lo lamentase, cosa que yo dudaba—. Aunque así evitamos las comparaciones, que son odiosas, ¿no? —agregó.

Y tras poner la puntilla, se aferró aún más a mi brazo y acercó su rostro al mío.

—¿Vamos a divertirnos un poco? —me susurró, como si aquello no hubiera sido más que un aperitivo, y nos alejamos de ellos para interceptar a uno de los camareros que servían champán.

—Primera prueba superada. ¿Quién es el siguiente? —dijo Violet con visible satisfacción, alzando su copa hacia la mía, y yo me eché a reír.

—Eres…

—Seguro que lo que tienes en mente no suena demasiado bien —bromeó antes de beber de su copa, y mis carcajadas se elevaron una octava.

—Aaron Cross.

—Oh, alcaldesa Hofmann. —Di un respingo al verla frente a mí.

—Me alegra que hayas venido. Y en tan buena compañía —añadió, dirigiéndole a Violet una mirada de aceptación.

Ella bajó el rostro para ocultar su sonrisa. Aquella cantaleta iba a ser la tónica de la noche.

—Le presento a Violet Harrington —dije entonces.

—¿La hija de Alexander Harrington? —preguntó con interés.

—¿Conoce a mi padre?

—No personalmente, pero su fama le precede.

—En ese caso, quizá quiera reconsiderar lo de «buena compañía» —añadió Violet, con gesto perspicaz.

—Oh, en absoluto. —La alcaldesa agitó una de sus manos—. Soy política y egoísta, y tengo grandes planes para el señor Cross, así que la animo a proseguir con los suyos.

Violet no pudo evitar reír, una risa que me sonó sincera.

—Esta noche no pretendo destrozar ninguna empresa. Soy simplemente la acompañante de Aaron.

—Pues, en ese caso, espero que se diviertan —nos dijo en tono confidente—. Voy a

continuar con la ronda de saludos. Seguimos en contacto, Aaron —añadió cuando ya se alejaba.

—¿Qué? —le pregunté a Violet. Le dedicaba una última mirada a la alcaldesa y pude apreciar en sus ojos un deje de recelo.

—Tanta sinceridad… A veces, no es sinónimo de honradez —me respondió, volviendo a mirarme.

—¿Estás preocupada por mí? —bromeé.

—Ya eres mayorcito para tomar tus propias decisiones —respondió, haciéndose la interesante.

Yo sonreí, observándola mientras volvía a beber. Quién fuera copa… Dejé que la apurara y después deposité tanto la suya como la mía en la bandeja del primer camarero que pasó por nuestro lado. Luego, cogí la mano de Violet y me la llevé conmigo, hacia uno de los corredores que conducían a los servicios.

—Aaron…

Miré hacia atrás para comprobar que no había nadie, empujé a Violet hasta apoyar su espalda en la pared y la besé. Sus dedos se aferraron a mi chaqueta mientras yo devoraba su boca con ganas y la estrechaba entre mis brazos. Estaba deseando mandar aquella cena al cuerno y llevármela de allí.

Gruñí al separarme de sus labios, porque no quería hacerlo, y los acaricié con el pulgar, entreabiertos, turgentes, brillantes… tentadores. Suspiré.

—Tu lápiz labial será a prueba de besos, pero yo no lo soy —susurré—. No me basta con uno.

Violet sonrió y acarició mi mejilla. Esta vez fue ella quien me besó, un beso lento y lleno de su sabor.

—No podemos pedirle al camarero que nos ponga la cena para llevar, ¿verdad? —murmuró traviesa, y yo reí por lo bajo.

—Cada segundo que pasa me arrepiento más de haber venido.

—La noche es joven, Cross —bromeó ella, pero yo me puse serio, negando con la cabeza.

—No tienes por qué soportar…

—Aaron. —Sostuvo mis mejillas entre sus manos para que la mirase. Ella también estaba seria—. No esperaba que fuera distinto —me dijo, sorprendiéndome su templanza—. Lo he visto a lo largo de los años, el trabajo de mi padre no es fácil. Duele cuando un proyecto de vida acaba hecho pedazos, y un fondo buitre siempre es el malo de la película. No es nada personal contra mí… Bueno, lo de Leslie, quizás —añadió con un toque de diversión, aunque a mí no me hacía ni pizca de gracia.

—No. Ha estado fuera de lugar —objeté—. Mereces respeto.

—Quizá se preocupa por ti —me tanteó, pero yo negué rotundo con la cabeza.

—No necesito su preocupación, pero dudo que sea eso. No sé qué juego se trae entre manos, pero no tiene ningún derecho —aseveré—. Los perdió todos cuando decidió serme infiel. Ni siquiera somos amigos. No somos nada.

—¿Seguro? —Me miró de reojo—. Hay que ser muy tonta de remate para preferir a otro en lugar de a ti.

No, no quería que fuera por ahí.

—Sí, estoy seguro de que no le intereso —insistí—. Las pocas veces que nos hemos visto desde entonces se ha limitado a ignorarme. No tiene ningún sentido que, de repente…

—Es una provocación —afirmó ella, entonces, y yo enmudecí—. Orquestada, además… Y, visto lo visto, todo apunta a que Kevin está detrás.

—Joder…

—Me apuesto lo que quieras a que no nos va a quitar el ojo de encima en la cena. Quiere saber si me interesas —añadió Violet—. A fin de cuentas, necesita que me lleves a la cama para convencerme de invertir en vuestra empresa.

Me separé un paso de ella y me pasé una mano por la nuca. Sentía que gotas de sudor frío se escurrían por mi espalda.

—Dicho así, suena… —Hice una mueca de asco.

—Quizá debería hacerte ojitos para darle en qué pensar y que nos deje tranquilos —bromeó, y yo lancé un resoplido—. Ya tengo el borrador para una propuesta —añadió entonces con picardía, alzando las cejas. Y a mí me dio un vuelco el corazón. No supe si para bien o para mal.

—¿Hablas en serio?

—Aún falta ultimar muchos detalles, como te digo, es un borrador. Y necesitaría que le echaras un vistazo, sobre todo a los aspectos técnicos —me explicó—. Sin embargo, ya tenemos algo.

Cogí sus manos y se las apreté. Era una mezcla extraña de esperanza, liberación y también de culpabilidad. Siempre la maldita culpabilidad.

—Yo… —suspiré—. No sabes cuánto te lo agradezco, pero necesito que me prometas que no arriesgas vuestro capital.

—Una inversión siempre es un riesgo, Aaron, pero si mi propuesta fuera un disparate, mi padre sería el primero en negarse. Su olfato es infalible. Así que, tranquilo.

—Está bien —concordé, aunque aquel nudo en el estómago era difícil de mitigar—. Deberíamos volver. La cena estará a punto de empezar.

—Antes… ¿me robarías otro beso? —me preguntó, coqueta, y mi respuesta fue uno intenso y apasionado con el que esperaba dejarla con ganas de más. Yo tenía ganas de más.

—Vamos… —susurré sobre sus labios, y ella, tras recomponerse, volvió a colgarse de mi brazo y regresamos al terreno de juego.

Tal y como había supuesto, los camareros ya estaban pidiéndole a los invitados que entrasen en el comedor e indicándoles cuál era su mesa. Nosotros, tal y como era de suponer, nos sentábamos con Kevin. Pero no solo con él, ridícula tortura habría sido esa, sino que ya lo acompañaban Bridget y sus suegros, así como Billy, Leslie y sus padres. El dicho «entrar en la boca del lobo» era un simple eufemismo para definir aquel infierno.

—¡Hermanito! —exclamó Kevin con fingida complacencia al vernos.

Porque yo sabía que era mentira. Kevin siempre se mostraba encantador frente a los demás. Su verdadera cara solo me la enseñaba a mí. Se puso en pie y se acercó a nosotros.

—Me alegra que haya aceptado la invitación de Aaron —le dijo a Violet en tono condescendiente—. No las tenía todas conmigo, dadas las circunstancias. Así que, con tal de no hacerla sentir incómoda, le prometo no hablar de Cross Tecnologics ni del negocio que tenemos entre manos —añadió.

Violet me miró de reojo, y a mí la mandíbula casi me llegaba al suelo.

—Gracias, señor Cross —le respondió.

—Kevin —le indicó un tanto insistente.

—Gracias, Kevin —rectificó ella.

Y declarándose anfitrión, comenzó a hacer las presentaciones pertinentes. Luego, ambos nos sentamos en las dos sillas que quedaban libres, entre Kevin y Billy. Mi hermano se aseguró de que yo ocupara la situada a su lado.

—¿Has visto a tu amiga la alcaldesa? —susurró en mi oído.

Si es que no daba puntada sin hilo.

—¿Y qué le parece la ciudad, señorita Harrington? —le preguntó mi otrora «casi suegro». La situación me resultaba tan inverosímil…—. Albany poco tiene que ver con Washington D.C.

—No sabría decirle, señor Mitchell, apenas he salido del hotel. Pero el Renaissance es precioso —bromeó, y todos se echaron a reír.

—Oh, pues eso hay que remediarlo —exclamó él, y acto seguido, clavó la mirada en su hijo. Ya me imaginaba lo que vendría después.

—Yo me ofrezco encantado a enseñarte la ciudad, Violet —dijo Billy, obediente. ¿Y por qué narices la tuteaba?

—Gracias, pero no es necesario —respondió ella con una sonrisa—. Aaron ya me ha invitado a pasar el día.

Violet me miró y yo asentí, sonriendo. Era mentira, es decir, no habíamos hablado más allá de aquella cena, pero que mal rayo me partiera si permitía que ese gilipollas de Billy estuviera cerca de ella. Además, era una forma de darle *algo* a Kevin, tal y como había propuesto Violet.

—¿Ah, sí? —inquirió entonces Kevin con insultante incredulidad, y yo me giré hacia él.

—¿Algún problema? —pregunté, tratando de no sonar tenso.

Mi hermano me miró de arriba abajo y chasqueó la lengua.

—Tienes suerte de que no pueda despedirte —bromeó, y todos se apresuraron en reírle la gracia mientras que a mí se me retorcían las tripas.

Temía que me brotasen cuatro úlceras gastrointestinales antes de que terminase la bendita cena, pero Violet sabía desenvolverse mejor que bien. En el partido me dejó claro que dominaba las bolas curvas, pero lo era tanto en el campo como fuera de él. Era prudente, intervenía lo estrictamente necesario en las conversaciones y sonreía con sutileza cuando consideraba que era mejor guardar silencio. De vez en cuando, buscaba mi mano por debajo de la mesa en una caricia fugaz y clandestina pero que a mí me ayudaba a respirar.

Y la cena finalizó sin que hubiera derramamiento de sangre.

En el camino de vuelta al Renaissance, nos limitamos a comentar las mejores jugadas, y comprobé que Violet era buena calando a la gente, pues era consciente de que habíamos estado rodeados de hienas y habíamos salido indemnes. Yo no, en realidad. Ahí estábamos, charlando como si nada, cuando lo único que quería era comérmela a besos. Con cada minuto que pasaba, Violet se clavaba en mí un poco más. Era intenso, más que cualquier cosa que hubiera sentido en mi vida, pero eso mismo podía provocar que yo malinterpretase las señales y hacer el ridículo más espantoso. Como en el momento en el que llegamos a la puerta del hotel.

Yo deseaba con todas mis fuerzas pasar la noche con ella, en su habitación, en mi apartamento, donde fuera… Pero Violet, sonriente y desenvuelta, se despidió de mí con un beso en la mejilla —teatrillo hasta el final— y un «mañana hablamos».

Se me tuvo que quedar una cara de tonto… Si ella se dio cuenta o no, lo ignoro. Entró en el hotel tan rápido como se lo permitieron sus astronómicos tacones. Como alma que lleva el diablo…

Volví a la limusina y regresé a casa, resignado, porque, sinceramente, ¿qué más cabría esperar? Violet había vivido en primera persona mi realidad, una demasiado complicada y en cuyas redes me sentía atrapado, así que no era tan extraño que saliera huyendo. Más bien, era lo lógico.

Cuando entré a mi apartamento, la soledad me golpeó de lleno, soledad con aroma a Violet. Me deshice de la chaqueta y la pajarita y me dejé caer en el sofá, permitiendo que la oscuridad y la decepción me envolviesen. La luz de la luna entraba por la ventana creando un claroscuro en

el que todo se desdibujaba. Todo menos mi cobardía, que la tenía bien presente. No debería haberla dejado marchar o incluso podría haberla llamado desde la limusina, decirle que… ¿Qué? ¿Que me moría por ella?

Menuda cursilada…

Estaba fuera de lugar. Yo estaba fuera de lugar.

Me hice con el mando a distancia. Ya era tarde, pasaba la medianoche, pero teóricamente tenía libre el día siguiente y me podía permitir el trasnochar. Y tampoco tenía moral para irme a la cama con semejante bajón. No iba a hacer más que dar vueltas y comerme la cabeza.

Aunque aquel documental en el que la mantis hembra se la arrancaba al macho tras copular tampoco era el plan ideal.

Valiente mierda…

Y entonces, llamaron al timbre.

Joder… Ese no podía ser otro más que Kevin. Apagué la televisión y fui a abrir. Seguro que no estaba conforme con lo poco que Violet y yo le habíamos dado en la cena. Si por él hubiera sido, me la habría follado allí mismo, encima de la mesa, mientras ella gritaba que invertiría hasta el último centavo del patrimonio familiar en Cross Tecnologics.

—¿Qué co…?

Se me congeló la voz. Yo me quedé congelado. ¿Cómo reaccionar cuando tienes tu sueño hecho realidad frente a ti?

—Aaron…

Violet.

Aún llevaba el mismo vestido de la cena, pero traía su maletín y una bolsa de la *boutique* del Renaissance. Parecía nerviosa, claro, porque yo era un imbécil que la tenía plantada en la puerta, pero sonrió cuando abarqué su cintura con mi brazo y la hice entrar.

Y ella fue la que me comió a besos a mí.



Capítulo 16



Dios… Sin lugar a duda, Aaron era un hombre de palabra.

Aquella podía catalogarse desde lejos como la segunda mejor noche de mi vida. En realidad, podría ser un empate porque no tenía nada que envidiarle a la primera, y eso que yo creía haberla comenzado con muy mal pie.

Cuando me presenté en su apartamento.

Admito que lo hice adrede, al llegar al hotel salí disparada de la limusina sin darle opción a nada. Me dio la sensación de que estaba un poco decepcionado y eso me dio alas para seguir adelante con mi idea. Pero después, mientras guardaba mi portátil en el maletín y algo de ropa en una de las bolsas del hotel —si me llevaba la maleta, temía que pensase que era una psicópata que quería instalarse en su casa—, dudé de si parecería una psicópata igualmente. Pero, aquí entre nos, si mi antena de la percepción no me fallaba, Aaron me tenía las mismas ganas que yo a él. Y haber vuelto esa mañana al hotel sin ropa interior, pues no terminó de gustarme, la verdad.

Cogí un taxi en plena cresta de la ola del entusiasmo, pero cuando abrió la puerta y vi su cara de pasmo…

«Pensaba que era Kevin», me había dicho entre beso y beso.

Y ahí estaba otra noche más, desnuda sobre aquellas sábanas negras mientras Aaron me cubría con su cuerpo y su calor.

El sexo con Aaron era… Narices… El problema no era buscar un epíteto, sino llamarlo sexo simplemente.

La forma en la que mi cuerpo conectaba con el suyo, más allá de la anatomía propiamente dicha, era de otro planeta. Sabía dónde besarme, cómo acariciarme, y yo lo sentía vibrar bajo mis manos, como si para él mi tacto en su piel resultase ser una experiencia extrasensorial brutal. Y a mí me encantaba que me lo hiciera saber, que no le importase mostrarse ante mí tal y como era.

Porque Aaron era mi Dios del Olimpo en la cama, pero su ternura me llegaba al fondo del alma. A veces pensaba en él como un hombre que había aterrizado en el siglo equivocado. Era paciente, cuidadoso, considerado y leal hasta decir basta —que se lo dijeran a su dichoso hermano—, pero cuando se trataba de expresar sus propios deseos… Ahí la inseguridad le ganaba la batalla, por miedo a hacer daño, imaginaba, cuando él no se lo haría ni a una mosca y menos a sabiendas.

En fin… Para qué negarlo. Estaba coladita por él.

Por eso, a la mañana siguiente, me dolió un poquito el corazón —además de partes del cuerpo que desconocía que existían— cuando abrí los ojos y lo vi durmiendo junto a mí.

Ya era miércoles y el plazo expiraba el viernes, para bien o para mal. Ya no tenía claros los límites entre una cosa y otra, pero aunque todo fuera rodado y mi padre aceptase invertir su dinero en Cross Tecnologics, yo debía volver a Washington D.C. y seguir haciendo insignes méritos para con mi padre si quería mantener vivo mi objetivo de estudiar Arte y pintar.

Porque eso era lo que quería, ¿no? No iba a sacrificar mis sueños por un hombre al que conocía de apenas unos días, ¿verdad?, por mucho que ese hombre fuera el más maravilloso con el que me había topado jamás.

Sí, estaba en serios problemas. Y de tanto darle vueltas a la cabeza, me estaba entrando jaqueca. Decidí darme una ducha y dejar de pensar. Aún quedaban dos días —tres si contábamos el viernes—, y estaba dispuesta a disfrutarlos. Y que pasase lo que tuviera que pasar.

Salí despacio de la cama para no despertar a Aaron y me dirigí hacia el baño.

Lo pensé, por supuesto que fue lo primero que pensé en cuanto puse un pie dentro.

«La próxima vez que te metas en esa ducha, no lo harás sola.»

Aunque había tenido las agallas de aparecer en su casa en plena noche, no era capaz de despertarlo y decirle que había llegado el momento de cumplir con su promesa. Podía parecer comparable, pero para mí no lo era. Además, tampoco era una tragedia, y cuando el agua caliente empezó a caer sobre mí, sonreí al pensar en posibles y satisfactorias formas de que me compensase.

Y entonces, un par de manos rodearon mi cintura y se apretaron contra mi abdomen. Di un respingo a causa del susto y mi espalda chocó con el torso desnudo de Aaron.

—Casi… Casi me da un infarto —le dije con la voz entrecortada, mirándolo por encima de mi hombro.

—Te lo mereces por intentar ducharte sola —me susurró al oído, y su voz me sonó ronca, oscura, un eco cálido que atravesó todo mi cuerpo y se me anudó en el vientre.

—No quería despertarte —conseguí pronunciar.

Sus manos habían comenzado a recorrerme, a pasearse por mi cintura y subir hacia mis pechos. Los acunó con sus palmas, masajeándolos muy despacio y sus pulgares avanzaron en círculos hasta mis pezones.

Gemí de placer y de anticipación cuando los rozó, y Aaron rio suave contra mi cuello.

—¿Y perderme esto? —murmuró, mordisqueando mi piel.

Dios… Acababa de empezar y ya me fallaban las piernas. Apoyé la espalda en él mientras seguía estimulando mis pezones, y sentí su dura erección contra mis nalgas. Me excitó aún más. Y cuando una de sus manos comenzó a bajar… Sus dedos resbalaron por mis pliegues, entremezclándose sus caricias con la calidez del agua. Qué delicia…

Gemí, y mi pelvis se sacudió contra su palma. Necesitaba…

Eché una mano hacia atrás, quería acariciarlo, sentirlo más, pero él no me lo permitió.

—No, señorita Harrington —me riñó—. Este es su castigo.

—Un orgasmo no es un castigo, Cross —jadeé, y él rio por lo bajo.

—¿Y dos?

Y sus dedos presionaron un poco más mi clítoris.

—Oh… Pero… Ohhh…

¿Acaso podía decir otra cosa?

—Shhh…

—Es que…

—Vas a correrte, ¿verdad, Violet? —gruñó contra mi oído—. Y después volveremos a la cama donde volverás a correrte debajo de mí, o encima. Lo dejo a tu elección. ¿Te gustaría?

—me preguntó mientras restregaba su polla contra mi trasero. Estaba tan excitada que apenas podía respirar—. ¿Te gustaría sentirla dentro de ti?

—Sí… —gimoteé como pude, porque sus dedos habían bajado el ritmo a la espera de mi respuesta, y yo me iba a morir si se detenía—. ¡Sí! —Mi voz se elevó una octava, y él gruñó conforme, acelerando sus movimientos.

Estaba siendo la experiencia más erótica de toda mi vida… El agua corriendo por nuestros cuerpos, el ambiente cálido y húmedo de la ducha, los jadeos de Aaron en mi oído, la prisión de sus brazos rodeándome mientras sus manos acrecentaban el placer… El orgasmo fue repentino, explosivo. Apoyé ambas palmas en la pared cuando mi cadera comenzó a agitarse sin control, pero él me sostuvo con firmeza contra su pecho, moviendo sus dedos un poco más rápido.

—Eso es, nena… Dámelo, quiero oírte…

—Oh… ¡Aaron! ¡Sí! —grité, y él gimió satisfecho, con esa voz ronca que era puro afrodisíaco para mí y que alargó las ondas de mi orgasmo.

Cuando se extinguieron, me dio la vuelta y apresó mi boca con la suya. Yo apenas tenía aliento, respiraba entre jadeos que se mezclaban con los de Aaron mientras su lengua saboreaba la mía con gula. Notaba su erección contra mi abdomen, dura, tensa, así que escurrí una mano entre nuestros cuerpos y la envolví con mi mano.

—Oh, no, de eso nada —negó con sonrisa pícara, colocando mis manos por encima de mi cabeza—. Aún no has cumplido con tu castigo —añadió mientras su boca bajaba por mi cuello y más allá, hasta alcanzar un pezón. Se me encogió el vientre. ¿Cómo era posible que estuviera excitada otra vez?

—En algún momento te haré pagar, Aaron Cross —le advertí. Mi voz estaba tan cargada de deseo que apenas me reconocí—. Me saldré con la mía.

—No lo dudo. Pero no será en esta ocasión —sentenció en tono travieso.

Cerró el grifo, me cogió de los muslos, rodeando sus caderas con mis piernas, y me sacó de la ducha para llevarme directa a la cama.

Íbamos a empapar las sábanas, pero a quién diablos le importaba…

Debí de quedarme dormida tras el segundo —tal y como Aaron había anunciado— orgasmo… Si seguía así, era susceptible de sufrir una apoplejía. Estaba desnuda, saciada, y Aaron estaba a mi lado, de costado, observándome con esa preciosa sonrisa en esos labios expertos en el arte de besar. Y también sonreían esos ojos de largas pestañas. Tal y como a mí me gustaba. No pude contenerme. Estiré una mano hacia él y acaricié su mejilla.

—Parezco un psicópata, mirándote mientras duermes, ¿verdad? —murmuró un tanto avergonzado, y yo no pude evitar reírme—. ¿Qué? —me preguntó, dudando entre si ofenderse o reírse.

—Es lo mismo que pensé yo anoche antes de plantarme delante de tu puerta —le confesé.

—No digas tonterías —me sonrió. Me agarró de la cintura y me acercó para besarme en los labios—. En lo que a mí respecta, es la mejor idea que has tenido en tu vida.

—¿Ah, sí? —Hundí mis dedos en su cabello. Aún estaba húmedo.

—Anoche fui un poco… digamos, lento —reconoció—. Me moría de ganas de pasar la noche contigo, Violet, pero…

Negué con la cabeza.

—Y yo fui demasiado rápida. Casi salí corriendo cuando la limusina paró delante del hotel —admití—. Quería… Fue una travesura. —Me encogí de hombros—. Además… ¿Y si el conductor de la limusina era un espía enviado por tu hermano? Si entrabas conmigo en el hotel o

nos traía aquí a los dos, se nos habría caído el teatrito. Porque, de cara a la galería, tus avances conmigo no han dado para tanto. Se supone que hoy vamos a dar un inocente paseo por la ciudad, ¿no?

—Lo sé —me dio la razón—. Te recuerdo que tuve que robarte un par de besos a escondidas. —Me guiñó un ojo—. Y, por cierto, ¿qué te parecen mis avances? —bromeó, rozando mi nariz con la suya.

Me eché a reír, y Aaron se rio conmigo.

—¡Satisfactorios y también agotadores! —exclamé—. Me muero de hambre.

Aaron echó la cabeza hacia atrás, riendo de nuevo.

—Soy un pésimo anfitrión —admitió—. Vamos, te llevo a desayunar y a dar ese paseo por Albany.

—Te diría aquello de «la obligación antes que la devoción», porque te recuerdo que tenemos que trabajar en la propuesta de negocio, pero me gustaría comprobar qué sorpresas me depara esta ciudad.

—Entonces, se me ocurre que…

Se cernió sobre mí, noté su respiración cerca de mi boca, pero rodé en la cama y me escabullí.

—¡Eres un peligro! —exclamé—. No te acerques a mí hasta que no haya digerido cuatro mil calorías, por lo menos —le exigí, apuntándole con un dedo acusador, y Aaron se echó a reír con ganas—. Creo que debería ducharme. Sola —le advertí—, o no saldremos de esta habitación.

Aún escuchaba las carcajadas de Aaron a mi espalda cuando escapé hacia el cuarto de baño. No fue fácil, porque lo único que yo deseaba era permanecer para siempre en aquella burbuja en la que solo estábamos Aaron y yo.



Capítulo 17



Apesar de ser la capital del Estado de Nueva York, Albany no es una ciudad muy grande. Apenas cuenta con cien mil habitantes. Sin embargo, tiene lugares muy interesantes que ofrecer a un visitante, aunque Violet no era una turista cualquiera.

Una idea muy socorrida habría sido llevarla al Museo de Arte, y no dudo que su alma de artista hubiera disfrutado de todas las obras tanto históricas como contemporáneas allí expuestas, pero más allá de mostrarle lo que otros habían plasmado en los lienzos con sus pinceles, quería que la propia ciudad pudiese actuar como fuente de inspiración para ella.

Por eso, y para satisfacer nuestras necesidades nutricionales, que buena falta nos hacía a ambos, comenzamos la ruta desayunando en el Iron Gate Cafe. Supe que aquel edificio histórico de ladrillo rojo y miradores azul turquesa llamó su atención porque aminoró el paso sin apenas darse cuenta. Además, le encantó —eso sí me lo dijo— que se entrase por un pequeño jardín cercado situado en el lateral y cuyo sendero empedrado, rodeado de mesas con sombrilla y pequeños setos, conducía a la puerta de la cafetería. El interior también era peculiar, con suelos de madera oscura, papel pintado con motivos florales y lámparas de araña colgando del techo; una mezcla de calidez y color muy acogedora, sin olvidar que sus huevos benedictinos están de muerte.

Después, la llevé al Washington Park, a un par de calles de la cafetería. La primavera estaba en puertas, así que los verdes ya comenzaban a sustituir a los ocres en las copas de los árboles. Hablamos muy poco, la verdad, pero no fue un momento construido a base de silencios incómodos. Violet parecía disfrutar, se la veía relajada, paseando de mi mano, empapándose de la belleza natural del lugar. Cuando llegamos al lago, situado en un lateral del parque, suspiró y me confesó que le encantaría pintarlo. Así que yo le hablé del Festival del Tulipán que se da todos los años, en mayo. Como toda festividad que se precie, cuenta con actuaciones musicales, feria, casetas de artesanía… Pero, el detalle que supuse que le gustaría a Violet era que se había convertido en el punto de encuentro de muchos artistas que se reunían allí para plasmar en sus cuadros el colorido espectáculo de una miríada de tulipanes en flor —de ahí el nombre del festival—. ¿Era una invitación a venir? No, propiamente dicha, pero sé que captó el mensaje porque —sonrisa mediante— le pareció una idea fantástica.

Y yo era un caso perdido.

¿Por qué narices todo tenía que acabar el viernes? Nunca había sido fan de las relaciones a distancia, no porque hubiera tenido alguna, pero me imaginaba añorando el contacto, las caricias, los besos… Dios… ¡Si parecía un depravado sexual! Quería hacerle el amor a Violet a todas

horas. ¿Cómo sobrellevaría el síndrome de abstinencia? Porque esa mujer ya era para mí como una droga, y yo no quería desintoxicarme de ella. Pero… ¿cómo decirle…? ¿cómo pedirle…? ¿Pedirle, qué, joder? ¿Qué podía ofrecerle? Ella quería estudiar Arte, en París, sin ir más lejos, y ¿quién era yo para truncar sus sueños?

Los pensamientos intrusivos son malos compañeros, malos consejeros y todo lo que pueda complementar a «malo». Podían joderme el momento, sobre todo porque Violet parecía encantada con nuestro paseo. De hecho, me sorprendió al preguntarme si había excursiones en barco por el río Hudson.

Otra primera vez con Violet. Se supone que este tipo de cosas son para turistas, ¿no?

Corría una brisa agradable, así que nos quedamos en la cubierta. La vista ofrecía una panorámica completa de una de las orillas del río con la ciudad al fondo. Le señalé el Capitolio y la Corning Tower que se alzaban más allá de la vegetación mientras ella hacía fotos con su móvil sin parar.

—Desde aquí se aprecia aún mejor lo bonita que es la ciudad —me dijo, y yo no pude ocultar mi asombro.

—Te parecerá diminuta, comparada con Washington D.C.

—Es demasiado… impersonal. Allí la gente es como hormigas en un terrario que siguen su camino sin detenerse, sin mirar más allá de lo que tienen enfrente. Si hay un obstáculo, lo esquivas y continúas —me respondió. Tenía la vista fija en el paisaje, y aprecié cierta melancolía en su tono de voz.

—Parece un panorama desolador —murmuré.

—Así es…

—¿Y París? Mi corta estancia allí tenía como único objetivo visitar pubs y emborracharnos, pero me pareció diferente.

Violet se echó a reír con mi comentario. Luego, tras meditarlo, se encogió de hombros.

—Demasiados turistas —dijo, torciendo el gesto.

—Estás de coña. —Sonreí—. ¿Por qué te fuiste a estudiar allí? —añadí en vista de su silencio.

—Porque no me aceptaron en la universidad italiana que formaba parte del mismo programa —me contestó, y entonces, quien enmudeció fui yo. No me lo esperaba—. Deseaba escapar del yugo de mi padre, ni más ni menos. Esa parte de la historia carece de encanto —añadió con una sonrisa tensa—. El motivo no era la búsqueda de inspiración. Este río es inspirador —señaló.

—Esto no es el Sena.

—Ummm, está sobrevalorado.

—Venga ya —negué—. Todas las películas románticas que tienen como escenario París acaban allí.

—Demasiados turistas —repitió, y yo me eché a reír.

—Estás siendo condescendiente. Con el río Hudson y conmigo. Esto no es París —añadí, más serio.

—Lo importante no es el lugar, Aaron —susurró, clavando sus enormes ojos azules en mí, y yo me estremecí de pies a cabeza—. No es dónde, sino con quién.

¿Acaso no estaban claras las señales? Había que estar ciego para no verlas, ¿verdad? Solté el aire que reprimía en los pulmones, aunque no pude liberarme de aquella opresión en mi pecho.

—¿Mis… Mis avances me permiten besarte en público?

Fue ella la que me besó a mí. Dulce. Lento. Me hizo querer tocar las estrellas. Aún peor, me

hizo sentir que podía alcanzarlas con solo estirar mi mano.

Valiente inconsciencia.

—Aquí… tenemos Escuela de Arte —susurré sobre sus labios.

—La Saint Rose, lo sé.

Y volvió a besarme. En ese momento, no necesitaba nada más.



Capítulo 18



Tras disfrutar de un chicken riggies a la hora de la comida —un plato de pasta y pollo que me encantó pese a ser un poco picante— convencí a Aaron para que volviésemos a su apartamento a trabajar. Mi plan de negocio no era más que un ejercicio teórico que quizá no resultaba factible. Podría haber pasado por alto variables importantes, o circunstancias a tener en cuenta, y la visión técnica de Aaron podía darle un carácter más sólido a mi propuesta. Y si había que realizar un nuevo planteamiento, el tiempo jugaba en nuestra contra. Sin embargo, lo noté un tanto reticente. No dijo nada al respecto, lo deduje yo solita porque buscaba cualquier excusa para alargar nuestra ruta turística por Albany, y lo cierto es que nos estábamos divirtiendo. No se me pasó por la cabeza que hubiera otro motivo. Esa era la única forma viable de salvar su empresa y me parecía absurdo que se autoboicotease.

Mientras yo conectaba mi portátil en la mesa del comedor, donde tendríamos más espacio, él preparó café. Se sentó a mi lado, dejando cerca de mí una taza. La dosis de cafeína me vino bien para ponerme en modo empresaria, pero Aaron… Aaron seguía raro.

Me empecé a agobiar, la verdad, me recordó a cuando tuve que defender mi trabajo Fin de Carrera frente a los profesores que componían el tribunal. En aquella ocasión, lo que estaba en juego era mi futuro, y ahora era el de Aaron, lo que añadía un par de grados más de presión a la situación.

Extraje de mi maletín parte del expediente que habíamos elaborado previamente para la adquisición de Cross Tecnologics, así como un par de carpetas con documentos que había imprimido el día anterior en la sala de ordenadores del hotel, y lo coloqué todo frente a nosotros.

—Sé que eres consciente de la situación financiera de la empresa —comencé, señalándole una gráfica—, pero creo que es un buen punto de partida.

—En realidad, la contabilidad es competencia de Kevin —me aclaró—. Estudió Económicas. Y yo, como sabes, solo soy ingeniero.

Reparé en el «solo», pero no me di por aludida.

—¿De qué os encargáis cada uno? —quise saber.

—Bueno… —se tomó un momento para meditarlo—, como te imaginarás, Kevin maneja el grueso de la empresa. Contabilidad, pedidos, facturación, trato con clientes… Publicidad… En cambio, yo me encargo de la producción y de que podamos cumplir puntualmente con todos los compromisos que contrae Kevin —me narró—. Lo que viene siendo un *currito*.

Chasqueé la lengua ante el tono despectivo lanzado contra sí mismo, pero lo dejé continuar.

—Me habría gustado invertir y reafirmar la parte de investigación y desarrollo, para una

mejor explotación de las materias primas y la optimización de los sistemas de producción. Es la parte que más me gusta de mi trabajo —admitió—, aunque Kevin la considera… inútil.

—Las mejoras son bienvenidas —objeté mientras le acercaba una de las gráficas impresas—. Si hubiera contado con más tiempo, habría analizado de forma más exhaustiva las causas de vuestra quiebra, pero todo apunta a que una de las fugas se debe a los impuestos aduaneros entre China y EE. UU.

—Kevin se queja continuamente de los aranceles.

—Sin olvidar los gastos que implica la importación de tierras raras —añadí.

—China es el mayor exportador. Cambiar de proveedor…

—Seguiría sin ser viable —le entregué otra gráfica—. Por lo que mi propuesta es un cambio de modelo de negocio.

Y entonces puse en marcha en el ordenador la presentación que había preparado en PowerPoint.

—Espera —me detuvo en cuanto leyó el título—. ¿Diamantes sintéticos?

—Antes de que entremos a discutir los aspectos técnicos, tengamos en cuenta los económicos —le pedí—. Uno de ellos es que no habría necesidad de importar la materia prima. Algunos métodos de fabricación requieren de silicio, pero, por ejemplo, la síntesis de diamantes de alta presión se realiza con metano y materiales de carbono puro, como el grafito. Y no faltan minas de carbón en este país.

Reforcé mi afirmación con una diapositiva en la que se podía ver un mapa en el que había señalados distintos puntos en la zona de Texas, Alaska y la región de Los Apalaches, entre otros.

—Vaya… —murmuró. Parecía sorprendido, lo que tomé por una buena señal—. Pero, nosotros fabricamos microchips con los semiconductores, Violet.

—Tienes razón, pero esa es solo una parte de vuestra producción —le recordé lo que ya sabía—. También vendéis los semiconductores a otras empresas que les dan un uso distinto al de los circuitos integrados. Vuestro nicho de mercado abarca compañías tecnológicas que podrían incorporar los diamantes sintéticos en sus sistemas de producción. —Cambié de diapositiva—. Electrónica de potencia y alta frecuencia —comencé a enumerar conforme se mostraba la información—. Fabricación de sensores, optoelectrónica… ¿Me equivoco? —le pregunté un tanto ansiosa por si estaba diciendo algún disparate. ¿Optoelectrónica? Yo con suerte sabía lo que era un LED.

—En realidad, no te equivocas —admitió, y por su cara, me habría atrevido a añadir aquello de «muy a su pesar». ¿Qué me estaba perdiendo?—. Los semiconductores y los diamantes sintéticos son materiales muy diferentes, pero es cierto que comparten áreas donde pueden ser de igual aplicación —afirmó—. Sin embargo, necesitaríamos otro tipo de maquinaria —alegó—. Y una prensa de alta presión para la síntesis de diamantes puede costar millones de dólares —añadió, dejando claro que tenía cierto conocimiento sobre el tema.

—Al igual que las máquinas de litografía y las de grabado que ya no necesitas —apunté, entregándole una hoja—. Este es un listado de empresas que podrían comprar dicha maquinaria. Y me encargaría de que fuera al mejor postor. Esto sí que forma parte de mi trabajo, Aaron —añadí con un deje de suficiencia—. Sé que muchos de los recursos con los que cuenta Cross Tecnologics se pueden aprovechar o en última instancia adaptar al nuevo modelo de negocio. Y ahí es donde necesito tu ayuda —le planteé.

Lo vi resoplar. Toda su atención estaba puesta en los documentos que le había enseñado. Volvió a revisarlos. Y, para mi asombro, parecía estar buscando las piezas que no encajaban.

Podría parecer lo lógico, a fin de cuentas, estábamos hablando del futuro de su empresa y no

era descabellado que quisiera tenerlo todo atado y bien atado. Pero mi sexto sentido me alertaba de que había algo más.

—¿Consideras que hay algún aspecto que no he tenido en cuenta?

Negó despacio con la cabeza.

—Esto es impresionante —admitió, pero seguía oliéndome mal, porque lejos de tranquilizarme, mi ansiedad aumentaba.

—Serán diamantes asequibles, sin mafias o traficantes de por medio, y sin huella de carbono —hice hincapié—. Porque, además, puestos a realizar una reestructuración, con la cantidad de metros cuadrados de cubierta que tiene Cross Tecnologics, se podría instalar un parque fotovoltaico enorme para autoproducción de electricidad, lo que ayudaría a que este proyecto fuera aún más sostenible. Aaron… —Cubrí su mano con la mía, confiando en que me mirara, cosa que no hizo—. ¿Te imaginas que además de verter agua potable a la red, también inyectases electricidad? Energía verde y gratuita para los habitantes de Albany.

Sabía que ese era su talón de Aquiles, por eso me había guardado esa carta para el final. Poder colaborar, ayudar a la comunidad era demasiado tentador para Aaron como para desecharlo a la primera de cambio.

Su sensibilidad moral era desproporcionada, una suerte de generosidad que rozaba el altruismo. Pero solo para los demás, jamás para sí mismo. Ahí, el sentido de la justicia no era de doble dirección. Y me cabreaba, la verdad.

Pulsé la tecla y apareció la última diapositiva. Era puramente financiera. Simulacros de préstamos, intereses, plazos de amortización, la proyección del negocio a corto y largo plazo…

Y de pronto, Aaron se levantó y se alejó, pasándose las manos por la cara en un gesto que me supo a exasperación.

—No —pronunció entonces, de forma seca y rotunda—. Estudia aumentar la cifra de la indemnización, tal y como le propusiste a tu padre.

Y dicho esto, entró en su habitación y se metió en el baño. Lo sé porque escuché cómo se cerraba la puerta. Mis ojos permanecían clavados en aquella pantalla, mientras me preguntaba qué había hecho mal.



Capítulo 19



Joder… Vaya un gilipollas. Mi huida hacia el baño había sido más propia de una Diva de La Scala de Milán que de un ingeniero que pasaba de los treinta. Pero ahí estaba yo, en mitad de un repentino y vergonzoso ataque de ansiedad. Me agarré con fuerza al lavabo y respiré hondo. Una exhalación trémula escapó por mis labios, el corazón me latía a mil por hora y un regusto amargo me llenaba la boca a causa de las náuseas.

¿Qué cojones había que hacer?

Ah, sí…

Cinco cosas que puedo ver: El lavabo. Mis manos. El grifo. El espejo. Mi puta cara en el espejo.

Era un estúpido, ¡un maldito estúpido! Tendría que haber sido consciente de la situación desde el principio y, sin embargo, había permitido que fuera demasiado lejos. ¿Cómo había sido tan imbécil?

No. Había sido un jodido egoísta, eso era, y había estado a punto de cometer el peor error de toda mi vida. Y no solo eso. Habría arrastrado a Violet conmigo, y eso era algo que no podía permitir.

Volví a tomar aire y traté de soltarlo despacio. En algún momento tendría que salir y enfrentar a Violet.

«No todo está perdido», me obligué a pensar. Aún estaba a tiempo de rectificar. Lo haría en cuanto me calmase, y que existiese la posibilidad de poder solucionarlo me daba un respiro.

No es que la hubiera subestimado, simplemente no creí posible que alguien, por muy experto economista que fuera, pudiera planificar una operación de reestructuración de una empresa como Cross Tecnologics en tan poco tiempo, sobre todo, cuando los conocimientos de Violet sobre la tecnología que manejábamos se limitaba a la excursión en la que le hice de guía días atrás.

Era increíble, incluso había tenido en cuenta presupuesto y plazos de formación para la recualificación de los trabajadores. Nadie perdería su trabajo… Pero yo ya no estaba dispuesto a pagar un precio tan alto.

Aquella inversión de capital exigida por Kevin había pasado de ser una idea loca a rozar lo tangible, y esa bofetada de realidad me dio pánico.

Cuatro cosas que puedo escuchar: Los latidos de mi corazón desbocado. Mi respiración entrecortada. Pasos acercándose.

—Aaron, ¿estás bien?

La voz de Violet.

Sonaba preocupada, por mi culpa. Tenía que ponerle huevos al asunto. Por fortuna, Violet no había perdido más que un poco de su tiempo, pero fuera como fuese, aquella parte de la historia acababa ahí.

—¿Aaron?

—Salgo enseguida —le contesté.

Abrí el grifo y me mojé la cara. Ya no estaba tan agobiado, aunque me preocupaba mucho su reacción, lo que pudiera pensar sobre mí. Quizá Kevin tenía razón y yo no era más que un débil mental. Tras secarme con una toalla, fui hacia la puerta. Con mi mano rodeando el pomo, tomé aire un par de veces, hasta que por fin le eché agallas y abrí.

Sí, estaba preocupada. Pero, además, apreció en su expresión algo muy parecido al temor que, aparte de sorprenderme, no me gustó nada.

—Violet, yo… Lo siento… —comencé a disculparme, saliendo a mi habitación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en un hilo de voz—. ¿Qué he hecho mal?

—¿Qué? ¿Tú? —boqueé como un pez al no creer lo que estaba oyendo—. ¡Tú no has hecho nada!

—Puedes decírmelo —insistió—. Soy la mejor decepcionando a los demás.

Me dolió en el alma. Sentía que se hacía pequeñita frente a mí, cuando en realidad era extraordinaria. Debería estar echándome en cara que era un lerdo y, sin embargo, se echaba la culpa a sí misma.

No pude contenerme. La abracé, la apreté fuerte contra mi cuerpo, y noté que se perdía entre mis brazos. Provocar tal inquietud en ella me hizo sentir como un miserable. Yo era el malo de la película, no ella.

—A mí jamás podrías decepcionarme —pronuncié sobre su cabello—. Soy yo quien la ha cagado. Tú… —suspiré—. Tú eres una mujer brillante. Y esa presentación…

—¿Qué te ha parecido? —se atrevió a preguntar, porque emanaba inseguridad por los poros. Y yo era un imbécil. Imbécil… imbécil—. ¿Está bien?

—¿Bien? —exclamé con incredulidad, mirándola a los ojos—. Si pones la misma pasión en tus cuadros, sin duda alguna te convertirás en una artista maravillosa.

—¿De… verdad? —titubeó, aunque una sonrisa trataba de asomarse a sus labios—. Entonces… ¿mi propuesta…?

—Habría podido salvar la empresa —admití.

—¿Habría? —inquirió extrañada—. ¿Y por qué dices que la has cagado? —añadió, separándose de mí.

Sentí su ausencia como si me arrancaran la piel de cuajo. No quería que se alejase, pero quizá me lo merecía.

—Porque no tenía que haber permitido que te metieras en esto —le respondí, y sus bonitos y enormes ojos se llenaron de confusión. Iba a pensar que se me había ido la olla—. Ya no quiero que salves nuestra empresa.

—¿Qué? ¿Por qué? —Frunció el ceño—. Es una operación factible, ya lo has visto. —Señaló tras ella, hacia el comedor.

—No es una simple inversión, un «toma, te dejo pasta y me la devuelves en cómodos plazos». ¡Es una operación de dimensiones titánicas, Violet! —Agité los brazos—. Hasta tal punto está desahuciada Cross Tecnologics.

—No. Confía en mí. Es posible…

—No, Violet —la interrumpí—. No quiero que lo hagas.

—¿Por qué? —inquirió ella, tratando de no alterarse. Me sorprendía su grado de contención para no soltarme una fresca—. ¿Qué ha cambiado? Si vuestra empresa se salva, Kevin tendrá lo que quiere y te dejará en paz. ¿No era ese el objetivo? Tú podrás cumplir tus sueños. La alcaldesa…

—¡No! No es lo que quiero. ¡Así no!

—¿Así, cómo?

—¡A cambio de los tuyos! —Alcé la voz, y ella dio un respingo, asustada—. Lo siento. Yo…

—Aaron…

—Dime, ¿crees que tu padre aceptaría la propuesta?

—Aún quedan puntos por concretar, pero… sí.

—¿Y a quién pondría al frente de una operación de tales dimensiones? —Violet palideció. Lo había comprendido—. ¡Quedarías atrapada durante años! Dios… —Me pasé las manos por la cara, mortificado—. Cómo fui capaz… No debí pedirte que invirtierais en Cross Tecnologics.

—No me lo pediste —me recordó, y yo la fulminé con la mirada—. Me planteaste la situación, las pretensiones de Kevin, pero jamás me lo pediste.

—Exacto, te hablé del chantaje emocional al que me había sometido mi hermano. Para el caso es lo mismo —le rebatí.

—¿Y qué pasará el viernes cuando, en lugar de una inversión, le ofrezca una indemnización, tal y como pretendes? —me preguntó—. Serás el blanco de su odio de por vida.

—¿Qué puede hacer? —ironicé— ¿Reprocharme que no te eché un polvo a cambio de tu dinero? Como si yo no fuera más que un prostituto…

—¡No hables así!

—Kevin no tendrá más remedio que aceptar —le dije, aunque ni yo mismo me lo creía—. Tu padre estará satisfecho, y tú podrás pintar. Todos contentos.

—¿Todos? ¿Tú también?

Ahora fui yo quien retrocedió un paso.

—Yo no importo.

—Claro que importas. ¡Kevin es un sociópata! —exclamó, como si yo no lo supiera desde que éramos niños—. ¿Quieres vivir sometido a sus manipulaciones?

—¿Y tú? —Fue mi turno—. ¿No entiendes que se aprovechará de las circunstancias y querrá manejarte a ti?

Violet se envaró. Por fin había llegado al meollo de la cuestión. Y, sin embargo…

—Podré apañármelas —dijo en apenas un susurro, y lo que más me sorprendió no fueron sus palabras, sino su aplomo, como si fuera una respuesta meditada.

—Contabas con ello —no supuse, afirmé. Ella asintió con la cabeza, y yo maldije en silencio—. ¿Y crees que voy a permitirlo? —dije, certero, porque la vi recular.

—Habrá conseguido lo que quiere, así que no pasará nada —trató de recomponerse.

—Claro que lo habrá conseguido —alegué sarcástico—. Será el único que ganará en esta historia, porque yo no me separaré de ti y nos tendrá a los dos en sus manos. —Extendí mis puños apretados—. Cross Tecnologics se convertirá en nuestra prisión, y él será nuestro carcelero.

—No exageres… —Violet trató de restarle importancia, incluso sonrió. Pero su sonrisa murió en sus labios al ver mi expresión.

—No voy a arriesgarme, Violet —pronuncié, inflexible.

—Es la única solución, Aaron —insistió. Era incansable.

—El viernes, Harrington Investments finiquitará Cross Tecnologics, Violet —sentencié—. Esa es la solución.

—Pero, tú… —Negó con la cabeza.

—Yo lidiaré con Kevin, como he hecho siempre.

—¿Pretendes que me quede de brazos cruzados, viendo cómo te machaca? —inquirió, enfadada. Y del mismo modo me molestaba a mí su obstinación.

—No tienes por qué quedarte a ver nada. Esta es mi vida, no la tuya.

La vi palidecer. Yo sabía que la estaba cagando, aunque ya no había marcha atrás.

—¿Qué…? —le tembló la voz. Toda ella temblaba. Estuve tentado de acercarme, pero me contuve. Estaba firmando mi sentencia de muerte, pero era lo mejor—. ¿Qué me estás queriendo decir?

—Que vuelvas a París.

Cuatro palabras. Dieciséis letras que me resquebrajaron el corazón. Porque por nada del mundo quería que se fuera. Me dolía el mísero paso que nos separaba. Se me antojaba un abismo que era cada vez más profundo.

Pero ya estaba. Era lo lógico, ¿no? Un topicazo. Yo le hacía ver que me importaba poco o nada, y ella se marchaba. ¿Que yo me quedaría hecho polvo? Sí. De por vida. Pero ella se iría lejos, donde las garras de Kevin no pudieran alcanzarla, un mínimo consuelo al que aferrarme.

Sin embargo, Violet no hacía nada. No me mandaba a la mierda, no recogía sus cosas para marcharse dando un portazo. En cambio, se acercó un poco, apenas medio paso, pero lo suficiente para descolocarme.

—Vale. Ahora, dime la verdad —me pidió, y yo me quedé sin respiración.

—Yo… —Agaché la mirada. No soportaba el escrutinio de sus ojos—. La sinceridad no siempre es oportuna —le recordé mis mismas palabras en la limusina.

—Pues es una de las cosas que me gustan de ti. Que sueles ser sincero conmigo —me confesó. Me alzó la barbilla con los dedos para que la mirara y el corazón me dio un vuelco—. Menos cuando se trata de lo que tú quieres.

Apartó la mano, y su ausencia me hizo sentir desamparado. Estuve a punto de cogérsela, pero, en lugar de eso, solté una carcajada, la de un cretino.

—A quién le importa lo que yo quiera —me mofé de mí mismo.

—A mí, pero debería importarte a ti. Deberías luchar por ello.

Me sacudió. Demasiado que asimilar en tan solo un par de frases. Y su tono de voz… Calmado. Suave. ¿Por qué no podía darme un par de gritos y dejarme por imposible? ¿O mirarme con lástima, como a un perro de la calle? Y tampoco me juzgaba, había comprensión, y yo me rompía por dentro.

—Ya lo hago —le mentí.

—Finges que lo haces —replicó. Joder… Me tenía bien calado—. Por eso has estudiado miles de másteres, para justificarte, como si realmente estuvieras transitando por el camino que te alejará de Kevin. Pero nunca darás el último paso. Jamás trabajarás con la alcaldesa. Si tu hermano se lo propone, te lo impedirá, por esa culpabilidad tóxica que te ha arrastrado siempre, y que te obliga a relegarte al último lugar.

—No soy un santo, ni siquiera un mártir —repliqué como pude. Apenas podía respirar.

—No. Solo eres un hombre maravilloso que está equivocado.

Dios… Me estaba matando, lentamente. No podía hablarme así…

—Todo está antes que tú —prosiguió para mi tortura—. Kevin, la empresa, los trabajadores, incluso yo.

Estaba removiendo partes de mi alma que tenía ocultas en el rincón más recóndito y oscuro, y las sostenía entre sus manos sacándolas a la luz, una a una.

No podía soportarlo. Era una mezcla de vergüenza e indefensión. Y sí, de culpabilidad. Amarga como la hiel.

Las verdades duelen, joder, cómo me dolía. Debería haberle dicho que se callara, que se marchara y me dejara tranquilo con mi mierda, pero habría sido injusto, porque no era Violet la que me estaba haciendo daño.

No tenía fuerzas para responderle siquiera.

Me senté en la cama, con la cabeza gacha. Tenía un nudo en la garganta y me ardían los ojos. Aún podía caer más bajo.

Pero no caí.

Con la vista clavada en el suelo, vi que se arrodillaba frente a mí. Entonces, buscó mis manos. Me las sostuvo. Y también el corazón.

Negué con la cabeza. No podía creerlo. No debía.

—Aaron… Mírame, por favor.

Suspiré antes de obedecer. Al levantar la cabeza, una lágrima cayó. Quise limpiarla, que desapareciera, pero fue ella quien la enjugó con sus dedos. Dejó su mano en mi mejilla, y yo giré la cara y apoyé los labios en su palma. Su tacto era tan cálido, y me hacía sentir tan bien…

—Perdóname —susurró entonces, y yo la miré—. No pretendía hacerte daño.

—No eres tú quien me hace daño —objeté, ceñudo—. Ni siquiera puedo echarle la culpa a Kevin sin antes admitir que yo…

—¡No! —exclamó. Y, de pronto, para mi sorpresa, me abrazó.

Titubeé. No lo esperaba. Según mis pronósticos, Violet ya estaría camino del hotel, no rodeándome con sus brazos. La estreché entre los míos, separé los muslos y ella se acercó a mí, quedando encajada contra mi cuerpo.

—No es culpa tuya —susurró—. Eso es lo primero que debes admitir. El mundo no está preparado para hombres como tú, Aaron Cross.

Oh, mi Violet… ¿Sería posible que comprendiera lo que esas palabras significaban para mí?

Exhaló, y por su forma de soltar el aire supe que estaba sonriendo. Se separó. Sostuvo mis mejillas con ambas manos y me miró. Y sí, sonreía, seguía sonriendo mientras me terminaba de secar las lágrimas, mientras sus ojos brillantes se paseaban por mi rostro como si estuviera contemplando una obra de arte que merecía ser admirada. Habría dado cualquier cosa por estar en su cabeza y saber lo que pensaba, cuál era el motivo de esa sonrisa. Porque debía de estar confundida. No podía hallar en mí lo que nadie más creía que existía.

—La primera vez que te vi en París fue dentro del pub —me confesó, y me sorprendió que se hubiera fijado en mí. Se rio por lo bajo y negó con la cabeza—. Qué puedo decir… Llámame frívola, pero me pareciste un chico guapísimo —añadió, y yo no pude evitar sonreír. Entonces, clavó los ojos en mis labios—. No sonreías. Y ahora puedo admitirlo. Dije más de una tontería cuando estuvimos hablando después porque quería verte sonreír.

Me estremecí de pies a cabeza… Por suerte, seguía sentado en la cama, porque sentía que se me aflojaban las piernas. Violet… Cómo no quererla. Cómo no adorarla…

—Tu sombrero de copa, tu pelo tan negro cayendo sobre tu frente… —Acarició despacio un ondulado y rebelde mechón. Y sus ojos seguían viajando por mi rostro mientras rememoraba aquella noche que cambió mi vida—. Era evidente que no querías estar allí, pero aguantabas el tipo como podías. Hasta que saliste del local y me encontraste. Comenzamos a hablar, y además de guapo, tuve que añadir a la lista que eras educado, elocuente, misterioso y un sinfín de cosas.

Se me escapó la risa.

—¿Todo eso? —No pude evitar preguntar, y ella se rio.

—Lo de que besas de maravilla lo tuve que añadir después —dijo en tono travieso, y mi ego subió un par de grados, así como mis ganas locas de besarla—. Pero estaba decidido. Eras un hombre de otra época. Un caballero victoriano.

—Vale, ya lo pillo —dije, sonriendo como un idiota, pero ella pasó el índice por mi labio superior.

—Y lo logré. Conseguí hacerte sonreír. Como ahora —prosiguió—. No recuerdo la chorrada que te dije. Solo que ahí fue cuando empecé a enamorarme de ti.

Dejé de sonreír. Dejé de respirar y de irradiar sangre. Tragué saliva. No me podía fallar la voz ahora.

—Pregúntamelo —le pedí.

Sé que me entendió porque también dejó de sonreír y su mirada se llenó de expectación.

—¿Qué es lo que quieres, Aaron?

—A ti, Violet. Nada más que a ti.

Y la besé.

Porque ya no me aguantaba las ganas y, muy en el fondo, por si me rechazaba. Pero ¿cómo iba a rechazarme después de haberme dicho las palabras más bonitas que hubiera podido escuchar?

Pero, además, por si quedaba alguna duda en mi estúpida cabeza, se abrazó a mí. Cuando quise profundizar el beso, ella entreabrió los labios y me permitió saborearla. Sin prisa, yo me recreé en aquel beso que pensaba que ya no llegaría, y sus dedos, enredados en mi pelo, le otorgaron mayor certeza a aquel momento que minutos atrás ni siquiera me atrevía a imaginar.

—Ya no estoy en el lugar y en el tiempo equivocados —susurré sobre sus labios—. Estoy donde debo estar. Porque estás tú.

Volvimos a besarnos, despacio. Ella fue la que comenzó a desabrocharme la camisa, botón a botón. No había ansiedad ni urgencia, solo esa necesidad que sabe que va a ser saciada, alimentada por besos y caricias.

Ya desnudos, caímos en el centro de la cama. Nuestra piel se buscaba y nuestras manos trataban de cumplir con las demandas de nuestros cuerpos. Queríamos más, lo queríamos todo, pero sin apremio, como si tuviéramos todo el tiempo por delante.

En realidad, lo teníamos.

Besé con veneración aquella paleta de pintor que caía sobre su clavícula, y ella deslizó los dedos por mi cabello, despacio, en una caricia de seda.

Acaricié sus pechos, complacido por sus gestos de placer, y ella disfrutó del tacto de mi sexo antes de enfundarme el condón.

Era distinto, y a la vez apropiado. Entre nosotros vibraba el deseo, la pasión, la misma intensidad, la entrega, pero, además, me invadía la sensación de que tenía derecho a sentir todo aquello que me sacudía por dentro, a hacerlo mío, a adueñarme de cada una de esas emociones. Que cuando ella me miraba, sus miradas eran para mí. Que cuando su corazón latía con fuerza, cada latido era por mí. Y las caricias, los besos, las palabras de Violet estaban ahí para hacerlo aún más real.

Por eso, cuando entré en ella y nuestras miradas se cruzaron… Fue como si un chispazo de pura energía nos hubiera atravesado. Porque ella también lo sintió, estoy seguro. Había una mezcla de excitación y sorpresa en sus labios entreabiertos, en la forma en que sus dedos se aferraron a mis brazos, en su voz al susurrar mi nombre.

Escondí el rostro en la curva de su cuello y ella me abrazó con fuerza. Temblaba. Temblábamos los dos.

—Sí, yo también siento lo mismo. —Tuve la necesidad de decirle. Porque si ella estaba la mitad de aterrada que yo…

Pero me aferré a ella, al igual que Violet se aferró a mí, al placer que se desencadenaba en nuestro cuerpo, pero, sobre todo, a ese sentimiento que sentía bullir en mis venas y descompasaba los latidos de mi corazón, mucho más allá de lo que podía provocar el acto sexual. Porque no era solo sexo, por eso hicimos el amor despacio, porque necesitábamos que durase, que aquella emoción se instalase en nuestro interior y perdurase mucho más allá del orgasmo.

Fue brutal. Con tantas sensaciones a flor de piel tampoco podía ser de otra manera. Pero después, estrechar a Violet entre mis brazos, sabiendo que no importaba nada más, era mágico.

—¿Sabías que hay diez vuelos directos al día? —murmuró de pronto, medio adormilada.

No mencionó origen ni destino, pero tampoco hacía falta.

—Sí. No pienso en otra cosa —susurré.

—Vale… —musitó, satisfecha.

Yo cerré los ojos y sonreí.

Sí, era mágico. La vida con Violet era pura magia.



Capítulo 20



Cuando me desperté, había anochecido. Aaron, aún dormido, me envolvía con uno de sus brazos. Yo tenía la cabeza apoyada en su pecho. Notaba su respiración acompasada contra mi mejilla, y el ritmo regular de los latidos de su corazón.

Pum… Pum…

Era hipnotizante, como un hechizo que esparcía sosiego y serenidad. Aspiré profundamente para percibir su aroma. Dios… cómo me gustaba su olor. Toda la química de mi cuerpo reaccionaba a él. No entiendo de hormonas, pero era como añadir la cantidad justa de pigmento a un color, la composición perfecta que hiciera vibrar un cuadro.

Él me hacía vibrar, de todas las formas posibles. Y había estado muy cerca de perderlo.

Esa mañana, solo unas horas antes y en esa cama, me había dicho a mí misma que no iba a renunciar a mis sueños por un hombre, sin atreverme a pensar que con él estaban a salvo. Aaron, por sí solo, ya era un sueño. Y yo debería haberlo sabido. Porque Aaron no era un hombre cualquiera.

«El mundo no está preparado para hombres como tú, Aaron Cross.»

Sé que me entendió. Y lo más importante, mi propósito en realidad, él supo que yo le comprendía.

Esa sensibilidad suya…

Pero no entendida como un sinónimo de sentimentalismo o debilidad, ni siquiera esa percepción que mis profesores de la Escuela de Les Beaux-Arts necesitaban que aflorase en nosotros, sus alumnos, para considerarnos artistas de verdad. Iba más allá de la piel. Hablaba de emotividad, de intensidad, de empatía. De cargar un peso sobre los hombros difícil de soportar.

No era un defecto. Era… simplemente Aaron, y era extraordinario.

«Siempre me ha perseguido la sensación de que no encajo en ningún sitio, que estoy fuera de lugar.»

Era evidente que no todos los que lo conocían eran de la misma opinión que yo.

Y Kevin era el peor de todos…

Era como un parásito que se arraigaba en él con sus largas patas y bebía de su interior todo lo bueno a cambio de inyectarle su veneno y transformarlo en fragilidad y flaqueza.

Aaron no era vulnerable, Kevin le hacía creer que lo era.

Comprendía su reacción, que quisiera alejarme de su alcance a toda costa. Me creía en peligro, ¡me había visto entre las fauces de la bestia!

Mierda… Y yo había sido testigo de su miedo, repentino y visceral. Solo en parte, eso es

cierto, porque Aaron había corrido a esconderse en el baño. Porque, sin duda, así se lo habían enseñado. O él lo había aprendido de la peor forma. Debía ocultarse, avergonzarse de sus emociones, como si compartirlo con alguien, conmigo, fuera una bajeza, una completa humillación.

Pum… Pum…

Seguía notando contra mi mejilla los latidos de ese corazón que tenía conexión directa con su cerebro. Indivisible e intensa.

Seguro que, si se representaban en una carta de colores todos sus estados de ánimo a lo largo de un día, no habría suficientes tonos en el Pantone.

Un arcoíris de emociones.

Y no era fácil transitar por él si quien estaba a tu lado te consideraba un tarado. Era mejor convertirlo en grises.

Aunque, no era el caso. No era Aaron, era Kevin. Le corroía la envidia, la inquina y todos los sinónimos habidos en el diccionario porque sabía que jamás sería mejor que Aaron, que, en realidad, no le llegaba a la suela del zapato. Por eso se había convertido en un experto en ningunearlo, en ridiculizarlo, en empequeñecerlo.

¿Quién quería un síndrome del impostor teniendo a Kevin pegado al cogote?

Aquello estaba mal, muy mal. Tenía que hacer algo.

¿Había dicho ya que mi pasión son los colores? Y los de Aaron merecían brillar.

De pronto, los latidos de su corazón se aceleraron, la respiración se le empezó a agitar. Creí que se había despertado. Me incorporé. Seguía con los ojos cerrados, pero sus labios estaban entreabiertos, como si le costase coger aire.

—Aaron… —murmuré. ¿Estaba teniendo una pesadilla?

En su cara se dibujó una expresión mezcla de miedo y asco mientras negaba con la cabeza y movía las manos. Gemía, aunque no comprendía lo que decía.

—Aaron —repetí alzando ligeramente la voz. Tampoco quería asustarlo y que le diera un infarto. Bastante tenía con aquel mal viaje.

—No… No quiero… Tú no… ¡Tú no! —comenzó a gritar, y yo me acojoné.

—¡Aaron! —lo llamé, agarrándolo por los hombros para sacudirlo y despertarlo.

Funcionó. Se sentó en la cama dando un respingo, y comenzó a mirar a un lado y a otro, completamente desorientado. Hasta que me vio.

—¿Violet? —murmuró, mirándome como si fuera un fantasma—. ¡Violet! —exclamó, y se me echó a los brazos—. Eres tú… Eres tú… —repitió en mitad de un sollozo. Porque lloraba, lloraba como un niño.

—Tranquilo, solo ha sido un sueño —murmuré, tratando de calmarlo. Eso es lo que se dice, ¿no?

Era normal esa sensación de indefensión, de caída al vacío, de terror, emociones pasajeras que se alejarían conforme entrase en contacto con la consciencia.

Pero entonces él negó con la cabeza, con todo su cuerpo en realidad, y aferrado a mí, su interior se desbordó como un río sin control.

No era solo un sueño.

Así fue cómo me enteré de lo que le había sucedido aquella noche en París. Aquella infame vejación.

Y así fue cómo decidí que tenía que sacar a Kevin de la ecuación.



Capítulo 21



El sonido de la alarma resonó en mi cabeza como un bombardeo. Me palpitaban las sienes, se avecinaba una jaqueca monumental. Estiré el brazo para parar la alarma y dejé caer la mano sobre mi frente. Y entonces, un brazo me rodeó la cintura y un cuerpo desnudo se pegó al mío.

—Ummm… Cinco minutos más… —Escuché refunfuñar contra mi cuello a Violet.

Dios… Violet…

Era jueves y tenía a Violet abrazada a mí.

Apenas podía creerlo.

Después de mi pesadilla y de contarle lo que sucedió con aquella prostituta en París, estaba seguro de que esa era la gota que colmaba el vaso, la que haría que Violet se fuera. Pero me acunó entre sus brazos y me permitió refugiarme en ellos. Acarició mi cabello, suave, mientras susurraba palabras en mi oído con las que calmarme, como un arrullo de sosiego, hasta que el cansancio me venció.

Aun así, el miedo se había entretejido en mis sueños, negándome el descanso y provocándome aquel terrible dolor de cabeza. Aunque, ¿a quién le importaba?

Violet estaba allí, conmigo, pese a todo lo que había ocurrido el día anterior. Hice repaso mental a aquella vertiginosa montaña rusa de emociones en la que ella me había acompañado de principio a fin, y me sentía tan afortunado de tenerla a mi lado que hasta me daba vergüenza.

La alarma volvió a sonar, y me apresuré a apagarla. ¿Ya habían pasado los cinco minutos?

—Odio tu teléfono —la escuché decir, y a mí se me escapó una carcajada que reverberó dolorosamente en mi cráneo.

—Oh, joder… —gemí, masajeándome las sienes.

—¿Te duele la cabeza?

La miré y me topé con sus grandes ojos fijos en mí.

—Un poco —respondí a su preocupación.

—Normal —dijo—. Y seguro que te pasa a menudo.

—Ajá —admití, aunque sin entender a dónde quería llegar.

—Piensas muy fuerte —afirmó, pasando el dedo índice por mi ceño. Y yo no pude evitar reírme.

—Mierda… —Hice una mueca.

—¿Tienes analgésicos? —me preguntó, y yo asentí con la cabeza—. Ve a buscarlos mientras yo preparo café.

Entonces, me cogió la cara con ambas manos y me dio un sentido beso en los labios.

—Buenos días —murmuró.

—Buenos días. —Yo sonreí y la apreté contra mí, pero ella se me escurrió de entre los brazos.

—Pastilla y cafeína primero —me instruyó mientras se ponía mi camiseta. Era sexi a rabiar.

—A sus órdenes —le respondí.

Me levanté despacio de la cama. Tras ponerme un pantalón de chándal, entré en el baño para buscar la caja de analgésicos. Me vi de refilón en el espejo y tenía un aspecto horrible, claro reflejo de mi interior. Tenía el cerebro hecho papilla por culpa de la mala noche, un nudo en el estómago a causa de la incertidumbre por lo que me encontraría al llegar a la empresa y el corazón latiéndome a mil por hora. Feliz. Violet estaba enamorada de mí.

Un cóctel de emociones del más amargo al más dulce.

Un paracetamol no iba a ser suficiente.

Abrí el grifo y me mojé a conciencia la cara y la nuca. El frescor no me vino mal. Luego, cogí la caja de pastillas y me dirigí al comedor.

Antes de llegar, escuché a Violet trasteando en la cocina. Me apoyé en el marco de la puerta de mi habitación y me tomé un momento para observarla. Se había recogido el cabello en un moño del que escapaban varios mechones enmarcando su rostro, y en ese momento se apartaba con el dorso de la mano uno que tapaba sus ojos mientras se peleaba con la cafetera.

Para su satisfacción, ganó ella, y yo sonreí al verla hacer un gesto de triunfo con ambas manos. Y como si fuera parte de la celebración, comenzó a canturrear una canción, en apenas un susurro.

—*Il me dit des mots d'amour*…

El corazón me dio un vuelco. Me invadieron un sinfín de emociones al escuchar las estrofas de *La vie en rose*. Fue inevitable. Mi mente viajó a aquella noche en París cuando la conocí, cuando me armé de un valor que jamás creí poseer y le pedí un beso. Porque me enamoré de ella en cuanto me senté a su lado en aquel bordillo y me topé con sus grandes ojos.

Nadie me miraría como ella lo hacía.

Y era una realidad de la que me daba miedo despertar. No quería despertar.

—Canto fatal, ya lo sé —me dijo de pronto, y yo me recompuse como pude.

—Si Édith Piaf levantara la cabeza… —bromeé, y ella soltó una carcajada.

Me acerqué y me coloqué detrás, pero Violet se dio la vuelta y me abrazó. La escuché suspirar cuando la estreché contra mí y me dio un suave beso en el cuello.

—¿Sabes lo que significa la canción? —me preguntó, y yo negué con la cabeza.

—No tengo ni idea de francés. Solo conozco un par de palabras, lo típico. *Bonjour, merci*… —hice una pausa y acerqué mi boca a su oído—. *Je t'aime.*… —le susurré—. Por fin sé lo que eso significa.

Violet buscó mis ojos con los suyos. Brillaban, como si todas las estrellas del universo estuvieran encerradas en sus pupilas.

—*Je t'aime* —murmuró, justo antes de besarme.

Me dejó sin aliento. Mi corazón desbocado golpeaba fuerte contra mis costillas y me palpitaba en las sienes. Cuando nuestros labios se separaron, me sostuvo las mejillas con ambas manos. Me hizo apoyar la frente en la suya y masajeó los dolorosos puntos con los dedos, en suaves círculos.

—Tómate las pastillas —me pidió, y yo asentí.

Entonces, se apartó para terminar de preparar el café para ambos, uno corto para mí, y uno con un poco de leche para ella, y yo me serví un vaso de agua para ayudarme a tragar los dos

comprimidos.

—¿Quieres comer algo? —me preguntó mientras llevaba las tazas a la mesa del comedor.

—Ahora mismo no me entra nada —admití, acercándome a ella.

Esperó a que me sentara, y después lo hizo ella, colocándose de lado sobre mis piernas. Le pasé una mano por la espalda para agarrar su cintura y pegarla más a mí. Tenerla cerca era la mejor medicina.

—Aaron, mañana…

—No he cambiado de idea —le confirmé. Ella asintió. Me pasó una mano por el pelo y apartó un mechón.

—Está bien —aceptó, y yo suspiré con alivio—. Voy a estudiar el aumento de la cifra de la indemnización, tal y como me pediste.

—Gracias —le susurré, besándole la sien—. ¿Lo crees factible? Si afecta al beneficio que obtendrá tu padre… —comencé a decirle, pero ella agitó una mano y me hizo callar.

—Deja de preocuparte por eso —me pidió, seria—. ¿Qué va a pasar contigo?

—Que Kevin me odiará aún más —afirmé—. Intentará boicotear mi oportunidad con la alcaldesa.

—¿Puede conseguirlo? —inquirió ceñuda, y yo me encogí de hombros.

—Tal vez. Pero estoy cansado, Violet —dije con hastío—. Harto de tener que pedir permiso para vivir mi vida. Me… —Tomé aire—. Me preocupa más lo que pueda pasar con nosotros.

—Ya veremos —respondió sin darle importancia, pero enlazó sus dedos con los míos, con fuerza—. Sea lo que sea, estaremos juntos, ¿no?

Apresé sus labios con los míos en un beso arrebatado.

—Sí, eso es lo que quiero —murmuré sobre su boca.

—Eso es lo que queremos los dos, Aaron —me confirmó para mi inmensa felicidad—. Y por eso, mañana enfrentaremos a Kevin.

—No —negué rotundo—. No quiero exponerte. La cena puede convertirse en una batalla campal.

—Te equivocas —objetó en cambio—. No va a perder los nervios delante de Banks. Por lo poco que lo conozco, le importa mucho la opinión que tienen los demás de él. Montarte un pollo sería admitir delante de él que te pidió que te acostaras conmigo para sacarme dinero —razonó—. Pero me temo que lo peor vendrá después, cuando os quedéis solos.

—A estas alturas, me da igual —admití—. En realidad, no tengo nada que perder. Solo a ti —le confesé, aun a riesgo de ser un bocazas.

Sin embargo, ella me rodeó el cuello con los brazos y me besó, lo que me pareció el mejor de los argumentos para hacerme callar. Afiancé la mano que tenía en su cintura y pasé la otra por su nuca, profundizando el beso.

Y de pronto, desde mi habitación, comenzó a sonar la alarma.

—¿Te he dicho que odio tu teléfono? —se quejó ella, levantándose, y yo me eché a reír.

—Llegaré tarde, pero necesito una ducha con urgencia —dije, tras lo que me tomé el café de un sorbo.

Luego, me apresuré a apagar la alarma y me dirigí al cuarto de baño, aunque, antes de entrar, Violet me atrapó por detrás. Se colgó de mi hombro con ambas manos y me hizo agacharme hacia ella.

—La próxima vez que entres en esa ducha, no lo harás solo, Cross —me susurró, y yo le respondí con un beso ardiente con el que saboreé su boca, uno demasiado corto y que nos dejó a los dos con ganas de más.

—Será un placer, señorita Harrington —le aseguré antes de escapar hacia el baño, pues corría el riesgo de no salir de mi apartamento en todo el día.

A decir verdad, la idea de quedarme en la cama, con Violet, haciéndole el amor, era mucho más apetecible que la de ir a la empresa a verle la cara a Kevin. Pero había que seguir con la pantomima, al menos, en parte.

Cuando salí de la ducha, tenía la cabeza más despejada y me sentía bastante mejor. Ya vestido, salí al comedor y me encontré a Violet trabajando con su portátil, con sus gafas de pasta y mordisqueando un bolígrafo.

—Quién fuera boli. —Añadí un silbido y ella me miró, echándose a reír. Después se puso en pie y se acercó a mí, supuse que para despedirse. Me gustó.

—¿Te importa si me quedo aquí a trabajar? —me preguntó—. Estoy más cómoda que en el hotel.

—Claro que no me importa —le sonreí—. Va a ser un gran aliciente volver a casa, sabiendo que estás aquí.

Violet sonrió con coquetería. Me echó los brazos al cuello y me besó. Dios… Destilábamos azúcar por los poros, pero no puedo negar que me encantaba.

—Y otra cosa más —recordó, separándose—. Me gustaría conectarme a vuestro sistema para consultar las fichas de los trabajadores. Creo que una buena forma de asignar la indemnización es dependiendo de la antigüedad laboral.

—Me parece justo —decidí. Me acerqué a la mesa y cogí el bolígrafo para escribir en su bloc de notas todas las credenciales—. Si te conectas como administrador, podrás ver tanto mi perfil como el de Kevin, y desde ahí podrás entrar a recursos humanos y consultar las bases de datos. Aunque, son muchos trabajadores —dudé.

—Mil quinientos diez —canturreó—, pero soy buena ordenando campos alfabéticamente —afirmó con exagerada suficiencia, y yo me eché a reír.

—De todas formas, si necesitas algo, no dudes en llamarme. Normalmente como en la cafetería de la empresa, pero…

—No te preocupes —me interrumpió al leerme el pensamiento—. Voy a tener bastante lío con esto. Y para ser soltero, tu nevera no está mal provista.

—Al final, voy a resultar un buen partido —bromeé, pero ella asintió, mordiéndose el labio inferior mientras sus ojos bajaban hasta los míos—. Será mejor que me vaya —resoplé—, eres una tentación difícil de resistir.

Escuché su risa cantarina siguiéndome hasta la puerta. Cogí mi maletín y me despedí de ella con un beso.

—Hasta esta noche —me dijo.

Yo asentí, y antes de marcharme le di un último beso.

El último beso.



Capítulo 22



En cuanto Aaron se marchó y cerré la puerta del apartamento, comencé a dar saltitos y a bailar por todo el salón. Sí, estaba loca de atar, loca por ese hombre que me hacía sentir tan bien y con quien podía ser yo misma, sin necesidad de representar un papel. Ni pelo rosa ni rebeldía, simplemente yo. Y deseaba con todo mi corazón que Aaron pudiera sentir esa misma libertad estando conmigo. Cuanto más sabía de él, más me encantaba. Y pensar que teníamos todo el tiempo del mundo para seguir conociéndonos…

Tras mi breve sesión de zumba y de darme una ducha, decidí ponerme a trabajar. Eché un último vistazo a mi proyecto. Habría podido funcionar… en un mundo paralelo en el que no existiera Kevin. Se avecinaba conflicto, y no estaba conforme con la idea de Aaron de dejarme al margen. Éramos una pareja —pareja… qué bien suena— y debíamos enfrentarlo juntos.

Por lo pronto, iba a procurar que la indemnización a los trabajadores fuera sustanciosa. Evidentemente, mi padre tenía que obtener los debidos beneficios si no quería que mi cuello peligrase. Tal y como le había comentado a Aaron, pretendía asignarla por antigüedad, así que me conecté al sistema de Cross Tecnologics siguiendo sus indicaciones y accedí a las bases de datos de recursos humanos.

No es que tuviera mucho tiempo para procrastinar, pero no pude evitarlo. Empecé a consultar las fichas de los trabajadores que ya conocía del partido.

—Maximilian Foster —recité, y no pude contener la risa al ver la fotografía del asistente personal de Aaron con diez años menos, pendiente y el pelo a lo Zac Efron en High School Musical.

Sin lugar a duda, o yo estaba confundida o el registro fotográfico de Cross Tecnologics estaba un tanto obsoleto.

Resultó que era yo la equivocada, y pronto me di cuenta de que estaba navegando por unos archivos demasiado antiguos. Aun así, no me contuve y busqué a Aaron. Apenas tenía dieciséis años cuando entró a trabajar en la empresa, y desde abajo, en producción. Me recordó a mí… Al parecer era propio de los padres el hacer que sus hijos comenzasen desde la parte más baja del organigrama a escalar puestos. Las mariposas de mi estómago revolotearon al ver su fotografía. No tenía el pelo tan largo, aunque se auguraba ondulado y un tanto rebelde. Y su sonrisa ya era de las de mentira.

Hice una travesura y la copié en mi portátil y, desde ahí, la pasé a mi teléfono. Quería conservarla, y supuse que no le molestaría. De hecho, abrí un editor de imágenes y rodeé la fotografía con un gran corazón rojo. Luego, le escribí un mensaje y se lo envié.



Es imposible. Aunque no estés, tampoco me dejas trabajar

¿Violando mi intimidad, señorita Harrington? Esta noche tendré que reconvenirla



Lo espero con impaciencia, Cross. ¡Y déjame trabajar!





Parecíamos dos críos intercambiando mensajitos, pero mentiría si dijera que no me gustaba. Me encantaba.

Me centré en mi tarea y comencé a segregar a los trabajadores por grupos, dependiendo de su antigüedad. Aun así, no me pasaron inadvertidas las fichas de Larry, de Laurel, Millie. Madre mía, esa mujer debía de llevar en la empresa desde la Edad de Bronce. ¿Cuántos años tenía?

Estudié su ficha. Emily Biggs. Cincuenta años. Me fijé en su fotografía. Debió resultarle un trámite fastidioso, porque apenas sonreía, nada que ver con la mujer jovial y divertida que había conocido.

Aquello ya era vicio…

Volví a revisar los archivos antiguos. Y me costó dar con ella al realizar la búsqueda por apellido. Porque, veinticinco años atrás, cuando comenzó a trabajar en Cross Tecnologics, su apellido no era Biggs, ese debía de ser el de casada. Su apellido era…

Me eché hacia atrás, apoyando la espalda en la silla. Me invadió una sensación extraña, ese escalofrío de mal augurio que golpea en el estómago. Traté de pensar con lógica, era producto de la casualidad, unida a mi animadversión. Pero esa fotografía, esa Millie veinticinco años más joven me devolvía una imagen que me resultaba demasiado familiar. De alguien que conocía y que no debía tener relación con ella. Pero su apellido de soltera… Esos rasgos…

Minimicé las ventanas en las que estaba trabajando para realizar otra búsqueda, completamente distinta. Me costó dar con el dato, como si lo hubiera obviado a conciencia. Me di cuenta entonces de que, para su gozo y mi sorpresa, mi padre me había enseñado bien. Ahondar en todos los entresijos de una empresa antes de desmantelarla era vital para Harrington Investments. O en los de una persona. Era imprescindible para evitar que nos la metieran doblada, o sorpresas desagradables, como diría él. Y era el caso.

Lugar de nacimiento: Albany, Nueva York.

Volví a maximizar la ficha de Millie. No, no había duda.

El pálpito subió de categoría. Ya no era un simple presentimiento. Tal vez el dato no tuviera importancia por sí mismo, pero me escamaba el secretismo, que no hubiera hecho ni la más mínima mención.

Me levanté de la silla y comencé a deambular de un lado para otro. Sí, la casualidad estaba descartada, había un regusto turbio en aquel asunto, algo que no encajaba. O, más bien al contrario. Tenía que existir alguna pieza que le diese sentido a aquel puzle, y debía ser digna de permanecer oculta en el rincón más oscuro.

Y, quien nada teme, nada esconde.

Empecé por los correos electrónicos. Busqué tanto en los de Kevin como en los de Aaron. Él estaba descartado, ¡tenía que estarlo!, pero no quería obviar nada. Quizás existía una explicación más benigna a la película conspiranoica que se estaba montando en mi cabeza. Pero no encontré nada, ni bueno ni malo.

Así que di inicio al segundo paso: el teléfono.

Apunté el número que tenía guardado en la agenda de mi móvil en un papel y luego accedí al sistema de Cross Tecnologics. En algún lugar debían estar archivadas las facturas telefónicas. Joder, me temblaba todo el cuerpo. Porque sabía que iba a dar con algo, e iba a ser gordo.

No encontré nada en las líneas telefónicas de la empresa, ni tampoco en la del único móvil con el que contaba Aaron. Me sentí fatal por meter las narices e invadir su privacidad, pero confiaba en que le diera crédito a mis explicaciones. Sin embargo, no me importó bucear en las facturas de las tres líneas móviles de Kevin… ¡Tres! Y sin duda eran de uso personal, al menos las dos a las que solo se podía acceder desde su perfil.

Descarté la primera, que parecía ser la principal al albergar un gran volumen de llamadas, tanto entrantes como salientes.

Nada en la segunda, apenas tenía movimientos. ¿Sería para contactar con sus amantes? Porque estaba segura de que Kevin le ponía los cuernos a Bridget.

Y llegué a la tercera línea. Abrí las facturas de los últimos seis meses. Apenas había llamadas. El corazón casi se me sale por la boca. El número en cuestión aparecía una vez en la del mes anterior, lo que podía tener sentido. Pero en la siguiente factura lo encontré tres veces, cinco más en la tercera… ¡Un suma y sigue que se convirtió en decenas en los últimos seis meses! ¿Seis meses? ¡Nuestra operación se había iniciado un par de meses atrás!

Volví a mirar el número que había apuntado en el papel, y no satisfecha con ello, consulté de nuevo la agenda de mi móvil.

No había error posible.

¿Qué estaba pasando?

Busqué en listados de llamadas más antiguos. Cuando llegué al doceavo mes, lo que me remontaba a un año antes, me detuve. El número seguía apareciendo.

Me dio frío. Me dio miedo. Ya no era una paranoia, ni siquiera el odio creciente que comenzaba a profesarle a Kevin.

Estuve tentada de llamar a mi padre, pero deseché la idea. Estaba segura de que estaba frente a alguna especie de conjura, aunque no era suficiente para encarar a Alexander Harrington. Necesitaba ahondar más. Pero ¿por dónde continuar?

Decidí centrarme en las llamadas de los últimos meses. Eran bastante cortas, lo que tuvieran que decirse lo hacían rápido. Apunté las fechas, por si me daba alguna pista, porque a mí no me decían nada.

Excepto una.

La noche que conocí a Aaron. Esa fecha no podría olvidarla nunca, y acababa de escribirla en mi bloc de notas. La noche que también conocí a Kevin. Joder… ¿Habría tenido algo que ver con que me detuvieran los gendarmes?

Eché otro vistazo a las fechas y seguían sin arrojar luz alguna, pero ya sabía por dónde debía seguir.

«Kevin se queja continuamente de los aranceles».

Aprovechando que aún estaba conectada al sistema de Cross Tecnologics, busqué las últimas declaraciones de impuestos aduaneros, y las cifras saltaron ante mis ojos como si estuvieran rodeadas por flechas de neón. Aun así, las comparé con las declaraciones que

constaban en el IRS, las que el propio Kevin nos había facilitado, y las cantidades eran mucho más bajas.

—¿Qué mierda es esto? —grité, empujando la silla hacia atrás para alejarme, como si mi portátil escupiese fuego por la pantalla.

No sé por qué me afectó tanto, estaba segura de que esa era una de las fisuras por las que se resentía la economía de la empresa, pero tener pruebas de ello… Mi mente voló hacia Aaron, en lo duro que había trabajado para mantener vivo el legado de su padre mientras Kevin lo estaba dinamitando.

«La contabilidad es competencia de Kevin.»

Ya no había duda. Le había hecho creer que los aranceles eran desorbitados y, sin embargo, ese dinero no había ido a parar al Departamento del Tesoro, sino al bolsillo de Kevin.

No. No solo al de Kevin.

Era el momento de llamar a mi padre.

Un tono. Dos tonos. Traté de calmarme. Tenía que plantearle la situación de forma que quisiera escucharme.

—Violet.

—Papá…

—¿Cómo va ese asunto de la indemnización en Cross Tecnologics? —me preguntó. Sin duda, Alexander Harrington era de piñón fijo—. Ya deberías haber…

—Papá —lo interrumpí—. Necesito tu ayuda.

—Maldición, Violet, estás complicando una operación que era de lo más sencillo. Le pediré a Banks que…

—No —negué con rapidez—. Esto debe quedar entre tú y yo.

—¿Qué narices te pasa? ¿Te has vuelto a meter en problemas? —me cuestionó, pero no como un padre que está preocupado por su hija, sino por uno que cree que su hija es un grano en el culo. Estuve a punto de colgar, pero pensé en Aaron, y decidí tragar.

—No estoy en problemas —le contesté, intentando que no sonase a reproche, sin contar que los nervios me estaban consumiendo—. Pero es un asunto muy serio del que no quisiera hablar por teléfono.

—Tengo una reunión dentro de media hora —me informó, como si fuera uno de sus clientes—. Tendrás que esperar a esta tarde.

Suspiré. No sabía por qué —aún—, pero sentía que no contaba con ese tiempo.

—No puedo esperar tanto. Por favor, papá, es importante —añadí, aunque sospechaba que mis palabras caerían en saco roto.

—Mi agenda no depende de tus caprichos…

—Papá, escúchame, ¡te lo estoy rogando! —Me tembló la voz, y él guardó silencio.

—Violet, si esta es una de tus excentricidades…

—Si resulta serlo, me haré cargo de tu empresa el resto de mi vida —fue mi apuesta.

Lo escuché blasfemar. Me estaba tomando en serio.

—Aún estoy en casa. Sale un avión dentro de una hora. —Su tono ya no era duro, era apenas un susurro.

—Nos veremos en dos. Gracias, papá —le dije antes de colgar.

Llamé a un taxi. Guardé el portátil y todos los documentos en un minuto y me vestí en tres. Malditas medias… Ya me maquillaría en el avión. Apenas había podido recoger el desastre que dejaba tras de mí cuando el taxista me llamó para avisarme de que me esperaba en la puerta. Y, mientras tanto, en lo único en lo que podía pensar era en cómo explicarle a Aaron mi ausencia

tan repentina, sin traicionar a la verdad ni a él.



Capítulo 23



Conduje el trayecto hacia la empresa en piloto automático. Los analgésicos habían hecho su efecto, pero me sentía en una especie de limbo que me desestabilizaba. Si daba un paso al frente, me topaba de bruces con Kevin, pero si lo daba hacia atrás, encontraría los brazos de Violet. Y yo me empecinaba en continuar caminando hacia delante.

Aparqué en el sitio que tenía reservado. La plaza para el coche de mi hermano estaba vacía, aún no había llegado, lo que me daba cierta tregua. Antes de salir, recibí un mensaje. Era de Violet. Navegando por nuestro sistema, había encontrado la primera fotografía que constaba en mi ficha de recursos humanos.

Le respondí al instante, y su réplica me hizo reír. Miré por la ventanilla. Si alguien me hubiera visto, habría pensado que estaba loco. Y en cierto modo lo estaba. Estaba loco por Violet Harrington.

Me dirigí al edificio de administración. Saludé a Laurel al pasar por recepción y me fui directo hacia mi despacho. Pese a todo, me había empeñado en cumplir con los últimos pedidos realizados por nuestros clientes. Además, haberme tomado el día anterior libre había llenado mi correo electrónico. La mayoría era paja, pero me pasé un buen rato revisando y respondiendo los que sí eran importantes. Luego, decidí hacer una pausa. Me recliné en mi asiento, con el teléfono en la mano y comencé a revisar las fotografías que había hecho el día anterior, deteniéndome, por supuesto, en las que aparecía Violet. Era tan bonita… Me gustaba todo de ella. Sus grandes ojos, su sonrisa, su corazón… sobre todo su corazón, ese que había aceptado el mío pese a todo.

—Te invito a un café si me cuentas por qué sonríes como un idiota. —Escuché la voz de Max en la puerta y yo di un respingo.

—Tú sí que eres idiota —me quejé—. Casi me da un infarto.

—Eso es porque te he pillado in fraganti —insistió—. Mejor te invito a una tila.

—¿No tienes trabajo que hacer en esta empresa al borde de la quiebra? —bromeé, porque ya me estaba poniendo en pie.

—Creo que puede esperar —me respondió, encogiéndose de hombros. A mí se me encogió el estómago.

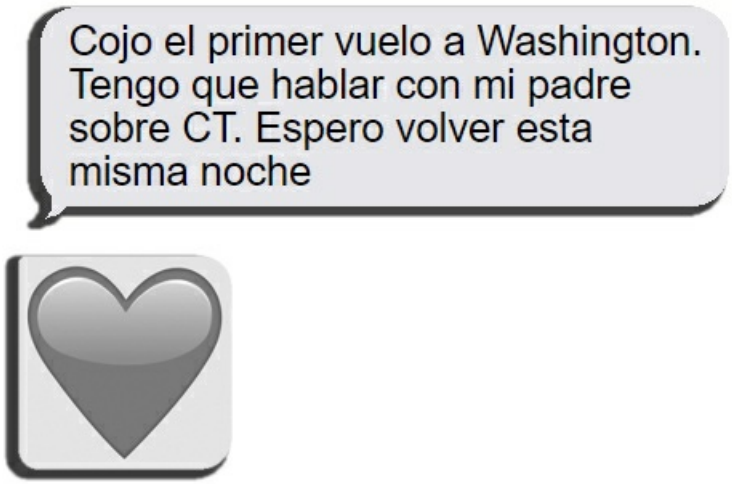
Maldita culpabilidad.

Ya en la cafetería, Max se pidió un café, pero yo opté por una botella de agua. Más cafeína a mi sistema no era conveniente ni para mis nervios ni para esa jaqueca que amenazaba con volver.

—¿Eso significa que estás dispuesto a soportar mi interrogatorio? —apuntó Max ante mi

elección.

No respondí. En ese momento, saltó una notificación en mi teléfono. Era un mensaje de Violet. Sonreí.



Mi sonrisa se esfumó. Había añadido un corazón al final del mensaje, sí, pero de igual forma aquel texto me daba mala espina. Demasiado escueto, escrito como con prisa, y que tuviera que hablar con su padre, en persona, sobre Cross Tecnologics solo podía significar problemas para ella.

La llamé de inmediato para decirle que renunciara también a la idea de la indemnización, pero tenía el teléfono apagado. Ya debía de estar volando.

—¿Sucede algo? —me preguntó Max, y yo negué con la cabeza, tras lo que le hice una señal para que caminase delante.

A esas horas, aún no había mucha gente en la cafetería —no éramos negreros, por insistencia mía, los trabajadores podían permitirse descansos para comer algo o tomarse un café, lo que en su día mejoró el nivel de producción—, pero Max me había guiado hasta una de las mesas más apartadas y, por tanto, menos ruidosa, cosa que agradecí.

—Dispara —me dijo en cuanto se sentó frente a mí—. Y no te atrevas a negarlo. ¿Es Violet? —preguntó en tono guasón.

Asentí con la cabeza, y pensar en ella provocó que el corazón me diera un vuelco que debió de reflejarse en mi cara porque Max se echó a reír.

—Perdóname, es que nunca te había visto así.

—Nunca me había sentido así —no temí reconocer.

—Pues, ya iba siendo hora. —Me palmeó el brazo en un gesto de afecto—. Entonces, ¿esa cara de funeral? Las ojeras van a llegarte al suelo.

Me pasé las manos por la cara. Me iba a meter en la mierda.

—Tengo algo que contarte…

Porque lo más lógico era no abrir la boca, ¿qué sentido tenía? Y utilidad menos aún. Pero imaginaba que se desataría el Apocalipsis en cuanto Kevin se enterase de que no se daría su tan soñada inyección de capital, y prefería que Max se enterase por mí.

—Déjame recapitular —dijo cuando finalicé mi relato minutos después—. Cuando conociste a Violet en París, casualidades de la vida, no sabías que era la hija de Alexander Harrington —comenzó a enumerar—. El lumbreras de tu hermano, al darse cuenta del percal, te

exigió que la sedujeras para que su padre salvase Cross Tecnologics, y tú me estás pidiendo perdón por no querer pasar por el aro.

La versión reducida de mi extenso discurso sonaba bastante mal, aunque la realidad era bastante peor.

—Y por rechazar la propuesta de Violet —le recordé, para hundirme más en el fango.

—A cambio de aumentar la cifra de nuestra indemnización.

Sí, sonaba como el culo…

—Lo siento, Max…

—Y vuelves a disculparte.

—Sé que la idea de Violet habría sido una solución, pero…

—Sí, habría sido de puta madre si Kevin desapareciera y no siguiera dispuesto a joderte la vida. —Me envaré en la silla al escucharlo—. Porque de haber aceptado el ofrecimiento de Violet, os la jodería a los dos, ¿a que sí? —añadió con sonsonete—. Adiós a tus proyectos con la alcaldesa.

Clavé los codos en la mesa y apoyé la cabeza en mis manos. Sentía náuseas. Debería tranquilizarme que Max lo viera tan claro como yo, pero seguía regodeándome en mis remordimientos.

—Esa inversión podría salvar vuestros puestos de trabajo —murmuré mortificado.

—Olvídate de eso. Es tan probable como que robéis la Reserva Federal para conseguir la pasta que mantenga esto a flote.

—Venga ya…

—Para mí están al mismo nivel —afirmó, cruzándose de brazos—. Joder, sé egoísta por una vez en tu vida y libérate.

—Llamarlo egoísmo cuando tengo a más de mil personas a mi cargo es quedarse corto.

—No somos tu responsabilidad —me aleccionó, y yo negué con la cabeza.

—Soy el dueño de la empresa, vuestro jefe. Para el caso…

—Solo del cincuenta por ciento —remarcó—. Y eso no significa que nuestra vida valga más que la tuya. ¿Has mirado a tu alrededor? ¿Ves revueltas, manifestaciones con pancartas en la puerta, algún amago de suicidio?

—No me jodas, Max…

—Nadie te culpa, y tampoco lo harán porque quieras escapar de tu infierno personal. ¡No tienes que sacrificarte por nosotros! —insistió, y yo cada vez me hacía más pequeño ante semejante rapapolvo—. Lo aceptamos, Aaron. Hemos tenido tiempo de sobra para hacernos a la idea. A quien le preguntes, ya tiene ideado un plan. Jubilación anticipada. Un año sabático, o dos… ¿Te negarías a firmar cartas de recomendación a quien quisiera añadirla en su currículum?

—¡Claro que no! —aseveré—. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Exacto, porque ya no puedes hacer más —añadió para terminar de rematarme—. Has tomado la decisión correcta. Deja de culparte, oblígate a no hacerlo. Aquí y aquí. —Se señaló la cabeza y el pecho—. No somos críos desamparados. Todos tenemos un techo bajo el que cobijarnos. Tu padre ya se encargó de eso —me recordó, y una punzada dolorosa se me clavó en el corazón.

—Si pudiera ver en lo que se han convertido todos sus años de esfuerzo…

—También vería que tu medio hermano sigue amargándote la vida. ¿Crees que él querría esto para ti? Él luchó por tu madre, pese a que lo tenía todo en contra, así que voy a decirte lo que estoy convencido de que te diría él. Coge a la chica y lárgate de aquí. Si sabiendo lo que sabe, Violet no ha salido corriendo, debe de estar coladita por ti.

Resoplé abatido a pesar de que las palabras de Max deberían reconfortarme. Pero, si algo tenía claro era que estaba enamorado de ella y que no quería perderla.

—Qué hijo de puta —masculló entonces, y yo lo miré extrañado—. Con razón ayer estaba tan pletórico, eufórico, más bien. Hasta le dio la tarde libre a Susie.

Susie era la asistente personal de Kevin, aunque su relación con ella no se acercaba, ni de lejos, a la que yo tenía con Max. Jamás compartiría con ella un café. Por eso, que le hubiera dado la tarde libre era digno de mención.

—Lo considera un hecho —afirmé. Hasta tal punto creía que me tenía sometido.

Sin embargo, aunque una parte de mí seguía rebelándose, cada vez estaba más convencido de que, tal y como había dicho Max, había tomado la decisión correcta.

—Pues me encantaría verle la cara cuando se entere de que no —exclamó, y ambos nos echamos a reír—. Ha sido un placer trabajar contigo, Aaron —añadió aún sonriendo, y sus palabras me provocaron un nudo en la garganta.

—Lo mismo digo —afirmé, temiendo que me fallara la voz.

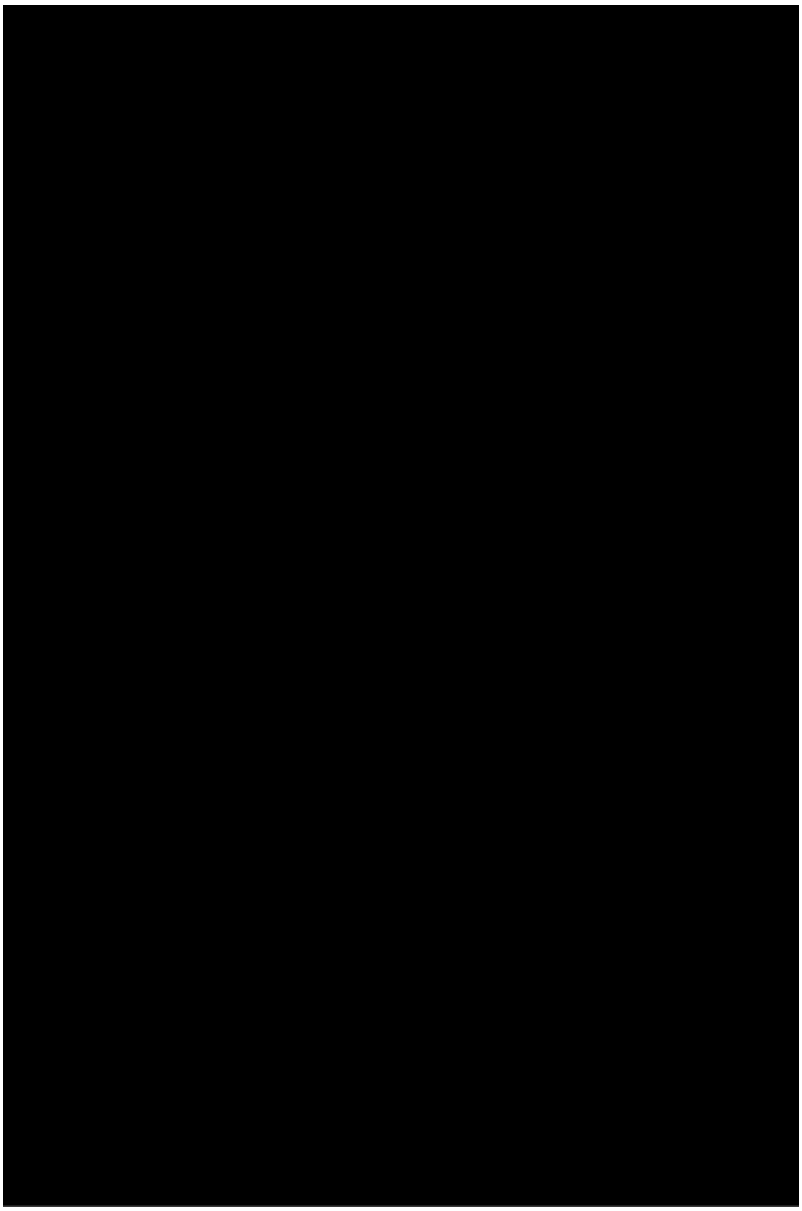
—No te pongas sentimental —bromeó—. Aún es tuyo el puesto de padrino de mi primer hijo —agregó, y ambos estallamos en carcajadas—. Oh. Mierda —farfulló de pronto, bajando la voz.

—¿Qué…?

Miraba por encima de mi hombro, así que me giré.

Kevin acababa de detenerse detrás de mí, con cara de pocos amigos.

—¿Vas a explicarme de una puta vez qué pasa con Violet?



Capítulo 24

Debías admitir que al principio no las tenías todas contigo. Que el lunes Violet se presentase en la empresa y la actitud de Aaron tan fuera de lugar te hicieron sospechar que algo no marchaba bien. Tenías la sensación de que apretar a Aaron no había funcionado. Parecía que el muy gusano se te escurría de entre los dedos, aunque quisiera hacerte creer lo contrario. ¿Cómo se atrevía? ¿De dónde habría sacado los cojones para desafiarte? Seguro que era culpa de Violet. Era evidente que te habían tomado el pelo y ya se habían liado. Esa mujer… Era una mala influencia para él. Si supiera lo que se le venía encima… a ambos, porque ibas a llevártelos a los dos por delante.

Sin embargo, habías decidido darle cancha, un pequeño voto de confianza. ¿De qué le servía un cociente intelectual que se salía de la gráfica, sino para darse cuenta de lo que le convenía? Tonterías… En realidad, Aaron era débil y maleable, lo había sido toda su vida, siempre lo habías manejado a tu antojo, y en esta ocasión no iba a ser diferente.

Después de tu toque de atención, la cena del martes de la Cámara de Comercio había ido bien; Billy apenas había tenido que intervenir para hacer que Aaron saltara. El miércoles seguro que se habían pasado el día follando como locos. Para que el jueves Violet llamara a su papaíto y le pidiera, o mejor, le rogara que ayudara a su novio a salir de la ruina.

Eso es lo que esperabas escuchar en esa llamada. Sí, Violet volaba a Washington porque quería hablar con su padre. Lo entendías, un tema de tal calibre era mejor tratarlo en persona. De hecho, el viejo había cancelado toda su agenda de la mañana. Sin embargo, que no hubiera dudado en dejar fuera a su abogado, añadiendo además que no lo molestara, ya no os gustó a ninguno de los dos.

En realidad, un buen motivo era que Violet no quisiera público para engatusar a su padre. Pero, entonces, ¿por qué Aaron no te había puesto al tanto de que lo había conseguido? Cierto, él había llegado a la empresa antes que tú, ¡pero para eso estaban los teléfonos móviles! Te debería haber esperado en tu oficina para informarte en cuanto llegaras, y en cambio, no. Según Susie, se había marchado a la cafetería con Max. ¿Pretendía contárselo a su asistente antes que a ti? ¿O en realidad había algo más? ¿Y si el motivo por el que Violet se había marchado era otro?

Había llegado el momento de dejarle claro a Aaron que eras tú quien tenía la sartén por el mango. Jamás habías consentido que se riera de ti, y esa no iba a ser la primera vez.



Capítulo 25



Nada más aterrizar, me dirigí a la salida del aeropuerto. Solo llevaba mi maletín, no había facturado equipaje. Si se complicaba el asunto más de lo que ya estaba, en mi casa tenía todo lo que podía necesitar, pero mi intención era regresar a Albany ese mismo día.

Con Aaron.

Encendí el teléfono y tenía una llamada perdida suya. Estaba segura de que me había salido el tiro por la culata con mi mensaje críptico y se había preocupado más de la cuenta. Preferí no devolverle la llamada. Quizás era un error, pero no sabía qué decirle sin mentirle, y la verdad tampoco era de las que se podían soltar a bocajarro y sin tener pruebas fehacientes de lo que estaba sucediendo. Aún no tenía muy claro lo que estaba sucediendo.

Al aproximarme a la puerta de salida me detuve en seco.

—Buenos días, señorita Harrington.

El chófer de mi padre me estaba esperando.

—Buenos días —lo saludé.

Tampoco era tan extraño, pero estaba llegando a un punto en el que no sabía qué pensar.

Hicimos el viaje en silencio. Por costumbre de mi padre, en la radio estaba sintonizada una emisora dedicada a las últimas noticias en el ámbito financiero. Yo me concentré en el paisaje que podía ver a través de la ventanilla. Qué distinto a Albany… Washington D.C. se me antojó aún más frío y gris. Metal, vidrio y hormigón. Albany, en cambio, era color y calidez. Era los brazos de Aaron.

El chófer me dejó en la puerta de nuestro edificio y, tras el saludo casi ceremonial del portero, me dirigí al ascensor para subir al ático.

Me recibió Conchita.

—Buenos días, señorita. Su padre la espera en su despacho.

Me pareció que no estaba tan tensa como cuando la conocí días atrás. Apenas me había relacionado con ella por lo que dudaba que hubiera cambiado el concepto que tenía de mí, pero quizá mi padre ya no se mostraba tan huraño ni se quejaba continuamente de la díscola de su hija.

Al entrar, lo encontré en su escritorio, trabajando en su ordenador. En cuanto me vio, dejó sus gafas en la mesa, se levantó y se acercó. Me pareció que me estudiaba de pies a cabeza, como una especie de escaneo rápido con el que comprobar que estaba bien. No quise hacerme ilusiones, aunque después se inclinó para darme un beso rápido en la mejilla.

Inaudito.

—Gra… Gracias por mandar al chófer —me sorprendí diciendo.

Estiró los labios en lo que podría haber sido una sonrisa y me invitó a sentarme en la butaca situada frente a él.

—Tú dirás.

—Ni siquiera sé cómo empezar para que le veas el sentido, así que comenzaré por el principio —decidí—. ¿Sabías que Banks nació en Albany?

A mi padre se le demudó el rostro, aunque mantuvo el tipo. Lo esperaba, tenía en gran estima a su perrito faldero.

—¿Me has hecho cancelar una reunión importante para hablarme de mi abogado? —me espetó.

—Lo cierto es que sí —afirmé sin amedrentarme. No había volado hasta allí y montado todo aquel cirio para rajarme.

—¿Banks es ese gran problema tuyo que no has querido contarme por teléfono? —insistió.

Yo preferí no responder y saqué mi portátil del maletín. Una imagen vale más que mil palabras, y las mías aún tenían menos valor para Alexander Harrington.

Durante mi hora de vuelo, me había conectado al servicio de Wi-Fi del avión para intentar atar más cabos, sobre todo en la primera línea de mis argumentos. Si perdía la atención de mi padre al principio, iba a ser difícil que quisiera seguir escuchándome.

Accedí a uno de los documentos que quería mostrarle y giré ligeramente la pantalla.

—¿Un anuario de universidad? —inquirió con cierta mofa.

—De la Escuela de Derecho de Albany—afirmé, tratando de sonar segura—. Tiene más pelo, pero imagino que lo reconocerás —añadí, agrandando la imagen de un jovencísimo Jeremy Banks—. Y mira a quién tenemos un par de ruedas de ratón más abajo. Kevin Cross.

—¿Kevin Cross? —exclamó, inclinándose hacia adelante para acercarse a la pantalla—. ¿Es el mismo Kevin Cross que…?

—En efecto, el copropietario de Cross Tecnologics —le confirmé—. Inició sus estudios de Derecho, aunque finalmente se decantó por la Economía. Coincidieron solo un año, pero hicieron buenas migas. —Le mostré entonces otra fotografía del periódico de la facultad—. Incluso jugaron juntos en el equipo de béisbol.

—No entiendo a dónde quieres llegar —refunfuñó—. De eso hace… ¿Cuánto? ¿Quince años? Quizá su relación no terminó en buenos términos —alegó escéptico.

—¿Uno le robó la chica al otro y decidieron dejar de hablarse? —me mofé—. Vamos, papá, me extraña viniendo de ti.

—¿Eso qué significa? —inquirió a la defensiva.

—A que tu olfato siempre ha ido por delante. ¿No te parece extraño que Banks conociera a Kevin Cross y no lo haya mencionado? En la reunión se comportaron como perfectos extraños. Y te garantizo que no lo son.

Era el momento de sacar los extractos telefónicos de Kevin. Mi padre volvió a ponerse las gafas y se inclinó hacia adelante.

—Este es… —Señalé la pantalla, pero él me interrumpió con un gesto de su mano.

—Conozco el número de teléfono de mi abogado —masculló. Dejó escapar el aire por la nariz. Comenzaba a estar molesto—. ¿Desde cuándo?

—He consultado las facturas del último año. Hay varias llamadas todos los meses —le confirmé—. Y dudo que tenga que ver con tu interés por su empresa.

—El interés no era mío, sino de Banks —me aclaró entonces, y yo no sabía muy bien cómo encajar aquella información.

—Entonces… No me cuadra —tuve que admitir, desinflándome contra la butaca.

—¿A qué te refieres? —preguntó con inesperado interés.

—La quiebra de la empresa la ha ocasionado el propio Kevin Cross. Un desfalco en toda regla —añadí.

—¿Cómo dices?

Entonces, le mostré las declaraciones de impuestos arancelarios. Las que tenían los números inflados y las verdaderas, las que estaban selladas por el IRS.

—Las falsas forman parte de la contabilidad de la empresa. Hace creer que paga una fortuna en impuestos cuando no es cierto. Evidentemente, él se embolsa el resto, y estaba segura de que Banks estaba en el ajo —admití, decepcionada—. Pero es absurdo que él mismo provoque que se cierre el chiringuito, cargándose a la gallina de los huevos de oro.

—Un discurso muy formal, sí, señor —me riñó como si aún fuera una cría—. Me maravilla la forma en la que os expresáis los jóvenes hoy en día. —Negó con la cabeza—. Para tu información, muchas de las empresas que han pasado por mis manos, justamente habían ido a la quiebra por este motivo —señaló, para hundirme más en la miseria—. Este no es el primer Kevin Cross con el que me encuentro. Aunque sigo sin entender por qué crees que Banks es su cómplice.

—Porque las fechas de las llamadas coinciden con las de las declaraciones —le expliqué, aún abatida.

Mi padre clavó los codos en la mesa y cerró ambas manos en un puño, sobre el que apoyó la barbilla, pensativo. Mientras que yo, en lo único que pensaba era en que acababa de cavar mi propia tumba e iba a tener que ponerme al frente de Harrington Investments. De por vida.

—Espera un momento… ¿Cómo has conseguido todos esos documentos? —inquirió de pronto, ceñudo.

—Tengo acceso al sistema de Cross Tecnologics. Aaron Cross me facilitó las claves. —Las tecleé en mi ordenador y, una vez dentro, le mostré la pantalla del portátil.

—¿El otro propietario te da acceso para que descubras que están desviando fondos? —espetó, incrédulo.

—No, Aaron no sabe nada de esto —alegué con, tal vez, demasiada vehemencia, y mi padre enarcó las cejas.

—¿Qué hay entre ese joven y tú?

Sé que me sonrojé hasta la raíz del cabello, tenía las mejillas ardiendo, así que traté de mantener el tipo.

—Kevin es quien se encarga de la contabilidad y no permite que su hermano se inmiscuya en su trabajo —ignoré su pregunta deliberadamente.

—¿Acaso es ciego? —se mofó.

—Más bien, un títere en sus manos —repliqué. Me dolió hablar así de Aaron, pero mi discurso, tal y como lo llamaba mi padre, tenía que ser efectivo si quería que me siguiera escuchando—. Hasta el punto de que Kevin pretendía que me convenciera para que, en lugar de finiquitar la empresa, invirtieras en ella y, así, salvarla.

La risotada de mi padre resonó en todo el puñetero ático. Lo perdía. No tardaría ni cinco segundos en despacharme.

—¿Convencerte, cómo?

Y mi silencio se convirtió en la mayor de las evidencias. En realidad, fue un alivio que mi padre no necesitara que ahondara en el tema y me ahorrase el mal rato. Pero sabía que me había hecho la cruz. Una vez más.

—Ahora lo comprendo. —Me estudió de arriba abajo. Y aquel desdén suyo… Lo esperaba, pero seguía doliendo—. Sí que te ha convencido y te has inventado todo este cuento de Banks para…

—¡No! —exclamé—. Aaron no quiere que inviertas. Incluso monté un proyecto de reestructuración de la empresa que pensaba presentarte, pero ni siquiera me permitió terminar de explicárselo. Prefiere que la empresa se vaya al infierno.

—¿Por qué? —preguntó receloso.

—Es… —titubeé—. No quiere ninguna vinculación con su hermano. Es una larga historia, y muy personal, además —añadí cuando chasqueó la lengua con incredulidad—Créeme, Kevin Cross es un monstruo.

Mi padre volvió a echarse a reír.

—Y estoy segura de que Banks tiene algún tipo de relación con el desfalco de su empresa —insistí. Estaba clarísimo. ¿Cómo no lo veía?—. ¿Cuál es el motivo de las llamadas si no? Justo en esas fechas.

Era una tonta, ¡una estúpida! No pude evitarlo, se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Cómo había podido pensar en la posibilidad de que me creyera? Mi padre tenía en mayor estima a su abogado que a mí.

—Violet… —lo escuché resoplar. ¿Se iba a poner en plan condescendiente?

—Hay algo turbio, ¡estoy segura! —insistí—. Y va más allá de una desviación de fondos. ¿Por qué hablaron la noche que a mí me detuvieron en París? ¡No puede ser una casualidad!

Noté que mi padre se tensaba. Había recostado la espalda en la butaca, y se agarró de uno de los brazos, con fuerza.

—Explícate —me ordenó en tono duro.

—¡No puedo, papá! —exclamé, exasperada—. ¡No lo entiendo! ¿Qué interés podría tener Banks en destruir una empresa que le reporta beneficios? Y dejando a su hermana sin trabajo, además.

—¿Su hermana? —preguntó con curiosidad. Y yo, pese a darlo todo por perdido, busqué la ficha de Millie.

—Emily Biggs —leyó mi padre en voz alta.

—Oh, un momento.

Y le mostré entonces la antigua ficha, la de una jovencísima Emily Banks.

—Joder…

Entendí su reacción al poder comparar las dos fotografías. Los años no habían sido benévolos con ella. Su delgadez remarcaba sus pómulos huesudos y sus facciones endurecidas y angulosas, muy distintas de la Millie de antaño, cuyo parecido con Remy —Jeremy— era irrefutable. Aun así, abrí otra carpeta que contenía fotografías y varias capturas de pantalla.

—Tu abogado es muy discreto en cuanto a redes sociales. Ella no tanto, pero he tenido que remontarme a muchos años atrás.

—Hermanos… —murmuró.

Entonces, mi padre volvió a maximizar la ventana con la ficha actualizada de Millie.

—Licenciada en Química. Aquí indica que es la jefa del laboratorio, claro —dijo, como si aquella información fuera el testimonio del origen de la humanidad.

—¿Has visto algo que yo no? —le pregunté, ansiosa.

—Creo que es evidente —se jactó.

—Ilumíname, papá, por favor.

—No, mejor aclárame tú a mí por qué Kevin confiaba en que su hermano te engatusaría

para que me convencieras de invertir en su empresa.

Tomé aire. Vale, aquello no iba a ser fácil.

—Conocí a Aaron en París, estaban celebrando la despedida de soltero de Kevin —comencé a explicarle de forma atropellada e intentando que el momento más especial de toda mi vida se convirtiera en un hecho gris y frío—. Yo había salido del local a tomar aire. Comenzamos a hablar y… —ahí venía— me besó.

—¡Demonios, Violet! —me gritó con aire moralista.

—¿Puedes no juzgarme por una vez en tu vida? —le exigí, alzando la voz y, para mi asombro, acallé al poderoso Alexander Harrington—. Te repito que solo fue un beso, apenas sabíamos nuestro nombre, sin teléfonos ni la posibilidad de volvernos a ver. ¡Nada! Yo no sabía que tenías la mira puesta en su empresa ni él que yo era tu hija. Me besó y se fue. Y cinco minutos después estaba metida en un coche de la gendarmería.

Mi padre me observó, pensativo. No sabía si estaba pensando en enviarme a una clínica para tratar la ninfomanía o si había prestado atención a mis palabras.

—Entonces… ¿Kevin también te conocía? —inquirió. Me sorprendió. Me había prestado atención.

—Me vio aquella noche —le confirmé—, pero en la reunión no dio muestras de reconocerme —añadí, rememorando aquella cena—. Lo cierto es que no le di importancia. La calle no estaba muy bien iluminada, mi aspecto era distinto… —apunté hacia mi pelo, antaño de color rosa—. Pero Aaron me confirmó que sí, y que nos vio besándonos. Y por eso, quería que él… —Me señalé con un dedo y luego a él.

—Te sedujera —pronunció finalmente. Y yo asentí tras tragar saliva. Qué mal sonaba—. ¿Y aún no lo ves claro? Violet, Banks no quiere cargarse la gallina de los huevos de oro.



Capítulo 26



Kevin me obligó a acompañarlo a su despacho. Fue bastante sutil en su petición, pero era evidente que no iba a aceptar un no por respuesta. En realidad, aquel interrogatorio estaba dentro de mi orden del día, y yo ya estaba decidido a enfrentarlo. Pensé en Violet, no iba a estar de acuerdo en mi forma de proceder, y sentí una punzada de preocupación ante su repentino viaje a Washington. Temía que la situación complicase su relación con su padre, pero, al menos, estaba fuera del alcance de Kevin.

Al llegar al despacho, mi hermano me hizo un gesto para que cerrara la puerta. No se sentó. Apoyó la espalda en su escritorio, cruzado de brazos, mirándome, mientras que yo me quedaba plantado en mitad de la estancia como un pasmarote. Iba a ser duro. Le faltaba un foco de luz directo a mi cara para un tercer grado en toda regla. No sabía qué hacer con las manos, así que las metí en los bolsillos de mi pantalón. Mi actitud habría podido parecer desidiosa si no hubiera estado acojonado, y Kevin me conocía demasiado bien como para no saberlo. Creo que era como un animal de presa, capaz de olfatear el miedo.

—¿Me puedes explicar por qué Violet va camino de Washington?

Directo al degüello.

—Porque su padre está enfermo —le mentí. No sé por qué solté esa chorrada, pero me pareció una buena excusa. De pronto, me tensé—. ¿Y cómo coño sabes que Violet está en Washington?

Se la sudó mi acusación. De hecho, se sonrió, orgulloso.

—De la misma forma que sé que Harrington no está enfermo —se jactó—. ¿Ha ido a hablar con él sobre nuestra empresa? —me tanteó—. ¿Va a proponerle que invierta en nuestra empresa?

Podría haberle dicho que sí, para evitarme el interrogatorio y apaciguar a Kevin. Y al día siguiente, Violet y yo lo enfrentaríamos juntos, tal y como ella me había propuesto. Pero temía que Violet hubiera cambiado de idea, que hubiera decidido hablar con su padre para tratar de convencerlo de que invirtiera en Cross Tecnologics. Me preocupaba y dolía a partes iguales que hubiera considerado que esa solución era lo mejor para nosotros, para mí, a pesar de todos mis esfuerzos por demostrarle lo contrario.

Y eso me dio aún más fuerza para dar aquel paso que ya me había planteado dar.

—No —respondí con firmeza, incluso alcé la barbilla con cierto gozo al ver el devastador efecto que habían causado esas dos simples letras en mi hermano. Había palidecido, y se le había transformado el rostro en una máscara dura y amenazante.

—No —repitió, como si no me hubiera entendido—. Si estás intentando tocarme los

cojones…

—En absoluto —respondí, envalentonado—. Es un simple intercambio de información.

—Pues explícamelo mejor, *listillo* —me espetó, inyectando desprecio a aquel apelativo que solía arrojar sobre mí cuando amenazaba con tomarle la delantera. Como si yo tuviera algún interés en hacerlo. Simplemente…

—Es muy sencillo —remarqué, porque eso sí le tocaba los huevos, que se sintiera como un imbécil si yo tenía ante mis ojos una respuesta que él no alcanzaba a ver—. Mañana por la noche, cuando nos reunamos con Violet y su abogado, la oferta que habrá sobre la mesa será la misma que la del viernes pasado. Quizá, con un poco de suerte, conseguimos aumentar la indemnización a los trabajadores.

—¿Conseguimos, quiénes? —Alzó la voz—. ¿Violet y tú? Me has engañado desde el principio —me acusó, mirándome de arriba abajo con inquina—. Yo pidiéndote que te la follaras cuando ya te la estabas trajinando.

—¡Eso no es cierto! —exclamé.

—¿Por qué la llevaste al partido? ¿Por qué la invitaste a la cena de la Cámara de Comercio? —me exigió saber.

—¡Lo hice porque quería estar con ella! —repliqué—. Y para darte carnaza y que nos dejaras en paz.

—Maldito gilipollas… —se acercó un paso y yo me tensé—. Pagarás muy caro no haberme obedecido.

—¿Obedecerte? —Fue mi turno de alzar la voz—. ¿Quién te crees que eres?

—Quien va a destruirte si no consigo lo que quiero —me respondió con los dientes apretados y arrojando chispas de rabia por los ojos.

—Hazlo —lo desafié—. Ya no te tengo miedo, Kevin. Si quieres, te paso el número directo de la alcaldesa. Me da igual que intentes joderme. No tengo nada que perder.

—¿Y Violet? —inquirió con sonrisa ladina. Era maquiavélico. Kevin soltó una risotada burlona—. ¿Te has enamorado, hermanito? ¿Qué pensará cuando le cuente…?

—Violet lo sabe todo.

Tal vez había sacado ese as de debajo de la manga demasiado pronto, pero ya estaba hecho.

—¿Qué quieres decir con todo? —preguntó, escéptico.

—Sabe que me amenazaste, que me pediste que la convenciera para que su padre salvase la empresa. Y, sin proponérmelo, lo conseguí —añadí, mientras una repentina emoción hizo que la voz me fallara. Porque Violet lo había hecho por mí, porque me quería—. En apenas un día ideó una reestructuración que habría colocado a Cross Tecnologics en la vanguardia —proseguí, y los ojos de Kevin se abrieron como platos—. Pero me negué. No habrá inversión. Nunca la aceptaré.

—Hijo de puta —siseó entonces.

Con dos zancadas se plantó frente a mí y me agarró de la pechera de la camisa, pero yo lo empujé para deshacerme de él, con tanta fuerza que dio con el costado en su escritorio.

Yo apreté los puños, con la respiración agitada, aunque preparado. No sería la primera vez que llegábamos a las manos. Sin embargo, no volvió a acercarse.

—La has cagado, Aaron —me sentenció, irguiéndose lentamente—. No deberías haberte entrometido en mi camino. Aún puedo joderte.

Lo admito. Me acojoné vivo. Porque sabía que no iba de farol.

Entonces, sacó su teléfono y marcó.

—Mi hermano se ha pasado de listo. Se lo ha contado todo a Violet —masculló—. Pasamos al plan B —le dijo a su interlocutor—. Asegúrate de que ha entendido el mensaje.

Y colgó.

—¿Con quién hablas? ¿Qué vas a hacer? —le grité.

—Cállate —me ordenó, fulminándome con la mirada.

Acto seguido, rodeó su escritorio y comenzó a rebuscar en un cajón hasta que sacó una tarjeta de visita.

—Sabía que en algún momento me vendría bien —se jactó, enseñándomela. Era la tarjeta que Violet le entregó el día de la cena—. Seguro que esto le va a encantar —añadió, sonriendo de oreja a oreja—. Ya está —anunció satisfecho, mirando la pantalla—. Oh, qué desconsiderado. Espera —se mofó.

Al instante, llegó un mensaje a mi teléfono.

—Échale un vistazo y me dices qué te parece —me animó al verme dudar.

Porque no quería verlo. De él, cabría esperar cualquier cosa que mi mente no habría alcanzado a imaginar. Y no me equivocaba.

Era una fotografía, en la que aparecía yo, tumbado en una cama. Estaba vestido, pero una mujer estaba sentada a horcajadas sobre mis piernas. Mientras ella me masturbaba.

Una mujer con el pelo rosa. Violet.



Capítulo 27



Durante varios minutos, lo único que se escuchaba en el despacho eran las teclas de mi portátil a merced de las manos de mi padre. Aquello era tomar las riendas y lo demás tonterías. Nunca lo había visto en plena acción, y en esa ocasión se estaba empleando a fondo.

—Violet, Banks no quiere cargarse la gallina de los huevos de oro —me había dicho con sorprendente seguridad—. Todo esto es una tapadera.

—La empresa existe —alegué, ceñuda—. Yo he estado en las instalaciones de Cross Tec…

—No me refiero a eso —sacudió las manos—, sino a la quiebra de la empresa. Cómo no me di cuenta —farfulló—. Me parecía raro que nuestra competencia aún no se hubiera interesado por ellos, y Banks alegó que contaba con información privilegiada. Maldito…

—¿No crees que están al borde del cierre? —le cuestioné con asombro.

—Sí lo están, aunque no es a causa de una mala gestión como pretenden aparentar. Sospecho el tipo de negocios sucios en los que están metidos, y tienen problemas, necesitan liquidez, por eso precisan de una inyección de capital —me explicó—. Violet…

No sé por qué sabía lo que me iba a preguntar, pero esperé y lo dejé hablar.

—¿Estás segura de que ese muchacho, Aaron, no tiene nada que ver?

Me sorprendió que su tono no resultara severo, más bien parecía preocupado, por mí, una novedad que me sacudió. Tomé aire antes de hablar.

—Papá, confío en Aaron plenamente. Sí —proseguí antes de que me interrumpiera—, admito que estoy enamorada de él, pero estoy segura de que él no sabe de los tejemanejes de su hermano. —Suspiré llena de impotencia. ¿Cómo explicarle algo que iba más allá de los datos, las gráficas y las cuentas bancarias?—. Yo… Si lo conocieras…

—Está bien —me cortó—. Si tú lo consideras así, le daré un voto de confianza —añadió, y a mí se me llenaron los ojos de lágrimas. Porque significaba mucho para mí que creyera en mi palabra, y en Aaron. Creo que era equiparable a que aceptara mi pasión por el arte.

Carraspeó y apartó la vista. Imagino que le resultó incómodo el momento sensiblero. Tras tantas concesiones en tan poco tiempo, no me importó.

—¿Dices que tienes acceso a todos los archivos de Cross Tecnologics? —me preguntó entonces, señalando mi ordenador.

—Creo que sí —titubeé, y tras mascullar algo que no comprendí, se hizo con el portátil.

Y por lo pronto, ya había conseguido un listado detallado de todas las importaciones en las que Kevin había falseado los números, así como los distintos cargamentos e itinerarios de cada expedición. Horarios, kilometraje, incluso las paradas del transportista.

Dato interesante: Solía detenerse en los mismos puntos. Podía ser casualidad, o mera costumbre.

Dato aún más interesante: El transportista de esas expediciones siempre era el mismo, Phillip Biggs. El apellido ya no era una casualidad. Era el marido de Millie.

—Ya no hay duda —anunció mi padre en cuanto aquella información saltó a la palestra. Yo contuve la respiración, consciente de que no tardaría en ponerme al tanto—. Drogas.

—¿Qué…?

Me recorrió un escalofrío. Si mi padre estaba en lo cierto, era muy peligroso.

—Papá… esto es… ¿Estás seguro? Habría que avisar a las autoridades.

—Dame un minuto —murmuró, sin apartar la mirada de la pantalla—. Necesito comprobar algo.

Me incliné hacia adelante y él giró ligeramente el portátil para que pudiera ver.

—Los cargamentos parten desde el puerto de Nueva York —comenzó a explicarme—. El viaje hasta Albany por carretera puede rondar las cuatro horas. ¿Qué sentido tiene detenerse a la media hora de haber salido?

Observé que tenía razón, que Biggs siempre realizaba dicha parada y no reemprendía la marcha hasta otra media hora después.

—¿Qué hay en ese punto precisamente? —murmuró mientras abría el Google Maps para revisar el itinerario. Ambos dimos con el lugar casi al unísono.

—El aeropuerto de Newark —leí en voz alta—. ¿Dejan carga para volver a enviarla?

—Es posible, pero, sin duda, necesitan algún lugar donde guardarla, aunque sea de forma momentánea. Aquí hay una empresa de autoalmacenaje. —Señaló en la pantalla—. Blackspace… Muy acorde el nombre —ironizó.

De pronto, se crujió los nudillos y agitó los dedos antes de volver a teclear.

—Veamos a nombre de quién están esos trasteros.

—¿Puedes averiguarlo?

—Hija, poseo el mayor fondo buitre de la Costa Este. Puedo averiguar hasta el nombre del primer colono que se apropió del pedazo de tierra en el que está construido ese almacén —se jactó, hinchándose como un pavo real, y yo no pude evitar reírme.

—Parece que estás disfrutando… Me das miedo —le dije, y él soltó una carcajada.

—Admito que esto se sale completamente de mi rutina —añadió, y acto seguido, se puso serio—. Has hecho bien en llamarme, Violet. Esto puede ser…

De pronto, paró de teclear y me miró.

—Violet… ¿Quién sabe que has venido a hablar conmigo? —inquirió, visiblemente preocupado.

—Pues… Solamente Aaron, pero no le he dicho en concreto para qué —le respondí, empezando a comprender el motivo de su inquietud. De hecho, mi respuesta pareció tranquilizarlo, pero, entonces…

—Mierda… Banks sí sabe que venías —resopló.

—Papá…

—Él tampoco sabe el motivo, pero creo que deberíamos dar por finalizado el tiempo de jugar a los detectives —añadió, cogiendo su teléfono. Buscó el número en la agenda y activó el altavoz, esperando respuesta.

—Lex —le respondió un hombre un par de tonos después. Me chocó que se dirigiera a él con aquel diminutivo.

—Jake —lo saludó—. ¿Estás en la oficina?

—No eres el único que trabaja, amigo —le respondió con cierta guasa.

—Genial. Necesito que le eches un vistazo a unos documentos que voy a enviarte…

—Imposible, ahora mismo tengo entre manos un caso que…

—¿Aún te gusta mi Rolex? —inquirió en tono apremiante.

—Maldita sea…

Por la gravedad de su tono supe que mi padre había conseguido su total atención.

—¿En qué lío te has metido?

—En ninguno, pero creo que he dado con algo gordo —dijo en voz más baja—. Dime a qué correo electrónico te lo envío. Jacob —bajó aún más el tono—, ¿puedo confiar…?

—Se llama colaboración ciudadana, Lex —lo tranquilizó—. Yo recibo un soplo y lo investigo, y jamás pongo en peligro la identidad de mis fuentes.

¿Quién era ese hombre? ¿Investigación, fuentes? Me di cuenta entonces de que le daba una dirección de correo del FBI y me tensé en la silla. El tema estaba tomando un cariz en el que no había pensado al salir de Albany.

—Esto tiene pinta de desfalco —afirmó el amigo de mi padre pocos instantes después. Era rápido el tal Jacob—. Lex, con esto yo no…

—Sigue mirando…

—Vale, dame un momento… —resopló con cierta impaciencia—. Mierda, Lex —farfulló segundos después—. ¿Sabes lo que me estás enviando?

—Tengo la sospecha de que es droga. Tiene que serlo, Jake —insistió—. El transportista es marido de la jefa del laboratorio.

—Pásame su nombre, lo comprobaré.

—Emily Biggs —le indicó—. Banks era su apellido de soltera.

—¿Banks? ¿Como tu…?

—Al parecer es su hermano —le confirmó.

—¿Qué? —exclamó—. Tienes muchas cosas que explicarme. Por lo pronto, hay premio. De joven, a la tal Emily le gustaba la cocina, y no precisamente la de los restaurantes.

Oh, no… Millie… Me afectó saberlo. Apenas la conocía, pero me había caído muy bien y, de modo equivocado, creí que apreciaba a Aaron.

—Joder, Lex, esto es la punta del iceberg…

—Y eso que no te he mandado ni la mitad de la documentación que he encontrado…

—¿De dónde la has sacado? —le exigió saber—. Y no me vengas con medias tintas.

—Cross Tecnologics es una de mis operaciones en proceso —le explicó entonces.

—¡Maldita sea, Lex! ¿Entiendes lo peligroso que es esto?

—No pueden relacionarme con la droga, Jake —se defendió—. Es normal recabar información en este tipo de transacciones. Simplemente, me he topado con esto.

—Habrá que ver lo que consideras tú como «toparse» —alegó sarcástico—, pero no me refiero a eso. No sabemos quién está detrás de esa droga. ¿Y si le estás tocando los cojones a algún cártel? —masculló un juramento—. ¿Dónde estás? —le preguntó de pronto.

—En casa, ¿por qué?

—Te voy a mandar a un agente.

—No creo que sea necesario, Jake —objetó.

—Pero…

—No he hablado con nadie de esto. Solo contigo —insistió mi padre.

La línea se silenció al otro lado durante unos segundos.

—Lex, voy a llamar a un colega que tengo en la DEA. Hablamos después, ¿de acuerdo?

Y colgó.

—Papá, ¿por qué no le has dicho que he sido yo quien…?

—Eso es irrelevante, Violet, al menos por el momento —me interrumpió—. Lo importante ahora es que este asunto ya está en manos de las autoridades.

—¿Qué deberíamos hacer? —pregunté nerviosa—. Quizá tendrías que haber aceptado su ofrecimiento.

—No necesitamos un escolta —negó, mirándome como si exagerara.

—Pero, Banks sabe que he venido a verte —le recordé.

—No sabe para qué, y hay muchos motivos por los que una hija querría hablar con su padre —alegó, y yo me hice pequeñita en la silla.

Porque, en nuestro caso, no era cierto. Esa situación era como una burbuja que nos dejaba momentáneamente fuera de la realidad. Más allá de la puerta de su despacho se hallaban mis deseos de pintar en contraposición con su voluntad de que continuase con su legado.

—Quizá no, ¿verdad? —admitió, y me sorprendió que pareciera lamentarlo—. Hace demasiado tiempo que no estamos en sintonía.

—No estar en sintonía es una forma muy sutil de llamarlo —le rebatí, y me sorprendió mi calma. Lo usual era sacar las uñas en cuanto salía el tema. Tal vez era la tensión del momento, pero él tampoco resopló poniendo los ojos en blanco antes de mandarme callar, como de costumbre.

—¿Cómo lo ves tú? —me preguntó, y yo no supe qué decirle. Más que nada porque no esperaba esa pregunta—. Te estoy pidiendo tu punto de vista —añadió al ver que yo no contestaba.

—No es un simple desacuerdo sobre temas banales, papá —le dije, envalentonada—. El núcleo del conflicto es mi futuro. Ambos tenemos dos ideas distintas de cuál debería ser mi vida. Y en tu alternativa, me veo atada de pies y manos, prisionera.

—No creo que esto sea una prisión…

—Ese es el error —lo atajé antes de que volviera a la cantaleta de siempre—. Quieres que lo vea a través de tus ojos, pero yo tengo mi propia visión. Y no es producto de la rebeldía, de que quiera llevarte la contraria. Es mi forma de ser. Sé que soy una decepción para ti, que nunca lo aceptarás, pero me conformaría con que me respetaras. Soy una persona…

—Eres una Harrington.

—¡Soy Violet, papá! —exclamé—. ¡Soy algo más que tu hija!

Mi padre me observó en silencio, estoico, desde su butaca.

—Es difícil —dijo entonces, y yo lo miré extrañada—. Creía que, si seguías mis pasos, estarías recorriendo el camino seguro —admitió—. Este es el mundo que conozco, el que domino, en… en el que puedo defenderte.

—Papá… —murmuré entre sorprendida y emocionada.

—Es difícil aceptar que no me necesitas…

—¡Eso no es verdad! —negué con insistencia—, siempre te necesitaré, ¡eres mi padre! Pero también necesito seguir mi propio camino.

Alargó la mano por encima de la mesa, pidiéndome la mía. Se la acercó a los labios y me besó los nudillos. Un gesto inesperado e insólito que me llegó al corazón.

—Hablaremos cuando termine todo esto, ¿de acuerdo? Imagino que Jacob no tardará en llamar y es muy posible que necesite tomarnos declaración —me propuso, y yo asentí, con mis esperanzas emprendiendo el vuelo hacia lo más alto. ¿Sería posible? ¿Podría pintar después de todo?—. Y mientras tanto, aunque, solo por curiosidad —subrayó—, ¿me enseñarías ese

proyecto de reestructuración?

No pude evitar reírme. Recuperé el portátil y, tras buscar el archivo, inicié la presentación que le había mostrado a Aaron.

Mi padre, al contrario que él, no necesitaba mi explicación, y la estudió con genuino interés.

—Para no gustarte el oficio, lo has hecho muy bien —afirmó, señalando la pantalla.

—¿Habrías invertido? —pregunté en una mezcla de curiosidad y orgullo.

—Creo que sería factible —respondió, asintiendo con la cabeza—, con algunas puntualizaciones, pero creo que sí.

—Entonces, demos como aprobado el ejercicio teórico —bromeé, encogiéndome de hombros.

—¿Dices que Aaron ha desechado esta idea? —se extrañó.

—Completamente —le confirmé—. No fui capaz de convencerlo, así que decidí respetar su decisión. Esta mañana, estaba estudiando la indemnización de la que te hablé el otro día, cuando he dado con esto.

—Entiendo que entre ellos hay algo más que un simple desacuerdo —aventuró, y yo asentí.

—Estoy preocupada por él —admití—. Tengo la sensación de que quería enfrentarse a su hermano sin esperar a la reunión de mañana.

—Mañana no habrá reunión, Violet —me recordó mi padre—. Y Aaron debería dejar las cosas como están y no hacer saltar la liebre antes de tiempo.

—Tienes razón —afirmé, tras lo que saqué mi teléfono de mi maletín—. Voy a llamarlo.

Al desbloquearlo, reparé entonces en que me había llegado un mensaje de texto de un número que no tenía agregado a mis contactos.

No hay que abrir los mensajes de números desconocidos. Pero yo lo hice.

En mitad de un grito, se me cayó el teléfono de las manos, que dio contra la mesa con un golpe seco.

—Violet… ¿Qué?

Con una mano tapé la pantalla y con la otra cubrí mi boca, tratando de contener aquella mezcla de náuseas, asco y rabia.

—¿Qué hay en tu teléfono? —inquirió, tratando de cogerlo, aunque se lo impedí.

—¡Yo no soy esa, papá! —exclamé en una especie de gruñido gutural. Porque mi primer impulso fue el de defenderme, ante mi padre. Adiós a nuestros avances.

Pero, además, no entendía nada. ¿Era una puta broma? Evidentemente, era una fotografía manipulada en la que aparecíamos Aaron y yo en una situación de lo más comprometida.

¿Cómo?

Y entonces, recordé París, todo lo que Aaron me había contado justo la noche anterior. No, no era una broma. Era un chantaje.

Se me aflojaron todos los músculos, creí que mi cuerpo se desharía en la butaca, como un líquido que se derrama. Miré a mi padre con los ojos llenos de lágrimas. En una décima de segundo pasaron por delante de mí todas sus posibles reacciones. Acusaciones, censura, miradas de decepción, de asco, de furia…

Aprovechó mi turbación para hacerse con el móvil, y yo me supe perdida.

—Yo no soy esa… —repetí, porque podía demostrarlo, pero en tales circunstancias, dudaba que quisiera escucharme.

Fueron cinco segundos eternos. Luego cerró los ojos, con gesto contrito, y dejó el teléfono en la mesa.

No hubo gritos ni reproches, y dudé de si sería la calma que anuncia la peor de las

tormentas.

—¿Quién te lo ha enviado? —preguntó despacio, con dureza.

—Solo puedo pensar en Kevin —dije con temor, aún esperaba que estallara—. ¡Pero no soy yo! —le aseguré por enésima vez—. Esa mujer… Es… —balbuceé.

—Violet…

—¡Tienes que creerme!

—¿No entiendes que da lo mismo? —Alzó la voz por fin—. Nos tienen en sus manos.

—Veo que habéis captado el mensaje sin que sea necesaria mi intervención.

Mi padre y yo nos giramos hacia la puerta, el origen de aquella voz que ambos reconocimos.

La de Banks.



Capítulo 28



Lo único que escuchaba era un pitido sordo resonando en mi cerebro y las risas de Kevin, que llenaban todo el espacio de su oficina. Yo me había derrumbado en un sillón, con el cuerpo tembloroso, y a duras penas había conseguido no vomitar. Todo a mi alrededor estaba borroso, como en una neblina que amortiguaba las insistentes carcajadas de Kevin y que desdibujaba los límites de la realidad y me lanzaban a la deriva. No podía hacer pie en ningún sitio, no podía aferrarme a nada, extraviado. Había rebasado el horizonte de sucesos, arrastrado como una mísera partícula hasta colapsar en el centro del agujero negro en el que se había convertido mi vida. No tienes por qué saberlo, pero se llama así porque ni siquiera la luz puede escapar. Y a mí me había devorado la oscuridad.

Violet era mi luz. Y acababa de perderla.

Aunque era su cara y su inconfundible pelo rosa, yo sabía que no era ella, era imposible. Pero que no fuera la mujer de la foto era, en realidad, una nimiedad.

El daño que Kevin se había propuesto provocar ya estaba hecho, y no solo iba a joderme a mí, pues era capaz de empapelar todo Albany con esa fotografía, sino que iba a arrastrar conmigo a Violet y a su padre.

Dios mío… No era capaz de imaginar las consecuencias. Alexander Harrington sentenciaría a su hija para siempre, pero se vería obligado a satisfacer las peticiones de Kevin si no quería ver su apellido y su reputación en el barro. Y mi maldito hermano iba a chuparle hasta la última gota de sangre.

—La inteligencia artificial es una maravilla, ¿verdad?

De pronto, la voz de Kevin estaba más cerca. Se había plantado delante de mí. Traté de concentrarme en él, en sus palabras. Necesitaba entender.

—Presiento que todo va a salir bien y me siento generoso —recitó en tono teatral—, así que te voy a hacer un regalo.

Mi teléfono volvió a sonar. Era otra imagen, y en cuanto pude enfocar la vista me di cuenta de que esta no estaba manipulada.

Éramos Violet y yo, sentados en aquel bordillo frente al Little big bear, besándonos.

Apreté el móvil en mi mano y agaché la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas de impotencia, rabia y tristeza. No debería haberla besado. Si hubiera tenido la más mínima sospecha de lo que acabaría ocurriendo, no me habría acercado a ella.

Jamás olvidaría los momentos felices compartidos con ella, pero todo el dolor que comenzaba a rebosar hacia la superficie hasta sofocarnos nos destrozaría, acabaría con nosotros.

Y yo que había intentado mantenerla a salvo de él, estaba sentenciada desde el principio.

—Me lo pusiste a huevo, qué puedo decir —dijo entonces, como quien estaba comentando el último partido. Lo miré, aunque supuse que mi desprecio se la traería al pairo—. Iba a mandar a Billy a que se la camelara. Nunca rechaza una buena apuesta —admitió—, pero te adelantaste, y de qué manera. Qué bonito —se burló, levantando su teléfono con nuestra foto en la pantalla—. No era suficiente para chantajear a Harrington, pero era un antecedente, apoyaría la que sería mi obra maestra. Me lo has puesto tan fácil, hermanito.

—Lo tenías todo planeado —aventuré, y él asintió con regocijo.

—El viaje a París. Que estuviéramos, precisamente, en ese local —enumeró

Comenzó a deambular por el despacho, delante de mí, mientras lanzaba al aire su discurso.

—Bueno, lo de la prostituta fue producto del momento. —Me miró de reojo, como si no hubiera sido más que una travesura.

Malnacido…

—Y tampoco contaba con que abrieras tu bocaza en la cena del viernes. Pero admito que me vino bien. Eres todo un conquistador, eh —se mofó una vez más a mi costa. Nunca tendría suficiente y menos en ese momento que me tenía donde quería—. Habías conseguido que invirtieran… Si a última hora no la hubieras jodido, no habría tenido que echar mano al plan B —añadió, refiriéndose a la fotografía manipulada—. Habría ido como la seda… Quizá Harrington se habría mostrado reticente, pero ahí estaría Banks para convencerlo de que era una oportunidad inmejorable que no debía dejar pasar.

—¿Banks? ¿El abogado de Harrington? —pregunté, sorprendido—. ¿También lo extorsionas a él? —No tenía límites.

Entonces, se plantó delante de mí y me miró como si estuviera frente a un perro de seis cabezas.

—¡Es verdad! —exclamó como si acabara de caer en la cuenta de algo—. Se me olvidaba que eres tan imbécil que no tienes ni puta idea de lo que pasa a tu alrededor.

No tardé en sumar dos más dos.

—Vale, es con él con quien acabas de hablar. —Caí en la cuenta—. Está contigo en esto.

—Más que eso —me confirmó—. Fue mi compañero de fatigas en mi primer año en Derecho. Es cierto que tardamos en volver a retomar el contacto, pero hace mucho tiempo que es mi socio. Y en este instante, se dirige a casa de tu novia para evitar que haga una tontería.

La amenaza velada me hizo reaccionar, aunque fuera algo inútil.

—¡No te atrevas a…!

Y mi rugido quedó opacado por su carcajada.

—¿Necesitas que te explique en qué punto está el *statu quo* en este preciso momento? —ironizó—. Si ella y su padre se portan bien, el asunto no tiene por qué pasar a mayores. Realizan la inversión, con inyección de capital incluida, y tan amigos.

—Te has vuelto loco —escupí las palabras—. ¿Y todo esto por salvar la empresa?

—Si cuando digo que no te enteras… —Se rio—. Tengo la mira puesta en objetivos mucho más altos.

—¿De qué cojones hablas?

Hasta ese momento había estado de pie, frente a mí, poderoso, abarcando todo el espacio que nos rodeaba. Pero en ese instante se inclinó hasta que nuestros rostros quedaron a la misma altura. Luego, puso una mano sobre mi hombro en un falso gesto de condescendencia.

—Ay, Aaron —murmuró burlón—. Soy el narcotraficante más reputado de aquí a Canadá.



Capítulo 29



Banks se adentró en el despacho con pasos lentos y seguros. No se molestó en cerrar la puerta. Él era quien manejaba la situación. Su aspecto era el de siempre, seguía siendo Banks, elegante con traje y corbata, su cabeza perfectamente rapada, que le concedía aquel aire implacable que podía marcar la diferencia en su faceta de abogado, pero que a la postre resultaba ser una fachada mucho más acorde con lo que era en realidad.

Mi sexto sentido no se había equivocado con él. Ni tampoco con Kevin.

—No esperaba verte hasta mañana, Violet —me dijo con sorna—. Tengo curiosidad por saber a qué has venido. Tu padre nunca ha cancelado una reunión sin una buena razón —añadió, advirtiéndome con la mirada que no admitiría tonterías.

—¿Es que mi hija necesita motivos para venir a verme? —inquirió mi padre. Era la segunda vez que hacía esa referencia.

—Por favor, Alexander —recitó sarcástico. Era de esperar—, que nos conocemos. Desde que Violet se marchó a París, no hice más que escuchar comentarios sobre la desagradecida, descarriada e irresponsable de tu hija, a cada cual peor. Muchas veces estuve a punto de decirte que me pagabas por mis servicios como abogado, no por ser tu psicólogo, pero admito que fue el germen para nuestro plan.

—Entonces, ¿tú eres el actor intelectual y Kevin, el ejecutor? —me atreví a preguntar. Porque recordemos que tengo el don de hablar cuando no toca. De hecho, Banks me miró con dureza por haber intervenido.

Como en la cena.

Era evidente que el concepto que tenía de mí era menos que bajo.

—Tiene agallas, Harrington, debes admitirlo —se burló. Se dirigía a mi padre, pero apuntaba hacia mí con un dedo—. La subestimas, eres demasiado duro con ella. ¿Descarriada? Tuve que sobornar a sus compañeras de piso para que la obligaran a salir aquella noche.

Me dio un escalofrío al pensar en ellas. Lucile y Marie… Con razón se habían mostrado tan esquivas desde mi regreso a EE. UU. Apenas respondían a mis mensajes, y cuando lo hacían era con monosílabos. ¿Culpabilidad? Esperaba que sí, y que se revolcaran en ella.

—¿Fuiste tú quien les dio el soplo a los gendarmes para que hicieran la redada en el pub y me detuvieran? —pregunté entonces, y volvió a mirarme, aunque solo un segundo.

—Vaya, vaya… y, además, lista. Aquí tienes un diamante en bruto, Alexander.

—¡Déjala en paz! —le gritó mi padre, y Banks lo miró como si fuera un bicho raro.

—¿Os ha unido la adversidad? Vais a tener que agradecérmelo…

—¿Agradecerte? No eres más que un jodido chantajista —lo acusó.

Banks dio un paso hacia nosotros, no porque se sintiera amenazado, al contrario, parecía un animal de presa cerniéndose sobre nosotros.

—Me alegra que esto acabe de una buena vez porque estoy hasta los cojones de ti, Alexander —admitió sin tapujos—. Tan estirado y soberbio, siempre mirando al resto del mundo por encima del hombro, como si fuéramos tus súbditos —añadió, con una mueca de desdén torciéndole la boca—. Cuando, en realidad, yo estoy por encima de ti, es a mí a quien debes rendir pleitesía. Como bien has dicho, estáis en mis manos.

Alargó una hacia nosotros y la cerró con fuerza. Fue bastante simbólico y esclarecedor. No dudaría en apretar hasta destrozarnos.

—Vamos al tema que nos ocupa —decidió entonces—. ¿Qué te parece tu hija, a lo que dedica el tiempo libre?

—¡Esa no soy yo! —me defendí—. ¡Es una fotografía manipulada! Esa mujer es la prostituta que Kevin metió en la habitación de Aaron, en París.

Banks se tensó, visiblemente sorprendido.

—No cabe duda de que Aaron es un jodido bocazas —alegó con una mueca de asco—. ¿Qué más te ha contado? Ya me imagino —alzó una palma hacia mí, acallando mi posible respuesta—, seguro que te lo ha contado todo, lo que me confirma que vuestra relación estaba abocada al fracaso. ¿Dónde queda ese toque de misterio que lo hace más interesante? Aunque en esa foto se os ve bastante *unidos* —añadió en mitad de una carcajada—. Porque, aunque tú lo niegues, esa es tu cara.

—Puedo probar que no soy yo en menos de un segundo —repliqué, envalentonada por la propia indignación.

Entonces, abrí aquella imagen vomitiva en mi teléfono y agrandé la zona en la que se le veía el torso a la prostituta. Su top sin tirantes dejaba al descubierto sus hombros—. Se os olvidó un pequeño detalle, el tatuaje que tengo justo aquí —añadí, señalando su clavícula.

—¿Un tatuaje? —inquirió—. Me estás tomando el pelo, y te juro que no estoy para aguantar tus tonterías.

Me desabroché un botón de la blusa y la aparté ligeramente, solo un instante, lo justo para que pudiera comprobar su existencia.

—Me lo hice en cuanto llegué a París. En un estudio homologado, con mi propio diseño. Es fácil demostrar que no soy yo. Y siendo abogado, sabes lo que supone, ¿verdad?

Banks se envaró, incluso apretó los puños. Podía ver los engranajes de su cerebro accionarse a toda velocidad a través de su cabeza rapada. No tardó en sobreponerse.

—Dudo que a la opinión pública le importe ese pequeño detalle, como tú lo llamas —ironizó, mirándome de pies a cabeza.

—Estoy dispuesta a exponerme con tal de denunciaros.

Sin saber de dónde salía, me apunté aquel farol que carecía de sentido. ¿A dónde esperaba llegar? Estábamos atrapados en aquella oficina con él. Como ratones en una trampa. No nos iba a soltar hasta que consiguiera lo que quería.

Y tal y como imaginaba, el propio Banks era consciente de que avanzábamos sobre círculos.

—Desde luego eres una puta piedra en mi zapato —me espetó con desdén, tras lo que cogió aire, como si acabara de tomar una decisión a la que no hubiera querido recurrir—. Sabes, Violet, te has equivocado al repartir roles —dijo muy despacio, con una frialdad que me dio miedo. Llegué a temblar —. Kevin y yo somos los mejores ideando planes, pero no le hacemos ascos a la parte de ejecutar.

Y, de pronto, sacó una pistola de la parte trasera de su pantalón. Apuntó directamente hacia mí.

—Eras tú mi objetivo, Harrington, pero os veo en tan buena armonía que creo que ella es una mejor baza —aseveró con suficiencia—. Dime, ¿cuánto vale la vida de tu hija?

—No hagas ninguna tontería, Banks —mi padre trató de tranquilizarlo.

—No te molestaba que rozase los límites de la legalidad en beneficio de tus negocios —se fingió ofendido—. Aunque, en realidad me importa una mierda tu opinión sobre mí. Me basta con que me creas capaz de apretar el gatillo. Y te aseguro que lo soy.

—¿Serías capaz de matar solo para salvar la empresa de Cross?

—Claro que no —le espetó—. Hay mucho más en juego. Nuestro cuello. Y te garantizo que prefiero sacrificar el suyo.

O sea, el mío.

—Conéctate a la banca digital —le ordenó—. Y ni se te ocurra hacer ning…

Estábamos tan pendientes de Banks, que no lo vimos venir. Y fue tan silencioso como un guerrero ninja. El cañón de una pistola presionaba la sien de Banks, quien había palidecido. Su cara era de terror, una que jamás imaginé ver en él, dadas las circunstancias.

—FBI, señor Banks —recitó aquel hombre con tranquilidad pasmosa, mientras que yo temía que se desatase la Tercera Guerra Mundial en aquel despacho—. Entrégueme su arma, y le aconsejo que lo haga despacio. Me he pasado con el café y podría temblarme el pulso.

Banks lo miraba de reojo, inmóvil. Yo debería haberme apartado de la trayectoria de su pistola, pero era incapaz de moverme. Estaba acojonada. La Tercera Guerra Mundial aún pendía sobre nosotros y temía hacerla estallar si pestañeaba. Finalmente, Banks obedeció. Le entregó el arma muy despacio, tal y como le había ordenado, y al cabo de un momento tenía las manos esposadas a la espalda.

A mí se me escapó algo muy parecido a un sollozo, producto de los nervios, el miedo y el repentino alivio. Un par de segundos después, me envolvían los brazos de mi padre.

—Violet, ¿estás bien?

Yo me limité a asentir, tratando de recordar cuándo había sido la última vez que me había abrazado así. No era para darle las gracias a Banks, era un cabrón, pero no podía evitar alegrarme con el resultado.

—Queda detenido, señor Banks. Le recitaré la lista de delitos de aquí al coche. Tiene derecho a permanecer en silencio y… bueno, luego concretamos detalles y formalidades —dijo aquel hombre, arrastrando las palabras con el hastío que causaba el haberlas pronunciado millones de veces.

—Joder, Jake… —exclamó entonces mi padre. Me soltó para acercarse a su amigo.

Tenía agarradas las esposas de Banks con una mano, y con la libre encerró en un puño la que mi padre le ofrecía a modo de saludo.

—Tienes el don de la ubicuidad.

—Omnipresencia, como Dios —bromeó su amigo—. He hablado con mi amigo en la DEA y lo que me ha contado sobre aquí el fiera y su amigo Cross prefería comentártelo en persona. —Banks se revolvió ligeramente. Imagino que se había dado cuenta de que se había destapado todo el pastel. Jake tiró de las esposas a modo de regañina—. Tranquilo, chaval, no empeores las cosas, que ya las tienes bastante jodidas. Tampoco me fiaba de él y veo que mis instintos siguen sin fallarme. —Miró de nuevo a mi padre—. ¿Todo bien? —preguntó, dirigiéndose a mí.

Mi padre también me miró.

—Sí —afirmé con toda la seguridad que pude. Me temblaban hasta las pestañas, pero haber

estado al borde de la muerte a manos del exabogado de mi padre estaba sobrevalorado.

—En ese caso, necesito que me acompañéis a la oficina —nos dijo entonces—. ¿Os mando un coche?

—No, te seguimos —respondió mi padre.

—Un momento, ¿podría llamar por teléfono? —le pregunté cuando hizo el ademán de marcharse.

Jake me estudió con detenimiento.

—Si me preguntas eso, es porque no es para pedir cita con tu peluquera, ¿verdad?

—No —admití—, es para…

—Creo que no quiero saberlo —me interrumpió—. No estáis detenidos, pero no queremos cagarla y que estos dos se vayan de rositas por un defecto de forma, ¿entendido?

Asentí con la cabeza, pero no porque lo aceptase alegremente. No podía comunicarme con Aaron, advertirle de algún modo del peligro que corría. No tenía dudas de que Kevin era un criminal, como Banks. Pero, además, odiaba a Aaron. Y el odio era la peor de las armas.

Solo me quedaba encomendarme a todos los dioses del universo para que obraran el milagro.

¿Cómo salvarlo si estaba en sus manos?

Me arrepentí de no haberle devuelto la llamada al llegar al aeropuerto. De no explicarle antes de irme lo que había descubierto. De no ponerle sobre aviso para que se mantuviera alejado de Kevin, a salvo de él.

Aquella culpa me horadó el pecho. No quería perder a Aaron por nada del mundo, mucho menos por mi culpa.

¿Por qué te callaste, Violet? Tú, que siempre hablas en el momento más inoportuno… ¿Por qué te callaste?



Capítulo 30



Debería haberme sorprendido, habría sido la reacción más lógica. Pero no lo hice. De hecho, me encajaba. Más que asombrado, me sentía como un estúpido porque, tal y como Kevin afirmaba, no me había enterado de una mierda. ¿Tenía razón cada vez que me decía que era un imbécil?

Mi falta de reacción tuvo que joderle, porque le palpitó un músculo de la cara.

—Te pega perfectamente —aseveré—. Eres un canalla, te miren por donde te miren.

Y se sonrió. Gozaba sintiéndose el protagonista, aunque fuera de una situación que lo convertía en un delincuente.

—¿Desde cuándo? —quise saber.

—Dos años —respondió con sonrisa petulante.

—¿Cuando murió papá?

—Ya había empezado a tantear el terreno meses antes —admitió—. Así que, no te sientas tan mal. Él tampoco se enteró.

Me pasé las manos por la cara, en un gesto de impotencia y exasperación.

—¿Cómo has conseguido ocultarlo tanto tiempo? —Seguía sin comprender. Kevin, por su parte, se empezó a descojonar en mi cara, con ganas, además.

—Hay una cosita llamada doble contabilidad.

Claro, por eso no me dejaba meter las narices.

—No has podido hacerlo solo…

—Claro que no. Esta empresa está llena de topos —se jactó—. Aunque no te diré quiénes son. No quiero que haya cambiado tu concepto sobre ellos para el próximo partido mensual.

—¿Aún crees que te vas a salir con la tuya? —exclamé, atónito.

—Por supuesto —respondió como si le ofendieran mis dudas—. La empresa se mantiene a flote porque me conviene, porque es la tapadera perfecta, y así seguirá siendo. Las tierras raras se prestan a disimular otro tipo de carga —me instruyó como si a mí pudiera interesarme su faceta de narco—. Pero, por mí, Cross Tecnologics puede arder hasta los cimientos. ¿A quién le interesan los semiconductores siendo distribuidor, ni más ni menos, que del cártel de Sinaloa? —se jactó mientras a mí me subía una amarga bola de bilis por la garganta.

—¿El cártel de…? Tú has perdido el juicio…

—Para alguien tan mojigato como tú, por descontado —replicó—. He hecho cosas que seguro que desaprobarías, que te escandalizarían. Aunque, seguro que ya lo sabes, me importa una mierda tu opinión. ¿Crees que ha sido fácil labrarme un nombre en este mundo? —me recriminó como si su problema fuera conmigo—. En ocasiones he tenido que arriesgar para dejar

claro que conmigo no se juega, pero acabar con todos los competidores que podían joderme el negocio no ha sido barato.

—¿Estás diciendo que…?

¿Tenía las manos manchadas de sangre?

—¡Perdí un cargamento por su culpa! ¡Un dinero que tampoco recuperaré! ¡¡¡Tenían que pagar de algún modo!!!

—¿Te estás oyendo? —lo increpé, aquello rozaba el surrealismo—. ¿Te crees el próximo Pablo Escobar?

Pretendía burlarme, pero me salió el tiro por la culata.

—Me alegra que tengas clara la situación. Necesito ese dinero —farfulló—. Así que reza para que Banks me llame con buenas noticias —añadió, mirando su reloj con impaciencia.

—No —me negué—. ¡No vas a meternos en tu mierda!

—¡Ya lo estáis, Aaron! —me advirtió—. Esa gente no se anda con tonterías y no estoy dispuesto a arriesgarme. Si algo sale mal, no será mi cuerpo el que disuelvan en un barril de ácido.

Me acojoné hasta la médula. No dijo su nombre, pero en quien primero pensé fue en Violet.

—No serías capaz…

Era un deseo más que una certeza.

—¿Quieres comprobarlo? —me amenazó abiertamente.

—¡No! —le grité—. ¡Déjanos en paz! Quédate la puta empresa, ¡te regalo mi parte!, pero déjanos en paz.

—No funciona así, Aaron. ¡Necesito la pasta! Y sé que tu novia me la dará. ¿Y sabes por qué? —Se acercó un par de pasos a mí, sobrevolándome como un halcón a un ratoncillo—. Porque siempre gano yo —sentenció con sonrisa malévola, como si aquello fuera una jodida competición. Había perdido la cabeza, no cabía duda de que estaba trastornado.

—Si te viera nuestro padre… —me dio por decirle. Una chorrada, dadas las circunstancias. Pero su petulancia se esfumó, dando paso a una mueca de desprecio.

—Ojalá se revuelva en su tumba —me espetó—. Fue un cabrón al que no le importó dejar en casa a su mujer y a su hijo para ir a follarse a tu madre.

Me revolví en el sillón, enfurecido porque hablara así de ellos. Porque no había servido de nada el cariño de mi padre, sus intentos para que creciéramos en igualdad de condiciones, los esfuerzos de mi madre para que no se sintiera desplazado, que yo siempre le cediera mi espacio para compensar su frustración y su despecho. Nunca fue suficiente, y nunca lo sería. Al final, todo se remontaba al origen, a aquella semilla ponzoñosa que Cecil introdujo en su hijo y que germinó hasta el punto de convertirlo en ese monstruo. Porque ella también lo era.

—Olvidaba que tu madre era una santa —ironicé—. Por eso bebía, se drogaba y se follaba al jardinero —añadí sin poder contenerme. Era la primera vez que hablaba así de ella. No estaba orgulloso, pero tampoco me arrepentía—. Y he aquí el fruto de todos sus excesos —recité con todo mi desprecio dirigido a él.

Y mis palabras le afectaron hasta el punto de que aflorase en sus ojos y en sus rasgos llenos de odio aquel ser malvado que habitaba en su interior.

—Eres un… Voy a matarte, hijo de puta —siseó.

Y lo decía en serio.

Antes de que pudiera reaccionar, me agarró de la camisa y tiró con fuerza, poniéndome de pie.

—¡Suéltame! —le grité.

Traté de zafarme, pero entonces me dio tal puñetazo que me lanzó al suelo. Noté el sabor a sangre en mi boca y me zumbaba la cabeza. Aunque estaba desorientado, intenté levantarme, pero no pude. Kevin cayó sobre mí y me lo impidió. Con las piernas a ambos lados de mi cuerpo, me inmovilizó con su peso, y me rodeó el cuello con ambas manos.

Me dolían las costillas al aplastarme, me ardían los pulmones y por mi garganta apenas pasaba el aire. Me sacudí a causa de la adrenalina y el instinto de supervivencia, traté de golpearle en la cara, pero el miedo y la falta de oxígeno hacía que mis movimientos fueran torpes e inútiles, así que lo agarré por las muñecas y forcejeé para que me soltara. Conseguí que se aligerara la presión y pude tomar una bocanada de aire, pero no tardó en volver a cerrar sus dedos alrededor de mi cuello.

—Kevin, no… —le rogué en un gruñido gutural que me rasgó las cuerdas vocales.

Pero volvió a apretar. Sus ojos estaban inyectados en sangre y furia, y su boca era una mueca de cólera y espuma blanca. Yo me sacudía sin parar, alzaba las rodillas intentando golpear su espalda, en un gasto de energía desesperado. Se me iba la vida.

Y pensé en Violet, en todo lo que habríamos podido vivir juntos. Se me llenaron los ojos de lágrimas, como en cualquier despedida que se precie. Esperaba que, al menos, mi muerte sirviera para algo, que confinaran a Kevin en la cárcel y ella pudiera escapar de él. Que consiguiera ser feliz. Pintando. En París.

Y, de pronto, el cuerpo de Kevin salió despedido hacia lo alto. Alguien, salido milagrosamente de no sabía dónde, había tirado de él para separarlo de mí.

Mi cuerpo se arqueó en busca de aire y comencé a toser.

—Aaron, ¡Aaron!, ¿estás bien?

Reconocí la voz de Max a mi lado, me sujetaba por los hombros para ayudarme a incorporarme, mientras yo jadeaba, tratando de coger aire sin dejar de temblar.

—Señor Cross… ¡Llame a una ambulancia, señorita!

Escuché esa otra voz cerca de mí. Enfoqué la mirada. Era un hombre que no conocía, vestido de traje.

—¡Estese quieto!

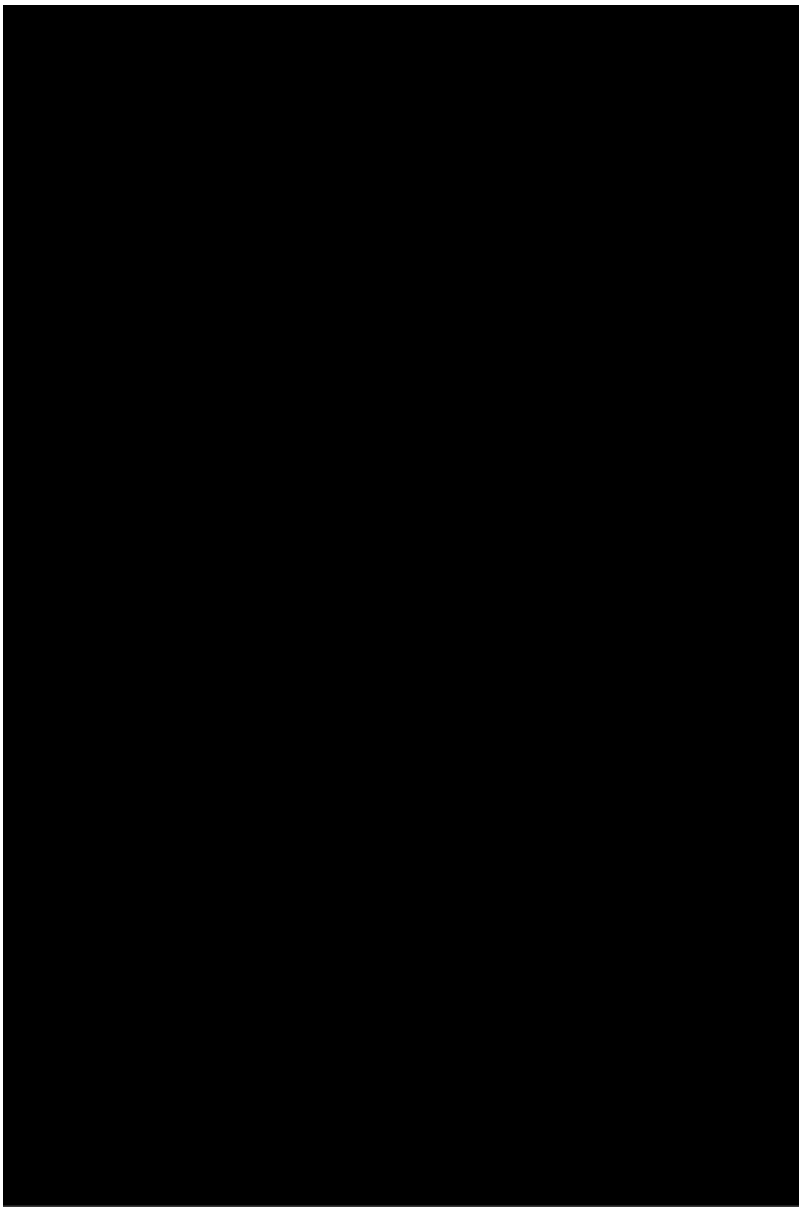
Y otro, con vaqueros y cazadora de cuero, sujetaba a Kevin, quien a pesar de estar esposado se revolvía hacia mí, como si todavía pudiera alcanzarme y terminar lo que había empezado.

—Somos del FBI, señor Cross —me informó entonces el del traje. Y yo asentí. Aún se me aflojó más el cuerpo a causa del alivio.

—Violet —dije como pude, me dolía la garganta solo de respirar—. Banks es…

—Tranquilo, amigo —respondió Max—. Todo irá bien.

Y yo quise aferrarme a sus palabras, deseando que tuviera razón. Que aquello no fuera más que un punto y aparte. No un punto final.



Capítulo 31

Habías perdido la cuenta de las horas que llevas ahí metido. No debería haber sido así… ¿En qué momento se había ido todo al cuerno? Banks estaba detenido. No tenías duda de que hablaría con tal de salvar el pellejo, tal y como harías tú. Así que le habías pedido ayuda a Bridget y a su padre… Los muy desgraciados. Sí, se habían presentado allí, pero en cuanto supieron de qué se te acusaba, se habían largado, desentendiéndose del asunto. No querían verse implicados. Y ni siquiera se habían dignado a visitarte, como si no fueras más que un paria y tu presencia pudiera contaminarlos. Furcia… ¿De dónde pensaba que salía el dinero para los viajes y las joyas que le habías regalado?

Billy ni siquiera había asomado la nariz por allí, igual que ninguno de tus amigos.

Todo el mundo te había dado la espalda… ¿Ibas a tener que recurrir a un abogado de oficio para que defendiera tu causa?

Qué humillación…

¿Cómo habías acabado allí?

¿Quién se había ido de la lengua? ¿Millie? ¿El seboso de su marido? Qué más daba…

Había faltado tan poco. Aún notabas en tus manos el tacto de la piel de Aaron, los latidos de su corazón palpitando contra tus palmas. Se habría detenido de un momento a otro, quizás habrían bastado unos segundos más.

Sin embargo, el hijo de puta tuvo un golpe de suerte que te arrebató la tuya. El FBI te había detenido y a él lo llevaron al hospital. Ojalá lo hubieras herido lo suficiente como para que no saliera de allí, pero no había sido así, y sabías que iba a testificar, si no lo había hecho ya, no como imputado como tú, sino, simplemente como investigado. Y no encontrarían nada.

¿Ese había sido tu error?

Deberías haberlo inculpado, colar documentos que pudieran involucrarlo, pero no lo considerabas necesario. Porque creías tenerlo todo bien atado. Y porque lo tenías tan sometido que siempre bailaría al son que tú tocaras.

Te habías sobrevalorado.

A él lo habías subestimado.

Y Aaron había ganado.

¿Cuántos años te caerían?

¿Saldrías hecho un viejo?

¿Y después?

Después, Aaron seguiría siendo el ganador.

Eso no había forma de borrarlo. Aunque cumplieras tu pena mil veces. Aunque volvieras atrás en el tiempo y consiguieras matarlo con tus propias manos.

A pesar de eso, él ya había ganado, a todos los efectos.

Y era superior a tus fuerzas.

Gritaste en aquella celda inmunda, mesándote los cabellos hasta arrancarte varios mechones.

Pero nadie acudió.

Nadie lo haría.

Te acababas de convertir en nada.

Mientras que Aaron lo era todo.

Era insoportable, dolorosamente aniquilante. Un odio visceral, con sabor a amargura y bilis.

Apenas tolerabas la idea de respirar el mismo aire que él.

De hecho, no podías. Y tendrías que hacerlo. O no.

Eras tú quien decidía eso.

Te quitaste la corbata. Era bonita. Te subiste a la silla y la ataste a la parte superior de los barrotes.

Se dice que en el antes de la vida y en el después de la muerte solo hay silencio.

No era del todo cierto.

Lo último que escuchaste fue la silla al caer al suelo y tus propios estertores al morir.



Capítulo 32

Desde la ambulancia donde una sanitaria le había curado la herida del labio y colocado un collarín en el cuello a modo de prevención, Aaron vio cómo varios agentes federales se llevaban esposados a Kevin y a Millie. El joven esperaba esa última mirada de inquina que su hermano mayor le dedicó justo antes de que uno de los agentes le colocara una mano en la parte superior de la cabeza y lo obligara a meterse en el vehículo para conducirlo a la Corte Federal, situada en el centro de Albany. A Aaron, sin embargo, no lo habían detenido, pero sí estaría bajo custodia policial en condición de investigado. Una vez que el agente le había leído sus derechos, Max le aseguró que avisaría a su hermano Drew, quien era abogado, pero, mientras tanto, Aaron no podía contactar con nadie, mucho menos con Violet. Y nadie le daba razón de ella.

Drew llegó al hospital poco después que él, y los agentes le tomaron una primera declaración. El hermano de Max, por su parte, aceptó hacerse cargo de su defensa en el caso de que pasase a estar imputado una vez declarara frente al juez. Y ya no porque no creyera en su inocencia, sino porque desconocían las consecuencias de aquella trama criminal protagonizada por Kevin y Banks, y en la que Millie y otros trabajadores de la empresa formaban parte, tal y como le había confesado su propio hermano.

Drew había conseguido averiguar que la detención de Banks se había producido en la residencia de Alexander Harrington, y que tanto Violet como su padre estaban declarando en las dependencias del FBI en Washington D.C. Pero nada más.

A pesar de realizarle las pruebas pertinentes para asegurarse de que no había lesiones importantes más allá de las magulladuras del cuello y el labio partido, los médicos decidieron dejarlo veinticuatro horas en observación, en las que Aaron permaneció custodiado por dos agentes.

Aquella noche apenas pudo conciliar el sueño. Los analgésicos habían ayudado a mitigar los dolores, pero no podía dejar de pensar en Violet, en si estaría bien. En si ya no querría volver a saber nada de él. Dado lo ocurrido, no le extrañaría. Ni siquiera sabía si él saldría bien parado de aquella historia. Se sentía como en una burbuja, aislado, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor. Quizá, más allá de las puertas del hospital se había desatado el mismísimo infierno que lo esperaba para devorarlo. Lo único de lo que estaba seguro era de su inocencia.

Las horas se le hicieron eternas hasta que, por fin, a la mañana siguiente, los agentes le informaron de que esa misma mañana iba a ser trasladado a la Corte Federal, a prestar su declaración frente al juez. Drew llegó poco después para acompañarlo.

Y para darle la noticia de la muerte de su hermano.

Pese a todo lo ocurrido, Aaron no pudo evitar llorar por él. Por las malas decisiones de Cecil. Porque Kevin se había dejado contaminar por su odio hasta convertirlo en propio. Por no permitirse otro tipo de vida. Y por no haberlo aceptado a él como su hermano.

Ahora, era demasiado tarde para pensar en si hubiera podido ser diferente.

Custodiado por los agentes y acompañado por Drew, llegó a la Corte Federal. Allí, lo guiaron hasta una de las salas. Se la imaginaba enorme, con el juez en el estrado, observándolo desde lo alto, como en las películas, pero no era más que un despacho, donde lo esperaba la jueza, vestida con la consabida toga, una secretaria y un alguacil. Los agentes permanecieron en el exterior, flanqueando la puerta cerrada, mientras que Drew entró con él.

Y Aaron les narró su historia. Desde el momento en que conoció a Violet en París, cuando volvieron a encontrarse en la reunión con Kevin y Banks, el partido en el lago Saratoga, la cena en la Cámara de Comercio… hasta llegar al momento en que aquel agente federal le había quitado a su hermano de encima. Les contó todo lo sucedido en esas escasas semanas, un relato en primera persona en el que, pasaje a pasaje, parecía haber transitado por la vida de otro.

Empleó varias horas. Incluso tuvieron que hacer un receso, pero Aaron se tomó su tiempo para explicarse ante la jueza.

—Señor Cross, debo admitir que nunca había escuchado una declaración tan… minuciosa —admitió la magistrada una vez que el joven finalizó—. Con todo lujo de detalles.

—Esto…

Aaron, avergonzado a la vez que preocupado, miró a Drew. Temía haber cometido algún error que empeorase su situación, pero el abogado negó con la cabeza, con expresión confiada.

—Durante el receso he podido consultar el testimonio de la señorita Harrington y me consta que ha resultado igual de explícito —añadió la magistrada, quitándose las gafas para dejarlas encima de la mesa.

Escuchar que se refería a ella hizo que Aaron se sobresaltara.

—¿Violet está bien? —preguntó con tanto ímpetu que la jueza dio un respingo. Incluso el alguacil se adelantó un paso, aunque se detuvo ante el gesto de la mujer—. Discúlpeme. Yo…

—Lo comprendo, señor Cross —le respondió ella, mostrándose comprensiva—. La joven se encuentra bien. Aunque confío en que pueda comprobarlo usted mismo muy pronto —agregó con un toque de picardía que sorprendió a todos en el despacho—. No puedo evitarlo, soy una romántica. Y no está detenido, señor Cross —concluyó, agitando una mano para restarle importancia.

—Entonces, ¿mi cliente…?

—La investigación sigue en curso como bien sabe, letrado —le respondió a Drew—. El señor Cross deberá estar disponible por si así lo requiriese este tribunal, en caso de que se precisase alguna aclaración o que ampliase su declaración. Aunque lo dudo —agregó por lo bajo, aludiendo la gran cantidad de notas que había tomado.

Sin embargo, de pronto, cogió uno de aquellos folios y se acercó las gafas a los ojos con la otra mano para estudiarlo un segundo. Luego, dejó ambas cosas en la mesa y miró a Aaron, circunspecta.

—Una última pregunta. En cuanto a lo que nos ha relatado sobre… ¿Es cierto que cuando el silicio cae desde el crisol…? —Y acompañó sus palabras enfrentando las palmas de las manos en un gesto descendente.

—Esto… Bueno… —Aaron tartamudeó, atónito, y todos en la sala rompieron a reír. El joven, tras ponerse colorado y comprender que era una broma, también se rio.

—Puede marcharse, señor Cross —le dijo la jueza—, y de corazón le deseo la mayor de las suertes. A los dos —añadió, refiriéndose a Violet.

—Gracias —le respondió él, y tras firmar su declaración, se dispusieron a marcharse.

Aaron y Drew salieron del despacho acompañados por el alguacil, quien les informó a los dos agentes de la decisión de la jueza. Y ellos, a su vez, los condujeron hacia el lugar donde le devolverían a Aaron sus efectos personales.

Al abandonar el edificio, los recibió una noche especialmente fría, aunque Aaron supuso que su cansancio y su cuerpo destemplado tampoco ayudaban. Sentía los músculos acartonados y un agujero en el pecho.

—Mierda… —escuchó farfullar a Drew.

Había algunos periodistas al final de la escalinata, a la espera, depredadores de la mejor fotografía y la declaración exclusiva. El abogado lo guio hasta su coche, abriéndose paso entre la marea de micrófonos, desde medios de comunicación locales hasta nacionales.

—¿Qué puede decirnos del desvío de fondos realizado por su hermano en Cross Tecnologics?

—¿Es cierto que trabajaba para el cártel de Sinaloa?

—¿Cuál es su relación con la trama, señor Cross?

—Sin comentarios —fue la respuesta de Drew a la tormenta de preguntas.

Ayudó a Aaron a ocupar el asiento del copiloto, y en cuanto se puso tras el volante, emprendió la marcha hacia el apartamento del joven.

—Lo lamento —le dijo—. Pese al secreto del sumario, es inevitable que se produzcan filtraciones. Pero no te preocupes. No estás solo en esto, ¿vale?

—Gracias, Drew —le respondió Aaron con sinceridad y alivio.

—¿Hay noticias? —le preguntó al percatarse de que estaba revisando su teléfono.

—Miles de llamadas y mensajes. Pero ninguno de Violet.

Entonces, marcó y se llevó el móvil a la oreja.

—Y no responde al teléfono —murmuró con aire derrotista.

—No adelantes acontecimientos —le aconsejó—. Seguro que hay algún motivo. Quizá sigue declarando.

Aaron le hizo una mueca disconforme.

—No es eso lo que ha dicho la jueza. Tú estabas allí. Y me ha asegurado que está bien. Así que…

—No pienses tonterías. El día del partido era evidente que os gustabais, aunque no imaginaba que hubierais vivido algo tan intenso. Tu declaración ha sido… Violet y tú habéis escrito vuestra propia historia de amor, Aaron. Capítulo a capítulo… Como si fuera una novela.

—¿Pretendes avergonzarme? Me consta que he sido demasiado explícito.

Drew sonrió y negó con la cabeza.

—En absoluto. Has omitido los capítulos +18.

—Esos solo los he recreado en mi mente. No quería escandalizar a la jueza —admitió Aaron, y Drew se echó a reír.

—Esperemos que Violet haya hecho lo mismo —bromeó—, porque, al parecer, su testimonio también ha resultado bastante detallado.

—No me importa con tal de que quede fuera de toda esta mierda —admitió Aaron—. Y aunque me duela, puedo entender que no quiera volver a verme.

—No. Eso es lo que estoy intentando decirte —objetó—. Todo lo que habéis compartido estos días es demasiado especial como para que se diluya sin más.

Aaron suspiró.

—Solo has oído mi declaración —le recordó a su pesar—. No sabemos cómo lo ha vivido ella. Y yo… Creo que… —titubeó—. Sabes cómo me muevo entre los niveles de intensidad.

—Por eso mismo no debes anticipar nada —le dijo él—. Confía. La emoción está ahí, existe, quieres a Violet. Y estoy convencido de que ella te quiere a ti. No renuncies antes de haberlo intentado —añadió ante su intento de réplica.

Aaron resopló, pero prefirió no decir nada en lo que quedaba de trayecto, hasta que llegaron a su edificio.

—Descansa y mañana hablamos.

—Mañana… —murmuró con pesar, aunque acabó asintiendo.

—Nosotros nos encargaremos del sepelio —le dijo Drew.

—¿Qué? ¡No! —exclamó—. No podéis…

—Claro que podemos —insistió—. De hecho, Max está en ello. Ya te he dicho que no estás solo en esto. Y mi madre no va a aceptar un no por respuesta —añadió, y Aaron no pudo reprimir una sonrisa.

—Gracias, de verdad —le dijo con genuina sinceridad.

—No tienes por qué darlas —objetó Drew—. Y cuando termine la investigación y todo se aclare, habrá que hacer una auditoría y comprobar el estado real de la empresa. Y decidir. Pero, eso, a partir de mañana. Esta noche, duerme todo lo que puedas —le aconsejó.

—Vale…

—Todo va a salir bien, ya lo verás.

Aaron no respondió, pero en su mirada quedaba de manifiesto que no las tenía todas consigo.

Salió del coche, y cuando Drew reemprendió la marcha, se dirigió a la entrada del edificio. Ciertamente estaba agotado, tanto física como mentalmente. Habían sido dos días de mierda y, por desgracia, iban a desfilar unos cuantos más frente a él hasta que la situación se normalizase, si llegaba a hacerlo algún día.

Tras haber visto a los periodistas, esperándolo en la puerta de la Corte Federal, imaginaba que la repercusión de lo sucedido era mucho mayor de lo que él creía. Pero no tenía ni cabeza ni corazón para pararse a pensar en ello.

Antes de entrar en el ascensor, hizo otro intento, pero Violet seguía sin coger el teléfono.

—Joder… —gimió.

Porque dolía, dolía demasiado.

Trataba de pensar en las palabras de Drew, todo lo que había vivido con Violet no podía ser un espejismo. La había sentido vibrar con sus besos, cuando hacían el amor, en cada una de sus palabras cuando le confesaba lo que sentía por él. Aquello no podía ser mentira, pero estaba tan exhausto que no podía hilar un pensamiento lógico que explicase aquel silencio.

Al entrar al apartamento, se sorprendió al ver que la lámpara junto al sofá estaba encendida. Se fijó entonces en que todo estaba recogido, así que supuso que se la había dejado encendida la asistenta. ¿Qué días iba a su apartamento? No era capaz de pensar en ello. Cerró la puerta y se acercó a la encimera de la cocina, donde dejó caer el teléfono y las llaves. Y entonces reparó en que la luz de su habitación también estaba encendida. ¿Lo estaba cuando había entrado? Fuera como fuese, aquello ya no le pareció un descuido, así que se acercó.

Apenas había dado un par de pasos cuando la vio. Apoyada en el marco de la puerta, vistiendo su camiseta y con el pelo recogido en un moño a medio hacer. Tal y como la había dejado el día anterior antes de marcharse a trabajar.

Como si aquellos dos días de mierda no hubieran sucedido. Solo una pesadilla.

—Aaron… —La escuchó. Porque era su voz, no una mala pasada que le jugaba su subconsciente debido al cansancio.

—Violet…

En cuanto pronunció su nombre, ella corrió hacia él. Le echó los brazos al cuello y se lanzó en busca de sus labios. Aaron no pudo reprimir un gemido a causa del dolor, pero la apretó con fuerza cuando ella, preocupada, quiso apartarse.

—Bésame, Violet —le rogó—. No dejes de besarme.

Y ella lo hizo, hasta robarle el aliento.

—¿Estás bien? —le preguntó ella, revisando su rostro y acariciando su mejilla magullada.

—Ahora sí —le respondió Aaron, dedicándole una de esas preciosas sonrisas que a ella la hacían temblar.

—Perdóname. Quería esperarte en la Corte, pero los periodistas… Max me ha…

Aaron la acalló con un beso. Y así, envuelta en sus brazos, la condujo hasta su habitación.



Capítulo 33

Al día siguiente, no hubo alarmas a las siete. Era sábado, pero aun así Violet se encargó de comprobarlo. Necesitaban descansar, sobre todo Aaron. Dormía a su lado, tranquilo, al menos eso parecía a la luz de aquel nuevo amanecer, y ella agradecía que ese miedo a perderlo que tantas veces la había asaltado en esos dos días no se hubiera hecho realidad.

Nunca imaginó que lo que había descubierto fuera un asunto de tal envergadura. Esperaba algún tejemaneje, pero ¿narcotráfico? Que Kevin estuviera relacionado con uno de los cárteles más peligrosos era demasiado hasta para él…

Por fortuna, Jacob, el amigo de su padre, actuó con rapidez y envió a un par de agentes a Cross Tecnologics.

A partir de ahí, todo fueron idas y venidas. Tuvo que entregar su portátil y había perdido la cuenta de las veces que le habían tomado declaración. Pero les narró todo. Aquel beso en París, su reencuentro en Albany, la visita a la fábrica… Lo vivido con Aaron.

A los agentes les costaba creer que ella no había hackeado el sistema para acceder a los datos de la empresa, que hubiera sido el propio Aaron quien le había dado las claves. Lo más lógico era pensar que él también formaba parte de la trama. Lo más lógico para ellos, porque no lo conocían como ella. De hacerlo, habrían sabido que Aaron era incapaz de algo así. Pero los datos, los hechos primaban en ese tipo de situaciones, y que Aaron las hubiera escrito en su bloc de notas fue un punto a su favor.

Por su parte, el abogado que su padre contrató para que los asesorara pudo averiguar que Aaron no estaba detenido, pero que lo mantenían bajo custodia en el hospital. Kevin había intentado matarlo.

Que el universo la perdonase, pero no podía lamentar su muerte. Lo lamentaba por Aaron, porque estaba segura de que, hasta el final, en su corazón había habitado la esperanza de recuperar a su hermano. Violet, en cambio, era de la opinión de que jamás lo tuvo.

Interminables horas después, el FBI le permitió marcharse. Su padre, en compañía de aquel abogado, la estaba esperando. Ella sí había recuperado a su padre. Se ofreció a ayudar a Aaron en su defensa, si se daba el caso, pero Violet se puso en contacto con Max y este le explicó cómo estaba la situación en ese momento. Aaron no declararía hasta el día siguiente y su hermano Drew lo estaba asistiendo. Que Aaron tuviera cerca a gente que lo quería la tranquilizó.

Y al día siguiente, con la bendición de su padre —y del FBI—, voló a Albany. Max la recogió en el aeropuerto, la acompañó al hotel para cancelar aquella habitación olvidada y luego la llevó al apartamento de Aaron. Acudir a la Corte estaba descartado, con todos los periodistas apostados allí. De hecho, a ella ya habían comenzado a asediarla. De algún modo habían conseguido su teléfono y no dejaban de llamarla y enviarle mensajes, así que había desactivado el sonido, confiando en que se cansaran. De vez en cuando, lo comprobaba por si Max le daba alguna noticia. Y al final se quedó dormida, esperando. Hasta que él volvió al apartamento.

Le afectó ver las marcas de las heridas que Kevin había dejado en él. Hematomas en el cuello, el labio partido, y también las que no se veían a simple vista, en su interior. No se merecía ninguna de ellas.

Habían hablado, poniéndose al tanto de las partes que cada uno desconocía de lo sucedido. Habían dormido, hecho el amor… vuelta a dormir…, pero ninguno de los dos sabía qué les

depararía aquel nuevo día. Lo único de lo que estaban seguros era de que estarían juntos.

De pronto, Aaron se removió. En cuanto abrió los ojos y la vio, le sonrió y se acercó para darle un suave beso en los labios.

—Buenos días, señorita Harrington.

—Buenos días. —Le sonrió—. ¿Has dormido bien?

—Pues…, divinamente —respondió un tanto sorprendido—. ¿Y tú?

Ella asintió varias veces, mordiéndose el labio inferior. Luego dejó caer con suavidad la mano en su mejilla y lo acarició.

—¿Seguro que estás bien? —insistió.

—Seguro —le confirmó—. He perdido a mi hermano, la empresa, es muy posible que esté arruinado y, sin embargo, me siento como si me hubieran quitado una tonelada de encima. Me temo que estoy loco de atar —bromeó, y ella se echó a reír.

—Eso es el producto de una conciencia tranquila —objetó ella—. No es culpa tuya.

—Bueno…

—Nadie se salva de cometer errores —lo interrumpió—, pero no han sido tus decisiones las que han causado lo ocurrido. Además, no todo ha sido malo, ¿verdad? —añadió con picardía, y Aaron no pudo evitar sonreír. Se inclinó sobre ella y la besó. Un beso largo y lento.

—Besarte aquella noche fue la mejor decisión que he tomado nunca —le susurró, y en esa ocasión fue ella la que buscó sus labios—. ¿Sabes? Jamás había hecho algo así.

—¿Besar a alguien en la puerta de un pub en el centro de París? Yo lo hago continuamente —bromeó, y ambos rompieron a reír.

—Me refiero a que nunca me había salido del camino establecido. —De pronto, sonrió, como si un pensamiento repentino hubiera provocado aquella gran sonrisa. Ella lo miró con curiosidad, esperando que continuase—. Desde que te conozco, mis días están llenos de primeras veces.

—¿Sí?

—Como esto que siento, estas ganas incontenibles de vivir la vida. La vie en Violet —recitó despacio.

—Es *La vie en rose* —lo corrigió, pero él negó con la cabeza, porque no se refería a la canción.

—La vie en Violet —le repitió en un susurro, al oído. Y ella comprendió.

—Aaron… —murmuró estremecida mientras él dibujaba un sendero de besos hasta su boca.

—¿Sabes cuántos aviones salen desde aquí a París? —preguntó muy cerca de sus labios.

—No tengo ni idea —admitió ella en un hilo de voz, deseando sentir los suyos—, pero me encantaría comprobarlo —añadió antes de besarlo con toda el alma, con todo el corazón. Con toda su vida.

La vie en Violet.



Epílogo

Las gradas estaban a rebosar. Ya habían transcurrido cinco años desde la muerte de Kevin, desde la ruina de Cross Tecnologics y el surgimiento de C&H Company, y desde que Violet se había convertido en la capitana del equipo del Departamento de Administración. Aaron, por descontado, seguía siendo el capitán del de Producción.

Como era de esperarse, los equipos ya no eran los mismos. Se habían producido bajas, la entrada de jugadores nuevos, pero el espíritu de hermandad se había mantenido incorruptible pese a todo.

Finalmente, la investigación del FBI concluyó en la inocencia de Aaron y sacó a la luz todos los tejemanejes de Kevin y Banks —quien permanecería en prisión bastantes años—, la desorbitada deuda de juego contraída por el marido de Millie y que la llevó a pedirle ayuda a su hermano —y que también los condujo a la cárcel— y la situación real de la empresa. Seguía sin ser solvente, así que, tras una larga conversación, Violet y su padre consiguieron convencer a Aaron de que aquel modelo de negocio ideado por la joven era una gran oportunidad para que el legado de Jonathan Cross siguiera en pie. Pese a todo, Aaron continuaba siendo aquel empresario bien considerado en la ciudad de Albany, nadie lo juzgaba por los delitos cometidos por su hermano, y aplaudieron su decisión de reestructurar la compañía y seguir siendo aquel pulmón que creaba empleo en la zona, sin olvidar sus esfuerzos por preservar el medioambiente, pues colaboraba en algunos proyectos con la alcaldesa Hofmann.

Violet, por su parte, estudió Arte, en la Escuela Saint Rose. Se había convertido en una artista local reconocida —le encantaba el Festival del Tulipán— y había expuesto sus obras en varias galerías de la ciudad.

Por supuesto que Aaron y Violet volvieron a París. Para su luna de miel. Y cumpliendo con el dicho de que los niños vienen de la ciudad del amor y la luz, allí engendraron a Sarah, su hija de tres años. Al joven lo colmó de dicha tanto la noticia como el deseo de Violet de llamarla como su madre. Además, la pequeña tenía el pelo negro y unas largas pestañas, como su padre, y que enmarcaban unos grandes y curiosos ojos azules, como los de su madre.

—¡Vamos, mamá! —se la escuchó gritar en ese momento. Estaba sentada en la grada, sobre las rodillas de su abuelo.

Violet se giró hacia ella, bate en ristre, pues era la siguiente en enfrentarse al lanzamiento de Max.

—Gracias, cariño —le respondió sonriente, y Aaron, que estaba situado cerca de la primera base, refunfuñó.

—¡Te quiero, papi! —le dijo la niña entonces—, pero toca animar a mamá.

—Vale, bichito, yo también te quiero —haciéndose el resignado al haber perdido a la mejor animadora del equipo.

—No dirás que no tiene claras sus ideas, yerno —exclamó Alexander, con orgullo.

—Quizá deberías aprender de Max —se burló Andrew sénior, sentado junto a Alexander y en compañía de su familia. Porque, si el joven le regalaba una manzana caramelizada antes del partido, la niña se convertía en su fan. Y tampoco animaba a su padre.

—Estoy pensando en expulsarlo del equipo —replicó Aaron, y el aludido se echó a reír.

—De eso nada, jefe —objetó—, estaríais perdidos sin mis bolas curvas.

—Pues demuéstralo y que no la vea venir —le ordenó, señalando a Violet, metido en su papel.

—¿Estás seguro? No soy yo quien tiene que volver con ella a casa.

—Venga, Max, y dejaos de cháchara —lo provocó Violet—, no os tengo miedo a ninguno de los dos. Tu jefe se va a enterar de lo que es bueno antes de que acabe el partido.

—Uhhh, la jefa ha venido fuerte —se mofó Mathias mientras Larry y Laurel aplaudían.

Violet afianzó el agarre del bate y esperó a que Max lanzara.

—Susie, ¿preparada? —le preguntó Aaron a la que fuera la asistente personal de Kevin—. Presiento que te va a hacer correr.

Susie había encontrado su vocación en el diseño de joyas, utilizando los diamantes que ellos mismos fabricaban, y las creaciones de la compañía comenzaban a abrirse paso en el mercado mundial.

—Claro, jefe —afirmó esta, recolocándose la visera de la gorra.

Max lanzó y Violet ni siquiera hizo el ademán de golpear la bola. Como de costumbre.

Se escucharon murmullos en el campo.

—Tranquilos, chicos, ya sabemos cómo se las gasta —les dijo Aaron.

Porque sí golpeó la segunda bola que Max le lanzó, enviándola a la otra punta del campo.

—¡Bien, mami! —gritó la pequeña Sarah.

—Menudo trallazo. —Silbó Max, observando la parábola que describía la pelota.

—¡Vamos! —bramó Aaron—. ¡Que alguien la coja!

Violet, por su parte, echó a correr hacia la primera base, donde Aaron esperaba que alguien le lanzase la pelota.

—Ya he vivido esto —dijo mientras su mujer se acercaba a toda velocidad—, pero esta vez ganaré yo.

Violet se echó a reír, pero no dejó de correr.

Tal y como había predicho, Aaron se hizo con la bola y, acto seguido atrapó el cuerpo de su mujer. Y, en esa ocasión, cuando cayeron sobre la hierba, se aseguró de tocar la puñetera base.

Toda la grada estalló en aplausos y vítores mientras Aaron apretaba el cuerpo de Violet contra el suyo, rodeándola con el brazo.

—Y esta vez, tampoco me quedaré con las ganas —murmuró.

Buscó los labios de su mujer y la besó entre silbidos y gritos.

—Sí, te lo has ganado —admitió ella—. Aunque tengo otro premio que creo que también te gustará —añadió en tono travieso.

—¿Qué estás tramando? —preguntó divertido.

—En realidad, ya está hecho —respondió enigmática—. Y la culpa es de los dos.

Y pese a lo críptico de sus palabras, Aaron supo a lo que se refería. Agarró el rostro de su mujer con ambas manos y la miró a los ojos, incapaz de contener su propia emoción.

—Violet… ¿Estás…?

—¿Qué nombre te gusta más, Alexander o Jonathan?

Volvió a besarla, estrechándola con fuerza mientras sus compañeros de equipo, ajenos a lo que sucedía entre ellos, se quejaban por la interrupción del juego.

Pero, para Aaron, el partido ya había terminado.

Había ganado él.


Fin



Agradecimientos

Hace mucho tiempo que no añado agradecimientos en mis novelas. No es por pereza, sino porque siempre he mantenido que el trabajo del escritor es muy solitario. En mi caso aún lo es más —digamos que, como Aaron, yo tampoco llevo bien lo de encajar—, y me cuesta salir de mi cueva. Hay demasiadas cosas ahí fuera que no me gustan nada. Pero tengo que ser justa, porque no todo es malo, así que, he aquí ese espacio para esas personas que hacen que mi mundo no sea tan negro.

En primer lugar, tengo que darles las gracias a Violet y Aaron, pues llegaron a mi vida en un momento de inestabilidad emocional en el que creí que no volvería a ser capaz de enfrentarme a la hoja en blanco —que la salud mental deje de ser tabú, gente, está bien no estar bien—. Ellos me han acompañado en este viaje lleno de altibajos en el que me han hecho salir de mi zona de confort, al que he sobrevivido, y me han permitido contar la historia que quería contar, no la que «se espera» o la que «está de moda». Esta es mi novela #19, he creado a muchos personajes, pero Violet y Aaron (sobre todo él) han entrado en la categoría de especiales por la puerta grande.

A Amparo, por ser mi amiga y mi Pepito Grillo particular. Podremos ser muy distintas en muchas cosas, pensar de manera diferente, pero nos entendemos a la perfección. Gracias por todos estos años de amistad.

A Ariel, Araceli, Eva M., Elena, Ana M., Josele, Ana C., Inma, Eva A., Ester, Mónica. Hablar con vosotras a diario es un lujo.

A mi grupo de Facebook «Yo soy un@ mus@ de Juani Hernández», en especial a Lorena Santos, Maite LM, María L., Chelo Aisa, Maritza García, Silvia Fernández, Rei Richadson, Mary Carmen G., Yohana Tellez., Yennely Perez, Niyireth, Eva María Rubio, Marisa Gallén, Solhanlle Bonilla, Mayte La Rosa, María Pastor, Maribel Reyes, Pili Doria… Los puntos suspensivos son para las quinientas y pico personas que me dejo en el tintero. Algunos participáis más, otros menos, hay quien permanece a la sombra y se asoma de vez en cuando —como en todo grupo que se precie—, pero daos todos por nombrados.

A esas compañeras que me han mostrado su cariño y su apoyo, ya sea con una palabra de ánimo o con un super achuchón. Mónica Gallart, Mireia Giménez Higón, Gema Tacón, Dana Darius, Noni García, Sira Brun, Calista Sweet, Mimmi Kass, Rose Gate, Maca Ferreira, Lorraine Cocó, García de Saura, Jess Gr., Rachel RP, Jezz Burning, Scarlet Butler, Melanie Alexander, Carla Marpe, J.C. Sanz, Mayte Esteban… Seguro que se me olvida alguien (este es un motivo por el que no me gustan los agradecimientos). Me dais un buen tirón de orejas la próxima vez que nos veamos, que bien merecido lo tendré.

A Ainhoa, Tanya, Elisenda y Carolina, a todos los Wings, por esos abrazos y el cariño que recibo cada vez que voy a Barcelona. Y aquí incluyo a Romina, os adoro a ti y a tu familia; a Martin McCoy, mi querido padrino; y a Bárbara, mi canaria con más salero. Porque Barcelona es nuestro punto de encuentro.

A mi familia. Mi madre, mi abuela, mi hermano, Vicky. Os quiero.

A Xelo y Vicente, esa familia que se elige. Vuestros consejos valen oro.

A Anabel, Carmen, Eva, Marta y Olivia. Este tiempo ha valido la pena gracias a vosotras. Con eso me quedo.

A Arantxa y Paula. Porque sois la prueba de que no importan ni el paso de los años ni la distancia.

Parece que se quedan para el final, pero no por eso dejan de ser menos importantes. Gracias a Selina y Bruno, mis hijos, y a Pedro. Porque formamos un gran equipo y tratamos de crear por todos los medios ese reducto seguro en el que podemos ser nosotros mismos, ser felices. Y a Marina, la mejor suegra y compañera de viaje que se puede tener.

A Adela, por darles color y vida a Aaron y Violet. Ha sido un placer trabajar contigo. Espero que no sea la última vez.

A todos los bookstagrammers y facebookeros que me muestran su apoyo en redesA mi portátil, que parecerá coña, pero, al final, estamos él y yo, acompañados por una lista de reproducción (yo no tengo tablero de Pinterest, tengo lista de Spotify, ya la habéis visto al principio de la novela) y un café con leche de dimensiones industriales.

Y, por último, darte las gracias especialmente a ti que estás leyéndome, a mis lectores, por darles vida propia a mis historias y formar parte de ellas. Por permitirme compartir con vosotros parte de mí.

Gracias a todos por hacerme ver la vie en Violet.

Títulos publicados

Bilogía Hell’s Cave

- Más sabe el diablo
- Un ángel o tu demonio

Trilogía Apocalipsis

- Génesis: el libro de Phlàigh
- Lamentaciones: el libro de Cogadh & Acras
- Revelaciones: el libro de Bhàis

Serie Extrarradio

- Lágrimas de ángel
- …y navegar en tu mar
- Cada vez que te beso
- Una visita inesperada

La Saga de Los Lagos

- Mi corazón en tus manos
- Entre el Sol y la Luna
- Sizigia
- Más allá de Los Lagos

Novelas Independientes

- Bajo la luz de tus ojos
- Relatos
- Proyecto: tu amor
- Alma Bandolera
- Navidad, dulce Navidad

Si quieres contactar:
FB: www.facebook.com/Juanihernandezautora
IG: @juanihernandezescritora

Para más información sobre las novelas:
http://juanihernandez76.wix.com/autora

Y búscanos también en el grupo de facebook «Yo soy un@ mus@ de Juani Hernández»

https://www.facebook.com/groups/656560904424013